

narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 09
Abril-Junio 2008

ISSN 1886-2519
Depósito Legal: Z-729-2006

• Ensayo

- La poética en "Axolotl" de J. Cortázar*, por Osvaldo Ulloa Sánchez
La sensibilidad mediterránea: herencia y equilibrio para una razón más vital, por Enrique Ferrari Nieto
Gilgamesh y la escritura, por José Ángel García Landa
Obra maestra de las adaptaciones literarias al cine: "Carta de una desconocida", de Max Ophüls, por Alfredo Moreno

• Relato

- Crónica de un cazador*, por Manuel Díaz Martínez
Algo provisional, por Ismael Grasa
Nada antes que la fe, por Vicente Luis Mora
El poeta en excedencia, por Salvador Gutiérrez Solís
Final de cuento, por Jorge Villarruel
Seguir observando, por Pablo Lorente Muñoz
La perla de Córdoba (I), por Carlos Montuenga
El faquir, por Rosy Palàu
El círculo de Eliot, por Norberto Luis Romero
El paso de la oca, por Recaredo Veredas
Ochenta pisos, por Juan Carlos Vecchi
Pueblo de Jones, por Luis Emel Topogenario
Dos misivas, por Julio Blanco García
El colorao, por Adriana Serlik
Enfrente de la casa, toda la noche, por Agustín Cadena
Ajustando cuentas, por Fernando Sánchez Calvo
Ballenas, por Alfredo Carrera
Los hombres que lloraban lágrimas rojas, por Carlos Garvín
Lirios blancos, por Soledad Acedo Bueno
Lisa, por Javier Guerrero
Pistoleros famosos, por Paul Medrano
- Me niego rotundamente*, por Jonathan Minila
Los días felices de Edwin, por Josué Barrera
El diablo de las Hespérides, por Ahmed Oubali
Extranjeros y fantasmas, por Carlos Frühbeck
Últimas palabras para Wendy, por Javier Esteban
Como un canto rodado, por Esteban Gutiérrez
Pero no matarás, por Luis Tamargo
El gringo, por Pablo Giordano
Lo que trajo la noche, por Salvador Alario Bataller
La luna y las comedias, por Noemí Pastor
El tren, por Miguel Sanfelix
Metempsicosis, por Gemma Pellicer
Reencuentro, por Edilberto Aldán
Instrucciones para treintañeras desordenadas y tibias, por Ana Muñoz de la Torre
Corazón de fuego, por Carlos Arnal
Liviandad, por Antonio Ramos
Paisaje sin batalla, por Sergio Borao Llop
De ámbulos concéntricos, por Héctor Huerga
Cándida en el cielo, por Antonio Toribios
La manda de Názaro, por Roberto Strongman

• Novela

- Rapsodia vagabunda* (Capítulo), por Juan Carlos Guerrero
En la ciudad inmóvil (Capítulo), por Moisés Ramírez

• Narradores Patricia de Souza

• Entrevista

Marco Tulio Aguilera, por Germán Martínez

• Reseñas

- "La hermana"* de Sándor Márai, por Sandro Cohen
"La carga de la brigada ligera" de Gonzalo Calcedo Juanes, por Juan Carlos Márquez
"Prosa temprana y obras póstumas publicadas en vida" de Robert Musil, por Eugenio Sánchez Bravo
"Nunca llueve sobre el Sáhara" de Pedro M. Martínez, por Guillermo Ortiz López
- "Golpes de mar"* de Antón Castro, por Magda Díaz y Morales
"Espejo roto" de Mercè Rodoreda, por C. Martín
"Los lobos de la luna" de Frank Quasar, por Hari Seldon
"Arde el musgo gris" de Thor Vilhjálmsón, por María Aixa Sanz

• Miradas

- Comentario a "Pedro Páramo"*, las cien páginas más célebres de la literatura mexicana, por Javier Cercas Rueda
Lo desmemorioso en los ojos, por Juan Fernando Covarrubias Pérez
H. P. Lovecraft y la seducción del misterio, por Jorge Villarruel

• Literatura e imagen

• Novedades editoriales

Editores: Magda Díaz y Morales – Carlos Manzano

Colaboradores: Soledad Acedo Bueno - María Aixa Sanz - Salvador Alario - Edilberto Aldán - Carlos Arnal - Josué Barrera - Julio Blanco García - Sergio Borao Llop - Agustín Cadena - Alfredo Carrera - Javier Cercas Rueda - Sandro Cohen - Juan Fernando Covarrubias - Manuel Díaz Martínez - Luis Emel Topogenario - Javier Esteban - Enrique Ferrari Nieto - Carlos Frühbeck - José Ángel García Landa - Carlos Gavín Molina - Blanca Gimeno - Pablo Giordano - Ismael Grasa - Javier Guerrero - Juan Carlos Guerrero - Esteban Gutiérrez - Salvador Gutiérrez Solís - Héctor Huerga - Pablo Lorente - Juan Carlos Márquez - C. Martín - Germán Martínez - Paul Medrano - Jonathan Minila - Carlos Montuenga - Vicente Luis Mora - Alfredo Moreno - Ana Muñoz de la Torre - Ricardo Olvera - Guillermo Ortiz - Ahmed Oubali - Rosy Palàu - Noemí Pastor - Gemma Pellicer - Moisés Ramírez - Antonio Ramos - Norberto Luis Romero - Jose Antonio Ruiz-Roso - Eugenio Sánchez Bravo - Fernando Sánchez Calvo - Miguel Sanfeliú - Hari Seldon - Adriana Serlik - Patricia de Souza - Roberto Strongman - Luis Tamargo - Antonio Toribios - Osvaldo Ulloa Sánchez - Juan Carlos Vecchi - Recaredo Veredas - Jorge Villarruel

www.revistanarrativas.com – narrativas@hotmail.com

Narrativas es una revista electrónica que nace como un proyecto abierto y participativo, con vocación heterodoxa y una única pretensión: dejar constancia de la diversidad y la fecundidad de la narrativa contemporánea en castellano. Surge al amparo de las nuevas tecnologías digitales que, sin querer suplantar en ningún momento los formatos tradicionales y la numerosa obra editada en papel, abren innumerables posibilidades a la publicación de nuevas revistas y libros al abaratar considerablemente los costes y facilitar la distribución de los ejemplares. En este sentido, hemos optado por editar la revista en formato PDF, ya que permite aplicar técnicas de diseño y maquetación propias de la edición tradicional y a la vez facilita su lectura, ya sea desde la propia pantalla o una vez impresa en papel.

SUMARIO - núm 9

<i>La poética en "Axolotl" de J. Cortázar</i> , por Osvaldo Ulloa Sánchez	3	<i>El gringo</i> , por Pablo Giordano	121
<i>La sensibilidad mediterránea: herencia y equilibrio para una razón más vital</i> , por Enrique Ferrari Nieto	8	<i>Lo que traje la noche</i> , por Salvador Alario Bataller	128
<i>Gilgamesh y la escritura</i> , por José Á. García Landa	14	<i>La luna y las comedias</i> , por Noemí Pastor	131
<i>Obra maestra de las adaptaciones literarias al cine: "Carta de una desconocida"</i> , de Max Ophüls, por Alfredo Moreno Agudo	21	<i>El tren</i> , por Miguel Sanfeliu	135
<i>Crónica de un cazador</i> , por Manuel Díaz Martínez.....	27	<i>Metempsicosis</i> , por Gemma Pellicer	138
<i>Algo provisional</i> , por Ismael Grasa	32	<i>Reencuentro</i> , por Edilberto Aldán	139
<i>Nada antes que la fe</i> , por Vicente Luis Mora	37	<i>Instrucciones para treintañeras desordenadas y tibias</i> , por Ana Muñoz de la Torre	141
<i>El poeta en excedencia</i> , por Salvador Gutiérrez Solís	39	<i>Corazón de fuego</i> , por Carlos Arnal	141
<i>Final de cuento</i> , por Jorge Villarruel	42	<i>Liviandad</i> , por Antonio Ramos	145
<i>Seguir observando</i> , por Pablo Lorente Muñoz	44	<i>Paisaje sin batalla</i> , por Sergio Borao Llop	147
<i>La perla de Córdoba (I)</i> , por Carlos Montuenga	49	<i>De ámbulos concéntricos</i> , por Héctor Huerga	148
<i>El Jaquir</i> , por Rosy Palàu	54	<i>Cándida en el cielo</i> , por Antonio Toribios	151
<i>El círculo de Eliot</i> , por Norberto Luis Romero	57	<i>La manda de Nazaro</i> , por Roberto Strongman	152
<i>El paso de la oca</i> , por Recaredo Veredas	63	<i>Rapsodia vagabunda (Capítulo)</i> , por Juan C. Guerrero ..	157
<i>Ochenta pisos</i> , por Juan Carlos Vecchi	64	<i>En la ciudad inmóvil (Capítulo)</i> , por Moisés Ramírez ..	159
<i>Pueblo de Jones</i> , por Luis Emel Topogenario	65	<i>Narradores: Patricia de Souza</i>	161
<i>Dos misivas</i> , por Julio Blanco García	70	<i>Entrevista a Marco Tulio Aguilera</i> , por G. Martínez	164
<i>El colorao</i> , por Adriana Serlik	74	<i>"La hermana" de Sándor Márai</i> , por Sandro Cohen	170
<i>Enfrente de la casa, toda la noche</i> , por Agustín Cadena ..	77	<i>"La carga de la brigada ligera" de Gonzalo Calcedo Juanes</i> , por Juan Carlos Márquez	171
<i>Agustando cuentas</i> , por Fernando Sánchez Calvo	82	<i>"Prosa temprana y obras póstumas publicadas en vida" de Robert Musil</i> , por Eugenio Sánchez Bravo	172
<i>Ballenas</i> , por Alfredo Carrera	87	<i>"Nunca llueve sobre el Sáhara" de Pedro M. Martínez</i> , por Guillermo Ortiz López	174
<i>Los hombres que lloraban lágrimas rojas</i> , por Carlos Garvín Molina	89	<i>"Golpes de mar" de Antón Castro</i> , por Magda Díaz	175
<i>Lirios blancos</i> , por Soledad Acedo Bueno	91	<i>"Espejo roto" de Mercé Rodoreda</i> , por C. Martín	177
<i>Lisa</i> , por Javier Guerrero	94	<i>"Los lobos de la luna" de Frank Quasar</i> , por H. Seldon..	178
<i>Pistoleros famosos</i> , por Paul Medrano	96	<i>"Arde el musgo gris" de Thor Villyálmsson</i> , por María Aixa Sanz	179
<i>Me niego rotundamente</i> , por Jonathan Minila	101	<i>Comentario a "Pedro Páramo"</i> , las cien páginas más célebres de la literatura mexicana, por Javier Cercas Rueda	181
<i>Los días felices de Edwin</i> , por Josué Barrera	102	<i>Lo desmemorioso en los ojos</i> , por Juan F. Covarrubias ..	184
<i>El diablo de las Hespérides</i> , por Ahmed Oubali	104	<i>H. P. Lovecraft y la seducción del misterio</i> , por Jorge Villarruel	186
<i>Extranjeros y fantasmas</i> , por Carlos Frühbeck	107	<i>Literatura e imagen</i>	188
<i>Últimas palabras para Wendy</i> , por Javier Esteban	112	<i>Novedades editoriales</i>	190
<i>Como un canto rodado</i> , por Esteban Gutiérrez	117		
<i>Pero no matarás</i> , por Luis Tamargo	119		

El material contenido en este número está debidamente protegido conforme la legislación internacional y no puede reproducirse sin permiso expreso de los autores.

LA POÉTICA EN “AXOLOTL” DE J. CORTÁZAR

por Osvaldo Ulloa Sánchez

El trabajo que nos hemos planteado realizar tiene en gran medida como base el análisis que realiza A. Julien Greimas sobre el cuento «La Pesca» de Maupassant y esto implica segmentar el texto en secuencias (Llevar el análisis al nivel sintagmático) para proceder a dar cuenta de «algunos» de los posibles sentidos del texto que definiremos en La Estructura Semántica Simple. La labor que nos ocupará estará enmarcada dentro de un análisis de teoría literaria que busca encontrar elementos de la poética (Todorov) y llevarlos al nivel semántico.

En los primeros dos párrafos del cuento se destaca la función referencial que entrega antecedentes sobre lo que puede entenderse como una obsesión: «yo pensaba mucho en los axolotl». Esta acción aparece precedida por una frase que es una fórmula estereotipada a la manera del «Había una vez...» de los cuentos infantiles, en este caso el pretérito indefinido sugiere un tiempo fijo de naturaleza casi mítica «Hubo un tiempo». Los informantes que a continuación nos entrega el hablante sitúan el lugar de los acontecimientos en uno de los acuarios de París. El sujeto de la enunciación aparece en forma explícita y esto pone sobre el texto la situación donde nos obliga a asumir las categorías yo (el sujeto de la enunciación emisor→narrador y un contexto situado en el presente desde el cual evoca el pasado que es el material diegético).

Ese tiempo mítico es el tiempo de la contemplación: «me quedaba horas mirándolos». Contemplación aquí deviene como meditación, es decir, estado a través del cual se busca la trascendencia. Se puede decir en Greimas que ese es el objeto que mueve a través del deseo al sujeto. Bruscamente, el narrador utilizando la función referencial nos dice que ahora es un axolotl. Las transgresiones que operan en este pasaje tienen que ver con la naturaleza animal (en oposición a la naturaleza humana) del narrador. El que sea un sujeto que no tiene «habla» el que nos cuenta a través del lenguaje humano una historia, tiene tan antiguos antecedentes como el famoso «Coloquio de los perros» de Cervantes. Salvo que aquí hay una dicotomía donde el hombre convertido en axolotl dice al final del cuento que él imaginará todo esto y escribirá un cuento. El recurso es el de una narración circular. Lo importante en este cuento es la contigüidad de las frases, que por su falta de nudos o funciones cardinales, deja planteado el problema de cómo un sujeto humano deviene en pez. Este va a ser el contenido de la historia: contar la metamorfosis que de una forma u otra nos remite a un universo que sería Kafkiano, si no fuera porque aquí sí hay sentido en el concepto más tradicional de trascendencia.

El segundo párrafo da cuenta del momento en que se ponen en contacto por primera vez el «yo» con los «ellos» en los cuales ha de transformarse. La causa o razón de ese encuentro es «el azar». Aquí hay que sumergirse en el mundo de Cortázar donde las casualidades no son tales ni el azar es lo fortuito, es decir, detrás de lo que parece inmotivado se esconde un sentido oculto y la actividad de decodificación es decisiva para el que está viviendo la experiencia. De ese momento, el narrador nos entrega una gran cantidad de informantes que pueden subsumirse en dos paradigmas: zoológico y París. La prosopopeya «París abría su cola de pavoreal después de una lenta invernada», pone de manifiesto el aspecto literal del enunciado y nos dice que ese «yo» es capaz de jugar con el lenguaje y hacer patente la función poética, esto es vital porque el sujeto de la enunciación aparece como escritor consciente de la literalidad del lenguaje. Lo cual se resuelve a nivel de la historia al final del cuento cuando el axolotl nos dice que el que fue escribirá tal vez un cuento.

De ese París que aparece como «pavoreal» desciende al zoológico donde él «Era amigo de leones y panteras» pero nunca había visitado el acuario. El acuario se nos muestra así como lo des-conocido, «lo otro». Ha llegado hasta ahí al no sentirse motivado por la rutina de visitante que solía hacer. En el acuario no se detiene en los peces vulgares hasta que sorpresivamente se encuentra con los

axolotl. Se queda una hora mirándolos y sale después de haber sido el protagonista de una epifanía. El narrador ha sido conmovido por su contemplación y en el esquema actancial tenemos el enfrentamiento a través de la mirada entre el sujeto y el objeto. ¿Qué es lo que encuentra el narrador en esa hora de contemplación cuasi mística? No nos es contado, como si la experiencia fuese «intransferible», «inefable» y el lenguaje fuera un instrumento no válido para dar cuenta de la vivencia.

Todo lo que nos ha contado se ha realizado usando las tres clases de habla: aquella que hace hincapié en el aspecto referencial del enunciado (la serie de acciones); la que privilegia el aspecto literal del enunciado (los tropos y figuras retóricas) y la que es manifestación de su proceso de enunciación (todo lo que dice relación con el acto de contar y donde se nos muestra el narrador). A nivel de la historia ya se nos han entregado tres nudos o funciones cardinales:

- a) El narrador recuerda.
- b) El descenso hacia el zoológico y encuentro con los axolotl.
- c) La contemplación.

El cuento avanza a través de un narrador homodiegético que motivado por su experiencia busca datos en la biblioteca y toda la información que encuentra se puede distribuir sobre oposiciones tales como:

- a) Panteras-leones (mamíferos degradados) - africanos en Francia
Axolotl (anfibios) mexicanos - africanos en Francia.
- b) París = Tierra = Europeo
México Tierra-Agua Azteca

La información que encuentra el hablante en la biblioteca es suficiente y ella parece construir un saber básico pero suficiente como para dejar satisfecha su curiosidad intelectual. De ahí en adelante lo que importará será la práctica de la contemplación (¿se puede hablar de meditación?) llevada a cabo sistemáticamente durante todas las mañanas. En esta parte del cuento es indispensable hacer referencia al Zen y al Budismo. Para estas prácticas espirituales cualquier elemento puede ser objeto de meditación, el signo de Om, la luz de una vela, una flor, un koan, etc. Todas ellas pueden llevar a la experiencia del bodishavata o iluminación.

El narrador ha sido con-vocado por los axolotl y señala que su meditación no tiene nada de extraño, pues desde el primer momento comprendió que algo los unía desde siempre. Es como en meditación cuando se descubren los nexos que están ocultos para la racionalidad kantiana, pero no para la espiritualidad que puede ver la unidad que hay entre lo observado-contemplado y el observador que medita.

En este párrafo es palpable la intertextualidad que hay con «La casa de Asterión» de Borges, cuando el minotauro habla sobre su casa (laberinto) señalando sus características. En el cuento de Cortázar, esto está manifestado a través del sintagma siguiente: («sólo yo puedo saber cuán angosto y mezquino»)... es el acuario.

A medida que el cuento avanza el lenguaje se hace más transparente y todo parece resumirse en el nudo «la contemplación». Las catálisis e indicios se apoderan de la narración y lo que se destaca es la simbiosis que parece ser el axolotl, mezcla de pez-estatuilla china y pequeño lagarto y dedos humanos. El monema «obsesionó» se reserva para describir los menudos dedos terminados en uñas minuciosamente humanas. La descripción del rostro parece ser la de un monje zen en meditación que siente la unidad entre las experiencias binaria sinvida-vida y humano-animal. El rostro es «inexpresivo», y es parte de los indicios que dan cuenta de toda la descripción y donde parecen conectarse más directamente con la experiencia de la meditación es cuando el axolotl respira a través de sus branquias «lo único vivo en él, cada diez o quince segundos...» se movían. «El tiempo se siente menos si estamos quietos». La preeminencia que adquiere el hemisferio cerebral derecho en la meditación es la que da cuenta de la vivencia atemporal donde desaparece la dualidad pasado-futuro y sólo queda un presente, el instante que se eterniza en el «estar despierto».

Lo que fascina al hablante es la actitud de los axolotl «Oscuramente me pareció comprender su voluntad secreta, abolir el espacio y el tiempo con una inmovilidad indiferente». La descripción se puede proyectar fácilmente hacia alguien que practica la meditación: quietud y abolición del espacio-tiempo. En estos pasajes se plantea las siguientes oposiciones.

Quietud = *Desaparición del espacio-tiempo* = *Libertad*
Movimiento Fluir del espacio y tiempo Encerramiento

En estos indicios sobre el ser de los axolotl destacan los ojos «sus ojos sobre todo, me obsesionaban». Es sabida la relación de los budistas con la mirada de las imágenes de Buda, la que es no-vista ni siquiera cuando la están pintando y lo hacen a través de un espejo. El narrador acerca de la mirada ha dicho unos párrafos antes: «y entonces descubrí sus ojos, su cara. Un rostro inexpresivo, sin otro rasgo que los ojos, dos orificios como cabezas de alfiler, enteramente de un oro transparente, carentes de toda vida pero mirando, dejándose penetrar por mi mirada que parecía pasar a través del punto áureo y perderse en un diáfano misterio. Los ojos de los axolotl me decían de una vida diferente, de otra manera de mirar». Esa otra manera de ver está vinculada directamente con la experiencia zen que puede sintetizarse así.

Quando una persona mira la montaña
el bosque, el río son eso y nada más.
Quando el principiante del zen mira la montaña
el bosque y el río encuentra otras cosas, pero al
sobrevenir la iluminación el bosque el río
y la montaña vuelven a ser bosque río y montaña.

A pesar de lo insondable mirada de los axolotl el hablante los siente cercanos. Para él es descubrir en la mirada la respuesta a un koan que no se resuelve con fáciles analogías. Termina la descripción con una afirmación rotunda «no eran *animales*». La proyección de las ideas y emociones del hablante sobre los axolotl lo va a llevar del pensamiento obsesivo a la búsqueda de «el alivio del sufrimiento que a él le parece que sufren». La descripción de los axolotl se desvía de la visión de animales y aparece el rasgo azteca. Es imposible dejar de mencionar aquí la intertextualidad con «La noche boca arriba» y la descripción de los aztecas. Aquí repetirá la visión diciendo de los axolotl: «Detrás de esas caras aztecas, inexpresivas y sin embargo de una crueldad implacable, ¿qué imagen esperaba su hora?».

La mirada entre los axolotl y el narrador es antropófaga, así al menos la siente este último en lo que se parece a un proceso de sugestión hipnótica. La «empatía» entre los protagonistas del cuento es cada vez mayor; el narrador dice: «Sufrían, cada fibra de mi cuerpo alcanzaba ese sufrimiento amordazado, esa tortura rígida en el fondo del agua. Espiaban algo, un remoto señorío aniquilado, un tiempo de libertad en que el mundo había sido de los axolotl». Aquí el texto deviene en alegoría del imperio de los aztecas y eso es lo que encuentra el hablante, un hablante lúcido que sabe que lo que está viviendo no es una proyección de su mente, sino acontecimientos reales.

«La metamorfosis» del hablante se produce en forma sencilla, sin mayores indicadores de un acontecimiento tal. Ya convertido en axolotl ve a través del vidrio y se ve alejarse al que había sido él. «Entonces mi cara se apartó y yo comprendí». El verbo «comprender» es el de la iluminación, el del saber algo de pronto más intuitivamente que racionalmente.

Desde que se convierte en axolotl pasa a otro nivel de conciencia, a pesar de que continua «pensando» como humano. Pero del otro yo va indicando como éste va discontinuando sus visitas. La comunicación con los otros axolotl es instantánea y sin que medien las palabras. La relación con su «yo humano anterior» es graficada cuando dice «...los puentes están cortados entre él y yo, porque lo que era su obsesión es ahora un axolotl, ajeno a su vida de hombre». Esta forma esquizo de vivir la experiencia y que nos hable desde el ser axolotl se hace verosímil al decir que todo axolotl «piensa como hombre dentro de su imagen de piedra rosa». La separación es reparada por la escritura al plantear que él va a escribir un cuento sobre los axolotl creyendo imaginar toda la experiencia.

De la forma circular como termina la narración se desprende que se borran las fronteras entre realidad-imaginación, así como las existentes entre lo humano y lo animal, Esta sería tal vez la Estructura Semántica Simple:

«Todos somos uno y no hay fronteras en la existencia».

2.- Los recursos del habla:

El discurso emotivo o expresivo que Charles Bally describe en su tratado de Estilística, tiene una gran presencia en el narrador desdoblado en ser humano (lo fue en el pasado) y en axolotl (lo es como narrador homodiegético). En expresiones como las siguientes encontramos el discurso expresivo que equivale a la función emotiva del lenguaje en Jakobson:

«No quise...» → Contentamiento

«Comprendí...» → Entendimiento a veces, y en otras oportunidades

«Turbado casi avergonzado...» → Emociones provocadas por la contemplación de los axolotl

«Me obsesionó...» → Toma conciencia del carácter de idea fija

«Me hizo inclinarme fascinado» → Atracción que experimenta por los axolotl

El discurso modalizante se deja apreciar a través de los verbos y adverbios modales (poder, quizá, ciertamente, etc.) en él. El sujeto de la enunciación se muestra y con él el proceso de la enunciación.

En el cuento tal vez la parte más importante donde aparece este discurso es cuando hace su augurio sobre el futuro y lo lleva a cabo desde su voz de axolotl teniendo como contenido del enunciado su parecer y lo que hace su otro yo.

«*Me parece* que todo esto alcancé a comunicarle algo en los primeros días, cuando yo era todavía él. Y en esta soledad final, a la que el ya no vuelve, me consuela pensar que acaso va a escribir sobre nosotros, creyendo imaginar un cuento va a escribir todo esto sobre los axolotl».

El discurso valorativo tiene una fuerte presencia en este cuento debido a que el material mimético mantiene una estrecha relación con las experiencias dobles del personaje-protagonista en su calidad de humano-observador y axolotl-observador. Desde esos dos polos se emiten juicios de valoración del contenido diegético. Esto queda de manifiesto en muchos pasajes, solamente señalaremos algunos, a modo de ejemplo:

«El azar me llevo hasta ellos...» La valoración de los sucesos aquí adquiere el carácter de definición de una causa: «El azar».

«Los leones estaban *feos* y *tristes* y mi pantera dormía... soslayé los peces *vulgares* hasta dar *inesperadamente* con los axolotl».

Las palabras subrayadas (adjetivos y adverbios) son transparentes a la hora de mostrar cómo el narrador percibe elementos que están siendo vehiculizados por medio de una subjetividad que marca (valora) el material de su propio discurso.

En el nivel de la enunciación se estructura un narrador homodiegético que muestra, a través de deícticos y del pronombre en primera persona, el proceso a través del cual se propone el discurso. Es interesante que el que el narrador sea un axolotl que no aparece como tal en un simulacro donde el narrador parece ser la persona que fue antes de la metamorfosis: «Hubo un tiempo en que “yo” pensaba mucho en los axolotl. Iba a verlos al acuario...» Todos los indicios apuntan en dirección de un personaje-narrador tradicional que se sitúa desde uno de los ángulos de la diégesis. Luego dice «Y sin embargo estaban cerca. Lo supe antes de esto, antes de ser un axolotl». El narrador aparece dividiendo el tiempo en un antes y un después que se justifica literalmente a través de la anacronía que se introduce al inicio del relato y cuyo salto explica la mutación. El narrador trabaja la historia desde dos lados, el lado de acá (el de los axolotl que «espiaban algo, un remoto señorío aniquilado, un tiempo de libertad en el que el mundo había sido de los axolotl». Y el lado de allá, que es donde

sitúa al que él fue algún día: «Él volvió muchas veces, pero viene menos ahora. Pasa semanas sin asomarse... pero los puentes están cortados entre él y yo». Al final del cuento el axolotl dice «...pensar que acaso va a escribir sobre nosotros, creyendo imaginar un cuento va a escribir todo esto sobre los axolotl». Esta narración se conecta a través de la intertextualidad con «Continuidad de los parques», donde, en un modo muy semejante, la narración se cierra sobre una realidad que queda abierta al lector, sumergiéndolo en la ambigüedad de «realidad» y «ficción».

En el mismo nivel de los registros del habla el discurso es altamente connotativo, polivalente al poner el acento en el signo, no obstante conserva simultáneamente el valor referencial. La significación deriva al mismo tiempo del aspecto referencial y de una relación que vincula el aspecto literal con otro texto. En este caso el otro texto es la historia de la cultura azteca, donde la figura de los axolotl surge como una metáfora de la raza sometida y diezmada. Al referirse a la fisonomía de los axolotl, dice : «No era posible que una expresión tan terrible que alcanzaba a vencer la inexpresividad forzada de sus rostros de piedra, no portara un mensaje de dolor, la prueba de esa condena eterna...». Estas palabras remiten en dos direcciones, si se priva de una es mutilarlo. Parte importante del cuento está en las reminiscencias a la cultura azteca. El efecto de evocación de este texto plantea la dicotomía entre dos culturas: una que nace de la tradición mítica y enraizada en lo aborigen de América; la otra la europea cristiano-occidental. Una, la primera, regida por la intuición y la tradición, en oposición a la basada en la racionalidad positivista que se deja fascinar por un instante por lo otro sin llegar a asumirlo.

Una interpretación literaria que dé cuenta de un sentido que atraviesa todo el cuento puede ser el del yo escindido de Cortázar en un afuera, europeo, exiliado y el otro americano, metafísico y trascendente. Creemos que esta interpretación sale como corolario de un análisis de la poética del cuento y es capaz de iluminar la zona oscura donde se confunde lo consciente con lo inconsciente, la realidad y la ficción, lo de este lado y lo del otro lado.

Es indispensable señalar que entre los intereses temáticos de Cortázar estaba la vampirología y también el zen.

© Osvaldo Ulloa Sánchez

* * *

BIBLIOGRAFÍA

La Poética Estructural. Zvetan Todorov. Fotocopias Departamento de Estudios Humanísticos.- U. de Chile.

Introducción al Análisis Estructural del Relato. Barthes, Roland. Comunicaciones. Buenos Aires 1972.

Lingüística y Poética. Jakobson, Roman. Editorial Cátedra. Madrid, 1985.

Semiología del Discurso Literario. Hendricks, William O. Madrid. Cátedra 1990.

Dinámica de la Poesía. Ferraté, Juan. Seix Barral. Barcelona 1982.

Semántica Estructural. Greimas, A. Julien. Fotocopias D. E. H., U. de Chile.

El autor:

Osvaldo Ulloa Sánchez (Chile 1954). Títulos y grados: Experto profesional en Prevención de Riesgos, por la Universidad Técnica del Estado. Registro Nacional del Ministerio de Salud N° 936; Profesor de Estado en Castellano, por la Universidad de Santiago; Licenciado en Filosofía, mención en Literatura , por la Universidad de Chile; Licenciado en Filología. Pontificia Universidad Católica de Chile; Magister en Literatura, mención en Literaturas Hispánicas, por la Pontificia Universidad Católica de Chile; Egresado del programa de Doctorado en Literatura en la Universidad de Chile. Ha publicado varios libros, impartido cursos, y realizado diversas exposiciones de fotos y poemas.

LA SENSIBILIDAD MEDITERRÁNEA: HERENCIA Y EQUILIBRIO PARA UNA RAZÓN MÁS VITAL

por Enrique Ferrari Nieto

Con sus primeros trabajos, en los que vislumbra ya los rasgos generales de su razón vital, superado su ardor neokantiano de juventud, Ortega y Gasset hace de su estética el acceso al núcleo de una metafísica en el que el yo como vida humana es aprehendido, dice, con un concepto mixto: yo y circunstancia. Porque estética es voluntad de estilo: el modo en que el hombre se desenvuelve y actúa en su entorno: cómo se relaciona con los objetos sensibles. La suya es una estética espacial –espacial y española– que se alimenta del legado de Cervantes, de su estilo, en el que Ortega encuentra las claves para interpretar un nuevo tiempo, pasado ya el siglo XIX, que se detiene, con el imperativo fenomenológico, a contemplar las pequeñas cosas. 1914, con la publicación de *Meditaciones del Quijote*, marca definitivamente la voluntad de Ortega de incorporar a Cervantes en un ambicioso proyecto metafísico –hallar un equilibrio sensato entre razón y vida– y patriótico –incorporar de nuevo a España en la cultura occidental–. Los primeros pasos comenzó a darlos años antes: aquellos trabajos que escribió con veintipocos años, ese intento por definir un camino en su búsqueda de un espacio propio más allá de las influencias en torno a las que tanteó con esos primeros titubeos en filosofía, son el hábitat de dos creaciones antagónicas (el doctor Vulpius y Rubín de Cendoya) que responden a un interés común: el ingreso a través de la estética en un pensamiento original que responde a la crisis de su tiempo con un nuevo enfoque, con una nueva capacidad para mirar las cosas, equidistante de las dos sensibilidades deficitarias que conoce: la germana y la mediterránea, su hogar y también prisión neokantiana y su tradición española que ahora asume y de la que parte. Un joven Ortega, que aún no ha cumplido los treinta, camina alentado por un alemán profesor de filosofía que busca su sistema y por un místico español, oscuro y ferviente, que le hablan de estética, de *aesthesis*, *sensación*: la esfera que Kant separó del entendimiento, el impresionismo latino. La clave de una metafísica que radica en un diálogo en el contorno.

El doctor Vulpius, a quien Ortega hace responsable de las páginas centrales de su «Adán en el Paraíso», se muestra convencido de que la estética definitiva tiene que salir de España. Como el espadarazo de un maestro del que echa mano el madrileño ahora que vislumbra cuál ha de ser su programa intelectual y cuál su partida: el «ver» del hombre mediterráneo, amante acérrimo de las cosas sensibles, enemigo de todo lo trascendente a la materia; impresionista, por cuanto busca lo sensible como tal. Una estética que no es, en ningún caso, la esfera autónoma del sistema kantiano. Ni siquiera en 1910. Sino las notas finales de Vulpius: «¿Será, pues, una extravagancia decir que el tema genérico, radical, prototípico de la pintura, es aquel que propone el *Génesis* en sus comienzos? Adán en el Paraíso. ¿Quién es Adán? Cualquiera y nadie particularmente: la vida» (I, 492)¹. Es la estética espacial de Rubín de Cendoya, la más intensa de las aficiones de aquel místico, amigo inventado de Ortega, que atiende a la circunstancia, al paisaje. Es la idea matriz de *Meditaciones del Quijote*: «Uno de los cambios más hondos del siglo actual con respecto al XIX va a consistir en la mutación de nuestra sensibilidad para la circunstancia» (I, 319). Que la estética definitiva ha de salir de España implica el reconocimiento de la capacidad de los mediterráneos para ver claro, pero no para pensar claro. El hombre mediterráneo, como un *tipo cultural* que representa bien el español, es el materialista extremo: el amante de las cosas; el que rechaza todo lo trascendente, incluida la razón (I, 199-201) –explica Ortega en «Arte de este mundo y del otro», en 1911. Pasíteles, devorado por una pantera que le servía de modelo en la Roma del siglo I a.C., es el mártir del sensualismo, que es la aptitud del mediterráneo. Mediterraneismo es sensualismo y, los mediterráneos, «meros soportes de los órganos de los sentidos» (I, 349). Con el impresionismo como rasgo de esta cultura mediterránea, española, con el *extremo predominio de la impresión* sobre el concepto (I, 359): una cultura condenada a no ser nunca progresiva, con grandes figuras, pero discontinua, en la que cada una vuelve al

¹ Las referencias entre paréntesis remiten a las *Obras completas* de José Ortega y Gasset editadas en Madrid por Espasa-Calpe en 1983. Con números romanos el tomo y con números arábigos la página de la cita.

principio, sin la herencia de su antecesor (I, 354). Escribe en *Meditaciones del Quijote*: «Para un mediterráneo no es lo más importante la esencia de una cosa, sino su presencia, su actualidad: a las cosas preferimos la sensación viva de las cosas» (I, 348).

Con el nuevo concepto de cultura mediterránea Ortega quiere sustituir al de cultura latina, *confuso* e *hipócrita*, escribe; el que leyó de joven a Menéndez Pelayo: la claridad latina frente a las nieblas germánicas que es, en realidad, la cultura de las superficies frente a la cultura de las realidades profundas (I, 341-342). Una cultura que ha sido llamada realista pero que, en realidad, es impresionista – «Mejor fuera denominarlo aparentismo, ilusionismo, impresionismo»– porque no acentúa las cosas (al contrario, siente antipatía hacia ellas), sino la apariencia de esas cosas (I, 348). Con una mentalidad, la románica, que Ortega traza a partir de la catedral de Sigüenza, con una reflexión en torno a sus características: *una espiritualidad atendida a lo que se ve y se palpa*. Como en el *Cantar del mío Cid*. Sus productos son grávidos, terrenales; afirman este mundo: «con dos torres foscas, almenadas, dos castillos guerreros, construidos para dominar en la tierra, llenos de pesadumbre, con sus cuatro paredes lisas, sin aspiraciones irrealizables». Frente a la actitud gótica, que niega la vida con la construcción de otro mundo imaginado, los elementos románicos, escribe, «se contentan circunscribiendo un trozo de vida, [...] no pretenden suplantar esa vida, sino que la sirven y la diaconizan [...]. La religión y la poesía son para la vida». Y Ortega se pone del lado de lo románico: «hay en mí una suspicacia y una antipatía radicales hacia el misticismo» (I, 188-189).

Queda ahora afirmar y organizar este sensualismo en el cultivo de la meditación². Ortega, como un trapeceista, busca el equilibrio entre racionalismo e irracionalismo, entre razón y vida, con una nueva sensibilidad³ estimulada por un tiempo nuevo que, miope, se acerca a las cosas, a las más cercanas, las olvidadas por las grandes empresas del objetivismo. Tras empaparse de Cohen en Marburgo, abandona el sistema hermético de los neokantianos para estructurar (antes de 1914, tras conocer la fenomenología) un pensamiento que, reacio al idealismo, busca la salvación en el «ver» del hombre mediterráneo, en su capacidad para percibir lo que se halla más cerca de la persona y buscar su sentido. En «Arte de este mundo y del otro» se pregunta: «¿No puede afirmarse que [...] hay en nuestro arte una corriente de subsuelo que busca siempre lo trivial, lo intrascendente?». Lo común, lo que carece de importancia, es lo distintivo del arte español, con su voluntad de salvar *las cosas en cuanto cosas, en cuanto materia individualizada* que adoptará él mismo, años más tarde, en *Meditaciones del Quijote*, en su propuesta de una cultura miope que corrija los desdenes del idealismo. Y pone ejemplos: Unamuno, y su decisión de no salvarse si no se salva su perro, y los libros de Azorín, *ensayos de salvación* de los casinos triviales de los pueblos y de provincianos anónimos, y Cervantes, con la atmósfera de *trivialismo empedernido* en su *Quijote* y, sobre todo, Velázquez, que pinta el aire: *última y suprema insignificancia*. Escribe, en esta única nota: «La emoción española ante el mundo no es miedo, ni es jocunda admiración, ni es fugitivo desdén que se aparta de lo real, es de agresión y desafío hacia todo lo supra-sensible y afirmación *malgré tout* de las cosas pequeñas, momentáneas, míseras, desconsideradas, insignificantes, groseras» (I, 200).

Ortega y Gasset amplía su concepto de cultura. También el Manzanares tiene un *logos*, dice. La *Kultura* germana, la escrita con *k*, como el conjunto de las más altas realizaciones de la humanidad, que le entusiasmó en Alemania, es ahora, con *c*, la interrelación del hombre y el mundo: una cultura no hieratizada, que consiste en extraer el *logos* de algo que hasta entonces es insignificante, *i-lógico*. La estética espacial es el primero de los pasos hacia una metafísica que alienta lo vital y quiere dejar atrás –por esa necesidad de simbiosis entre razón y vida– disputas entre racionalistas e irracionalistas. Es la capacidad, tras siglos de idealismo, de llegar a percibir lo sensible. Derruidos los grandes sistemas, el hombre baja la cabeza y se detiene ante lo que le es más cercano, también lo más insignificante, los objetos humildes que ahora llaman su atención. Sólo entonces puede relacionar y completar

² Juan Bautista Vico, filósofo italiano de los siglos XVII y XVIII representa, para Ortega, en *Meditaciones del Quijote*, el intelecto mediterráneo: genial (se adelanta a todos sus sucesores) pero caótico (I, 345).

³ Define sensibilidad vital en *El tema de nuestro tiempo*, de 1923: es la *sensación radical ante la vida*, el modo en que se siente la existencia en su *integridad indiferenciada*. Es un fenómeno primario en la historia, básico para comprender una época: cada una de sus variaciones se presenta como una nueva generación (III, 146-147). Cada sensibilidad, escribe en *Meditaciones del Quijote*, es intransferible, se desarrolle o no: “un pueblo es un estilo de vida, y como tal, consiste en cierta modulación simple y diferencial que va organizando la materia en torno” (I, 362).

ese «yo» mutilado por el idealismo –el segundo «yo» de la sentencia «yo soy yo y mi circunstancia»– con la circunstancia; y constituir ese «yo» auténtico, fruto de la interacción entre hombre y entorno, y mundo, que es la vida: una *unidad dual*. Sólo así, plenamente consciente de su circunstancia, el hombre comunica con el universo, con su salida natural, que en Ortega son los puertos de Guadarrama o el campo de Ontígola, junto a El Escorial. «Este sector de realidad circunstante –escribe– forma la otra mitad de mi persona: sólo al través de él puedo integrarme y ser plenamente yo mismo» (I, 322).

La razón vital, la razón como respuesta a la vida de cada hombre, que es la realidad radical, es la pieza maestra para el engranaje de la propuesta de Ortega. El intelecto, la razón pura, no saca de dentro de sí los conceptos fundamentales; estos le vienen impuestos por la circunstancia, por las distintas necesidades vitales. La vida es la realidad primera, en la que todas las demás aparecen. Es la auténtica tesis radical (XII, 192-193). La filosofía, por tanto, debe ser consustancial a la vida humana. Se puede prescindir de la razón pura, pero eso no justifica desdeñar la razón; razonar es una obligación del hombre en su enfrentamiento con su circunstancia inexorable. Al destronar la razón –advierte– cuidémonos de ponerla en su lugar. No todo es pensamiento, pero sin él no poseemos nada con plenitud. Los principios de la razón no son racionales (no son frutos de esta), sino urgencias de la vida, una respuesta a lo que acontece al hombre. La *res cogitans* ha de ser sustituida por una *res dramática*. No pienso luego existo. Porque existo tengo que pensar. Pienso porque me siento perdido, como el náufrago, en un elemento que desconozco, cuyo ser es extraño al mío. El pensamiento, lejos de ser una realidad única y primaria, es consecuencia de mi existir; echa sus raíces en la realidad radical que es mi vida. Si Descartes llegó a la conclusión de que existe porque piensa, fue porque se sintió perdido en un elemento extraño, en el mundo. Vivir –señala en «Para una psicología del hombre interesante», en 1925– no es estar solo, sino, al contrario, no poder estar solo consigo, sino hallarse cercado, prisionero de una cosa misteriosa que es el universo, la circunstancia. Y como el náufrago agita los brazos, el hombre piensa para salvarse.

Ortega amarra su propuesta filosófica a la percepción general de un cambio radical que separa el siglo XX del anterior: una mutación en la sensibilidad para la circunstancia, porque sólo en la reabsorción de esta se descifra el destino concreto del hombre. El rechazo de Ortega a la cultura española en su intento por integrar a España en la modernidad se convierte, en seguida, en una atención especial a los resortes culturales de su país (la defensa de la vida inmediata del alma española salva a la circunstancia, pero es insuficiente), como elementos necesarios para el desarrollo del proyecto que exige el tiempo nuevo, con lo pueril como uno de los rasgos más claros, con el predominio del deporte como uno de sus síntomas. A una época marcada por la seriedad le sucede ahora otra de *salvadora puerilidad*. Escribe en «Carta a un joven argentino que estudia Filosofía», en 1924: «Un profundo instinto hace entrever a nuestras viejas naciones que necesitan, después de una etapa de triste trabajo, dominada por la idiosincrasia del burgués y el obrero, una etapa de puerilidad y juventud» (II, 351).

El símbolo para esta nueva actitud vital –piensa Ortega y Gasset– es el juego, como una actividad sin utilidad práctica, atenta solo al placer que proporciona, sin obligaciones externas: la del verdadero aristócrata. Es un lujo vital. El hombre juega porque se siente seguro respecto a las urgencias elementales del vivir. Porque vive desahogadamente. El juego supone un dominio previo sobre la existencia. Es un esfuerzo no utilitario, espontáneo, lujoso, que se diferencia del impuesto por una circunstancia de trabajo, que busca ante todo alcanzar su fin. Es un esfuerzo sosegado que el hombre hace porque quiere hacerlo. Se complace en sí mismo. El *gentleman*, el que domina su circunstancia, aspira a hacer de su existencia un juego y un deporte. Y porque quiere eso sabe que la vida es cosa dura, seria y difícil (V, 351-352). La vida siempre ha añadido, a sus haceres impuestos por la realidad, el jugar, «el más extraño y sorprendente hacer», escribe. El juego es una invención del hombre; el resto de los haceres le viene impuesto y preformado por la realidad. Las reglas del juego –pura invención humana– crean un mundo que no existe. El hombre hace el *otro mundo*, el que no existe, el que es farsa. Mientras juega, no hace nada en serio: «El juego es el arte o técnica que el hombre posee para suspender virtualmente su esclavitud dentro de la realidad, para evadirse, escapar, *traerse* a sí mismo de este mundo en que vive a otro irreal». Esto es, *dis-traerse*. El hombre necesita descansar de su vivir. Por tanto, la diversión –esa vuelta a lo irreal– es consustancial a la vida humana. Frívolo –advierte Ortega– no es el que se divierte, sino el que cree que no hay que

divertirse (VII, 469).

El juego exige que se juegue lo mejor posible. Su falta de seriedad externa (su falta de forzosidad) lo dota de una rigurosa seriedad interna (II, 350). Sin esa seriedad propia no podría existir, porque jugar consiste, como también vieron, dice, Huizinga y Piaget, en cumplir escrupulosamente las reglas⁴. Mentir en el juego es falsificarlo, no jugar (V, 351). Todo juego implica el cumplimiento de unas normas, pero hay diversas dimensiones bajo este rasgo común. Pueden distinguirse diferentes juegos: el de los niños, e incluso el de los cachorros. El juego de escalar el Himalaya, que supone un esfuerzo mortal, o el del torero. Y equidistante de ambos, los juegos científicos de tensión y destreza, como el ajedrez (VIII, 307). O el arte de vanguardia (como un síntoma más de una nueva actitud vital, en la que los valores de juventud se imponen a los de senectud), que también reclama, en oposición a los movimientos anteriores, una cercanía con los deportes y juegos. El arte, como el juego, carece de compromiso: es una actitud lujosa y exuberante. Escribe en *La deshumanización del arte*: «Para el hombre de la generación novísima, el arte es una cosa sin trascendencia. [...] El hecho no es que al artista le interesa poco su obra y oficio, sino que le interesa precisamente porque no tienen importancia grave y en la medida en que carecen de ella» (III, 383). En lugar de poner el arte en conexión con movimientos políticos, o religiosos, o filosóficos, como en otras épocas, el arte joven, irónico, se aproxima a los juegos y al deporte.

El Ortega que buscaba en el racionalismo la salvación de España vinculó la ironía⁵ al clasicismo, al hombre fuerte que se posee a sí mismo y somete a las normas su energía excesiva. El clasicismo es el sistema de la ironía y la continencia (I, 462). En su «Renan» oponía la cultura a la naturaleza: el hombre natural es el espontáneo; la cultura, en cambio, es la negación de esa espontaneidad: es ironía (I, 460). Pero, frente a esos primeros escritos en que defiende el clasicismo, en *El tema de nues-*

⁴ En 1924, en «Carta a un joven argentino que estudia filosofía», recogido en *El Espectador* IV, Ortega aconseja al joven que se acerca a la cultura («esa sería broma, esa broma formal que se parece al juego enérgico, al deporte»), que evite el modo solemne, que no tome la teoría como algo serio, sino como un juego (II, 350-351). Años más tarde, en *¿Qué es filosofía?* (1929), vuelve a insistir en la actitud que debe tener quien quiere acercarse a la ciencia y a la filosofía: la de aquel que se ocupa en un juego. «Frente al radical vivir la teoría es juego, no es cosa terrible, grave, formal». Aquello que se le propone no tiene por qué convencerle, no tiene que tomarlo en serio, sino como un juego en el que debe cumplir las reglas. Recuerda que Platón, en sus últimas obras, juega con dos palabras que en griego suenan casi lo mismo: *paideia* (cultura) y *paidia* (chiquillada, juego). La ciencia, el arte y la moral no son «cosas serias, graves, sacerdotales». Son más bien un juego (VII, 345-349). Ortega no acepta el tono melodramático en que se escribe la filosofía de su tiempo. Lo señala en 1947, en *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva*. Porque, si es cierto que el contenido de la filosofía tiene un carácter dramático y patético, al ser teoría, una combinación de ideas, su índole propia es ser jovial, como corresponde al juego. Si se toma a la filosofía sólo patéticamente, se pierde *la libertad de espíritu*, la audacia y alegría necesarias para teorizar: «Mi idea es que el tono adecuado al filosofar, no es la abrumadora seriedad de la vida, sino la alciólica jovialidad del deporte, del juego» (VIII, 305-306). La teoría y, su superlativo, la filosofía —ha escrito unas páginas antes— es el gran juego. Con todo, en la primera lección de *La razón histórica* (1940), parece establecer unos límites. El estado del espíritu con que se debe entrar en la teoría no es el de la realidad, pero tampoco el del juego. Le parece excesivo, falso. Pensar no es jugar con las ideas. «El pensamiento no es un juego. El juego es irresponsable y no crea nada, es pasatiempo... El pensamiento, en cambio, crea concepciones del mundo y de la vida» (XII, 158). Por eso aboga por buscar un punto intermedio, y lo encuentra en el deporte, a medio camino entre la seriedad de la vida y la liviandad del jugar. En referencias anteriores había situado en el mismo nivel el juego y el deporte. La diferencia entre ambos estaba en que el deporte incluye el riesgo, aunque sea el de un esfuerzo excesivo; el deportista va al peligro (II, 431). De todos modos, Ortega insiste a lo largo de su obra, por encima de cualquier diferencia, en sus rasgos comunes: deporte y juego suponen un esfuerzo lujoso con una rigurosa seriedad interna.

⁵ En 1926, en «Nuevas casas antiguas», Ortega expone su concepción de la ironía: «Ironizamos siempre que en nuestro trato con una cosa, sea del orden que sea, no la referimos ni enganchamos al núcleo decisivo de nuestra persona. El 'yo' que entonces se relaciona con la cosa —para juzgarla, estimarla, amarla o reprobarla— no es el fondo definitivo, sostén último del resto de nuestra personalidad, sino un 'yo' más o menos ficticio que *ad hoc* destacamos para que se las entienda con el objeto» (II, 551). En «Renan», de 1909, había escrito que disimulo y simulación (pasos necesarios que cada sujeto ha de llevar a cabo para comprender al otro) son, en griego, ironía (I, 456): ser siempre, a la vez, dos cosas: una que se es de verdad, en plenitud, y otra en que se finge ser menos de lo que se es. Como el gran irónico que fue Sócrates, el hombre, dice, más grande del mundo antiguo, que lo sabía todo y por las plazas de Atenas reconocía saber sólo que no sabía nada (VIII, 438). En los primeros años del siglo XX, en cambio, no existe la ironía. Porque esta exige una personalidad efectiva sobre la que apoyar otra ficticia, inventada por uno mismo. Y eso sólo puede permitírsele quien se siente muy seguro socialmente de su personalidad real (III, 266).

tro tiempo de 1923 –con el que advierte de la necesidad de sustituir la razón pura por otra más atenta a lo vital– Ortega cambia de actitud y opone a la ironía socrática la de Don Juan. La ironía de Sócrates inaugura el racionalismo: la creación de una vida doble, a partir de la razón pura, que sustituye a lo que el hombre es: espontaneidad. Con su ironía irrespetuosa, Don Juan se subleva contra la moral, porque esta se había levantado antes frente a la vida (III, 176-178). Don Juan es el gran mito de la literatura española: seductor temerario y burlador. Con su *ironía irrespetuosa* es para Ortega, frente a Sócrates, la figura de una nueva moral atenta a lo vital. Escribe en *El tema de nuestro tiempo*: «Don Juan se revuelve contra la moral, porque la moral se había antes sublevado contra la vida. Sólo cuando exista una ética que cuente, como su norma primera, con la plenitud vital, podrá Don Juan someterse. Pero eso significa una nueva cultura: la cultura biológica. *La razón pura tiene que ceder su imperio a la razón vital*» (III, 178).

El de Ortega no es el Don Juan estridente de Zorrilla, un *figurón de feria*, compuesto solo de ademanes, volcado en la conquista de mujeres. Junto a Alonso Quijano lo toma como uno de los maestros españoles del descontento (VIII, 31). Es un Don Juan reinterpretado, lejos de las disquisiciones moralizantes, en la estela de otros pensadores de su tiempo, sobre todo alemanes, y recuperado para su razón vital, porque su figura es, dice, la del *héroe sin finalidad* que busca en el mundo algo que absorba por completo su capacidad de amar: «[Es el] terrible símbolo de una simiente trágica que, más o menos incubada, llevamos dentro todos los hombres: la sospecha de que nuestros ideales son mancos e incompletos, frenesí de una hora embriagada que culmina en desesperación, embarque jovial que una vez y otra hacemos en naves empavesadas, las cuales siempre al cabo periclitán» (VI, 124). No es un hombre frívolo. Es un hombre trágico (II, 154). Dispuesto siempre a dar su vida: «No conozco –escribe Ortega en “Introducción a un «Don Juan»”, en 1921– otro rasgo más certero para distinguir un hombre moral de un hombre frívolo que el ser capaz o no de dar su vida por algo» (VI, 136).

El estudio del *Quijote* de Ortega y Gasset en 1914 es consecuencia de la asunción de su condición de español: sumergido en la cultura española, rescata el libro de Cervantes, como uno de los pocos textos verdaderamente profundos, síntesis de impresión y concepto⁶. En 1910, en un artículo muy breve en *El Imparcial*, escribe: «Cervantes no quedó agotado en el horizonte de ideas y emociones de su tiempo: porciones de su espíritu trascendieron vírgenes de aquella edad y hoy van siendo fecundas» (I, 140). Por ello, en sus meditaciones presenta el embrión de su pensamiento, alentado por esa matriz viva. Hay un sentido profundo bajo esa selva de impresiones que constituye el *Quijote*: un sentido que no viene dado por el personaje sino por la interrelación de este y su circunstancia, por su diálogo con el paisaje. *Meditaciones del Quijote* es la presentación de una explicación metafísica de la realidad, que extiende sus brazos a la España de comienzos de siglo, que es la circunstancia de Ortega, con el arte, en su intento por definir la novela, y el estilo cervantino. La tarea quedó truncada, e iría completándose con nuevas obras. Pero deja constancia de su intención de proteger su pensamiento con el texto de Cervantes. Con lo que se alinea con lo más valioso de su herencia como mediterráneo para dar con un equilibrio entre el racionalismo idealista y las nuevas posiciones antirracionales.

La crisis tremenda que azota la conciencia europea, con el resquebrajamiento de los cimientos sobre los que ha sido construida la civilización moderna, se plasma en las diferentes lecturas del *Quijote*. Escribe Ortega en sus *Meditaciones* de 1914: «Hay en derredor nuestro, desde hace siglos, un incesante y progresivo derrumbamiento de los valores» (I, 313). El deicidio del «Dios ha muerto» que retoma Nietzsche implica que el mundo suprasensible pierde su fuerza efectiva: que al hombre no le queda nada por lo que guiarse, con una convulsión que llega a la ciencia y al arte. 1905 es el año en que Einstein presenta su teoría de la relatividad. El surrealismo se presenta como una toma de postura en lucha contra la lógica que reduce el mundo a un orbe racionalista y calculador. Se intenta

⁶ Nelson Orringer (*Ortega y sus fuentes germánicas*, Madrid, Gredos, 1979, 162) escribe: El concepto nuevo enriquece la vida, agregándole una dimensión más. Por eso, para que sus compatriotas tengan una vida más rica, recomienda Ortega que disciplinen su sensualismo, cultivando el pensamiento riguroso. Deben seguir en sus propios cambios de interés el ejemplo de Cervantes al escribir el *Quijote*, síntesis magistral de la impresión y del concepto. Si esta novela rebosa de detalles sensoriales, hasta el punto de oscurecer toda ideología general, tiene, sin embargo, una profundidad, un sentido universal que Ortega gusta de acentuar. De la obra cervantina espera derivar una teoría de sentido de España en el universo.

liberar al hombre de la represión a la que es sometido por la burguesía. La primera guerra mundial se echa encima. Y resuenan con más fuerza los ecos del pensador alemán, su transvaloración de todos los valores, y la denuncia de un nuevo movimiento histórico en Europa. Nihilismo, para Nietzsche, es que los valores supremos han perdido su valor.

Los nuevos valores son los de la juventud, que Ortega caracteriza por su beligerancia (III, 259); por su descrédito hacia el trabajo, por su rechazo hacia lo forzoso, hacia lo ineludible, y su ilusión sólo por aquellas cosas que se presentan como revocables (V, 225-226); por su plenitud sin reservas: «un sistema de muelles tensos que funcionan bien y se disparan con toda energía» (IV, 482). Es la que debe reaccionar y modificar el mundo heredado de sus predecesores (V, 36-37), aunque los jóvenes de su tiempo –avisa en Argentina– viven desmoralizados (III, 257), sin experiencias de lo maravilloso (III, 570). Ortega cree en la juventud. Pero no es una confianza ciega. Es la asunción de la necesidad de entendimiento, de comprender lo que sienten, y no tanto lo que piensan (IX, 342). Escribe en «Mauricio Barrès», en 1923: «Nunca tienen razón en lo que niegan, pero siempre en lo que afirman. Nuestra obra debe extender siempre un tentáculo hacia los corazones de mañana» (IV, 440). La juventud, escribe en «El deber de la nueva generación argentina», de 1924, es una etapa de *enérgica absorción*, de dejarse influir por toda *ejemplaridad*: las generaciones decadentes rendirán culto al aspaviento; las ascendentes, en cambio, sólo admitirán *la más impecable honestidad* (III, 257-258).

Si la estética es, en Ortega, una cuestión de estilo, su propuesta de una estética española supone aceptar, de su tradición, la capacidad del hombre mediterráneo para acercarse a las cosas y relacionarse con ellas. El estilo es del sujeto, pero se plasma en la materia. Es lo que confiere a cualquier obra su carácter estético: una obra artística es tal por lo que tiene de estilización, porque el arte como reproducción de la realidad no tiene sentido. El objeto deformado en la obra de arte es un objeto distinto del real, un objeto nuevo que no existe en la naturaleza y que inventa el artista. La forma es el estilo con que se imprime la materia, con el que el sujeto desrealiza los objetos tomados de la realidad. Pero esa sensibilidad española es insuficiente. Necesita del concepto como herramienta para apuntalar las sensaciones. El concepto no puede sustituir a la intuición, como la razón no puede sustituir a la vida. Pero es un elemento básico que muestra la relación entre la materia y la estructura del universo.

Ortega no acude al sepulcro de Don Quijote, como hizo Unamuno. Va al de Cervantes, *un español profundo y pobre, que anduvo por los caminos del mundo ocultando bajo la sonrisa más cortés el corazón más dolorido* (VIII, 27). Sabe que dejó marcado un estilo válido para la vida que comienza con un turbulento siglo XX; que sólo él puede dar luz al destino de España. Escribe: «¡Ah! Si supiéramos con evidencia en qué consiste el estilo de Cervantes, la manera cervantina de acercarse a las cosas, lo tendríamos todo logrado. Porque en estas cimas espirituales reina inquebrantable solidaridad y un estilo poético lleva consigo una filosofía y una moral, una ciencia y una política. Si algún día viniera alguien y nos descubriera el perfil del estilo de Cervantes, bastaría con que prolongáramos sus líneas sobre los demás problemas colectivos para que despertásemos a nueva vida» (I, 363). La novela de Cervantes es una gran selva de impresiones, pero late bajo ella un sentido, una profundidad filosófica, como en los cuadros de Velázquez. Aunque no consiga el equilibrio exacto de Goethe entre impresión y reflexión; y sea necesario unas gotas de fenomenología, cierta distancia, escribe. Su objetivo en 1914 es añadir a la conciencia española la idealidad necesaria que la equilibre. Porque la cultura mediterránea, asume Ortega, no puede competir con la ciencia alemana (I, 345). La reconoce como propia, como una herencia en su pensamiento, pero, educado también en Alemania, se niega a que sea la única en su biografía: «Yo no soy sólo mediterráneo. No estoy dispuesto a confinarme en el rincón ibero de mí mismo. Necesito toda la herencia para que mi corazón no se sienta miserable» (I, 356).

© Enrique Ferrari Nieto

El autor:

Enrique Ferrari Nieto (Valladolid, 1979). Licenciado en Filosofía y en Filología Hispánica. Está acabando de escribir su tesis doctoral sobre la dimensión epistemológica de las vanguardias históricas en la estética de Ortega y Gasset, para la que la Universidad de Valladolid le concedió una beca de investigación. Colabora, como articulista de opinión, en El Norte de Castilla.

GILGAMESH Y LA ESCRITURA

por José Ángel García Landa

I

El libro de John Battelle *The Search* termina, muy adecuadamente creo, con el relato de cómo Google llevó al autor a conocer el poema de *Gilgamesh*: y de cómo así Internet sigue haciendo accesible universalmente un texto que nos habla desde la noche de los tiempos. Pero además, Internet le da así a ese texto nuevas fuerzas para cumplir su vocación de perdurar, inscrita allí desde el origen de la escritura. Pues éste es, por encima de otros, el tema central del *Gilgamesh*: su propia pervivencia.

Recuerdo que compré el poema de *Gilgamesh* en una edición conjunta con el *Bhagavad-Gita*, y que, si este último me resultó repugnante (al margen de su interés filológico), *Gilgamesh* era en cambio un poema impresionante, lleno de lugares memorables, y quedaba grabado en la memoria. Nada tan inolvidable como su principio:

Quien ha visto el fondo de las cosas y de la tierra
y todo lo ha vivido para enseñarlo a otros,
propagará su experiencia para el bien de cada uno.
Ha poseído la sabiduría y la ciencia universales,
ha descubierto el secreto de lo que estaba oculto.
Quien tenía noticia de lo anterior al Diluvio,
emprendió largos viajes, con esfuerzo y fatiga,
Y sus afanes han sido grabados en una estela.
Ha hecho levantar la amurallada Uruk,
el sagrado Eanna, el puro santuario.
Ha visto la muralla, trazada a cordel,
y el muro interior, que no tiene rival;
ha contemplado el dintel, que data de siempre,
se ha acercado al Eanna, templo de Ishtar,
que ni hombre ni rey podrán nunca igualar.
Ha paseado por las murallas de la ciudad de Uruk
y mirado la base, su sólida fábrica,
toda ella construida con ladrillos cocidos
y formada por siete capas de asfalto. (GBG)

Uruk era Irak hace cuatro mil quinientos años. Habla Borges en su prólogo a la epopeya de *Gilgamesh* de

las muchas maravillas de este multiforme poema. La triste condición de los muertos y la búsqueda de la inmortalidad personal son temas esenciales. Diríase que todo ya está en este libro babilónico. Sus páginas inspiran el horror de lo que es muy antiguo y nos obligan a sentir el incalculable peso del Tiempo. (GBG).

Lo muy antiguo elevado al cuadrado, en realidad— al comenzar ya el poema con la mención de esas construcciones «que datan de siempre». Y además el principio del poema mira también al futuro, nos mira cara a cara diríamos, cuando hace alusión a su propia escritura, «sus afanes grabados en una estela». En las piedras de Uruk se superponen el remoto pasado y el futuro impensable desde el cual estamos escuchando, hoy, lo que se mandó grabar en piedra. De la piedra a la tablilla de barro cocido (material también de la arquitectura inmortal, y también material de la escritura difundible, inmortalizable mediante la comunicación). De la tablilla a la edición académica, al libro del cual he extraído estos versos, y luego al e-book o a los videojuegos.

Ahora dicen los arqueólogos que han encontrado los restos de Uruk. Pero ya estaban aquí, claro. ¿Está rescatado ya Gilgamesh para la historia? Ahora que ya existen múltiples ejemplares, ¿existirá hasta el fin de los tiempos? Sea como sea, mientras exista (y quizá exista más tiempo que la humanidad), seguirá hablando impasible de la eternidad de las piedras y de la escritura, y de lo transitorio de la vida humana: «Su rostro era el de un hombre que llega de muy lejos» (*GBG*).

El texto y la imagen han sido desde entonces hasta ahora nuestra mayor aproximación a la inmortalidad: que se hable de nosotros tras la muerte, o hablar nosotros mismos (una vez muertos) en nuestros textos y grabaciones. La historia aquí narrada cuenta cómo Gilgamesh obtiene el remedio para lograr la inmortalidad, pero lo pierde por accidente... Menciona Battelle cómo esta historia casi se perdió durante la destrucción de la biblioteca de Asurbanipal. Y aun si la biblioteca sobrevive, un libro puede perderse en ella para siempre (nos recuerda Borges en «El libro de arena»).

La biblioteca total, con el acceso total que prometen las herramientas de búsqueda, parece hoy a punto de conseguirse. Sería para muchos textos lograr la oportunidad de hacerse visibles a pesar de las siete capas de libros que tengan encima. Si hay alguien que los quiera digitalizar primero, y leer después. Un texto no buscado ni leído sigue enterrado para siempre en la oscuridad. Battelle imagina ya tejida la red universal de textos, la memoria humana escrita y digitalizada, y conectada mediante la búsqueda informatizada, que a modo de segunda escritura la hace universalmente accesible: «And barring a revival of the Luddites or total nuclear war, this chain will most likely be unbroken, forever, into the future» (*The Search*). Es éste un sublime tecnológico-textual, a una escala que trasciende y en cierto modo horroriza a nuestra finitud y mortalidad. Hay un asomo de tiempo geológico, inconmensurable, en toda escritura. Hay algo ya de inhumano, algo de funerario, en todo texto, toda estela grabada en piedra, o toda máquina que habla sin una presencia humana tras ella. Y quizá en un futuro las máquinas lean a las máquinas, y al *Gilgamesh*, cuando ya no haya humanos interesados en el tema.

Así habla Ut-Napishtim a Gilgamesh:

¿Acaso construimos casas para siempre
y para siempre sellamos lo que nos pertenece?
¿Acaso los hermanos comparten para siempre?
¿Acaso para siempre divide el odio?
¿Acaso la crecida del río es para siempre?
¿Acaso el pájaro kulilu y el pájaro krippu
suben para siempre al cielo mirando al sol?
Los que duermen y los que están muertos se asemejan.
El noble y el vasallo no son diferentes
cuando han cumplido su destino.
Desde siempre los anunnaki, los grandes dioses, se han reunido,
y la diosa Mammitu, creadora del destino, con ellos fija los destinos.
Los dioses deciden sobre nuestra muerte y nuestra vida,
pero no revelan el día de nuestra muerte. (*GBG*, X,vi)

Y así, el final del poema enfatiza más la eternidad de la muerte que la eternidad de las construcciones humanas y de la sabiduría transmitida por la escritura. Al final de su búsqueda, Gilgamesh no logra la inmortalidad, aunque sí logra que su amigo Enkidú regrese a conversar con él desde el mundo de los muertos, y que le cuente parte de lo que ha visto allí:

—Dime, amigo mío, dime, amigo mío,
dime la ley del mundo subterráneo que conoces.
—No, no te la diré, amigo mío, no te la diré;
si te dijera la ley del mundo subterráneo que conozco,
te vería sentarte para llorar.
—Está bien. Quiero sentarme para llorar...

II

Impresionado, me he comprado una nueva traducción del poema de Gilgamesh, hecha por Jorge Silva Castillo, y en esta versión he encontrado el poema todavía más interesante (y disfrutable) como obra literaria. Es una versión un tanto «interpretativa»: hasta le añade a la traducción un subtítulo que refuerza su interpretación de la obra: *Gilgamesh, o la angustia por la muerte*. Es una interpretación que hace girar todo el poema alrededor de la tristeza de la mortalidad en contraste con la grandeza por la vida, una idea presente de modo memorable en un poema donde se dice que «la humanidad, su nombre es “como una caña de cañaveral se quiebra”» (G, 222, n. 130). Así resume el traductor su interpretación del poema en relación al tema de la inmortalidad. El ser humano es intrascendente, frente a la trascendencia de los dioses, recuerda Gilgamesh a su amigo Enkidú.

Gilgamesh entonces le propone lanzarse a la gran aventura de la expedición al bosque de los Cedros y, ante las objeciones de su amigo, que trata de disuadirlo, fundamenta su decisión en trascender por la fama de sus proezas. Gilgamesh busca así trascender de la única manera posible para un mortal, puesto que sólo los dioses poseen la vida... los hombres están destinados a la muerte:

«La humanidad tiene sus días contados... todo cuanto hace es viento» (Tablilla III, col. iv, versos 142-143). Enkidú, criatura salvaje, semihombre, semianimal, se había humanizado por los ritos del amor de una hieródula. Gilgamesh, rey tiránico y en este sentido deshumanizado, inicia un proceso de humanización por la amistad de Enkidú, pero deberá sufrir la muerte de su amigo para tomar conciencia de su intrascendencia humana, y sufrir el fracaso de su intento por lograr la inmortalidad para llegar al fin de ese proceso: sólo cuando vuelve a Uruk resignado y asume su condición humana alcanza Gilgamesh una humanización completa. (Silva, G, p. 29)

Disiento, sin embargo, de lo que a continuación dice Silva: «... y, de ese modo, se convierte en el antihéroe, prototipo del hombre-mujer mesopotámico» (G). Gilgamesh es siempre un héroe, el héroe del poema, y sus hazañas son sobrehumanas aunque no consiga alcanzar la inmortalidad. Descendiendo a las profundidades en busca de la planta que da la inmortalidad, Gilgamesh cumple el recorrido arquetípico del héroe: viaja a los infiernos, y regresa, si bien con una inmortalidad imperfecta. La culpable es (como en el Génesis) la serpiente, que se lleva la planta mientras Gilgamesh duerme. Como dice el editor, «sucumbir al sueño no sólo es prueba de la debilidad de la naturaleza humana, cuya máxima consecuencia es la mortalidad, sino, más aún, el sueño es en sí una pequeña muerte» (G, 225, n. 149). A su vez, la serpiente deja su muda, lo cual parece aludir a su propio poder de regeneración.

El *pukku* y el *mekku* que pierde Gilgamesh en un fragmento aislado, o quizá en otra versión de la historia, quizá sean el equivalente de la planta de la juventud en la versión estándar que sirve de base a esta traducción. Como señala el editor,

Ciertamente son símbolos de poder y probablemente, por ser don de Ishtar, la diosa del amor, su simbolismo tenía alguna connotación sexual, puesto que el rey estaba investido para regenerar año con año a la sociedad humana. (G, 226, n. 154).

La forma que a veces se atribuye a estos símbolos reales, un aro y una vara, ciertamente hace pensar en un símbolo vaginal y uno fálico, respectivamente. No olvidemos que, como rey, se atribuye a Gilgamesh el derecho de pernada, que sin duda tiene también un sentido simbólico (y es de suponer que con frecuencia también literal) de fecundación. (Nota 2).

En el mundo de los muertos, al que Gilgamesh llega acompañado de la versión babilónica de Caronte, «Los *etimmu*, los muertos mismos en su estado semi-inmaterial, son comparados con las sombras y con el viento, pero tienen necesidades básicas (comer y beber), que satisfacen gracias a las ofrendas funerarias que les proveen sus descendientes vivos» (Silva, G 226 n. 157).

Los muertos sólo viven su precaria existencia mientras son recordados. El relato que hace Enkidú de las leyes del infierno sí parece dar a los muertos un puesto y vida mejor según el número de descendientes. No iban desencaminados los babilonios, al considerar que son los descendientes quienes

con sus ofrendas mantienen al muerto alimentado en la medida de lo posible en su vida de sombras. El destino último de los vivos es un buen puesto en el infierno, pero más importante es gozar de la vida mientras la tenemos, como le aconsejan a Gilgamesh:

Gilgamesh, ¿hacia dónde corres?
La vida que persigues, no la encontrarás.
Cuando los dioses crearon a la humanidad,
le impusieron la muerte;
la vida, la retuvieron en sus manos.
¡Tú, Gilgamesh, llena tu vientre;
día y noche vive alegre;
haza de cada día un día de fiesta;
diviértete y baila noche y día!
Que tus vestidos estén immaculados,
lavada tu cabeza, tú mismo estés siempre bañado.
Mira al niño que te tiene de la mano.
Que tu esposa goce siempre en tu seno.
¡Tal es el destino de la humanidad! (G, p. 29)

(O, como decía Bob Dylan, «have a bunch of kids that call me pa – That must be what it's all about»). Enkidú había sido una simple bestia, y como tal desconocía la muerte: de ello parece acordarse cuando maldice al cazador que lo encontro, y a Shamhát, la prostituta sagrada que lo hizo humano haciéndole el amor (G, 120-21). Hasta a su nombre inscrito (que le ha de trascender) maldice Enkidú cuando sabe que va a morir (G, 118). Pero sí que se consuela, en cambio, sabiendo que tendrá bonitos ritos funerarios... Gilgamesh manda hacer una efigie de Enkidú en lapislázuli (G, 135).

Los hombres de piedra del mundo infernal a los cuales ataca Gilgamesh parecen tener algo en común con la pervivencia de las imágenes tras la muerte en efigie: son similares a «una estatua funeraria, supremo honor que un difunto podía tener y por el cual sería recordado siempre y, por lo tanto, habría de gozar de mejor vida en el inframundo» (Silva, ed., G, 219, n. 110).

Pero el tema de la rememoración funeraria y de la inmortalidad se trata de la manera más memorable en la propia estructura narrativa de la obra y en su textualidad. Recordemos el principio de *Gilgamesh*. (Aquí estandarizo el texto y unifico los hemistiquios; a veces modifico ligeramente la traducción de Silva Castillo).

Quien vio el Abismo, fundamento de la tierra,
quien conoció los mares, fue quien todo lo supo;
quien, a la vez, investigó lo oculto:
dotado de sabiduría, comprendió todo,
descubrió el misterio, abrió la vía
de las profundidades ignoradas
y trajo la historia de tiempos del Diluvio.

Tras viaje lejano, volvió exhausto, resignado,
y grabó en estela de piedra sus tribulaciones.

Al comienzo del poema no sabemos de quién se nos habla; luego comprenderemos que quien ha hecho esos viajes y obtenido ese conocimiento es Gilgamesh. El inicio del poema nos habla así no sólo de algo que ha pasado, como toda narración, sino también, prolepticamente, de algo que va a pasar en el poema; es una especie de *abstract* o tráiler que resume lo esencial de la aventura de Gilgamesh: no su fracaso a la hora de alcanzar la inmortalidad, sino su éxito en la obtención del conocimiento. El viaje no es sólo una aventura que termina mal, también es un viaje a la experiencia, y nos anuncia desde el principio la culminación de esa experiencia: la enseñanza, la memoria, la

escritura: «grabó en estela de piedra sus tribulaciones». Así pues, Gilgamesh no obtiene la inmortalidad, pero sus hazañas sí que serán inmortales: también él se convierte en «hombre de piedra», de material imperecedero, capaz de resistir las aguas del olvido, una figura grabada en la roca, una inscripción que perdura. El hombre no puede trascender la muerte, pero su experiencia, a través de la escritura, sí puede. Un tema éste, la inmortalidad a través de la fama y de la literatura que la inmortaliza, que emerge periódicamente en la gran literatura, como una necesidad expresiva, inherente a su propia grandeza: de Homero, a Horacio, a Shakespeare, a *El Señor de los Anillos* –sí, también lo encontramos en versiones más populares.

Tal parece ser un importante descubrimiento de Gilgamesh: la narración puede ser grabada en piedra, no se ve limitada a la transmisión oral (que sin duda fue la primera forma del poema). La escritura cuneiforme se destinó primero al parecer a llevar contabilidad (está ligada a la ciudad, al mercado, al registro de excedentes agrícolas que posibilitan las ciudades y los Estados). Con *Gilgamesh* da la escritura un salto cualitativo, y recoge ya no medidas de grano, sino la historia modélica de un héroe. Y de un fundador de ciudades (fundamento de la escritura), y de un «escritor». El principio del poema superpone dos obras imperecederas de Gilgamesh: las murallas de la ciudad de Uruk, antes de sus viajes, y la (hipotética) estela de piedra con esta narración, tras ellos. Hay una cierta analogía o parentesco entre estas dos obras duraderas que hablarán de su memoria.

El erigió los baluartes de Uruk la amurallada,
el del Eanna, sagrario santo.
Mira sus muros... ¡Como de bronce...!
Observa sus fundamentos. ¡No tiene par!
Toca el umbral de vieja hechura.
Acércate al Eanna, morada de Ishtar.
Ningún rey en el pasado, ningún hombre lo igualará.
sube y pasea sobre sus muros.
Mira sus cimientos. Considera su estructura.
¿No son acaso cocidos sus ladrillos?
¿No habrán echado sus fundamentos los Siete Sabios?
Un *sar* mide la ciudad, un *sar* sus huertos, un *sar* el templo de Ishtar.
En total... ¡tres *sar* abarca Uruk! (G)

Considerando la estructura del poema, vemos que es lo que Steven G. Kellman llamaría una *self-begetting narrative* (aunque él habla de novelas, *self-begetting novels*). Una historia que es, entre otras cosas, la historia de cómo llegó a ser escrita la historia que tenemos. Hay en esta estructura un asomo de circularidad (y por tanto de reflexividad, y de inmortalidad), un renacer de la narración a manera de ouroboros, cuando el final se junta con el principio.

Es una estructura temporal a la que tienden de por sí las narraciones en primera persona (Nota 2), y también ésta sobre Gilgamesh, aunque esté en tercera persona, pues Gilgamesh es, supuestamente, su autor, aunque no sea su narrador. Encontramos así que esta descripción de Uruk aparece de modo casi literal en la conclusión del poema (si exceptuamos el fragmento inconexo en el que Enkidú describe el mundo de los muertos). Gilgamesh vuelve tras su fracaso a Uruk, acompañado por el barquero de los muertos, Urshanabí:

Gilgamesh se dirigió a Urshanabí:
«Sube y pasea sobre los muros de Uruk la amurallada.
Mira sus cimientos. Considera su estructura. ¿No son acaso cocidos sus ladrillos?
¿No habrán echado sus fundamentos los Siete Sabios?
Un *sar* mide la ciudad; un *sar*, sus huertos, un *sar*, el solar del templo de Ishtar.
¡Tres *sar* abarca el dominio de Uruk!» (G)

La historia de Gilgamesh nos ha llegado en tablillas de barro cocido, semejantes a las murallas de Uruk hace poco desenterradas. El traductor/editor nos recuerda, inoportuno, que los muros de Uruk (al menos los de esta Uruk) no son sino de adobe (G, 201, n. 10). El poema dignifica tanto las mu-

rallas como el poema, comparando las primeras al bronce y, en cuanto al segundo, mencionando una hipotética versión grabada en lapislázuli y guardada en un cofre de bronce. Símbolos, en todo caso, de la pervivencia de los materiales construidos o grabados frente al hombre en sí. Es quizá la visión de la permanente Uruk, al regreso de su viaje, lo que sugiere a Gilgamesh fijar su historia en una inscripción permanente.

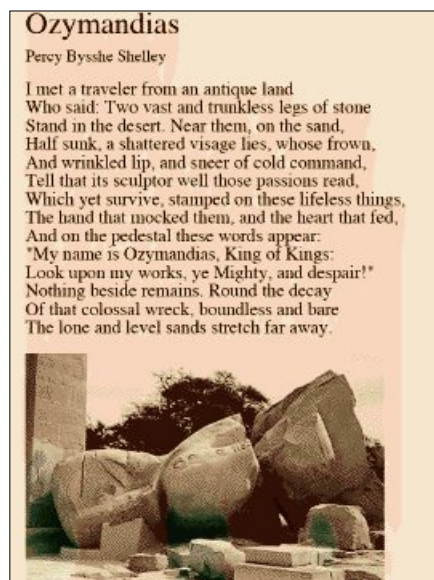
Antes ha existido en versión oral: en el propio poema se conserva una huella de esa oralidad anterior a la fijación por escrito, cuando el propio Gilgamesh, y su amigo Enkidú antes de morir, evocan una y otra vez sus hazañas anteriores, a modo de carta de presentación y explicación de por qué continúan sus aventuras:

¡... mi amigo, Enkidú, mulo errante, onagro del monte, pantera de la estepa,
–con quien, uniendo nuestras fuerzas, juntos, escalamos la montaña,
nos apoderamos del Toro y lo matamos,
derrotamos a Humbaba, que moraba en el Bosque de los Cedros,
y en los pasos de montaña matamos a los leones– ;
mi amigo, a quien tanto amé, quien conmigo pasó tantas pruebas,
Enkidú, a quien tanto amé, quien conmigo pasó tantas pruebas,
llegó a su fin, destino de la humanidad! (G)

En última instancia, el destino de la humanidad es morir y ser olvidados; los más afortunados logran que sus descendientes los recuerden y hagan ritos funerarios; los héroes pueden aspirar a una estatua, y a que sus historias pasen a grabarse en material duradero. La escritura es, frente a la palabra, como la estatua frente a la persona: imperecedera, al menos de momento. *Gilgamesh*, el poema, murió, pero ha renacido; y si bien ha de morir un día, tiene más posibilidades de pervivir que cualquiera de nosotros.

Por cierto, propone el traductor Silva una hipótesis sobre el significado del nombre del protagonista, muy atractiva por lo bien que se aviene con el tema de la pervivencia a través de la escritura, y de la búsqueda de la inmortalidad: «Gilgamesh» significaría «El viejo es joven».

El principio de *Gilgamesh* no deja de recordarnos al poema «Ozymandias» de Percy Bysshe Shelley.



Quizá la vida humana quede empequeñecida en ambos, y las ambiciones de los reyes, pero nos transmiten de modo muy vívido, desde luego, la pervivencia inhumana de estatuas e inscripciones como presencias y voces que nos llegan desde lo más profundo de los tiempos, palabras e imágenes de alguien que quería seguir viviendo aunque fuese sólo con la poca vida que prestamos a una figura

de piedra en la que reconocemos una forma humana, o a una inscripción que pronunciamos, las palabras aún vivas de alguien que existe ya sólo como una voz grabada en piedra. En el fundamento de la escritura, y de la narración escrita, está el epitafio, una mezcla de voz, piedra, ausencia, y aspiraciones inmortales.

© José Ángel García Landa

* * *

NOTAS:

(Nota 1). Sobre los reyes antiguos y la fecundidad, ver el clásico estudio de Frazer *La rama dorada*.

(Nota 2). Sobre la estructura temporal de la narración, ver las secciones "Tiempo del relato" y "Tiempo de la narración" en mi libro *Acción, Relato, Discurso*.

REFERENCIAS:

Battelle, John. *The Search: How Google and Its Rivals Rewrote the Rules of Business and Transformed Our Culture*. Nueva York: Portfolio, 2005.

Borges, Jorge Luis. *El libro de arena*. En Borges, *Obras Completas II*. Barcelona: RBA / Instituto Cervantes, 2005. 9- 74.

"Epic of Gilgamesh." In *Wikipedia: The Free Encyclopedia*
http://en.wikipedia.org/wiki/Epic_of_Gilgamesh
2008

Frazer, J. G. *La rama dorada. Magia y Religión*. Madrid: FCE, 1989.

García Landa, José Ángel. *Acción, Relato, Discurso: Estructura de la ficción narrativa*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1998.

Gilgamesh (= *Sha nagba imuru* ("Quien ha visto el fondo de las cosas"). Poema épico babilonio (c. 2000 AC; versión existente compilada por Sin-liqe-unninni, c. 1300-1000 AC).

---*The Epic of Gilgamesh*. Trad. inglesa de Maureen Gallery Kovacs. En *Ancient Texts.org*
<http://www.ancienttexts.org/library/mesopotamian/gilgamesh>
2007

---*Poema de Gilgamesh*. Trad. de Agustí Bartra. En *Poema de Gilgamesh. Bhagavad-Gita*. (Biblioteca personal Jorge Luis Borges, 6). Barcelona: Hyspamérica / Orbis, 1986. (Las referencias a este texto se abrevian parentéticamente como GBG)

---*Gilgamesh: O la angustia por la muerte. Poema babilonio*. Trad. del acadio, introd. y notas de Jorge Silva Castillo. Barcelona: Kairós, 2006. (Las referencias a esta edición se abrevian parentéticamente como G).

---*El poema de Gilgamesh*. En *Triplov.com: Poesía*
<http://www.triplov.com/poesia/gilgamesh/tab1.htm>
2007-11-08

Kellman, Steven. *The Self-Begetting Novel*. Londres: Macmillan, 1980.

"Uruk." En *Wikipedia: The Free Encyclopedia*.
<http://en.wikipedia.org/wiki/Uruk>
2008

"Uruk." En *MSN Encarta*
http://uk.encyclopedia.msn.com/encyclopedia_781535181/Uruk.html
2008

El autor:

José Ángel García Landa es profesor de Filología Inglesa en la Universidad de Zaragoza. Para más datos, puede visitarse su sitio web: <http://www.garcialanda.net>

OBRA MAESTRA DE LAS ADAPTACIONES LITERARIAS AL CINE: *CARTA DE UNA DESCONOCIDA*, DE MAX OPHÜLS

por Alfredo Moreno Agudo

Estableciendo un símil vinícola podríamos afirmar que 1948 fue para los amantes del cine un año de inmejorable cosecha. El catálogo de títulos míticos que vieron la luz a lo largo de aquellos doce meses es impresionante: *Ladrón de bicicletas* (*Ladri di biciclette*) de Vittorio de Sica, *Secreto tras la puerta* (*Secret beyond the door*) de Fritz Lang, *Río Rojo* (*Red river*), de Howard Hawks, *La soga* (*Rope*), de Alfred Hitchcock, *La dama de Shanghai* (*The Lady of Shanghai*), de Orson Welles, *Las zapatillas rojas* (*The red shoes*), de Michael Powell y Emeric Pressburger, *El tesoro de Sierra Madre* (*The treasure of the Sierra Madre*), de John Huston...



De entre todas las joyas de aquel año destaca inevitablemente *Carta de una desconocida* (*Letter from an unknown woman*)¹, adaptada por Max Ophüls y Howard Koch a partir del breve relato de Stefan Zweig publicado en 1927, y protagonizada por Joan Fontaine y Louis Jourdan. La película, un clásico instantáneo reconocido de inmediato ya en su momento como una de las grandes obras de la historia del cine, sigue siendo a día de hoy una de las cimas del arte cinematográfico de todos los tiempos, e incluso cuenta con una reciente versión, de nuevo estremecedora y sugerente, dirigida por el chino Xu Jinglei y premiada en San Sebastián en 2004.

Esta gran obra maestra, ya de por sí excelente en cuanto a su concepción, desarrollo y acabado final, encierra además la notable cualidad de que, probablemente, se trate de una de las mejores adaptaciones de una obra literaria jamás filmadas, valor incrementado si cabe por el hecho de que Koch y Ophüls (que, curiosamente, en los títulos de crédito de la película el propio director firma como Opüls, sin la «h») consiguen elevar el tono, profundizar en el nivel de dramatismo y sensibilidad. En definitiva, logran ahondar, redondear aún más la intención del autor, la idea central del relato inicial. Esto convierte *Carta de una desconocida* en un caso absolutamente excepcional, nada que ver con las habituales adaptaciones parciales, deficientes, incompletas, decepcionantes, tan frecuentes. ¿Quién no ha oído alguna vez la expresión «me gustó más el libro» tras el visionado de tal o cual película basada en un afamado texto? Si de esta obra de Max Ophüls hablamos, resulta complicado no reconocer la manifiesta superioridad de la versión cinematográfica sobre el texto de Zweig.

Para argumentar tal aseveración, conviene recordar brevemente lo fundamental del relato y repasar algo más detenidamente las aportaciones que Koch y Ophüls realizaron sobre el original. Son éstas, además de la rica y acertada utilización de los recursos cinematográficos más adecuados, las que terminaron por dar una vuelta de tuerca más al sentido de la obra y enriquecer visualmente una narración que resulta demasiado plana o estática.

¹ *Letter from an unknown woman*. Año: 1948. Nacionalidad: EE.UU. Producción: Universal / Rampart. Productor: John Houseman. Dirección: Max Ophüls. Guión: Howard Koch. Fotografía: Franz Planer. Música: Daniele Amfitheatrof. Reparto: Joan Fontaine, Louis Jourdan, Mady Christians, Marcel Journet, Art Smith, Carol Yorke, Howard Freeman, John Good, Leo B. Pessin, Otto Waldis, Sonja Bryden. Duración: 86 minutos. B/N.

El cuento empieza con el regreso de R., famoso novelista de la Viena de 1900, a su casa tras una excursión de varios días por la montaña. Su vuelta tiene lugar precisamente el día de su cuadragésimo cumpleaños, aunque R., que se deja llevar por la vida algo inconscientemente, no se ha percatado de ello hasta que ve la fecha en el periódico. Su asistente le espera con el té preparado y la correspondencia dispuesta en una bandeja. R. examina el correo sin demasiado interés. Al principio deja de lado una voluminosa carta escrita a mano cuya letra desconoce y que carece de firma y de remite. Finalmente, dado que el resto del correo no llama su atención, retoma la carta y se extraña al leer su encabezamiento: «A ti, que nunca me has conocido». Atrapado por su enigmático inicio, R. continúa la lectura sin estar muy convencido de ser el verdadero destinatario, pero lo que la mujer escribe le sobrecoge.

Se trata nada menos que un desgraciado relato de vida, una carta enviada a él tras la muerte de la autora, y que comienza, además, con el anuncio de la previa muerte de un niño, su hijo, debida a una epidemia de gripe que asola el país por esos días. R. sigue sin entender, pero a medida que lee se da cuenta de que no se trata sólo de un testimonio de vida de esa mujer no identificada, sino que habla también de él. Lo que ella le narra en una docena de cuartillas no es más que la historia de su amor apasionado, obsesivo, enfermizo, por R., iniciado cuando ella apenas tenía trece años y vivía junto a su madre en la misma casa en la que vive el novelista, en el cuarto al otro lado del rellano de la escalera. La mujer relata de manera minuciosa, emocionada, la historia de su enamoramiento al descubrir la llegada de un nuevo inquilino al edificio, un amor originado incluso antes de haberlo visto en persona, nacido únicamente de la contemplación de los utensilios, muebles y libros que el nuevo vecino estaba haciendo trasladar a su nueva morada, y confirmado la primera vez que escuchó su voz y vio su aspecto. Cuenta la importancia que él tuvo en su joven vida de niña, cómo ella estaba pendiente de sus entradas y de sus salidas, de los ruidos en el pasillo, de su silueta tras la ventana, de sus costumbres y hábitos diarios, cómo moría de rabia cuando asistía impotente a la disoluta vida del novelista, cómo lloraba viéndolo acompañado cada noche por una mujer distinta, todas bellísimas, abandonando furtivamente el edificio a primera hora de la mañana, cómo para ella había supuesto casi la muerte el traslado a Innsbruck por causa del nuevo matrimonio de su madre y la inevitable separación de él, cómo había querido darle a conocer su amor el día antes de la partida y cómo había fracasado en el intento, cómo se había mantenido alejada de los hombres, pura, virgen, esperando la ocasión de volver a él. Relata, entre lágrimas que se adivinan, cómo había conseguido regresar a Viena para trabajar en un negocio de confección, cómo había logrado por fin, ya siendo una joven de dieciocho años, convertirse, precisamente otro cumpleaños de R., en una de tantas mujeres en acompañarle en sus noches de placer sin lograr, como las demás, otra cosa que ser un objeto de disfrute para él que olvidar a la mañana siguiente, llevándose a cambio solamente unas pocas rosas blancas, flores que desde entonces ella le enviará cada día de su cumpleaños como forma íntima de comunicarse con él sin darse a conocer, sin llegar a suscitar nunca en el despreocupado, superficial R. la curiosidad de saber quién es el autor del envío.

Ella describe nostálgica cómo había nacido un niño de aquel encuentro, cómo ella no había vacilado en entregarse a otros hombres, en recibir atenciones a cambio de su cuerpo con el fin de mantener al pequeño y adquirir un tren de vida que le permitiera frecuentar el ambiente en el que se movía R., cómo todavía hubo otros encuentros amorosos en los que él no la reconoció y volvió a disfrutar de su cuerpo con la misma asepsia y distancia emocional que antaño, cómo ella había enfermado de desesperación al comprobar que él no había reconocido en ella, no ya a la niña de trece años, sino a la amante ocasional y repetida, cómo se había ofendido al recibir dinero de él a cambio de su amor, cómo había enfermado su hijo, cómo había muerto, y cómo ella misma se estaba preparando para la muerte contando toda su vida a quien precisamente había sido su centro, alguien que nunca la había conocido pese a haber compartido dulces momentos y haberle dado un hijo, su bien más preciado.

El relato finaliza con R., una vez terminada la carta, buscando en las nebulosas de su memoria alguna impresión fragmentaria de aquella mujer, una efigie o un olor, un fantasma del pasado que no pasa de un perfil difuso, borroso, mientras su mirada se posa en el jarrón azul por primera vez vacío de rosas blancas el día de su cumpleaños y siente un escalofrío como la muerte cuando intenta evocar la imagen de la amante que se le escapa como una música lejana, olvidada.

El relato de Zweig se inscribe obviamente en un contexto de romanticismo alemán tardío llevado al límite muy difícil de asumir por quien no sea proclive a concebir un amor absoluto, capaz de impreg-

nar todos y cada uno de los aspectos de la vida en todo momento, pese a, o quizá precisamente por ello, no ser correspondido, ni siquiera, en este caso, conocido, siendo éste el principal rasgo que conforma la personalidad de la mujer que escribe la carta hasta el momento de su muerte, y aun después. Este particular planteamiento viene además condicionado por la compleja mentalidad de Stefan Zweig, escritor popularísimo en las décadas de los años veinte y treinta, pero atormentado a causa, principalmente, de los fenómenos políticos que le tocó vivir, en particular por su condición de judío ante el imparable ascenso del fascismo y los maximalismos nacionalistas, preocupaciones que le terminarían costando la vida cuando, tras recalar en su exilio por varios países, se suicidó junto a su esposa en Brasil en 1942 al tener noticia de la ocupación japonesa de Singapur y dar por hecha la victoria de las fuerzas del Eje en la Segunda Guerra Mundial y por perdidos al género humano y la cultura europea.

El excesivo romanticismo melodramático de la historia y su condición de folletín decimonónico pasado por la personal visión de Zweig no resultaban, a juicio de Ophüls, demasiado convenientes a la hora de filmar una versión cinematográfica teniendo en cuenta los gustos del público de 1948 y el cine que se hacía entonces. Por ello, optó por realizar algunos cambios que, si bien respetan el modo en que el autor configuró su relato, lo dotan de una mayor riqueza de matices. El guión de Howard Koch



asume casi totalmente la trama argumental, pero introduce algunas notas en función de los distintos códigos narrativos literario y cinematográfico.

El más evidente es la presencia de los nombres de los protagonistas. En el relato conocemos al novelista R., pero nada sabemos, ni él, ni nosotros, de la identidad de la mujer de la carta. Sin embargo, en la película, aunque existían precedentes de personajes protagonistas sin nombre (sin ir más lejos, *Rebecca*, dirigida en 1940 por Alfred Hitchcock y también con Joan Fontaine como actriz principal, en la que, tal como sucede en la novela de Daphne du Maurier en la que se basa, nunca se cita el nombre de la protagonista y narradora), se dotó a los personajes principales de nombre y apellidos (Stefan Brand y Lisa Berndle). La decisión de otorgar unos patronímicos a los protagonistas busca en primer lugar una mayor cercanía e implicación del espectador en el drama al que asiste, y posteriormente un empeño por conseguir que el público no se limite, como el lector del relato, a ser mero testigo de las revelaciones de la mujer y a compartir las emociones de R. a medida que va conociendo su historia, sino obligándole a participar según la más elemental regla del suspense, esto es, informar al público de circunstancias o datos de la historia que ignoran alguno o todos los personajes a fin de convertir al espectador en el elemento de engranaje de todos los aspectos y datos presentados en la cinta. De este modo, el público, necesariamente conocedor de la existencia de Stefan y de la mujer por separado y del fino hilo amoroso que los une y del que él no es consciente, es igualmente sabedor de la identidad y existencia de Lisa y de su amor, con lo cual su facilidad para simpatizar con su dramática situación es mayor. Para el público, ella no es una mujer desconocida, sino Lisa, la niña de trece años hecha mujer. Sólo resulta un enigma para Brand, y por tanto, el interés por conocer qué ocurrirá finalmente, si él la recordará, si ella habrá dejado alguna especie de huella en él, servirá como vehículo de intriga para llevar al espectador de la mano hacia el desenlace de la historia de forma mucho más efectiva que la mera asistencia como testigo presencial a un acontecimiento, tal y como sucede en el relato de Zweig, en el que R. y el lector comparten la sorpresa, el conocimiento de la historia y el último párrafo simultáneamente.

Esta forma de acercar el personaje de la mujer al público intentando que éste se identifique desde el comienzo con su dilema, también se extiende al personaje de Brand. De hecho, en el relato el novelista aparece tan sólo en las primeras y últimas líneas, casi como un personaje accesorio, constituyendo el cuerpo central del texto las revelaciones de la mujer y de manera que el lector no es informado de los sentimientos de R. mientras lee, sino sólo al final, cuando abandona la lectura con manos temblorosas y realiza sus infructuosos esfuerzos memorísticos para identificar a la autora de la carta. Sin embargo, Ophüls y Koch introducen al público también en los sentimientos de Brand a lo largo de su lectura, para lo cual introduce la narración en forma de *flash-back*. La estructura de la película se construye en

saltos atrás y adelante que nos permiten seguir la historia de forma fiel al relato escrito y en la voz de Lisa, pero añadiendo unos paréntesis marcados por fundidos en negro encadenados en los que se nos muestran las reacciones de Brand ante un testimonio tan desgarrado: leyendo ávidamente, sentándose sin poder apartar la vista del papel, sin distraerse apenas cuando su criado le sirve el café, ojeando curioso las fotografías de Lisa y el niño que adjunta la carta...

Sin duda es uno de los grandes logros de la película con respecto al relato, puesto que el foco emocional para el espectador es doble, añadiendo a la arrebatadora historia de la mujer el efecto de sus palabras en el ánimo de Brand mostrado durante su lectura, no concentrado al final. Pero el giro magistral, la vuelta de tuerca definitiva, lo constituye la introducción del duelo en la trama, idea de Howard Koch. Porque el personaje de Stefan Brand vuelve a su casa de madrugada el día de su cumpleaños tal y como sucede en el relato de Zweig, pero con un valor añadido, ya que su vuelta es en realidad una huida, una escapada forzosa ante el duelo al que ha sido retado, presuntamente por un marido burlado como consecuencia de sus continuas correrías amorosas. La vuelta a casa, la urgente preparación del equipaje, el cierre de asuntos pendientes antes de una larga ausencia obligada se rompe con la lectura absorbente e intranquila de la carta de Lisa, e irá poco a poco transformando al personaje de Brand hasta que, consciente de sus propios actos, de su vida atribulada y disoluta, el perturbador efecto que las palabras de la mujer tienen en él le hace abandonar su furtivo proyecto y presentarse al duelo en el que puede perder la vida.

Esta deformación del relato original convierte la carta de Lisa en el detonante para Brand del nacimiento de un sentimiento de culpa y de su correspondiente deseo de redención, sustituyendo las manos temblorosas y los intentos evocadores de R. en el relato por un cierre más redondo, mucho más efectivo y concluyente para el público, que observa en las últimas tomas cómo Brand acude a la cita acompañado de su criado, con la imaginada y fantasmal silueta de Lisa acompañándole en la salida (abriéndole la puerta de la muerte como al principio, en el momento de la mudanza, le abrió la puerta del edificio siendo aún una niña de trece años), invitándole a afrontar su destino. Ella adquiere así en la película un papel aún más notable, decisivo, profundo, por fin en la vida de Brand, tal y como él lo tuvo en la vida de ella, estableciendo una doble dirección de influencia mutua de la que carece el relato, consiguiendo que en la percepción del público Lisa pase de ser una mujer que ha contravenido todas las convenciones sociales de principios del siglo XX (adúltera, vendida a los hombres a cambio de su sustento, obsesivamente enamorada, casi enloquecida), en una heroína romántica que ha redimido a un hombre disoluto, perdido, contribuyendo así a la solidez narrativa de la cinta y enriqueciendo su complejidad.



Pero siendo la mención de los nombres de los protagonistas, y por tanto el planteamiento más cercano de los mismos, una variación importante de la película con respecto al libro, y constituyendo el duelo un hallazgo de guión inmejorable, no terminan ahí los cambios que enriquecen la historia.

Ophüls y Koch transforman al novelista R. en el pianista Brand. Sin duda inspirados por la «música lejana» de la última frase del relato, los guionistas creyeron oportuno utilizar el piano y las sensaciones musicales como vehículo para mostrar el tejido emocional de la obra de Zweig manifestado en los excesos verbales de la mujer y que en la película pueden así insinuarse de manera más efectiva, evidente, constante y más ajustada al lenguaje visual del cine gracias a los ecos del piano de Brand, de la música y del sonido.

En ese sentido son magistrales las escenas en las que Lisa, niña aún, y balanceándose en el columpio del patio, escucha emocionada y lejana el piano de Stefan. Igualmente, logra el mismo efecto en las ensoñaciones nocturnas de la joven mientras escucha o sueña la música que llega amortiguada desde el estudio de su enamorado. El papel que representan los libros encuadernados del relato, cuidados, atados minuciosamente, títulos en idiomas desconocidos para ella y escritos por autores nunca vistos que ya predisponen a la niña a enamorarse de su nuevo y enigmático vecino antes incluso de conocerlo físicamente, se transforma en la película en un recordatorio continuo en forma de música, puesto que

cada melodía, cada nota, cada pieza interpretada al piano nos está transmitiendo los sentimientos de Lisa hacia Brand antes de su primer encuentro. Al mismo tiempo, la música plasma la idea de la distancia inabarcable entre ambos, de que el amor de Lisa no puede obtener otra correspondencia que la de las notas del piano, escuchadas subrepticamente, casi a escondidas, pero nunca disfrutadas plenamente junto a él, de modo que, igual que cuando ella es niña sólo puede aspirar a escuchar ese piano, ya mujer no puede conseguir otra cosa que las ocasionales caricias y atenciones de Brand. Asimismo, el piano se utiliza también como instrumento de suspense, ya que su melodía, vaga, amortiguada en un principio, y libre y clara cuando la distancia física entre Lisa y Brand se acorta, supone un elemento indicador y dilatador del momento del esperado, por el público, encuentro entre ambos.



Este papel del piano de Brand se extiende también a su voz. Lo primero que Lisa capta de la presencia del músico es su voz, antes de su primer encuentro; ella le escucha y acude al lugar por donde va a pasar para abrirle la puerta. Igualmente, la voz de Brand señala el clímax final, cuando habiendo sido ya su amante en dos ocasiones y mientras él habla fuera de plano acerca del champán, ella está de pie, junto al piano precisamente, escuchando sus palabras, como antaño las melodías, y al borde de las lágrimas al comprender que él sigue sin reconocerla, que para Brand la niña de trece años, la amante que dio luz a su hijo y la mujer apetecible que le acompaña esa noche son tres mujeres distintas.

La música, magnífica partitura de Daniele Amphiteatrof, además está presente en los momentos más importantes en los que ambos se cruzan, en las escenas del teatro o la ópera, o en la cena –escena añadida que no aparece en el relato– tras la cual tendrá lugar el último encuentro amoroso de ambos sin que él la reconozca, en lo que constituye una hermosa fórmula metafórica de la presencia constante de los sentimientos de Lisa en un primer plano.

Carta de una desconocida es, sin duda, la mejor obra de Ophüls y la gran muestra de la maestría de este director, un tanto infravalorado.

Preocupado por la dificultad de adaptar a la pantalla un texto en primera persona y narrado por una mujer, optó por conservar los dos narradores del texto de Zweig (el que nos cuenta brevemente las peripecias de R. en la lectura y la voz propia de la mujer que cuenta la historia), si bien, como se ha dicho, implicando al público al hacerle disponer de datos que Brand no conoce. Con esta fórmula perfecciona la estructura redonda del relato y el suspense de la historia, recurriendo sin exceso a la *voz en off* como forma de mostrar las impresiones de Lisa pero con un gran equilibrio entre lo poco que ella cuenta por sí misma y que hace referencia a sensaciones y momentos que no se ven (como la despedida en la estación y su pena ante el último encuentro), y lo que el espectador contempla directamente en la pantalla, en particular los bellísimos primeros planos de Joan Fontaine. Estas escenas, como adolescente al principio o como mujer plena al final, en los que sus emociones pueden casi palparse a través de la imagen, constituyen los mejores planos de la película, fotogramas hermosísimos y absolutamente elocuentes por sí mismos.

Esta doble mirada se acentúa en la propia composición de planos por parte de Ophüls, quien con su buen oficio consigue compaginar una visión objetiva como narrador omnisciente con la perspectiva subjetiva de los acontecimientos por parte de Lisa.

Especialmente, resulta magnífica la colocación de la cámara en diferentes momentos del relato fílmico. Al principio Lisa observa o evoca a Brand siempre desde una posición inferior (el plano en el columpio en el que observa desde abajo la ventana del músico, o en la escalera cuando le ve entrar a casa acompañado de una mujer). Pero a medida que se afianza como una mujer madura, consciente de su desgraciado amor y de su inevitable destino, conforme, pese a ser una mujer adúltera, va ganando en respetabilidad y empatía por parte del público, contrastando así con el mantenimiento de la vida disipada de Brand, se va colocando a la misma altura que él (magistral escena la de su primer encuentro en plena calle, cuando él parece pasar de largo pero vuelve a entrar en el encuadre vivamente interesado por ella, mientras el espectador contempla en primer plano el rostro de Lisa, apenas capaz de contener el nerviosismo y la emoción, o la escena de la cena en el restaurante, cuando, senta-

dos juntos, el *travelling* que nos acerca a ambos se corta súbitamente y retrocede, de forma que también metafóricamente anuncia ya la imposibilidad de un amor plenamente correspondido), para concluir, finalmente, en un plano superior (cuando ella le observa desde su palco en el teatro, mientras él tiene la mirada perdida hacia arriba), en lo que supone un magistral uso de los recursos cinematográficos para crear una sensación al espectador que va incrustada a la perfección con el transcurso narrativo de la historia.

Fruto de su experiencia como montador teatral y de su gusto por el barroquismo y las aportaciones estéticas al mensaje narrativo del cine, Ophüls sostiene además una puesta en escena a medio camino entre el expresionismo alemán y el impresionismo francés, el lirismo, el romanticismo y la nostalgia con cierto aire de decadencia melancólica, de igual manera que la película contiene a un mismo tiempo ternura, fantasía, vitalidad, humor, amargura, en un marco preciosista, lujoso, en el que queda manifiesto el gusto del director alemán por los decorados elaborados y minuciosos, grandes construcciones ornamentales repletas de mobiliario, objetos, complementos, por los que la cámara evoluciona con una soltura y ligereza ingeniosas, sin obstáculos ni tropiezos, con portentosos movimientos y ángulos de toma, logrando una estética entre teatral y puramente cinematográfica de una belleza plástica indiscutible, de un atractivo visual que por sí sólo justifica el repetido visionado de la película.



En resumen, una obra maestra perteneciente a un género a menudo vilipendiado como es el melodrama, que constituye la adaptación suprema de una obra literaria y que consagra de manera apoteósica el enfermizo amor romántico y trágico, al cual Ophüls encumbra y critica despiadadamente al mismo tiempo con la contraposición de un músico de vida alegre y una joven pura y obsesivamente enamorada tomada erróneamente por una mujer fácil –lo que además le confiere a la película una lectura en cuanto a los valores imperantes en la sociedad acerca de la desigualdad de género (él es un hombre soltero que colecciona amantes y conserva su reputación, pero la misma actitud de ella para mantener a su hijo es censurada por la sociedad) y también en referencia a las desigualdades sociales (no olvidemos que el ambiente en el que ambos se mueven es el de la nobleza, aristocracia y alta burguesía austrohúngaras)– pero que consigue que nos identifiquemos con esa joven que hace saltar por los aires las rígidas convenciones sociales de la Viena de principios de siglo XX.

El ritmo lento e hipnótico de la película va destapando poco a poco las ilusiones y las ideas de cuento de hadas de Lisa, haciéndole abandonar paulatinamente sus fantasías, dándole a conocer lo tangible, la pérfida realidad de la vida, el mal que subyace bajo las capas de lujo, música y vida disipada. Todo ello lo consigue Ophüls concentrando una historia que se desarrolla a lo largo de varias décadas (un paso del tiempo magníficamente sugerido, ya desde el letrero inicial que indica el año 1900 e insinuado con continuas referencias al transcurso de los años en las frases de los personajes, en la reiteración de imágenes como la entrega de las flores o las anheladas escaleras que conducen al apartamento de Brand) en apenas hora y media de duración, logrando como resultado una película a considerar entre las cinco o diez mejores obras de todos los tiempos, a pesar de la concesión en forma de final hollywoodiense con el espectro de Lisa imaginado por Brand al partir hacia su más que probable muerte redentora en el duelo.

Inagotable, riquísima en matices, en lecturas, en planos de interpretación, objeto interminable de monografías y estudios amplísimos pero siempre incompletos, son cientos los especialistas que han intentado descifrar la totalidad de códigos, mensajes, temas, modelos que esta obra de Max Ophüls sugiere, pero sobre los que manda irremediabilmente la intensa, irresistible emoción que provoca en el público el visionado de *Carta de una desconocida*.

© Alfredo Moreno Agudo

El autor:

Alfredo Moreno Agudo es Licenciado en Derecho por la Universidad de Zaragoza y crítico de cine amateur a través del blog *39escalones* (<http://39escalones.wordpress.com>)

CRÓNICA DE UN CAZADOR

por Manuel Díaz Martínez

Llegamos a La Llanura al filo de la medianoche. En la hacienda bananera «Martín Pozas» residiríamos por tiempo indefinido.

En la puerta de la casa de vivienda nos recibió el administrador, señor Bargach, ejercitando a duras penas una cortesía enmohecida por el trabajo en aquellas soledades. Fue amable, con la contención de un mayordomo inglés. Nos llevó al piso alto, nos mostró la habitación que sería nuestro dormitorio y, luego de darnos algunos consejos prácticos relacionados con la vida en aquel sitio, nos invitó a que bajáramos a cenar. Bargach se encargó de recalentar el caldo de gallina y de servirnos el pan y la cuajada. Terminada la breve cena, el administrador quiso que lo acompañáramos al soportal del fondo para conversar allí acerca de nuestro trabajo.

Con el objeto de ahuyentar los mosquitos, muy abundantes en la zona, Bargach encendió la boñiga seca apilada en un plato de zinc. Aún sin sentarse en la mecedora que había elegido, nos adelantó que «Martín Pozas» era la hacienda más grande de la región, pero no la más próspera.

—Estamos demasiado cerca de la selva, ésta es nuestra desgracia —dijo, ya acomodado en la mecedora. —La selva que va de los linderos de la plantación hasta las márgenes del Corpus están llenas de monos. Son animales del infierno. Devoran los plátanos y destruyen las cepas. Hasta hace unos meses podíamos defendernos de sus ataques, pero esto se ha hecho imposible porque han aprendido a defenderse de nosotros. Llegan de noche y en pocos minutos arruinan hectáreas enteras. Tenemos hombres armados montando guardia durante la noche en puntos estratégicos, pero los monos se han conducido de manera tan sigilosa en sus últimas incursiones, que los guardianes no se han dado cuenta de nada.

«Habíamos ido a la hacienda de Martín Pozas contratados como cazadores expertos. Al cabo de tres años de ocio irremediable, durante los cuales afrontamos no pocas privaciones, nos habían valido, para conseguir este raro empleo, los diez que Garcés y yo nos pasamos conviviendo a tiros con los animales del Alto Orinoco y el Paraná.»

Sin dejar de hablar, Bargach se levantó para acercarse al plato con la boñiga, del que se desprendía un humo irritante:

—Hemos ensayado con trampas, pero ni un solo animal ha caído en ellas. Últimamente nos empavoreció el hallazgo de dos guardianes estrangulados por los monos. Tememos, creo que con razón, que acaben con la hacienda y con nosotros.

Le pregunté si tenía un plan concreto y qué papel jugaríamos en él Garcés y yo.

—El señor Pozas ha pensado reforzar las guardias, aumentar el número de trampas y organizar batidas de exterminio contra los monos en la misma selva. Reforzar las guardias no es nada fácil porque en La Llanura, después de la muerte de Beñoa y Solórzano, no hay quien quiera sustituirlos, y el resto de los plantadores, a los que bien poco les importan los intereses del señor Pozas, no quieren prestar peones para no involucrarse en lo que ya en todas partes llaman «los monos de Martín Pozas» o, simplemente, «el misterio». En cuanto a las trampas, no hay problema: tenemos construidas cien más y mañana haré que las distribuyan convenientemente. La tarea más difícil es la de ir a cazar los monos en su propio territorio. Las supersticiones de los llaneros se han encargado de exagerar los peligros a que se exponen quienes vayan. Si los hombres de La Llanura se niegan a servir como guardianes en la plantación, ¿cómo persuadirlos para que se metan en la selva?

—¿Y cuál será nuestra tarea? —insistí.

Bargach, que se había levantado y nos ofrecía cigarrillos, me miró sin expresión definida y dijo:

–Lo que queremos el señor Pozas y yo es que ustedes organicen la defensa de la plantación. Ustedes y yo integraremos algo así como el estado mayor de las operaciones.

Habíamos ido a la hacienda de Martín Pozas contratados como cazadores expertos. Al cabo de tres años de ocio irremediable, durante los cuales afrontamos no pocas privaciones, nos habían valido, para conseguir este raro empleo, los diez que Garcés y yo nos pasamos conviviendo a tiros con los animales del Alto Orinoco y el Paraná. En aquellos tiempos, las hipérboles de un periodista amigo nos proporcionaron alguna notoriedad. El hacendado Martín Pozas, acosado por los monos, había recordado nuestros nombres, insertos en aquellas crónicas hinchadas, e hizo que Bargach nos localizara en la ciudad y nos empleara.

Cuando el enviado de Bargach habló con nosotros, no hicimos demasiadas preguntas y dijimos que sí tan pronto como el hombre se refirió a la paga. Dos días después nos bajamos del tren en la estación de Paso de Dios, a dos horas en automóvil de la hacienda donde nos esperaban.

«No fue arduo encontrar a Esteban Vergara en Paso de Dios. Con las señas que me dieron en la redacción de El Llanero (Vergarita, grueso, retaco, vestido de blanco) me encaminé al Bar Grande, en la plaza central. Allí estaba. Bebía con unos amigos.»

En Paso de Dios oímos referencias a los monos de «Martín Pozas». Después de nuestra primera conversación con Bargach, y mejor aún cuando nos adentramos en la aventura, comprendimos por qué aquellos cuantiosos de La Llanura suspendieron la jarana tan bruscamente al mentar uno de ellos el caso de los monos.

A la mañana siguiente de nuestra llegada hallé sobre la mesa del comedor un ejemplar del periódico de la provincia. Un tal Esteban Vergara firmaba un artículo

acerca de los monos de «Martín Pozas», y en ese texto vi relacionada con este feo asunto la palabra ángel. El título del artículo era «Los monos blancos». Encontré a Bargach en la alquería de los peones y le mostré el diario. Conocía el artículo y me dijo que el mentecato que lo escribió, con tal de ganar lectores, no había tenido escrúpulos que le impidieran armar esa absurda historieta de monos blancos, alados y evanescentes como ángeles.

–Con su fantasía –sentenció colérico– ese imbécil alimenta el pánico en La Llanura.

Al final del almuerzo, Bargach quiso saber si habíamos pensado acerca del asunto que nos llevó allí. Le respondí que aún no teníamos en orden nuestras ideas. No le confesé que había decidido ir a Paso de Dios esa misma tarde para hablar con el periodista Esteban Vergara.

No fue arduo encontrar a Esteban Vergara en Paso de Dios. Con las señas que me dieron en la redacción de *El Llanero* (Vergarita, grueso, retaco, vestido de blanco) me encaminé al Bar Grande, en la plaza central. Allí estaba. Bebía con unos amigos. Me presenté y en pocas palabras le expuse el motivo de mi visita. Se sentó conmigo a una de las mesas.

–Usted quiere que yo le diga lo que sé acerca de los monos de «Martín Pozas» –me miraba con fijeza, sonriendo. –Pues bien, le aseguro que hablo por boca de ganso y que no me interesa saber nada de eso por experiencia propia. Los habitantes de esta provincia se dividen en dos grandes clases: los crédulos y los ricos. Hay una despreciable minoría, compuesta por los que no son ni ricos ni crédulos, y en ella estoy yo. Trabajo para *El Llanero* y el director me ha pedido que meta fantasía al asunto de los monos con el objeto de vender más periódicos. ¿Me explico? Los ricos me pagan para que haga más crédulos a los crédulos. Eso es lo que hago.

–Entonces –comenté con intención de provocarlo– ese artículo suyo sobre los monos blancos o monos-ángeles es una ficción.

–Sí y no. La expresión monos-ángeles se la oí a un indio de los que viven en la orilla derecha del Corpus y que vienen a Paso de Dios a vender guanacos, piedras de filtro y yerbas medicinales. Usé la definición del indio y algunos comentarios que hizo en relación con los monos como punto de partida para escribir mi artículo. Las barbaridades con que lo concluyo son obra de mi fantasía.

–Su artículo es un ardid para ahuyentar la peonada de la hacienda de Pozas.

–No lo creo.

Recordé las palabras y la cólera de Bargach cuando comentaba el artículo de Vergara, y pensé en su ingenuidad al llamar mentecato a este granuja.

Sobreponiéndome al malestar que me producía el individuo, quise que me dijera cuáles habían sido los comentarios del indio.

–Simplezas, amigo –me respondió. –Si usted le presta atención a las historias de los indios acaba por creer en serpientes emplumadas y niños que nacen recitando conjuros. El indio dijo que los de su pueblo tendrán que abandonar las riberas del Corpus porque los monos-ángeles, que son blancos y vuelan, habían aparecido y no querían hombres en la selva ni cerca de ella. Es todo. ¿Lo impresiona a usted eso?

–Quizás sí. Me parece que he venido a engrosar la clase de los crédulos –atiné a responder.

Cuando abandonaba el bar, escuché la risa de Vergara y sus amigos.

Al día siguiente de mi viaje a Paso de Dios, alrededor de las tres de la madrugada oímos disparos por el rumbo de los linderos de la hacienda próximos a la selva. Cuando Garcés y yo salíamos a la explanada del fondo, encontramos a la peonada de «Martín Pozas» hecha un hervidero. Bargach apareció ajustándose un cinturón con revólver. Tanto a Garcés como a mí nos pareció excesivo ese terror unánime que convertía a aquellos hombres en ratones de cuerda.

«El hombre aullaba de dolor. Uno de los peones que nos acompañaban se lo llevó en su yegua. Continuamos hasta donde estaban los otros. El llamado Benjamín tenía el cráneo hendido y no sobrevivió.»

El administrador nos pidió que lo siguiéramos y partimos a caballo hacia el sitio donde habían sonado los disparos. Bargach empuñaba su revólver y esa precaución me produjo una rara mezcla de piedad e inquietud. Diez minutos a buen galope nos bastó para encontrarnos con el primer guardián. El hombre estaba más espantado que herido, a pesar de que sangraba copiosamente de una pierna.

–¡Patrón, esto no más al diablo se le ocurre! –exclamó al vernos. Dando saltos, se apretaba con una mano la rodilla maltrecha.

Bargach le ordenó que le contara lo sucedido.

–¡Qué le cuento! Estábamos bien despiertos y de pronto llovieron piedras. En mala hora disparamos, que las piedras cayeron entonces una al lado de otra. Creo que Benjamín y los otros dos quedaron tendidos para siempre.

El hombre aullaba de dolor. Uno de los peones que nos acompañaban se lo llevó en su yegua. Continuamos hasta donde estaban los otros. El llamado Benjamín tenía el cráneo hendido y no sobrevivió. Los otros dos guardianes, golpeados también, trataban de auxiliar al moribundo. Éstos no agregaron nada nuevo a lo relatado por el primer guardián.

Un hallazgo intrigante aquella madrugada fue una cerda larga y blancuzca, como un hilo de aluminio, encontrada por Garcés en una trampa que había funcionado.

De regreso a la casa de vivienda, decidimos con Bargach decirle al señor Pozas que estábamos dispuestos a entrar en la selva con una expedición de caza, y que no saldríamos de ella antes de acabar con los monos voladores o lo que fuera. Ahora, algún tiempo después de aquellos acontecimientos, reconozco que nuestra decisión fue temeraria, emocional, carente de toda sensatez, pues ni siquiera sabíamos a qué íbamos a enfrentarnos.

Trabajo nos costó reunir una treintena de hombres tan irreflexivos como nosotros. Lo logramos, al fin, ofreciendo el cielo y la tierra.

Bien armados con carabinas de repetición compradas por el señor Pozas en la capital y contando con

la ayuda de un práctico, indígenas de los que atraviesan la selva desde el otro lado del Corpus, decidimos entrar en aquel bosque cerrado a la razón y dar guerra, en su propio elemento, a los fantasmales depredadores de «Martín Pozas».

La expedición penetró en la selva del Corpus precisamente por el punto en que se produjo el último ataque de los monos. Encabezábamos la caravana Garcés y yo. El guía, a última hora, había desistido de acompañarnos, justificándose con una repentina enfermedad. Éste fue nuestro primer contratiempo. Nos veíamos obligados a marchar dependiendo únicamente de la brújula por aquel intrincado dédalo vegetal, a través de cuyo techo de densas armazones la luz del día apenas se filtraba. La trocha por la que entramos se fue estrechando hasta desaparecer, devorada por la selva, en la que menudeaban los ceibones forrados de plantas parásitas, los cedros, las caobas y, sobre todo, las enredaderas de variedades incontables. El calor, agravado por la humedad, los mosquitos, las moscas verdes y los jejenes, nos martirizó día y noche desde el primer instante. Del anochecer a la madrugada, el abundoso rocío nos calaba como si la garúa hubiese estado hostigándonos durante horas. Por otra parte, debíamos cuidarnos de la fauna selvática, cuyo más siniestro representante es la víbora negra, que da la muerte súbita desde sus nidos de hojarasca podrida. También la araña carnívora pulula entre el follaje. Los guacamayos, llenando de color y ruido los sombríos recovecos de la selva, las cotorras, la basáride y la imprevista llamarada de la amapola eran algunas de las pocas imágenes amables a que nuestros ojos podían aspirar en aquel universo primario, donde la belleza mayor es lo atroz.

«La expedición penetró en la selva del Corpus precisamente por el punto en que se produjo el último ataque de los monos. Encabezábamos la caravana Garcés y yo. El guía, a última hora, había desistido de acompañarnos, justificándose con una repentina enfermedad.»

Al segundo día de marcha hicimos un descubrimiento de repercusión nefasta en la moral del grupo: uno de los expedicionarios, vecino de Paso de Dios, fue encontrado muerto. Había estado de guardia la noche anterior y tenía el cráneo destrozado.

Sepultamos al infeliz al pie de un ceibo, en cuyo tronco tallé, a punta de cuchillo, el nombre Hilarión y la fecha de su muerte. Concluido el enterramiento, dos expedicionarios manifestaron su deseo de volver a Paso de Dios, y tomaron el camino de regreso. Tiempo después supe que ninguno de los dos llegó nunca a su destino.

Tres días más estuvimos vagando por la selva sin hallar lo que buscábamos, pero al atardecer del cuarto día fuimos sorprendidos. Un torrente de piedras de todos los tamaños comenzó a caer sobre nosotros, arrancando las hojas de los árboles, astillando los troncos, ahuecando la tierra húmeda y, por supuesto, golpeándonos sin misericordia. La confusión fue horrible y sólo atinamos a disparar al aire mientras buscábamos protección entre las armazones más tupidas. Yo logré alcanzar un corpulento ceibón, entre cuyas raíces, gruesas y rugosas como patas de paquidermo, me parapeté. Intenté ansiosamente descubrir alguno de aquellos supuestos simios que nos agredían, pero sólo vi la copa de los árboles, contra las cuales dirigí los disparos de mi fusil automático, sin resultado evidente.

La lluvia de piedras se prolongó hasta la caída de la noche. Nos habíamos dispersado y, puesto que nadie se atrevía a hablar para no delatar su posición al enemigo, ninguno sabía con certeza dónde estaban los otros. Esto facilitó mi captura.

Un año, siete meses y doce días estuve en poder de aquellos hombres. Fui su esclavo más que su prisionero. Me utilizaron, como a tantos otros cautivos, indios y blancos, para cargar de piedras las cazoletas de las catapultas escondidas en la selva, y me obligaron bajo amenaza de muerte a dispararlas contra la hacienda. Yo los vi partir, noche tras noche, cubiertos con pieles de mono blanqueadas, hacia «Martín Pozas» para arrasar los plantíos de la hacienda. Conocí que los guardianes Cecilio Beñoa y Evaristo Solórzano eran sus cómplices, que murieron en uno de los asaltos nocturnos por tener ambiciones excesivas. Supe que hacían saltar los resortes de las trampas tirando de ellos con hilos de metal. Vi al administrador Bargach darles órdenes y decirles dónde estaban las trampas y los guardianes. Vi al periodista Vergara conversando, comiendo, riendo con ellos. Los oí hablar de minas de diamantes

en «Martín Pozas». Los oí burlarse de Garcés y de mí. Supe que el viejo Pozas, derrotado por la desesperanza y el engaño, malvendió la hacienda al presidente de la Unión de Plantadores de Paso de Dios y que este canalla era el jefe de ellos, el promotor del mito y del negocio. Comprendí que Garcés y yo habíamos hecho el papel de extras en la función. Fui humillado, golpeado, hambreado. Me hicieron trabajar de cocinero, de leñador, de lavandero. Yo estaba seguro de que, vendida la hacienda a quien con tanto ingenio y crueldad había provocado esa venta, los «monos blancos» no necesitarían más de sus esclavos y todos iríamos a dar a una fosa común en el corazón de la selva o al vientre de las pirañas del Corpus.

No había lugar para la esperanza de sobrevivir después de la venta de «Martín Pozas», y eso lo vimos claramente todos los que estábamos enterados del secreto sin ser cómplices; de ahí que, a sabiendas de que era punto menos que imposible, decidiéramos hallar un modo de escapar. Contrariamente a lo que esperábamos, después que nuestros captores obtuvieron la hacienda fueron menos rigurosos en la vigilancia y en el trato que nos daban. Pero no nos hacíamos ilusiones: sabíamos que nuestro fin estaba decidido desde el instante en que fuimos apresados y pudimos ver el misterio por dentro, y que el sorpresivo cambio de actitud de nuestros captores obedecía al júbilo momentáneo y a la seguridad que su victoria les infundía. De modo que, a partir de aquel momento, no desperdiciamos oportunidad alguna para consultarnos los planes de evasión que se nos iban ocurriendo.

Múltiples fueron esos planes, que entonces nos parecían lógicos. Ahora no puedo determinar cuál era menos practicable. Sin embargo, como suele ocurrir en los momentos críticos, la casualidad nos ayudó. Gracias a ella encontramos el mejor, el más simple y, quizás, el único posible. En la temporada de lluvias, el Corpus se hincha con las aguas que recoge de los infinitos llanos del sur y anega la selva, convirtiéndola en un enorme pantano. Una noche en que caía un aguacero furioso, y con la inundación al pecho, un grupo de nosotros logramos salir del campamento e internarnos en la selva. Tuvimos la buena estrella de no tropezar con los rufianes que montaban guardia aquella noche y que seguramente se habían refugiado en la copa de los árboles. La oscuridad estaba de nuestra parte. Anduvimos durante toda la noche, calados por la lluvia y acosados por los mordiscos de las pirañas atrapadas en la bejuquera. Cuando parecía que habíamos esquivado la muerte en el campamento sólo para morir por cuenta propia en la selva, llegamos a un caserío indígena. En los tugurios abandonados encontramos alguna comida, que devoramos. Finalmente, un cuantayo a quien revelamos la naturaleza de nuestra aventura se prestó para sacarnos de aquel turbulento océano de lodo. Hicimos el viaje por el Corpus en una canoa que a cada momento parecía que iba a deshacerse o volcarse en la bárbara corriente. Y en Tarí encallamos. De allí a Paso de Dios fuimos en mula. Dos de nosotros se perdieron en la selva y uno cayó al río. Supongo que las pirañas lo habrán pelado.

A Paso de Dios llegué con fiebre alta, pero no quise pernoctar allí, al alcance de mis enemigos. Garcés deliraba de extenuación. Y en esas condiciones nos despedimos del providencial cuantayo y tomamos el tren para la capital, sin ni siquiera cambiarnos la embarrada y rota indumentaria.

Convaleciente aún de sus vicisitudes, Laureano Cachaquén me dictó la presente crónica, que para algunos no será otra cosa que el relato, repujado por mí, de una dudosa aventura. Para mi amigo, esta historia es el capítulo más logrado de su vida.

© Manuel Díaz Martínez

El autor:

Manuel Díaz Martínez (Cuba, 1936). Poeta y periodista. Ha publicado trece poemarios. En 1967, su libro *Vivir es eso* obtuvo en Cuba el premio de poesía "Julián del Casal". En 1994 ganó el premio "Ciudad de Las Palmas de Gran Canaria" con su libro *Memorias para el invierno*. Es autor del libro de memorias *Sólo un leve rasguño en la solapa* y de la antología *Poemas cubanos del siglo XX*. Es miembro correspondiente de la Real Academia Española. Reside en Las Palmas de Gran Canaria.

ALGO PROVISIONAL *

por Ismael Grasa

Hacía ya casi un año que Rubén tenía prohibido acercarse a la casa de su madre. Ella le explicaba que era algo provisional, a la vez que le pedía que no la siguiese llamando por teléfono. Una vez se lo dejó claro: «La estupidez se paga». Se refería a lo que había pasado con su hijo adoptado, Norman. Otra vez le dijo que aquello no iba a ser para siempre, que las cosas acaban encontrando una salida. Norman había nacido en Brasil, la madre de Rubén lo adoptó cuando se quedó sola. Rubén había sacado una plaza como auxiliar técnico en el Instituto de Desempleo. Se despertaba a las siete de la mañana y comía en los restaurantes de los alrededores. Contaba con otros proyectos en su vida, aunque hasta el momento había ido siempre aplazándolos.

Rubén no sabría decir cuándo conoció a Víctor Merino, desde que era adolescente se acordaba de ver a ese hombre de barba. Lo encontraba en los cines o en la Filmoteca. En algún momento debieron de hablar, luego se dieron sus números de teléfono. Pasaron los años y siguieron encontrándose, casi siempre a la salida de las sesiones de tarde. Solía haber más gente con ellos en esos encuentros. Todos sabían que Víctor tenía inclinaciones pedófilas. Pero, por otra parte, nadie de aquel grupo de conocidos le había visto cometer ninguna clase de abuso. Su inclinación por los chicos jóvenes no pasaba de ser un motivo habitual de bromas, incluso con él delante. Una vez Rubén saludó a un par de chicos en la casa de Víctor. Estaban tumbados en los sofás. Veían la televisión y tomaban bebidas de unas botellas grandes. Rubén no pensó en denunciar a su amigo. Tampoco eran estrictamente niños lo que vio en aquel salón. Víctor hablaba a veces de las costumbres tutelares del mundo griego y árabe, pero su aspecto físico tenía poco de mediterráneo. Era pequeño y llevaba barba y melena blancas, parecía más un duende de tradición nórdica. Ese aspecto, según dijo luego la psicóloga en el juicio, era uno de los recursos de los que se valía para identificarse ante los niños como alguien perteneciente a su mundo de fantasía. Rubén fue a verle a la cárcel de Zuera cuando lo ingresaron. Se había cortado la barba y la melena, era difícil seguir pensando que ese hombre de detrás del cristal fuese Víctor. Después de que Rubén le dijese que esa iba a ser la única vez que lo visitaba en la cárcel, y después de pedirle una explicación por lo que había pasado con su hermano adoptado, Víctor, con la expresión nueva que le daba el afeitado, le respondió, en un tono que nunca había utilizado con él, que le parecía mentira que tuviese un amigo tan idiota.

«Rubén no sabría decir cuándo conoció a Víctor Merino, desde que era adolescente se acordaba de ver a ese hombre de barba. Lo encontraba en los cines o en la Filmoteca. En algún momento debieron de hablar, luego se dieron sus números de teléfono. Pasaron los años y siguieron encontrándose, casi siempre a la salida de las sesiones de tarde. Solía haber más gente con ellos en esos encuentros. Todos sabían que Víctor tenía inclinaciones pedófilas.»

Rubén llevaba una temporada en que todo el mundo parecía dispuesto a insultarle, también en su trabajo. Se le había encargado la tarea de impartir charlas a las personas que estaban cobrando el paro. A los asistentes, durante las semanas previas, se les hacía sellar su ficha diariamente y a horas cambiantes. Esto creaba a menudo cierta predisposición hostil hacia esas charlas. Rubén comenzaba pasando lista y repartía unas fotocopias. La sesión, que debía durar cincuenta minutos, era aburrida, un trámite administrativo. En realidad a Rubén le bastaría con diez minutos. A Rubén le resultaba odioso tener que dar esas charlas. Miraba hacia la pantalla del proyector de transparencias, evitaba cruzar la mirada con las personas a las que se convocaba, a veces madres con hijos de pecho, todos a la espera de irse con su papel sellado. Los asistentes, al final, debían rellenar anónimamente un impreso. En el apartado de sugerencias Rubén tenía que leer de vez en cuando frases del tipo: «Te has

* «Algo provisional» pertenece al libro de relatos *Trescientos días de sol*, publicado por Xordica en 2007

ganado hoy tu sueldo, tontolaba».

Durante el tiempo en que Rubén salió con Anna vivía todavía en la casa de su madre. Anna estudiaba en Zaragoza y cuando volvió a Barcelona conoció a un hombre, se casó y tuvo un hijo. Rubén había ido mucho al cine con ella, de hecho era casi lo único que hacían juntos. Rubén luego siguió llamándola por teléfono, incluso después de que se casase. No había sido con Anna una persona decidida, y ahora tampoco acababa de renunciar a ella. «¿Qué es lo que quieres?», le preguntó a Rubén la última vez que la llamó. El tono era brusco, Rubén no supo qué decir. Le preguntó si seguía viviendo con su marido y ella le colgó el teléfono.

Rubén había hecho también un viaje con Anna por Italia. En Sicilia compró un libro de láminas del fotógrafo Von Gloeden. Víctor le había hablado alguna vez de ese fotógrafo de comienzos del siglo anterior, conocía algunas de sus imágenes de muchachos púberes entre las ruinas de Taormina. Rubén pensó que sería un buen regalo para su amigo. Había entrado en una tienda de recuerdos mientras Anna le esperaba fuera. El vendedor guardaba los libros de Von Gloeden en la trastienda. Rubén pensó que el no tenerlos expuestos debía de obedecer a algún modo de precaución. Anna apenas llegó a mirar esas páginas, no parecía interesada en aquel asunto. Guardaron el regalo en la maleta común. Rubén se olvidó de esto hasta que unos años después, durante el juicio, en una de las sesiones en que tuvo que declarar, se mencionó el hecho de que hubiese proporcionado a Víctor fotografías de erotismo infantil. Los intentos de Rubén por defenderse se volvieron en su contra, aprendió que en un juicio de pederastia con violación probada es mejor no empezar frases del tipo «¿Qué hay de malo en...?» Anna había venido desde Barcelona para asistir a esa sesión. Su frialdad de entonces, los silencios que mantuvo con su madre, tampoco le sirvieron de ayuda.

«Durante el tiempo en que Rubén salió con Anna vivía todavía en la casa de su madre. Anna estudiaba en Zaragoza y cuando volvió a Barcelona conoció a un hombre, se casó y tuvo un hijo. Rubén había ido mucho al cine con ella, de hecho era casi lo único que hacían juntos. Rubén luego siguió llamándola por teléfono, incluso después de que se casase.»

Pero lo que implicó a Rubén en el caso no fueron las fotografías de Von Gloeden, algo que no tenía nada de ilegal, ni siquiera haber llevado a Norman al piso de Víctor, sino el haber ayudado al pederasta, al menos en dos ocasiones, a borrar la memoria del disco duro de su ordenador. Rubén reconoció que, si bien la primera vez sencillamente trataba de ayudar a su amigo con el manejo de un ordenador casi nuevo, en la segunda era consciente de que estaba haciendo desaparecer pruebas de una posible actividad delictiva. De nuevo los intentos de justificación de Rubén resultaron contraproducentes delante de la técnica en maltratos y pedofilia. Rubén había bromeado con Víctor sobre el hecho de que algún día tendría que ir a verlo a la cárcel. De haber tenido la

certeza, declaró, de que realmente estuviese cometiendo delitos graves no hubiese empleado con él ese tono. Porque los adolescentes a los que había reconocido viendo la tele en el sofá «no estaban ahí atados». Hasta el propio Rubén se dio cuenta, después de haber dicho esto último, de que las cosas se torcían para él.

Rubén, que acababa de sacar su plaza de técnico auxiliar, comenzó a temer que pudiese quedar inhabilitado para la función pública. Perdió el sueño durante días, también cayó en la cuenta de que no tenía muchos amigos. Apenas había empezado a pagar su apartamento nuevo. Su madre le había pedido en el pasillo del juzgado que no se acercase a su casa durante un tiempo, hasta que Norman comenzase a entender lo que había pasado y todo volviese a arreglarse. Le prohibió también que llamase por teléfono. Le dijo que sabía que él era inteligente, pero que a veces un poco de inteligencia es justo lo que hace que uno pueda llegar a obrar más estúpidamente de lo normal. Y es cuando le dijo lo de que la estupidez se paga.

Rubén, cuando aún vivía en casa de su madre, no había llegado a cortar de un modo claro su relación con Anna. Fue a Barcelona unas semanas después de que ella dejase Zaragoza. Quedaron en una terraza y ella pasó el tiempo respondiendo en catalán a las llamadas de teléfono de sus amigos.

Rubén, después de que Anna se despidiese de él, se quedó con la duda de si seguían saliendo o no. Ella ni siquiera le preguntó si iba a quedarse a dormir en la ciudad. Todavía hacía sol en la terraza. Como Rubén tenía que pasar la tarde de todos modos, miró la cartelera en el periódico del bar.

Rubén tuvo que contar en el juicio cómo subió a Norman hasta la casa de Víctor. Rubén había ido a comer a casa de su madre y luego, igual que hacía otros domingos, acompañó a su nuevo hermano a un salón juvenil de juegos. Estuvieron disparando un rato en la máquina preferida de Norman y a la salida se juntaron con Víctor. Aquello no fue del todo una casualidad, el encargado del salón declaró después que Víctor solía pasar tardes paseándose entre esas máquinas. Rubén tuvo que contar esto en la tercera sesión, cuando ya se había dado cuenta de que estaba más envuelto en el caso de lo que creía. Explicó que había visto siempre a Víctor, pese a sus inclinaciones, como un ser asexual. Que Víctor era una persona pacífica, vegetariana, y que no se imaginaba, en definitiva, que de entre esas matas de pelo blanco pudiese asomar, con la violencia con que se manifestó, una erección.

Víctor, el domingo del salón de juegos, les invitó a subir a su casa para que Norman pudiese ver su colección de juguetes antiguos. Rubén no hubiese dejado subir solo a su hermano. Sencillamente pensó que, si él le acompañaba, no había nada malo en aquella visita. La psicóloga vino a decir durante su intervención que Rubén, ese día, había facilitado a un pederasta lo más valioso para él, un vínculo de confianza familiar con el niño. Durante los días siguientes Víctor fue al colegio de Norman en las horas de recreo y comenzó la secuencia de hechos que se iba a descubrir unas semanas después. Entre los testigos de aquella sesión del juicio estaba el encargado de la sala juvenil de juegos. Hay que decir que Rubén respiró hondo cuando ese encargado identificó a Víctor como alguien que frecuentaba a solas el local, mientras que no dijo nada del propio Rubén. Porque Rubén, cuando iba a ver a su madre, solía entrar también a solas a jugar alguna partida en los videojuegos más antiguos. Aquel dato no hubiese ayudado nada, ciertamente, al perfil que estaba ofreciendo. Todo aquello le llegaba a parecer una broma. Se despidió de Anna en la puerta del juzgado. Luego, en su apartamento nuevo, se dio cuenta de que apenas conservaba nada de ella, no tenía ni una fotografía en que se les viese juntos. Pensó que era como si de repente le estuviesen llegando las facturas acumuladas de una serie larga de errores. Ni siquiera estaba seguro de que Anna creyese del todo en su inocencia.

«Víctor, el domingo del salón de juegos, les invitó a subir a su casa para que Norman pudiese ver su colección de juguetes antiguos. Rubén no hubiese dejado subir solo a su hermano. Sencillamente pensó que, si él le acompañaba, no había nada malo en aquella visita.»

Otra de las cosas que le sucedían a Rubén es que, después de lo que había pasado con Norman, a menudo se encontraba hablando con Víctor como si realmente no hubiese ocurrido nada. En cuanto Rubén se descuidaba, y estando Víctor ya bajo arresto, acababan por hablar de estrenos de películas o de los amigos comunes, como antes. Esto tampoco facilitó las cosas a Rubén de cara a los demás. Le sucedió lo mismo más tarde, la vez en que fue a visitar a Víctor a la cárcel de Zuera. Quería oír la verdad de la boca de su amigo, pero enseguida acabaron envueltos en otra clase de conversación. Rubén se descubría a sí mismo riéndose y escuchando las elucubraciones más o menos ocurrentes de aquel hombre. Víctor bromeaba con que les iban a empezar a tratar como a los pederastas de Israel. Al parecer, ante la insuficiencia del bromuro, les inyectaban triptolerina hasta dejarlos sin huesos. Rubén dejó de sonreír cuando recordó a qué había venido. Insistió en saber la verdad y fue cuando Víctor, ya con otro tono de voz, le llamó idiota.

Rubén supo luego que no iba a perder su trabajo. Siguió pasando algunas tardes, como había hecho siempre, con los programas de videojuegos de su ordenador. Acudía a una tienda de cine y olía las colecciones de figuritas de plástico. A veces calculaba las horas que había dedicado en su vida a ver películas y a los videojuegos. También las que trabajaría en el caso de que llegase a la jubilación. Formaba columnas de números en los márgenes de hojas de papel reciclado. Lo peor de su trabajo

era tener que dar esas charlas a parados. Ya había decidido dejar de leer los comentarios de la sección anónima de sugerencias, él mismo se inventaba luego la estadística.

Después de que acabase el juicio llegó una chica nueva a las oficinas de trabajo de Rubén. Se llamaba Mila, era interina y ocupaba un puesto en el mostrador de información. Era algo escuálida, Rubén se fijó en sus pechos cuando se puso de perfil. Apenas eran un abultamiento bajo la camiseta. Mila hablaba riéndose, no acababa las frases. Rubén creyó al principio que se debía al nerviosismo de ser una recién llegada, pero luego siguió haciéndolo. Mila hablaba de la misma manera con el director de la oficina que con cualquiera de los que venían a sellar su tarjeta del paro. Rubén pensó que sencillamente era una chica muy joven y sin experiencia.

«Otra de las cosas que le sucedían a Rubén es que, después de lo que había pasado con Norman, a menudo se encontraba hablando con Víctor como si realmente no hubiese ocurrido nada. En cuanto Rubén se descuidaba, y estando Víctor ya bajo arresto, acababan por hablar de estrenos de películas o de los amigos comunes, como antes.»

Mila tenía a Miguel de compañero de mostrador. A Miguel se le entendía muy mal cuando hablaba, no dejaba de resultar irónico que le colocasen como encargado de información. El caso es que nadie lo quería tener como compañero, de modo que acabó en ese mostrador. Rubén hablaba con Mila por teléfono desde su mesa, la veía reírse desde detrás de la pared de cristal. Un día le propuso quedar por la tarde para tomar un café.

Mila se cambió de ropa y de peinado para acudir a la cita. Rubén cayó en la cuenta de que él ni siquiera se había limpiado los dientes. Se contaron uno al otro las aficiones que tenían. Mila había hecho durante el verano un curso de escritura japonesa. Dibujó algunos trazos en las servilletas de papel. Rubén le pidió que escribiese sus nombres pero ella no sabía hacerlo. Después fueron a una cervecería.

Pasaron juntos casi tres horas. Mila habló de las cosas que le preocupaban, un asunto familiar, y también el que su contrato fuese sólo de tres meses. A ella se le humedecieron los ojos y Rubén se rió para quitar gravedad al asunto, se abrazaron y él sintió la presión de su sujetador. Cuando Rubén volvió a entrar en su casa, ya solo, se vio envuelto en un olor rancio, pensó que debía ventilar aquello más a menudo.

Mila siguió siendo simpática con Rubén en las semanas que le quedaban de trabajo, pero él no le volvió a proponer verse fuera. Miguel, cuando ella dejó por fin el trabajo de la oficina, fue hasta la mesa de Rubén y le preguntó por qué la había dejado escapar así. Parecía estar al corriente de lo que había pasado. Rubén pensó que posiblemente Miguel se hubiese sentido atraído por ella, aunque sin éxito por su parte. Había algo de recriminación en las palabras de Miguel. Le dijo que parecía «un asexuado». Rubén se acordó de que él mismo había utilizado esa expresión para referirse a Víctor durante el juicio. Pero la verdad es que Víctor sí que había sacado su miembro, aunque fuese con su hermano.

«Después de que acabase el juicio llegó una chica nueva a las oficinas de trabajo de Rubén. Se llamaba Mila, era interina y ocupaba un puesto en el mostrador de información. Era algo escuálida, Rubén se fijó en sus pechos cuando se puso de perfil. Apenas eran un abultamiento bajo la camiseta.»

Rubén tardó algunas semanas más en reaccionar. Buscó entonces la dirección de Mila en los archivos de contratación. Después de comer fue a la peluquería y a la salida caminó hasta el edificio de Mila. Oyó la voz de su madre por la rejilla del portero automático. Subió por el ascensor y un momento después estaba sentado en la silla de la habitación de Mila. Era una silla gastada en la que ella debía de haber estudiado desde el colegio. Mila se había sentado en los pies de la cama y miraba a Rubén mientras esperaba oírle. Él dijo que no había tenido hermanas, que no había estado nunca en

un cuarto así. Pensó en la habitación de Norman, en el olor que quedaba a sudor de niño cuando jugaban dentro al fútbol.

Hablaron un rato, Rubén le propuso salir fuera a tomar algo. Ella dijo que se alegraba de verle, pero que no se iba a ir con él. Le contó que tenía un nuevo trabajo y que salía con un chico. Le cogió de la mano y le pidió que se fuese. La madre de Mila se asomó por la puerta, Rubén se levantó. Se imaginó a Mila con la edad y el aspecto de su madre, pensó si le gustaría estar con ella entonces. Cuando Rubén ya estaba en la calle se detuvo un momento junto al portero automático. Se le ocurrió que quizá Mila estuviese al otro lado, trató de oír algún ruido.

Siguió caminando por la acera. Hacía calor, fue tomando las calles que quedaban en sombra. Miraba los escaparates, entró en una tienda y compró una alfombrilla para ponerla delante de su puerta de entrada. Más adelante pensó que aquello era ridículo y la tiró a un contenedor de basura. Entró en una sala de videojuegos, estuvo un rato mirando jugar pero no echó monedas en ninguna máquina. El encargado del local dejaba oír al pasar el tintineo de su mazo de llaves. Rubén entró a comprar tabaco en la tiendecilla de al lado, se quedó respirando el olor de las gominolas que había ahí dentro mientras dejaba que unos niños se le colasen.

Anduvo hasta la casa de su madre. El portal estaba abierto, subió las escaleras. «¿Cómo se te ocurre venir aquí?», le preguntó ella sin levantar la voz, esperando que Norman no les oyese. Rubén le dijo que él era inocente y que no aguantaba más. Su madre lo miró, se dio cuenta de que no se iba a ir. Le pidió que esperase en la entrada sin moverse, fue a buscar dentro a Norman y lo condujo de la mano hasta la casa de la vecina. Rubén apenas tuvo tiempo de cruzar un gesto de saludo con él. Su madre lo había llevado protegido con un codo en alto, como si temiese que Rubén se fuese a echar sobre ellos. La vecina saludó a Rubén por su nombre, pero sin acercarse a besarle como las otras veces.

Rubén entró por fin en la casa. Su madre le dijo que él sería inocente, pero que el psicólogo les había explicado que Norman no estaba en condiciones de distinguir todavía a los culpables. Rubén contestó que el psicólogo se podía ir a la mierda. Se levantaron la voz uno al otro. Rubén gritó a su madre que no quería que le volviesen a insultar. De pie sobre una alfombra, notó cómo latía con fuerza su corazón.

«Anduvo hasta la casa de su madre. El portal estaba abierto, subió las escaleras. “¿Cómo se te ocurre venir aquí?” le preguntó ella sin levantar la voz, esperando que Norman no les oyese. Rubén le dijo que él era inocente y que no aguantaba más. Su madre lo miró, se dio cuenta de que no se iba a ir.»

Las voces debieron de poner en alerta a la vecina, su marido llamó de pronto a la puerta. Era un hombre viejo y corpulento. Preguntó a la madre de Rubén si necesitaba ayuda. De pronto, la presencia de ese vecino parecía que les había tranquilizado un poco, pero cuando trató de acercarse a Rubén recibió un manotazo. El viejo respondió echándose encima, tardó poco en inmovilizarlo contra el suelo. Rubén intentó controlar la respiración, dejó de resistirse. Tumbado de ese modo le pareció reconocer bajo el armario el lugar donde de pequeño escondía sus juguetes. «Esto no va a ser para siempre», oyó repetir a su madre en un tono que le resultó frío, como si ella no estuviese creyendo lo que decía. Tampoco el vecino aflojaba su llave. A Rubén no le quedaba otro remedio que pensar que se equivocaban.

© Ismael Grasa

El autor:

Ismael Grasa (Huesca, España, 1968). Es autor de las novelas *De Madrid al cielo* (Anagrama, 1994), finalista del Premio Herralde y ganadora del premio Tigre Juan, *Días en China* (Anagrama, 1996) y *La Tercera Guerra Mundial* (Anagrama, 2002). Es autor también del libro de viaje *Sicilia* (Plaza&Janés, 2000; Ediciones del Cobre, 2004) y del volumen de poemas y relatos *Nueva California* (Xordica, 2003). Su última obra publicada es el libro de relatos *Trescientos días de sol* (Xordica, 2007), por el que ha obtenido el Premio Ojo Crítico.

NADA ANTES QUE LA FE

por Vicente Luis Mora

Velutti se sentía fatigado. Apenas había recorrido veinte leguas, pero a su garganta le parecían doscientas. Su parda sotana de franciscano no ayudaba demasiado a su tarea de atravesar las dunas. En su sobrecalentada mente giraban los mismos pensamientos: Todavía falta mucho. Hay que seguir avanzando, con la esperanza puesta en Dios. He esperado demasiado para fracasar ahora. Haber conseguido el Libro puede costarme la vida, pero más vale poca vida viviendo en la Verdad que una existencia entera regida por el descarriamiento y la sombra. ¡Señor, ayúdame!

Secándose el sudor con su manga izquierda, marcando los pasos muy verticales para no perder fuerzas en la lucha con la arena, se preguntaba si los Bibliotecarios Superiores habrían notado ya la ausencia del volumen. En Alejandría ese libro que el monje apretaba cada vez con más fuerza contra su pecho daba sentido a los demás y justificaba el esplendor de la propia Biblioteca. Era el texto más valioso desde la *Biblia*, buscado por los hombres desde los primeros siglos del Cristianismo: el último *Libro de Juan*, el discípulo amado, en que describía su postrer sueño: el de la Salvación. Las leyendas hebreas desde su muerte dicen que Juan escribió antes de morir un manuscrito en papiros en el que Dios revelaba a través de metáforas la fórmula para conseguir la Vida Eterna y –eso era casi lo más importante–, la Verdad mundana. Antiguos signos muestran desde el principio de los tiempos la importancia de esa Verdad: quien la tenga podrá dominar su vida, su destino y su muerte, con la misma plenipotencia que el mismo Dios. Después de su conocimiento, Dios dejaría de ser el redentor y supremo juzgador, para ocupar un modesto papel, algo muy parecido a un hermano mayor al que son debidos sumisión y respeto. Un secreto tan fabuloso como ése debía de estar para siempre en manos de la Iglesia. O al menos, eso pensaba el franciscano Gianfranco Velutti, que escapaba a toda prisa de Alejandría con el manuscrito escondido en su pecho.

Y en su cabeza ardiente no había descanso: aquel impío de Nathael me engañó... creía que no lo conseguiría, pero me despistó con una pista falsa por si acaso, mandándome al Rector de la Biblioteca. Suerte que éste conocía a mi hermano, el prior de Montecassino, que si no estaría ya reposando bajo las cristalinas aguas del Nostrum. Ahora que el sol aprieta y la soledad de este desierto aguza la definición de mi mente, todas las ideas del mundo parecen querer entrar en ella, como pájaros a un oasis, para llenar esta atroz soledad de arena y tiempo.

«Bajo la atenta mirada de su sobrina Rachel, un ser de maravillosa serenidad y belleza, apoyadas sus manos en los brazos de su silla, Valestre me fue contando sus treinta años apartado de mí, con su habitual voz profunda y gastada.»

El desierto es el mayor reloj de arena. Puedo ver ahora con nitidez el recio rostro de Valestre, el receptor. Cuando por más perdido me tenía, encontré la señal del Señor, que siempre me ha guiado. Iba ya a marcharme de la ciudad cuando a la puerta de una casa vi un curioso dibujo, grabado en el quicio: una mujer desnuda con la cabeza tapada y tres seises dibujados en su cintura y tres trompetas bajo sus pies. No cabía duda: si Valestre el mago, el omnilector, el vidente, vivía aún, debía hacerlo en aquella casa. Llamé y cuál fue mi sorpresa al verle después de treinta años. Estaba notablemente más envejecido que yo y sus ojos, que todo lo vieron y leyeran, estaban ciegos. «¿Cómo parece tan anciano si nuestra diferencia es sólo de cinco años, querido amigo?» Valestre sonrió al instante, conociéndome no tanto por la voz como por mi manía de no comenzar jamás las conversaciones con las fórmulas habituales. «Pasa, –me dijo– pasa y te hablaré de otras cegueras».

Bajo la atenta mirada de su sobrina Rachel, un ser de maravillosa serenidad y belleza, apoyadas sus manos en los brazos de su silla, Valestre me fue contando sus treinta años apartado de mí, con su habitual voz profunda y gastada. Narró sus viajes, su llegada como inspector a la Biblioteca, su ambición de llegar a ser Superior de la misma y poder así buscar en la sala profunda de los libros prohibidos, su posterior éxito en ese empeño (no en el primero) y, por último, del destino pesaroso pero dulce de hallar, por suerte, el libro más buscado de la historia: el último libro de Juan, que todos los Superiores y el Supremo Rector creían perdido. Después, los rumores extendidos por toda

Alejandría de que el volumen podría haber sido encontrado, la traición, las luchas por su posesión, el miedo de todos a su lectura, su reclusión en un Arca, la defenestración a que fue sometido por los Superiores, sus posteriores planes de venganza, el robo de la llave y del manuscrito, y la ceguera que le produjo leerlo. A pesar de mis continuas súplicas, nada quiso decirme del contenido. Supo por mí de la traición de Nathael, a quien creía discípulo e hijo, y de sus ojos sin luz brotaron lágrimas brillantes. Después me entregó el Volumen, y sus manos temblaron de miedo al hacerlo. «Puede que dándote esto te entregue la muerte», me advirtió. «Mañana serás el hombre más buscado del planeta, no sólo por los hombres sino por todos los demonios a quienes estorba, como sabes, el dibujo de mi puerta. Debes llevarlo a un lugar seguro, y por encima de todas las cosas, debes evitar leerlo. Te lo pido, te lo ruego por nuestra vieja amistad, que jamás abras sus páginas, si no quieres acabar como yo, o mucho peor». «Pero tú ahora eres sabio, ¿no es así?» Mi pregunta le reclinó hacia atrás en su silla, y mirando, es un decir, al techo, sólo pronunció, casi más para sí mismo que para mí, una palabra. «Demasiado».

Se acordaba de todo esto el padre Gianfranco, y quizá el peso de sus recuerdos hacía más lento y cansino su paso. El sol impenitente hacía caer ondas de calor sobre su pelada cabeza. Apretaba el trapo que contenía el manuscrito contra su pecho, como intentando darse fuerzas con él, y hacerse consciente de la trascendencia de su misión. Entre piedras y polvo caminaba evitando el fuerte viento, sin saber del todo la dirección que mantenía, poniendo sus esperanzas en la fuerza de su fe. Seguía recordando.

«Miró por fuera el volumen, sus ajadas cubiertas de cuero, sus tiras deshilachadas para cerrarlo, y rezó una oración pidiendo perdón o más bien comprensión para el último de sus actos.»

Lo que más me intriga es lo único que me dijo sobre el Libro: «Está escrito de tal forma que a cada uno le dice la verdad que necesita, y a partir de la cual el resto de verdades vienen solas, como cayendo por su propio peso, como si siempre hubieran estado dentro de nuestro intelecto y hubiéramos dedicado todo el esfuerzo a esconderlas, y no a encontrarlas». Esa visión platónica del conocimiento, su mera posibilidad, me desasosiega. ¿Cómo puede un libro en hebreo ser entendido por legos e ignorantes? Pero bueno, tampoco Moisés creía que

saliera el agua de la piedra y acabó manando. Renglones, renglones torcidos de Dios.

El sol se fue poniendo. Hacía unas horas ya que sabía que no iba a llegar al oasis que la ciega mano de Valestre le había indicado, apuntando al oeste. Su cuerpo cansado y desnutrido en las últimas semanas no iba a aguantar esos dos días de camino sin agua bajo el abrazo de aquel sol alucinante. Se sentó en la arena ardiente, jadeante y sudoroso. Se dio cuenta de que iba a morir a la mañana siguiente, si antes no lo helaban las frías temperaturas de la noche. Le asaltó el pensamiento de que no quería morir sin disfrutar de lo que tanto trabajo le había costado poseer. Quería conocer la Verdad antes de morir; que por lo menos a un hombre más le valieran las últimas palabras de Juan, ya que si él moría, pocas posibilidades de supervivencia podían haber para un volumen lleno de papiros antiquísimos, sujetos a todas las inclemencias del tiempo, de las temperaturas y de las bestias. Miró por fuera el volumen, sus ajadas cubiertas de cuero, sus tiras deshilachadas para cerrarlo, y rezó una oración pidiendo perdón o más bien comprensión para el último de sus actos. Con las manos temblando, con el alma en un puño, con la serena y grave conciencia de iniciar un acto que sólo otra persona había ejecutado en toda la Historia, y que a tantas le gustaría realizar, Gianfranco Velutti desplegó con los ojos cerrados los tres primeros papiros. Cuando los tuvo frente a sus ojos, los abrió. Los miró. Les dio la vuelta. Volvió a mirar con rostro incrédulo. Siguió pasando páginas velozmente, cada vez más rápido, casi con violencia; su corazón comenzaba a multiplicar su ritmo. Se levantó y quedó mirando los papiros esparcidos o rotos por el suelo. Caminó unos pasos, miró al cielo, pronunció algunas palabras incoherentes, luego las gritó, y algo más tarde un colapso le rompió por dentro. La noche se fue adueñando lentamente de la extensión infinita.

© Vicente Luis Mora

El autor:

Vicente Luis Mora es escritor, crítico y gestor cultural. Ha publicado *Subterráneos* (DVD, 2006), Premio Andalucía Joven de Narrativa; *Circular 07. Las afueras* (Berenice, 2007); y el ensayo *La luz nueva. Singularidades en la narrativa española actual* (Berenice, 2007).

EL POETA EN EXCEDENCIA *

por Salvador Gutiérrez Solís

Hay nombres –de poetas, seudocríticos, novelistas existenciales, conferenciantes todoterrenos, estudiosos del romanticismo más barroco, charlatanes varios y literatos multidisciplinares– que suelen ser frecuentes en los jurados de los premios literarios de cierto nivel –jurados remunerados con más de trescientos euros, seiscientos en algunos casos, muy contados los casos estos. En poesía, los premios más importantes, cuentan entre sus jurados con nombres muy relevantes, que, tradicionalmente, han sido ganadores de esos premios tan importantes en anteriores ediciones. Nombres ilustres de poetas que son –o fueron– ilustres poetas –muchos de ellos en su primera juventud. En narrativa, los premios más importantes cuentan entre sus jurados con nombres muy relevantes, que, tradicionalmente, no han sido ganadores de esos premios tan importantes en anteriores ediciones. Nombres menores para proclamar a narradores ilustres –y acaudalados a partir de ganar algunos de estos premios, según.

Durante los últimos años corre el rumor de que un poeta retirado –en excedencia para ser más exacto–, tras ganar buena parte de los premios más prestigiosos del panorama poético nacional durante la primera y segunda juventud –ya han pasado unos años–, paga la hipoteca, y la pensión de su segunda mujer –la primera, afortunadamente para su economía, se casó con un notario de provincias–, siendo jurado en buena parte de los premios más prestigiosos –o no– del panorama poético nacional.

No sólo eso, cuentan que el poeta en excedencia es habilidoso con los tiempos, con las miradas y con las intenciones –a modo de tahúr literario– y consigue que ganen estos prestigiosos premios algunos de sus amigos o conocidos, algunos de los cuales le ofrecen una parte del dinero obtenido, a modo de gratificación o salario –o retribución monetaria, nunca en especie–, porque lo del poeta en excedencia hay que entenderlo como un auténtico trabajo –y el poeta en excedencia es un auténtico profesional en esta disciplina sin casilla en la Declaración de la Renta.

El poeta en excedencia, tras ser nombrado miembro del jurado en cuestión –si no lo nombran difunde todo tipos de rumores en los foros y mentideros literarios–, solicita a los organizadores del premio –premios de tamaño medio– que le envíen todos los poemarios presentados –ya sean doscientos o más, no le importa: luego vende los tochos a un cartonero vecino del segundo derecha.

–Yo soy un profesional, y no me fío de los comités de lectura, que suelen dejarse llevar por las modas –suele argumentar a los organizadores.

Si le dejan, que alguna vez sucede, sobre todo en esos premios menores donde el poeta en excedencia se convierte en una especie de autoridad literaria –rodeado de profesores de instituto que se iniciaron en la Literatura con *El Perfume* y de concejales de cultura sin presupuesto municipal salvo para la ofrenda floral a la patrona de turno–, acompaña el libro del amigo –o del que le va a pagar– de cuatro o cinco poemarios patéticos, de ripios floridos y espantosos, con faltas de ortografía si es posible, incluso tachones –si es también posible.

En estos premios –menores– el poeta en excedencia disfruta de lo lindo, se vanagloria de su trayectoria, de sus conocidos, de anécdotas que todos ríen por simple educación –y que a casi nadie interesan. Y, luego, en la comida, el poeta en excedencia elogia y piropea los monumentos y restos arqueológicos de la localidad –que nunca suelen faltar–, mientras se zampa todo lo que ponen por delante previo edulcorado halago a la cocina y caldos locales, así como a los organizadores por la iniciativa literaria –*si esto lo hicieran en todos sitios España sería un país culto*, suele decir.

–Pocas veces he comido como aquí –repite sonriente (y un poco borrachuzo), mientras reparte vino entre todos los comensales.

* Este cuento, en una versión comprimida, aparece en *El batallón de los perdedores* (editorial Berenice).

Después, en la despedida, al poeta en excedencia los organizadores del certamen, tras rellenar la factura con los servicios prestados, le regalan la edición especial de las crónicas de la localidad –la llaman *edición especial* porque contiene unos dibujos espantosos que ha pintado el primo del alcalde– y la antología completa de la gloria poética local –y que da nombre al concurso de marras, así como a una plazoleta muy fea con bancos de granito negro–, editada por la Diputación de turno.

El poeta en excedencia cobra el cheque en el primer banco que no le cobra comisión y tira los libros regalados en la primera papelera que se encuentra. A continuación llama al poeta ganador y le recuerda lo pactado.

–Espero tu libro –le dice: es una especie de contraseña.

No siempre lo tiene tan fácil el poeta en excedencia. En los premios mayores, en los que sólo es uno más y sus anécdotas no interesan a nadie, no puede exigir que le envíen todos los poemarios y colar al del amigo o contratante como si tal cosa, y así se lo hace saber –previamente– a quienes requieren de sus servicios.

–Sólo te puedo ayudar si llegas a la final; eso lo tienes que lograr tú solo –le advirtió al poeta de Valladolid –pero afincado en Salamanca.

–De eso me encargo yo –dijo el poeta de Valladolid afincado en Salamanca.

–Yo te recomendaría un par de citas de Ángel González, y tal vez alguna de Rodríguez; a Montero ni lo nombres –le recomendó al poeta de Valladolid afincado en Salamanca tras conocer la composición del jurado en cuestión.

Por suerte no llegó a la final el poeta de Valladolid afincado en Salamanca. Ni empleando sus mejores y más recurrentes artimañas habría podido el poeta en excedencia conseguir el premio para el poeta de Valladolid afincado en Salamanca. Un poemario espantoso, mal ordenado, sin guiños a la postmodernidad, muy clásico, bien escrito –y qué–, mediocre en las citas –sin arriesgar–, demasiado sobrio en cualquier caso –y por encima de todo. Un libro con esas características no puede ganar hoy un premio de cierto nivel y prestigio.

Si el libro en cuestión alcanza la final, entonces el poeta en excedencia despliega buena parte de sus habilidades, todas sólo en casos extremos y muy bien remunerados –que ciertos movimientos desgastan, y de qué manera. En los cafés previos, porque siempre hay cafés previos, el poeta en excedencia rastrea en los otros jurados las posibilidades del defendido y ya comienza a tratar de derrocar un libro que pudiera ser favorito con la complicidad de otro jurado, si fuera posible. Por las citas y por el estilo empleado le basta al poeta en excedencia para descubrir el posible aliado. Esta primera fase se desarrolla en un ambiente distendido y jocoso –habitualmente–, donde aún caben las bromas y los guiños de complicidad.

Una vez sentados a la mesa, el poeta en excedencia sí plantea a las claras su poemario favorito –que jamás coincide con el que realmente desea que gane–, así como una posible alternativa, que coincide con el poemario pactado.

–Mi libro es este, no me cabe duda... si tuviera que contemplar otra posibilidad, que no lo tengo nada claro, creo que probablemente me decantaría por este otro... aunque sigo insistiendo que mi favorito es este por... –argumenta el poeta en excedencia.

La estrategia del poeta en excedencia consiste en tratar de mantener durante el mayor tiempo posible al poemario pactado en la zona templada de la discusión, ni excesivamente alabado ni excesivamente denostado. Por experiencia, mucha experiencia, el poeta en excedencia sabe que los jurados de los premios poéticos de postín sólo se ponen de acuerdo en los minutos vitales –o finales–, y que las personalidades, arrogancias, de los miembros del jurado son absolutamente fundamentales a la hora de escoger al ganador.

En este sentido, el poeta en excedencia –como su propio nombre indica– siempre cuenta con ventaja: los otros componentes del jurado nunca lo contemplan como un peligro, no representa ninguna corriente estética, no es un peso pesado –no es un contrincante que temer. Por eso sí le interesa, y mucho, que el jurado cuente con dos o tres figuras de prestigio nacional, poetas célebres, porque en

el momento de mayor tensión –a punto de escupirse los primeros insultos–, el poeta en excedencia se muestra más conciliador que nunca, expone su discurso formal y empalagoso –que tan buenos resultados le ha procurado–, y propone una salida pacífica, una salida consensuada por todos los miembros del jurado.

–Espero tu libro –siempre dice el poeta en excedencia al poeta ganador del certamen de turno cuando lo llama para comunicarle la buena nueva: es la señal.

–¿Y por que ya haya ganado otro premio con este mismo libro no pasa nada? –le preguntó no hace mucho un poeta que había precisado de sus servicios.

–Esa pregunta me hace mucha gracia... –le respondió el poeta en excedencia.

–¿Por qué?

–Ponte guapo para la foto y me mandas un ejemplar dedicado cuando salga publicado el libro...

Como dicta la tradición, varios días después, el poeta en excedencia abre el buzón y encuentra un pequeño librito de poemas –*Alianza a cien*–, que guarda entre sus páginas un cheque con la cifra acordada.

No hace tanto, apenas una semana, tras conseguir un nuevo premio para otro poeta –un chico joven con ojos de sapo y poética destartalada y de saldo–, el poeta en excedencia analizó en lo que se había convertido su vida. Un análisis habitual –y nada agradable. Se preguntó por qué no volvía a ser un poeta en activo, por qué, conociendo todos los trucos y manejos, no escribía un buen libro, con las citas adecuadas, bien ordenado, seguro ganador en un premio de postín.

El pensamiento apenas duró un minuto. El poeta en excedencia buscó en la estantería de su pequeño estudio el último libro que publicó –ya han pasado doce años–, producto de ganar un premio de cierto nivel y prestigio. Volvió a leer las citas, dos o tres poemas, los agradecimientos.

La luz tal vez despertó a su tercera esposa, que le habló desde el dormitorio:

–¿Qué haces?

–Nada, mirando unos libros.

–No se te olvide dejarlo todo luego como estaba, que me he pasado el día ordenando la casa.

–No te preocupes, que no voy a cambiar nada de sitio.

El poeta en excedencia se enfundó su pijama celeste, se cepilló los dientes mientras escuchaba el programa deportivo de la radio, y se alegró de que el Liverpool hubiera ganado la Copa de Europa.

© Salvador Gutiérrez Solís

El autor:

Salvador Gutiérrez Solís posee un extenso currículum narrativo que comenzó en el año 1996 con la publicación de su primera novela, *Dictando al cojo* (Premio Universidad de Sevilla). A ésta siguieron *La sonrisa de Lucía* (1997), *El color de la sangre* (1998), Premio Juan Valera, y *La novela de un novelista malaleche* (1999), finalista en el Premio Nacional de la Crítica. En 2000 publica *El coleccionista* (Círculo de Lectores), y en 2001 *La fiebre del mercurio* y *Spin Off*, divertida sátira sobre el mundo de la televisión. En 2003 el autor cordobés publica *Más de cien bestias atrapadas en un punto*. En *Jugadores y coleccionistas* (2004), compila cuentos, novelas cortas y microcuentos. En noviembre de 2005, la Fundación José Manuel Lara edita *El sentimiento cautivo* (finalista en el Premio Fernando Lara de novela 2003 y del Andalucía de la Crítica 2006). En septiembre de 2006, Gutiérrez Solís recupera al *novelista malaleche*, en *El batallón de los perdedores*. En abril de 2007 publica su primera biografía, *Barnaby Conrad, una pasión española* (Fundación José Manuel Lara). Y en septiembre de ese mismo año, 2007, publica la tercera entrega de la saga *malaleche*, *Guadalajara 2006* (Editorial Berenice). La obra de Salvador Gutiérrez Solís se puede encontrar en decenas de antologías. Ha sido traducido a varios idiomas. Ejerce la crítica literaria en diferentes publicaciones y es articulista en *El Día de Córdoba* (Grupo Joly). Más información del autor en www.casadosolis.com.

FINAL DE CUENTO

por Jorge Villarruel

Snaggel se quedó sin trabajo cuando Leonora murió. Él era el gnomo que le susurraba en sueños las ideas que ella luego convertía en cuentos y poemas. Había sido una relación fructífera. Leonora escribió y publicó 7 libros de cuentos y 5 de poesía, y ganó unos 10 concursos de literatura. Snaggel era un gnomo exitoso y admirado en la comunidad elemental de Ciudad de México. Pocos como él lograban tanto. Bobo Trinkles, el gnomo de Juan Rulfo, consiguió una novela, un volumen de cuentos y un puñado de poemas-guiones, no más. Para-Para, el gnomo de Carlos Fuentes, sólo dos o tres novelas sobresalientes, luego se volvió histérico y su autor lo abandonó. Snaggel era el rey indiscutible, pero se quedó sin trabajo de pronto; quién iba a imaginar que un estúpido Atos color rojo iba a dejarlo así. Bueno, Vadiv lo había imaginado, después de todo. En una borrachera le dijo a Snaggel: «¿qué pasaría si un Atos color rojo matara a tu autora?», pero Snaggel, perdido entre los cálidos besos del alcohol, no escuchó, y Vadiv no hizo el menor esfuerzo para despertar a su camarada, «mejor, así me quedo con su vino de Allucha».

Deprimido y solitario, Snaggel se fue quedando sin amigos. Vagaba por el Eje Central, Periférico, Viaducto, Insurgentes y Revolución. Su ropa, antes brillante y pulcra, estaba hecha jirones y sucia. La barba le creció mucho, aun para un gnomo, su nariz se desinfló y perdió el tono saludable y sanguíneo que identifica a su raza. Quiso cometer suicidio, arrojándose a las vías en el metro Coyuya, pero fue incapaz.

–Maldita inmortalidad –refunfuñó mientras trepaba al andén, aturdido por el golpe y el ruido. Para colmo, una rata de las grandes pensó que Snaggel era su almuerzo (eran casi las diez a.m.) y lo siguió por el pasillo, aterrando señoras y divirtiendo a niños, hasta que el conserje la mató de un escobazo.

Llegó a la calle, un auto le propinó un baño sucio que lo refrescó y lo hizo gritar alguna palabra en lenguaje gnomo, con un sonido similar a ¡#%&! . Sus pasos atrajeron la atención de un gato gris que lo siguió con la mirada. Snaggel, traumatado por las malas experiencias del día, se derrumbó como muerto –si pudiera morir–, y esperó el aburrimiento del felino, que llegó junto con la noche y la lluvia.

«Deprimido y solitario, Snaggel se fue quedando sin amigos. Vagaba por el Eje Central, Periférico, Viaducto, Insurgentes y Revolución. Su ropa, antes brillante y pulcra, estaba hecha jirones y sucia.»

–¿Qué haces? –preguntó Tasslehoff, el gnomo jubilado y con pensión eterna de Egar A. Poe. Haber inspirado al atormentado poeta y narrador (el periodismo y la crítica son otra cosa, para eso están los trolls) tan grandes obras, le valió el Supremo Reconocimiento en la sociedad de los seres elementales, que consistía en visitar cualquier lugar que deseara conocer en cualquier momento, en ocasiones más de un lugar a la vez.

–Maldecir mi mala suerte –respondió Snaggel, ceño fruncido, cara larga, moco escurriendo.

–Bueno, te dejo. Que tengas suerte.

–Gracias. Adiós. –y se dejó arrastrar por la corriente provocada por la lluvia, hasta la coladera frente a la ex-casa de Leonora. Las cloacas olían mal y estaban llenas de ruidos y voces extrañas. Snaggel conocía el drenaje de la zona, pues a veces al bañarse con Leonora, se iba por el entubado del drenaje. Hacía incursiones en los laberínticos corredores, llenos de basura, agua puerca y cocodrilos. –¿O no había cocodrilos? Quizá los había visto en alguna película, por televisión, junto a Leonora. Leonora. «Ahora que lo pienso», pensó Snaggel, «pienso que Leo era bonita». Leo, así le decían sus amigos. Más de dos décadas compartiendo sueños y espacio. Era natural que Snaggel sintiera nostalgia.

Sus pequeños pasos resonaban en la cloaca. Un torrente de desperdicios cruzó el túnel lateral, con su característico sonido a mugre. Snaggel trepó por el muro, y llegó a la coladera del baño de Leonora. Abrió la escotilla y ya estaba en casa. Sacó cartas, álbumes de fotos, cuentos inéditos, y contempló su memoria por horas. Encendió el estéreo, puso un disco de Jaime López y pensó que Leonora tenía

corazón de cacto («sigue guardando beso tras beso que ya lloverá»). La casa parecía enorme y desoladora, llena de tristeza y aire viejo que nadie había respirado en años. Hasta el polvo parecía más sucio que de ordinario. Cada recuerdo memorioso, cada acorde, cada imagen, lo deprimían más y más. Lágrimas escurrían por las arrugas de su rostro antiguo. Era tal su dolor que se confesaría a sí mismo algo que ningún gnomo en su sano juicio confesaría nunca, ni a sí mismo ni a los otros: se había enamorado de su autora. Pero lejos de sentir vergüenza, se sentía orgulloso. El dolor crecía, pero tenía algo de pacífico. Recordó la historia de Ingra, el gnomo de Safo: Ingra se enamoró de la autora, y abatido de amor, se colgó de un árbol. Murió, y la leyenda dice que Ingra es el único gnomo muerto. Si la leyenda era real, si el amor resulta fatal para los seres elementales, como también pasa con los hombres, Snaggel tenía la oportunidad de acabar con su miseria. Tomó la bufanda rosa de Leonora (aún conservaba su aroma), subió a un poste de alumbrado público, anudó la bufanda a la viga, pero se le enredó en un pie y Snaggel cayó, quedando colgado, en riesgo de vivir. Una lechuza (¿qué haría una lechuza en Ciudad de México?) lo arañó en el rostro, confundiéndolo con rata o conejo, pero la lluvia que reiniciaba la alejó. «Bendita sea la maldita lluvia».

Snaggel despertó. Seguía colgado del pie, escurriendo agua del cabello y la barba, y tenía frío y miedo, la lechuza le había provocado pesadillas. Desolado, incapaz de ponerse a salvo, esperó allí (no podía hacer otra cosa). Siete días más tarde (el siete es de buena suerte para los gnomos, y el noventa y uno para los trolls, dicho sea de paso) pasó por allí H. Pascal. Brincabrinca, su gnomo, iba en el hombro del anciano. Brincabrinca era famoso por sus bromas: inspiraba autores, pero los hacía escribir malos cuentos, malos poemas, malas novelas, sin dejarlos saber que así lo eran, inculcándoles el divertido hábito de creerse genios incomprendidos. Brincabrinca tenía en Pascal un gran divertimento para su

«Sus pequeños pasos resonaban en la cloaca. Un torrente de desperdicios cruzó el túnel lateral, con su característico sonido a mugre. Snaggel trepó por el muro, y llegó a la coladera del baño de Leonora.»

uso personal, pero la influencia del juguetón elemental también había alcanzado, accidentalmente, a otros: resulta que su autor tuvo una única idea propia (es decir, sin mediación de Brincabrinca), y era coordinar un (desastroso) taller literario. El delirio de genialidad salpicó a la mayoría de sus participantes, como Alfonso Franco et al. No confundir este caso con gente como Gerardo Horacio Porcayo o José Luis Ramírez, cuyos gnomos, Mimet y Aldi Yiu-yián, respectivamente, poco tienen que ver con Brincabrinca.

El bromista no dejó de burlarse del pobre Snaggel, pero como en el fondo admiraba a éste, dejó a su autor solo un rato, mientras ayudaba a Snaggel a salir de tan penosa situación. Le hizo entender que sabía lo que trataba de hacer.

—Olvídalo. Ingra sólo es una leyenda, no puedes morir de amor: eres eterno.

«¿Qué caso tiene ser eterno en una sociedad donde todos son eternos?». Snaggel meditaba encerrado en el cuarto de escritura de Leo. «Mejor es morir, o ser eterno entre los mortales». Abrió cajones, hurgó en libros, abrió cartas nunca leídas. Había un libro de Horacio Quiroga, el anterior autor de Snaggel, cuya suprema obra, su propia vida y muerte, fue inspirada por el gnomo. Leyó «los mensú», «la insolación», «la meningitis y su sombra», «las moscas»... había unas hojas dobladas a la mitad de «la miel silvestre». Un cuento de Leonora. Snaggel no lo había inspirado. No había rastro alguno de inspiración elemental. Era un cuento humano ciento por ciento. Leonora había logrado escribir por sí misma, algo que sólo dos o tres autores consiguen cada siglo. Snaggel leyó. El cuento iniciaba así: «Snaggel se quedó sin trabajo cuando Leonora murió.» Era él. Ella lo había intuido o adivinado. Leyó más, hasta llegar al final: «Al terminar de leer, Snaggel sabía sin posibilidad de error que Leonora también lo amaba, y su amor lo hizo inmortal entre los hombres, con un cuento. Snaggel lloraba, feliz y recordando amorosamente a la autora, y sin darse cuenta, también consiguió morir en paz entre su gente, gracias al amor».

© Jorge Villarruel

El autor:

Jorge Villarruel nació en Ciudad de México. Ha publicado algunos cuentos y artículos en las revistas *Universo del Búho*, *Embogazine* y en el periódico *Expreso*, de Sonora, donde fue finalista en el concurso "Rodeo de Palabras 2007", de relato breve.

SEGUIR OBSERVANDO

por Pablo Lorente Muñoz

Mirar el reloj. Me despierto todos los días cinco minutos antes de que suene, todos los días, incluso si no tiene que sonar.

Recolocarme la espalda, despertarme con ese maldito dolor todos los días; cruje, se mueve ligeramente hacia la derecha, se pone en un su sitio y hasta mañana me dolerá cada cinco minutos más o menos, todo el día.

Un rato de bicicleta, las pesas, la ducha, el afeitado, traje, corbata a juego con la camisa favorita de todos los días; todos los días tengo una favorita, un poco diferente a la anterior de tal modo que sea siempre la misma. Escoger un traje oscuro entre todos los trajes oscuros para desvanecerme, pasar inadvertido, que no se me vea, que mi bulto, bastante grande por otro lado, quede desdibujado, mi rostro borrado como por arte de magia; traje oscuro, corbatas aburridas, discretas, sin gafas de sol, corte de pelo marcial, invisible, todo en mí está desdibujado, y que lo siga siendo.

Cuando me miro en el espejo me pregunto si la gente me ve, y si me ve, qué es lo que pensará. Me rodea ese silencio de las madrugadas, cuando los chicos ni siquiera son conscientes de que tienen que ir a clase, cuando a las calles, recién puestas, sólo tienen acceso los panaderos y algún soñador trasnochado.

La ducha rompe el silencio sepulcral de mi casa invisible, los siguientes sonidos componen el ritual obligado, tantos años repetido: comprobar que todo está en su sitio, coger el arma, sacar el cargador, contar las balas, comprobar que la primera podrá salir con la mortal naturalidad para la que fue concebida, que el martillo percutirá en la base, que la bala saldrá girando sobre sí misma cortando el aire a 350 metros por segundo para alcanzar su objetivo con precisión; meter el cargador, mover hacia atrás la corredera y comprobar que el seguro está puesto. Enfundar el arma junto a los dos cargadores en la sobaquera y salir de casa.

Mentalmente compruebo el programa de hoy, la nueva ruta hasta el colegio de los niños, dejarlos; nueva ruta al despacho, nuevas rutas para viejas rutinas.

Mirar por la ventana buscando algo fuera de su sitio. Después bajo por las escaleras, nunca por el ascensor, caminar despacio, en silencio, cuando llego al portal nunca saludo, apenas miro a la cara, sólo a los ojos, a la espera de algún gesto extraño; observo mucho más los gestos, busco las manos, la posición de las piernas, bultos extraños en la cintura.

Salir a la calle, una salida rápida pero reflexionada, con decisión pero con calma, mirar a izquierda y derecha, y comenzar a andar, observando de nuevo todo y a todos, creo que eso es lo peor de mi trabajo, ni siquiera el hecho de no poder relacionarme con apenas nadie, observar. A veces tengo la sensación de que los ojos me duelen, no es cansancio, es dolor. Observar tanto en un lugar donde nadie me conoce, y donde mi máxima aspiración es no conocer a nadie.

Me paro en el bar de la esquina, sólo tiene una puerta de entrada y un par de ventanas amplias, están altas, pido un café y señalo con el dedo algo para comer, no quiero hablar, mi acento es extraño aquí, el tono de mi piel delata mi procedencia inexacta, de todas formas basta con pagar al final. Me siento de cara a la puerta y hojeo un periódico, y sigo observando. Sé que sería inútil, que si me quisieran pegar un tiro no tendría tiempo para desenfundar y disparar, siempre ha sido así, son manías del oficio, no tendría tiempo, tan sólo podría confiar en que fallaran. El chaleco hace tiempo que no lo llevo, pesa demasiado y se nota mucho, es tan absurdo como ponerse una diana en la frente. Seguir observando. Y

«Mirar por la ventana buscando algo fuera de su sitio. Después bajo por las escaleras, nunca por el ascensor, caminar despacio, en silencio, cuando llego al portal nunca saludo, apenas miro a la cara, sólo a los ojos, a la espera de algún gesto extraño; observo mucho más los gestos, busco las manos, la posición de las piernas, bultos extraños en la cintura.»

ese dolor de espalda.

INVESTIGACIÓN PUBLICADA POR 'THE NEW YORK TIMES

El FBI afirma que agentes de Blackwater mataron injustificadamente a 14 iraquíes. Sólo tres de las 17 muertes pueden justificarse como una respuesta a una amenaza. Actualizado miércoles 14/11/2007 08:43 EFE

NUEVA YORK.- Los agentes de la compañía privada de seguridad estadounidense Blackwater dispararon injustificadamente contra al menos 14 de los 17 civiles que murieron en un incidente en Bagdad en septiembre pasado, según una investigación del FBI cuyos resultados publica 'The New York Times'.

La investigación de los federales aún no ha concluido, pero sus hallazgos, que indican que los empleados de la compañía usaron sus armas de fuego de forma imprudente, ya están siendo examinados por el Departamento de Justicia. Según el diario, que cita como fuentes a civiles y oficiales militares que han facilitado información a los agentes del FBI, no hay evidencias que apoyen las afirmaciones de los empleados de Blackwater de que respondieron al fuego de civiles iraquíes. (...)

Tenía que pasar, un recién llegado o alguien quemado por llevar demasiado tiempo en la zona, cualquiera que estuviera nervioso, un poco bebido, cualquiera. Tenía que pasar, esos descerebrados habían matado a 17 civiles, gilipollas de gatillo fácil. «Imprudente dice el periódico», por lo que me contó mi superior, iban en el convoy, con el miedo rutinario, alguien oyó una detonación, y de repente empezaron a disparar como salvajes. Uno solo de nuestros convoyes tiene la potencia de fuego de un regimiento, gatillo fácil, munición abundante e inmunidad completa, se acabó el chollo.

Salir del bar mirando de nuevo los cuatro puntos cardinales, la mano derecha siempre libre, en la izquierda las llaves del coche, un coche siempre nuevo de tanto usarse, de cambiar de manos, de cambiar colores y placas de matrícula. Y la torpeza. La fingida torpeza de hacer caer las llaves al suelo antes de abrir la puerta para que agacharse no sea demasiado sospechoso, todo ello con tiempo. El acto de mirar los bajos del coche era tan instintivo como el de cargar el arma, todo en su sitio, y a pesar de ello, abrir la puerta era un nuevo paso más hacia el miedo, tan asumido como el dolor de espalda, pero miedo al fin y al cabo. Miedo ni siquiera amortiguado por la cinta adhesiva que llevaba años pegando en la parte inferior de la puerta, había demasiadas puertas en aquellos coches. Un último gesto, mirar debajo del asiento y encender el contacto esperando con el aliento entrecortado, la voz del miedo dándote los buenos días, de nuevo.

Con el tiempo había aprendido a ver las distintas facetas del miedo, porque cada una de ellas, expresada de muy distintas maneras, se podía percibir con claridad, por ejemplo, en las arrugas que a aquél le aparecían en el entrecejo, a ella justo debajo de la nariz, a ese otro en el rabillo del ojo derecho. Arrugas que eran como un pasaporte hacia un futuro de miedo o de exilio, la certeza del miedo en sus rostros era lo único que a uno le tranquilizaba. La responsabilidad de la vida puesta en un hombre incapaz de hacer nada si alguna vez algo ocurriera, un hombre tan débil como cualquier otro con la única ventaja de llevar un arma incrustada en el sobaco, un arma que nada podía decir del temor, una pistola condenada al silencio más absoluto por deseo de todos.

La jornada era básica, que no te maten ni maten a quien proteges, sencillo: cambiar el turno con los compañeros que durante toda la noche habían intentado parecer personas y no estatuas somnolientas vigilando la noche y las sombras. Dar los buenos días y comenzar a caminar detrás de él, hoy es él, y su niña. Una niña que solo vislumbra la extrañeza cuando sabe que ese señor que la saluda cariñoso no es un tío, ni un primo de los padres, ni nada que se le parezca, sólo el señor de negro que nunca dice nada. Caminar a metro medio por detrás y a medio metro a la izquierda, para poder controlar la calle, los coches que vienen, las motos que vienen, los coches mal aparcados, para poder controlar a un vigilante, o a un tipo con cara de sueño y un periódico abierto entre las manos. A medio metro a la izquierda para que nada se interponga entre el cañón y un objetivo hipotético, todo controlado en el descontrol total.

Una vez al mes, tenía que montar el operativo, y en ese momento, allí, el lugar de ninguna parte, nadie se quejaba nunca de nada, el silencio de los viajes sólo se rompía por sonidos de guerra en tiempo de falsa paz. Viaje en helicóptero privado a Rota, viaje en avión privado a Aviano en Italia, y luego hasta Bagdad en un Hércules de comodidad limitada. En el extremo de la base estaba la nave de Blackwater, un fortín tecnológico y un arsenal repleto de ingenios para matar de última generación, era increíble lo que la tecnología había inventado para matar, matar mejor o herir con más exactitud.

Mi función en aquel momento era proteger los intereses de la compañía en España, es decir, proteger al economista que se encargaba de cerrar los tratos de tecnología y armamento y servir de enlace con la compañía, era una especie de destino dorado antes de jubilarse, un puesto tranquilo, dando paso a las nuevas generaciones. Porque a estas alturas era ya una antigualla, una reliquia en comparación con esos tiarrones que parecían vaqueros del antiguo oeste, rubios de ojos azules que se pasaban el día entrenando con las consolas y gastando munición sin ningún tipo de freno. Los había visto actuar el número suficiente de veces como para tenerles miedo, sobre todo porque no detecté, en la gran mayoría de ellos, un atisbo de miedo, una sola arruga de temor, nunca.

«Me enrolé con Bob Denard para la primera misión en las Comores, un puñado de hombres bastaron para derrocar al reciente presidente, Ahmed Abdallah, en unos días lo sustituimos por Ali Soilih, un presidente mucho más correcto para los intereses de la causa, aunque la única verdad es que Bob Denard era el presidente de facto. Cuando convino, tres años más tarde, regresamos para deshacer lo anterior y colocar de nuevo en el poder a Abdallah.»

Al bajar del avión, impresionado con el fulgor del sol de Bagdad, recordé la noticia del periódico y me alegré de no seguir en Irak, conocía a muchos de los protagonistas de la noticia, rondaban o superaban los 30 y habían dejado sus antiguas unidades, la mayoría de élite, por dinero. Llegaban allí un poco perdidos, pasaban de luchar por su patria a luchar por dinero, y eso con el tiempo se notaba, porque el dinero no paga tu vida, y creo que eso es lo que más nervioso te puede poner.

El estilo había cambiado en los últimos años, yo estaba acostumbrado a las operaciones limpias, silenciosas, militares en definitiva. Desde 1975 había actuado en muy diversos países, tenía fama de silencioso, de excelente tirador y de ser tan hábil con las armas como para no utilizarlas en la mayoría de las ocasiones.

Me enrolé con Bob Denard para la primera misión en las Comores, un puñado de hombres bastaron para derrocar al reciente presidente, Ahmed Abdallah, en unos días lo sustituimos por Ali Soilih, un presidente mucho más correcto para los intereses de la causa, aunque la única verdad es que Bob Denard era el presidente de facto. Cuando convino, tres años más tarde, regresamos para deshacer lo anterior y colocar de nuevo en el poder a Abdallah. Eran operaciones simples, llegar, atacar cualquier posición media para demostrar una fuerza aplastante basada en la táctica y en el armamento de última generación y dirigimos al palacio presidencial. Si ahora el color de Blackwater era negro, por aquellos tiempos era gris, lo demás no cambia mucho: sin distintivo, sin banderas ni himnos, sin órdenes superiores más allá del comando, sin respeto hacia las convenciones internacionales, éramos militares en nuestro fuero interno, pero de la peor especie, éramos mercenarios. Estuvimos allí algún tiempo para formar una guardia pretoriana de élite que debería mantener la paz y los intereses del que pagaba, por aquel entonces Francia. La guardia fue dirigida durante años por ex-oficiales salidos de los demócratas ejércitos europeos. Eran los años dorados.

Hasta cuatro veces derrocó Denard los regímenes que se iban sucediendo según soplara el viento y los intereses de Francia, Sudáfrica y otros países aliados, que veían el suelo de las islas como un territorio perfecto para hacer y deshacer en cuanto país africano se propusieran, según les conviniera.

Denard bajaba a pasar revista una vez al día, caminaba firme, con toda su soberbia y elegancia. Bajaba de los despachos con un traje impecable y pasaba revista de forma implacable, una bota sucia, una camisa arrugada, nada escapaba a sus ojos. Así pasó el tiempo hasta que los paracaidistas franceses nos tuvieron que evacuar de manera urgente tras el asesinato del presidente en 1989, nunca supe demasiado bien qué había pasado, el caso es que nunca me interesó.

Tras salir de allí corriendo hubo muchos otros lugares, siempre a la sombra de Denard, por confianza,

devoción y ya a esas alturas amistad. El mayor periodo de actividad lo vivimos con la compañía sudafricana *Executives Outhome*, un nombre curioso si tenemos en cuenta que durante años nos dedicamos a derrocar a cuanto gobierno subsahariano intentara perjudicar los intereses económicos de las compañías occidentales: liberación de refinerías, mantenimiento de la estabilidad en una cierta zona, aplastamiento de revoluciones, protección de minas y un largo etcétera. Poco a poco, la fama de la compañía fue tal que llegamos a ser el tercer ejército de África, la formación de todo el mundo allí era excelente, la mayoría eran miembros de las fuerzas especiales del ejército sudafricano y de otros.

Mientras Denard compartía sus actividades privadas con las públicas clandestinas, permanecí en *Executives* como asesor asociado principal, es decir, todo dependía de mí mientras Bob estaba fuera. En el año 1994, se avecinaba una gran tempestad en África, y eso no le interesaba a nadie, ni a los que nos pagaban, ni a los que algún día nos pagarían. Ya que nadie parecía querer hacer nada, lo mejor para todos era acudir a la ONU y ofrecer nuestros servicios para intentar pacificar, esta vez de verdad, Ruanda. Con un puñado de hombres se podría haber hecho, pero la ONU prefirió mirar a otro lado y no contratarnos, lo hubiéramos podido arreglar.

Desde los centros de información secretos de las Comores podíamos recibir las noticias casi al instante, captábamos hasta las transmisiones de los mandos de la ONU, así nos enteramos de que los soldados de la Unión Africana se escondían en los cuarteles mientras hutus y tutsis se mataban como en el principio de los tiempos. Al fin y al cabo, sólo era una vez más la misma historia. Las imágenes de tantos sitios y tan parecidas a la vez que acentos, colores y paisajes daban más o menos lo mismo: Bosnia, Angola, Sudán, Afganistán, Irak y otros tantos sitios que solo salen en los mapas por azar.

Aterrizar en Bagdad es como aterrizar en cualquier otro aeropuerto del mundo, sólo que allí al salir del avión uno se estrella con el infierno. En esos vuelos, casi nadie habla, y la mezcla de pasajeros no deja de ser curiosa. Un puñado de soldados que vuelven de permiso y que normalmente hablan en español, unos cuantos periodistas más preocupados por el chaleco antibalas y el casco que de otra cosa, algún que otro político o ejecutivo, a menudo ambas cosas, de perfil huraño que nunca se sabe muy bien qué hace allí y nosotros, los servicios externos, los asesores, los mercenarios.

Nuestro protegido tenía que llegar sano y salvo a la zona verde, en realidad nuestro trabajo era del todo inútil, íbamos a ganar 5.000 dólares ese día, es el precio de un servicio especial, del todo inútil por otro lado porque en Irak, a estas alturas, lo único que cuenta es el blindaje del coche.

Hoy tocaba día de negocios, reunirse con X, pactar la inmunidad para los últimos vaqueros que habían metido la pata a cambio de nadie puede imaginar qué, firmar un nuevo contrato por un tiempo indefinido y distribuir un nuevo escuadrón de hombres para formar a la nueva policía irakí. Cosas del oficio, proteger al que iba a proteger a mis supuestos compañeros, proteger al que protegía nuestros intereses, proteger nuestros 15.000 dólares al mes, proteger el infierno que se había creado en ese país para seguirlo explotando hasta que se dismantelara por completo o no quedara nadie en pie, por fortuna, lo único que estaba claro es que había petróleo para rato.

En el edificio, que ya por aquel momento debía ser el único de la ciudad con todos los cristales, pululaban los responsables de *Global Risk Strategies*, *ArmorGroup*, *Kellog*, *Brown & Root*, *DynCorp* y un largo etcétera. En los pasillos, en las torretas de vigilancia, por todas partes, nosotros: pelo rapado, gafas de sol, tíos fornidos con chaleco antibalas, subfusil, munición abundante y, en el caso de los más jóvenes, la adrenalina al límite.

Por fortuna había conseguido salir de Irak, mi estilo vieja escuela no servía de nada allí, mucho más después de la chapuza de Nayaf, había tantos ejércitos en la zona que la coordinación era del todo imposible, sobre todo cuando el que mandaba allí, Estados Unidos, no tenía tantos miramientos con los supuestos aliados como debieran, se veía que el caos empezaría pronto. Después del encontronazo con las tropas españolas en Nayaf preferí buscar un destino tranquilo en España. Proteger al enviado de Blackwater en España era lo más parecido a estar jubilado, tan sólo tenía que ir una o dos veces al mes a Bagdad, llegar, negociar y volver a España.

La zona de Nayaf había recaído bajo la supervisión de España, y casualmente el objetivo de aquella época para Estados Unidos estaba allí. El gobierno español no autorizó la operación para apresar al clérigo Mustafa Yaffa Al Yacuba, lugarteniente de Muqtada Al Sadr, así que tuvieron que ser los Seal

los que intervinieron. Dos días después de la operación, sin que los españoles se hubieran enterado de nada, los iraquíes rodearon Base España, culpándolos de lo ocurrido y exigiendo su liberación. Al cabo de una hora empezó el ataque.

En principio se defendieron bien, los salvadoreños, que también estaban en la misma base, le echaron valor al asunto, al rato la cosa se empezó a poner difícil, la munición empezaba a escasear y tres de las cuatro ametralladoras de protección fallaron.

La mañana del 4 de abril de 2004 tuvimos que acudir, por mis orígenes y mi experiencia, los marines me habían asignado como enlace de las tropas españolas, eso a pesar de que nunca quisieron tener nada que ver conmigo ni con mi compañía. El general Coll era listo, sabía hasta dónde podía llegar con nosotros, tanto en lo militar como en lo político, pero al final no le quedó más remedio: la llamada de aviso era alarmante. La base estaba completamente rodeada por una turba donde se mezclaban guerrilleros armados con Ak-47 y lanzagranadas, con protestantes de toda edad y sexo. En un primer momento, sólo los francotiradores pudieron hacer blanco en medio de tanta gente, al tiempo, el fuego se concentró a los puntos desde donde se les disparaba. Yo llegué a la hora y pico de haber empezado el fuego; nosotros nos desplazamos en Defender, esos helicópteros pequeños, manejables, casi acrobáticos. Junto a nosotros iban dos Apaches y dos Black Hawk que transportaban unos treinta Rangers y la munición de repuesto para los españoles. Al general Coll no le hizo gracia la llegada de nuestros helicópteros negros, tampoco le hizo gracia que los profesionales, los soldados de Estados Unidos hubieran tardado tanto, veía en ello la clara venganza por no haber capturado al clérigo. Un par de pasadas de los Apaches bastaron para limpiar el escenario, creo que mis hombres de negro no hicieron otra cosa que disparar a los civiles, aquello bastó también, pero para llenar las calles de cadáveres, una vez más. Después de aquello vi con claridad que había que salir de allí, los nuevos eran incontrolables, y ya a esas alturas había visto demasiados ojos cerrarse innecesariamente.

Cuando lo peor pasó, y el general recibió el parte de bajas, me invitó a una copa de coñac español y me preguntó cómo podía trabajar con aquellos salvajes, yo le dije que eran cosas de la vida, que yo no elegía a la gente con la que tocaba trabajar. Por alguna extraña razón, aquel hombre demostraba hacia mí una deferencia que rayaba en la tristeza, aquel día más notable, supongo que por el recuento de bajas: el soldado salvadoreño Natividad y una cantidad indeterminada de civiles de varios centenares (imposible determinar cuántas causamos nosotros, aunque seguro que la mayoría).

Al irme del despacho, me apretó la mano y me preguntó por Denard.

Hubo muchos viajes, y algún que otro país. Más informes, más revisiones, más entrevistas para enrolar a futuros trabajadores para la compañía, también más marcas del miedo, muchas más, y muchos ojos cerrados de manera innecesaria, tantos, casi, como lágrimas derramaron los ojos que quedaron abiertos.

Mi viaje la última vez fue directo y del todo impredecible, porque ya no tenía ningún lugar al que regresar, allí me recogió una furgoneta negra, con matrícula oficial de la Secretaría de Estado, mi última misión adquiriría tintes oficiales de matrícula roja, las que llevan los coches de las embajadas.

No hubo banderas, ni ojos derramando lágrimas, ni grandes palabras. Mi funeral se resumió al agua del hisopo bendiciendo a un desconocido de nacionalidad y nombre sin importancia. El enterrador hizo su trabajo.

Nadie acudió a mi entierro.

© Pablo Lorente Muñoz

El autor:

Pablo Lorente Muñoz (España, 1979) es Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Zaragoza. Trabaja como profesor de Lengua y Literatura en un instituto de enseñanza secundaria. Actualmente en España, su trabajo le ha llevado a lugares tan dispares como Francia o Bulgaria. Combina su trabajo con las facetas de escritor de poesía (antología: *Ocultación transitoria*, Rolde, 2006) y prosa (antología: *El viento dormido*, Eclipsados, 2006). Además, colabora como crítico y divulgador con distintos medios, como la *Revista Literaria Universitaria Eclipse*, *Ágora* (Revista del CPR de Ejea de los Caballeros), *Turia* (Instituto de Estudios Turolenses) o el periódico *Heraldo de Aragón*.

LA PERLA DE CÓRDOBA (I) (Los diarios de Lem)

por Carlos Montuenga

¿Estaré condenado a vagar sin fin por este mundo extraño? Hasta ahora todos mis esfuerzos por encontrar una ruta de regreso han resultado vanos. Peor aun, creo que cada nuevo intento me aleja cada vez más de los míos.

Al menos, puedo asegurar que el lugar al que he venido a parar esta vez no tiene nada de inhóspito. Es una fértil llanura que se extiende hasta donde alcanza la vista, salpicada por cuadros de tierra roja y manchas verdes de vides y hortalizas. El agua borbotea en los canales que riegan las huertas y discurre entre árboles frutales y grandes palmeras. Aquí y allá se perfilan los contornos de pequeñas casas blancas junto a las que se levantan establos y graneros de adobe.

Llevo un tiempo viviendo con Ahmed y su mujer Ummara. Me encontraron entre los juncos del río cuando apenas era capaz de moverme, aturdido aún por las secuelas del tránsito. No dudaron en llevarme a su casa y gracias a sus cuidados pude restablecerme en poco tiempo. Hablan una lengua extraña que al principio me desconcertó; es muy diferente a todas las que conozco y sólo después de no pocos esfuerzos he conseguido empezar a entenderla. Ahmed es un hombre fornido, tiene el rostro marcado por varias cicatrices y cojea de una pierna. Según he podido entender, antes de dedicarse a las faenas del campo llevaba una vida mucho más agitada, como oficial al mando de una sección de arqueros. Me ha contado algunas historias sobre las guerras que han sacudido estas tierras. Fue herido en el transcurso de una gran batalla y se vio forzado a dejar la milicia y buscar otro modo de ganarse la vida. Entonces, con algunos recursos de que disponía decidió establecerse con su mujer en una pequeña hacienda que explota con la ayuda de varios criados. Tiene viñas, en las que crecen grandes uvas rojas, olivos, limoneros y almendros. A veces, viaja a las ciudades vecinas buscando los mejores mercados para dar salida a sus cosechas.

Ayer tras terminar el almuerzo, me palmeó el hombro y dijo:

–Muchacho, creo que ya estás completamente restablecido. Debo ir a Córdoba para cerrar la venta de una partida de uvas y tal vez quieras acompañarme. No te veo aún en condiciones para trabajar en el campo y dudo que aquí puedas serme de mucha ayuda. Además, me parece que estás impaciente por levantar el vuelo. Eres decidido y tienes una inteligencia despierta; estoy seguro de que en una gran ciudad como Córdoba no te faltarán ocasiones para hacer fortuna.

–Ahmed, estoy en deuda con vosotros y siento dejaros, pero yo también creo que no debo permanecer aquí más tiempo –respondí.

–Cada hombre ha de encontrar su propio camino –dijo él–. Hace ya mucho tiempo, yo decidí cuál era el mío. Nací en Granada de padres cristianos y fui bautizado con el nombre de Joan. Mi padre tenía muchas bocas que alimentar; sólo a duras penas conseguía sacarnos adelante con su trabajo de alfarero. Con quince años me escapé de casa y decidí abrazar la fe del Profeta. Como tantos otros, lo hice por conveniencia; en aquel entonces yo era sólo un muchacho que soñaba con salir de la miseria y llegar a lo más alto. Pero cuando me hice hombre, vi con claridad que el dios de los musulmanes es el único verdadero.

–Lo mío es la acción –continuó Ahmed– y no estoy versado en cuestiones religiosas; aun así creo

«Llevo un tiempo viviendo con Ahmed y su mujer Ummara. Me encontraron entre los juncos del río cuando apenas era capaz de moverme, aturdido aún por las secuelas del tránsito. No dudaron en llevarme a su casa y gracias a sus cuidados pude restablecerme en poco tiempo. Hablan una lengua extraña que al principio me desconcertó; es muy diferente a todas las que conozco y sólo después de no pocos esfuerzos he conseguido empezar a entenderla.»

que ciertas verdades son evidentes. Ningún hombre de bien puede dudar de que Allah, en su misericordia infinita, nos ha mostrado a los mortales el verdadero camino al hablar por boca de hombres santos como el profeta Muhammad. Sólo aquellos que observan los preceptos del Corán pueden ser dignos de convertirse en instrumentos del Altísimo; por eso, los reinos cristianos están condenados a permanecer sumidos en la ignorancia y acabarán doblegándose ante nuestra fuerza.

–Pero alguna vez me has dicho que los cristianos han obtenido grandes victorias sobre vuestros ejércitos –dije yo.

–Es cierto –respondió Ahmed–. Mi abuelo me contó que siendo él un niño, Toledo fue conquistado por el rey Alfonso VI. Entonces, los musulmanes se vieron obligados a pagarle tributo y muchos debieron pensar que estas tierras jamás volverían a conocer un esplendor comparable al del califato omeya, cuando Córdoba rivalizaba en lujo y grandeza con Bizancio o Bagdad. Es triste reconocerlo, pero tras iluminar al mundo, el pueblo de los creyentes fue languideciendo bajo el reinado de reyezuelos que sólo destacaban por su codicia. Sin embargo, la torpeza de algunos hombres no basta para cambiar lo que está escrito.

–¿Lo que está escrito? ¿qué quieres decir? –pregunté.

Ahmed se rascó la barba y quedó pensativo.

«Acababa de amanecer sobre la llanura y los caballeros cristianos se habían lanzado contra nuestra vanguardia, abatiendo a cientos de arqueros situados en primera línea. La confusión era terrible y apenas conseguíamos ver nada entre las nubes de polvo que nos envolvían.»

–Es voluntad de Allah que llevemos la verdad revelada hasta el último rincón de la Tierra –dijo al cabo–. Cuando al-Andalus estaba en peligro de sucumbir ante el empuje de los cristianos, nuestros hermanos de al Magrib atravesaron el estrecho e irrumpieron en nuestras ciudades como un huracán purificador, decididos a terminar con los indignos. Derrotaron a Alfonso y sembraron el desconcierto entre los príncipes cristianos, que a partir de entonces fueron incapaces de volver a recuperar la iniciativa.

Muchos años después, un califa almohade se convirtió en señor de al-Andalus e hizo retroceder todavía más a los infieles. Su sucesor, Abu Yusuf Yaqub, es nuestro actual soberano, un hombre santo que hace poco más de dos años asestó en Alarcos el golpe definitivo a esos necios castellanos. Yo estuve allí y aún resuenan en mis oídos los gritos de los hombres y el relinchar enloquecido de los caballos.

»Acababa de amanecer sobre la llanura y los caballeros cristianos se habían lanzado contra nuestra vanguardia, abatiendo a cientos de arqueros situados en primera línea. La confusión era terrible y apenas conseguíamos ver nada entre las nubes de polvo que nos envolvían. Recuerdo que sangraba por varias heridas, pero apenas sentía dolor; en aquel momento, sólo pensaba en mantener agrupados a mis hombres para evitar que perecieran bajo los cascos de los caballos. Nuestro señor Abu Yusuf ¡las bendiciones de Allah se derramen sobre él! había previsto la carga de los cristianos y ordenó que nuestras unidades de infantería abrieran las filas centrales y se reagruparan a ambos lados; entonces, la masa de los atacantes se precipitó como un torrente a través de la brecha y su tremendo impulso les forzó a dividirse en grupos desorganizados. Antes de que pudieran reagruparse, lanzamos contra ellos una lluvia de flechas; muchos jinetes fueron abatidos y otros cayeron de sus monturas, quedando aturdidos en el suelo a merced de nuestros hombres. Una segunda oleada de caballería cristiana cargó contra los Hintata, una fuerza de élite almohade que había pasado a situarse en vanguardia. Pero una vez más, nuestras filas se abrieron y el empuje de los atacantes volvió a perderse en el vacío. Los caballeros cristianos iban protegidos por pesadas cotas de malla que dificultaban sus movimientos y quedaron trabados en combates cuerpo a cuerpo, incapaces de progresar en su avance. Aquel páramo se había convertido en un mar de cadáveres y ninguno de los dos bandos parecía dispuesto a ceder un solo palmo de terreno. Pudimos ver entonces cómo nuestra caballería, que hasta entonces había permanecido en los flancos sin intervenir en el combate, realizaba un rápido movimiento envolvente para caer sobre retaguardia enemiga; el pánico cundió entre los cristianos, que huyeron en el más absoluto desorden, y nos lanzamos en su persecución mientras miles de gargantas se fundían en un clamor de victoria.

»Tras ese descalabro, los cristianos quedaron más desunidos que nunca. Ahora ya sólo es cuestión de tiempo... no me cabe la menor duda de que nuestros ejércitos terminarán por reconquistar todos los territorios perdidos, para luego proseguir su avance al otro lado de los Pirineos. ¡Créeme muchacho, nada puede detenernos!

Ahmed conoce a mucha gente en Córdoba. Al poco de llegar, me pidió que lo acompañara a casa de un buen amigo suyo, un tal Hafid, que trabaja desde hace años en el taller de un viejo maestro joyero muy apreciado en la ciudad. Hafid, un hombrecillo afable de voz aflautada y manos regordetas, es el oficial más antiguo del taller y dirige el trabajo de varios artesanos. Conoce a la perfección técnicas que pocos orfebres dominan y tiene una extraordinaria habilidad para combinar los metales preciosos con las gemas más diversas: lapislázuli, granates, marcasitas o rubíes. Desde hace muchos años, cuenta con la confianza del dueño para dirigir la fabricación de los encargos más importantes, casi siempre caprichos de grandes personajes que buscan distinguirse con muestras de su poderío económico. Por las manos expertas de Hafid pasan innumerables objetos de gran belleza, como brazaletes, ajorcas para los tobillos o empuñaduras de espadas.

Hasta hace poco, había en el taller un mozo que se ocupaba de las tareas más comunes, como encender y alimentar el horno de fundición y limpiar crisoles que emplean los artesanos para preparar sus aleaciones. Parece ser que era bastante gandul y descuidado, lo que creaba continuos retrasos en el trabajo. Terminaron por echarle y necesitaban con urgencia que alguien lo sustituyera. Al enterarme, no vacilé un momento: me ofrecí para realizar esas labores, pensando que así podría observar de cerca el trabajo del taller y llegar a conocer las técnicas que emplean. Hafid consintió en tomarme un tiempo a prueba; me dijo que a cambio podía compartir la comida de los operarios y dormir sobre un jergón de paja, en una pieza contigua, llena de grandes tinajas y herramientas de trabajo, que se utiliza como almacén.

«El viejo orfebre que regenta el taller es un anciano alto y huesudo, de mirada ausente. Vive en una casa separada del taller por un jardín interior flanqueado por naranjos, donde mirtos y rosales rodean un pequeño estanque en el que flotan grandes nenúfares. Allí, en la quietud que sólo turba el murmullo del agua, pasa mucho tiempo absorto en sus pensamientos o enfrascado en la lectura.»

El viejo orfebre que regenta el taller es un anciano alto y huesudo, de mirada ausente. Vive en una casa separada del taller por un jardín interior flanqueado por naranjos, donde mirtos y rosales rodean un pequeño estanque en el que flotan grandes nenúfares. Allí, en la quietud que sólo turba el murmullo del agua, pasa mucho tiempo absorto en sus pensamientos o enfrascado en la lectura. Hafid me ha contado que el viejo posee una gran biblioteca con obras muy antiguas, tratados de un arte milenario que muy pocos son capaces de descifrar. Si he entendido bien, en algunos de esos libros se encontrarían las claves para aislar un misterioso principio que constituye la quintaesencia de la materia. Ese principio, que se designa, según asegura Hafid, con nombres tan extravagantes como agua de plata, tierra de estrella o piedra de los filósofos, permitiría obrar todo tipo de prodigios, desde transformar plomo en oro hasta eliminar enfermedades e incluso otorgar la inmortalidad a quien se somete a su poder ilimitado. En fin, no me cabe duda de que se trata sólo de fantasías, pero para estas gentes tan aficionadas a lo maravilloso, la frontera entre realidad y ficción parece ser muy tenue...

Ayer a mediodía, se presentó en el taller una mujer deslumbrante acompañada por varias esclavas. Los operarios no dejaban de mirar a la dama con disimulo y hablaban por lo bajo entre ellos. Hafid les hizo callar dando unas palmadas y en seguida todos volvieron a afanarse en su trabajo. Yo estaba casi oculto tras el horno, cargando en un barril los residuos de la última fundición, y tuve ocasión de

observar con detenimiento a la recién llegada. No recuerdo haber visto nunca a una mujer tan bella; sus ademanes eran distinguidos como los de una princesa y al moverse, su cuerpo parecía un junco mecido por la brisa. Comprobé con sorpresa que no llevaba el rostro cubierto por velo alguno; en su lugar, un tocado de seda rojo bordado con filigranas de oro y ceñido a la frente con una gran esmeralda coronaba su larga cabellera negra, que caía ondulante entre los hombros hasta alcanzar la cintura.

Hafid se adelantó con paso inseguro para recibir a la dama y tras inclinarse tanto como le permitía su voluminosa barriga le rogó que pasara al interior del taller. Después de mostrarle varias piezas de gran valor, sacó de un cofre una hermosa diadema de oro y rubíes que la visitante examinó con interés. Luego oí que ella preguntaba por el maestro y Hafid, tras una nueva reverencia, la acompañó al jardín para llevarla en presencia del anciano.

Al cabo de un rato, cuando la dama salía camino de la calle, miró hacia el horno y se detuvo. Tras dudar un instante, se acercó a donde yo estaba y clavó en mí sus grandes ojos color de miel con tal fuerza, que me vi obligado a bajar la mirada.

—¿Eres extranjero? —preguntó.

—Así es señora. Mi nombre es Lem —balbucí.

—¿De dónde vienes, Lem? ¿Acaso eres uno de esos eslavos llegados de Oriente? —añadió ella.

—Señora, procedo de un lugar muy lejano... ni siquiera sé cómo se nombra en vuestra lengua.

—Un buen amigo mío lo encontró medio muerto cerca de su casa y cuidó de él hasta que se recuperó —terció Hafid, mientras se atusaba la barba con gesto nervioso.

La dama quedó pensativa, mientras hacía girar una de las sortijas que adornaban sus bellas manos; luego dirigiéndose a Hafid dijo en tono autoritario: —Ocúpate de que este joven me traiga mañana las joyas que he adquirido.

«Hafid se adelantó con paso inseguro para recibir a la dama y tras inclinarse tanto como le permitía su voluminosa barriga le rogó que pasara al interior del taller. Después de mostrarle varias piezas de gran valor, sacó de un cofre una hermosa diadema de oro y rubíes que la visitante examinó con interés. Luego oí que ella preguntaba por el maestro y Hafid, tras una nueva reverencia, la acompañó al jardín para llevarla en presencia del anciano.»

Y sin esperar respuesta, salió del taller rodeada por sus esclavas.

Hafid me miró con malicia y dijo:

—Vaya, parece que has despertado el interés de la señora.

—¿Quién es? —dije yo, todavía aturdido por el encuentro.

—¿Que quién es? —respondió Hafid levantando los brazos—. Pues nada menos que Sehr-es-Krimm, una mujer verdaderamente extraordinaria. Según se dice, desciende de los príncipes omeyas que reinaron en al-Andalus hace ya

muchos años. Nadie sabe a ciencia cierta desde cuándo está entre nosotros, pero se diría que su hermosura no se marchita con el paso del tiempo. Algunos aseguran que tiene poderes mágicos y su fama ha llegado hasta los reinos cristianos; allí es conocida como la perla de Córdoba.

Sehr-es-Krimm me recibió en una sala de su palacio, recostada entre almohadones de seda. Varias lámparas suspendidas por cadenas de plata iluminaban suavemente el lecho con sus llamas ondulantes, dejando en penumbra el resto de la estancia. A través de dos ventanas gemelas adornadas con esbeltas columnitas, llegaba el murmullo de un surtidor.

Sonrió al verme y me indicó que me sentara a su lado.

—Me alegro de que estés aquí, Lem —dijo con su voz cálida—. Supongo que habrás oído decir muchas

cosas sobre mí. La gente de esta ciudad siempre está pendiente de lo que hago y nadie ignora que mi casa es frecuentada por filósofos y poetas venidos de todas partes. En su época de mayor esplendor, esta ciudad fue un modelo de tolerancia donde convivían creencias y doctrinas muy diversas, pero los tiempos han cambiado y ahora muchos no ven con buenos que cualquiera exprese libremente sus opiniones. Y sobre todo, les parece intolerable que una mujer se meta en asuntos reservados a los hombres. Pero en realidad, nada de eso me inquieta. Lo importante es actuar con cautela y tener siempre presente que algunos conocimientos jamás deben ser divulgados... no quiero imaginar lo que podría ocurrir si los utilizara alguien sin escrúpulos, alguien como nuestro califa Abu Yusuf Yaqub, un tirano que ha amenazado con el destierro a Ibn Rushd.

–¿Quién es Ibn Rushd? –pregunté.

–¿Es posible que no hayas oído hablar de él? Los cristianos le llaman Averroes –respondió ella–. Es un sabio eminente, cuyo único delito consiste en defender el pensamiento de Aristóteles frente a quienes afirman que la filosofía está en contradicción con las enseñanzas del Islam.

La dama hizo una pausa y volvió a mirarme como lo había hecho en el taller. Yo, a costa de realizar un gran esfuerzo, conseguí sostener su mirada, pero empecé a sentir por todo el cuerpo un hormigueo que no presagiaba nada bueno.

–Sin duda querrás conocer el verdadero motivo por el que te he hecho venir –prosiguió ella–. Necesito serte franca, Lem. No puedo dejar de pensar en ti. Son muchos los hombres que he conocido y acaso haya llegado a sentir verdadero amor por alguno. Pero al verte, me invadieron sensaciones desconocidas. No sé cómo explicarlo, es como si al mirarte penetrara en un mundo extraño en el que nada parece imposible.

Se aproximó a mí y me acarició el rostro con sus manos delicadas. Sentí que me sumergía en una fragancia de jazmines.

–Lem, rodéame con tus brazos... –susurró.

Entonces, sin pensar en lo que hacía, la abracé con fuerza; nada más hacerlo, empecé a sentir un violento temblor que me sacudía de pies a cabeza. La aparté a un lado y traté de relajarme, pero fue en vano; mi cuerpo empezó a lanzar destellos que iluminaron la estancia, creando mil reflejos fugaces en las filigranas del techo.

Cuando recuperé mi apariencia habitual, vi a Sehr-es-Krimm de pie frente a las ventanas, con la mirada perdida en el vacío. La luz de la luna creaba un halo blanquecino en torno a su esbelta figura.

–Verdad es que no basta tener ojos para ver. Sólo quien ha alcanzado la sabiduría es capaz de rasgar el velo de las apariencias –murmuró con voz solemne, como quien recita una lección aprendida de memoria.

La situación no me hacía ni pizca de gracia. Aquella mujer parecía muy capaz de crearme serias complicaciones ¿qué iba a hacer con ella?

© Carlos Montuenga

El autor:

Carlos Montuenga. (Madrid, España, 1947). Doctorado en Ciencias por la Universidad Complutense. Aunque su actividad profesional se desarrolla en el área científica, siente un particular interés por la difusión de la cultura, así como por la comunicación de un modo personal de sentir la realidad. Ha colaborado en revistas electrónicas, tales como ETC Magazine (Buenos Aires), en espacios literarios como Vorem, Margen Cero, Ariadna (Asociación de revistas electrónicas de España), Revista Amalgama, Revista Voces, Letralia (Venezuela) y en portales de la red dedicados a la difusión del humanismo y la filosofía, como La Caverna de Platón.

EL FAQUIR

por Rosy Palàu

La Margot es mi amiga y por eso le fui de decir que su papá había ganado de presidente. Me hubieran visto, tan feliz. Lo bueno es que uno se levanta como si nunca la fueran a visitar los muertos.

La encontré por los tejabanos donde plancha la Socorro, bajo un chorro de sol que bajaba derecho por el hueco de una ceiba.

—¿Ya? Preguntaba.

—Todavía no —le respondía ella—, yo te aviso cuando te hagas de oro.

Es cierto que me gusta esa casa. Desde que entras, sientes lo bonito. El piso brilla como si fuera de agua y al fondo en el corredor, flota un piano. Yo lo abro a veces para picarle una tecla.

Aunque afuera el calor te apura de ardiendo, ahí dentro corre un aire fresco, de esos que anuncian la tormenta. Tiene muchos patios, según que con mil árboles cada uno. Eso cuenta la Socorro y también que son para que me pierda. Yo no le hago caso. La pobre, no tuvo hijos.

De vez en cuando los lujos me dan envidia, pero rápido se me quita porque la Margot es muy buena. Aunque dicen que la bondad no tiene nada que ver con el destino, parece que con ella sí. Rara es. Hasta creo que le gusta lo que no existe.

Cuando me acerqué, levantó la cabeza y me dijo que ya sabía. Luego, para que no me sintiera mal, rápido preguntó otra vez.

—¿Ya?

—Que sí —le contestó la Socorro, tentando la plancha con el dedo mojado de saliva—. Ya pasó el ratito.

«Es cierto que me gusta esa casa. Desde que entras, sientes lo bonito. El piso brilla como si fuera de agua y al fondo en el corredor, flota un piano. Yo lo abro a veces para picarle una tecla.»

Roja como una braza, se sacudió la falda y haciéndome una seña me invitó a su cuarto. Yo me senté en la cama con ganas de quedarme para siempre en la blandura. Ella se siguió derecho hasta el espejo y se soltó la trenza guera, que al desparramarse, se hizo como el resplandor de esa Virgen a la que todos le tientan los pies antes de persignarse.

Ahí las paredes están llenas de santos, pero dice mi mamá que a ellos no les hacen falta, porque sin miedo hasta las sombras duermen perfumadas. En eso estaba yo pensando, cuando cogió los aretes que a mí siempre me habían gustado y dijo:

—Ten, para la fiesta. —Después caminó hasta el ropero y me regaló un vestido.

La pobreza es como una cáscara que no deja que te vean por dentro, por eso yo creo que no me notó la vergüenza.

Quise correr para arreglarme, pero me fui despacio, deteniéndome la prisa. Cuando salí, la luna era un columpio esperando la noche que no llegaba, hasta que por fin llegó, apretada de estrellas, una por cada minuto que la había esperado en la ventana.

No sé por qué los perros se meten en lo más oscuro para luego ladrarle a lo clarito, pero allá iba yo, por la calle, escuchando el clin clin de mis aretes, respirando el olor de los eucaliptos.

La Margot estaba como si nada, pero a mí se me doblaron las piernas de que me vieran ahí con la hija del presidente. Todo relumbraba. La tina de los hielos se me figuró una vasija llena de brillantes.

Me senté en una esquina, total, quién me iba a buscar. Además, desde ahí se veía tan bien que hasta oí:

—Es el Pragedes.

A mí el nombre me sonó a conocido y como si después de atravesar un monte lleno de espinas se me apareciera un río, me tropecé con él.

Me acordé que le gustaba enterrar las cosas.

Yo vi cuando después de la lluvia que abrió los hoyos, subió flotando el santo que se robó de la iglesia. «Que lo metió para tapanle la salida al diablo», luego dijo.

Esa misma tarde, cruzó mi banqueta con un velíz de fierro y de la mano de un pariente. ¡Qué iba yo a saber que los olvidos vuelven y ni se parecen a cuando uno los dejó, allá muy lejos!

Igual que los vientos trozan las hojas y ya no las vuelven a poner, se llevó a la Margot. «No los veas», me dije, pero aunque quisiera, se perdieron entre el gentío leyéndose en los ojos la letra de una canción. Estaban sirviendo los platos cuando se paró la música y lo presentaron de honor. Me asombró la importancia que guardaba aparte de la que ya traía. Casi no alcanzamos ni a voltear cuando parecido a que nos aventaran un rayo, nos prendimos y apagamos con las luces.

Aquí, aunque les parezca exagerado, no les quiero echar mentiras. Sentí muchas ganas de que fuera mío. Apareció sobre el piano, con un sombrero de charol y echando chispas. Al rato yo hasta quería que me partieran en dos.

Ya muy tarde se volvió a poner el baile y el Pragedes corrió a juntarse con la Margot. ¡En dónde vine a saber que lo bonito se pone feo, así como esos hielos derritiéndose en un charco muy negro!

«Igual que los vientos trozan las hojas y ya no las vuelven a poner, se llevó a la Margot. “No los veas”, me dije, pero aunque quisiera, se perdieron entre el gentío leyéndose en los ojos la letra de una canción.»

El ruido de la puerta me sonó a coraje, pero en la cama me dio por hablar con Dios. Las palabras se iban por un lado y yo por otro.

Luego amanecí en un cerro muy alto, forrado de muchas flores y sin camino para bajar. Allá, muy bien que los veía, estaban los dos, dándole una bolsa con bolitas blancas a la Socorro. Ella tan contenta que metía la mano, con las ganas de quedarse a gusto para comerse a sorbos los huevos de las gallinas. Yo gritaba:

–Socorro, te están haciendo tonta, no los dejes ir –mientras se iban perdiendo como por una foto del paraíso.

No sé qué tanto miden los sueños, pero me quedé esperando a que vinieran. Luego, me despertó el batir de los jamoncillos que hacemos para vender. Con el desvelo y ya me tenían llenando charolas. Por más que me preguntaron, nunca pude explicar que la que estaba ahí, tan ocupada, era nomás una copia de la otra que andaba por dentro.

A la hora de la cena la Socorro entró con el mandado de venir a buscarme.

Desde ese día los acompañé a todos lados. El único poder que me regaló mi mala suerte es que no los dejaban ir si yo no iba. Los hubieran visto, se traían del brazo, muy despacito como si fueran a quebrarse.

Y allá iba yo, tan mansita de que me invitaran hasta el raspado, siendo que se me salía el alma y me quedaba el peso del puro cuerpo que también quería arrancar con él.

A la semana, yo ya no quería interrumpirle las ganas de comerse a la Margot y casi me levanto, cuando ella, hablándome muy suavemente, me presumió:

–¿Sabías que el Pragedes también es faquir?

No es que haya leído mucho, pero de un libro se me quedó esa página con todo y la ilustración y como jugando, le pregunté:

–¿De los que duermen en clavos o de los que comen vidrio?

–De los que se entierran –me contestó el Pragedes, sin imaginarse siquiera que había subido el telón de

su propia tragedia. Pero como ya estábamos en eso de quedar bien se me ocurrió agregar:

–¿Verdad, Margot, que hace poco vino uno que se enterró tres días?

Ella se quedó pensando y sin acordarse, porque no era cierto, se le pintó una sonrisa que yo nomás había visto en las películas de miedo. Después movió la cabeza para decir que sí.

Al Pragedes se le cuarteó la cara antes de competir.

–Yo duro cuatro, luego dijo.

En cuanto la Margot lo enteró de la plática, el presidente en persona mandó hacer la caja. Al día siguiente colgaron los carteles. Muy bien que me acuerdo, porque esa misma noche le supliqué dormida. «No lo hagas Pragedes, te vas a asfixiar en ese empaque de vidrio». Pero ni me contestó, ahí nomás de rodillas, en la iglesia borrosa, rezando para que no se le fuera a caer lo hombre y lo dejara Dios cobrar la promesa de la Margot. Entregarse todita al terminar la función.

Desde la puerta escuché una música plagada de angelitos y sin hacer ruido me escondí en el pilar para no molestarlos con mi estorbo. Ahí estaban los dos, muy cerca, como si no les alcanzara el cojín para practicar la imnotización. Él con los ojos abiertos, ella tomándole el tiempo, guardando para luego los besos, como si le quisiera sembrar a puños el valor.

Pobre tú, que no te conoce nadie, que nomás eso te faltaba penando por el novio de la Margot que no tiene ni que pedirle a los Santos, no ves que desde hace mucho él ya trae puesto en la voz el acento de saber lo que hace. Así me aconsejaban. Pero yo iba y venía como perdida en un pecado mortal, con ganas de pegarme en la frente una cruz para nunca volver a soñarlo.

Muchos ayudaron con el hoyo que ella mandó bajar, porque así era, bien hondo, para que no le pegara el sol. A mí me daba no sé qué acercarme, nomás sentía el jalón.

El mero día hubo tantos y tan alegres que el Pragedes ni volteó a ver que lo venían siguiendo los nubarrones. Yo me quedé detrás, pero en cuanto lo taparon, se soltó la tormenta. Hubieran visto a la Margot, agarró camino tan serenita como si nos quisiera poner el ejemplo de lo que había aprendido de él.

«Desde la puerta escuché una música plagada de angelitos y sin hacer ruido me escondí en el pilar para no molestarlos con mi estorbo. Ahí estaban los dos, muy cerca, como si no les alcanzara el cojín para practicar la imnotización.»

Enseñarles el agua yo quisiera, pero no la veo, nomás la oigo cayendo sobre el agua, encobijada de nubes, llevándose la tierra de la que no era dueña.

El agual se quedó siete días, pero al tercero me vino a contar con su lengua mala, llena de lodo, que se estaba muriendo allá abajo, muy abajo, pidiéndole a Dios que lo dejara asomarse aunque sea un ratito a tomar el aire que nos había encargado.

Dicen que el destino del Pragedes ya venía con la importancia. Lo enterramos en la misma caja. Si vieran qué bonita se veía cuando pasó flotando bajo los rayos de sol.

Le fui a avisar a la Margot, pero dijo que ya sabía y, para que no me sintiera mal, sacó un velito prieto que a mí no me gustaba y me lo dio, tan buena, para el velorio. Yo me sentí tan sola en esa casa que no es para el llanto, muy fresca, muy llena de pájaros y la Socorro, ahí, amarrándole la trenza, espantándole una pena donde ni los muertos pueden entrar.

Hoy el rosario es a las 12, por eso vengo, agachada, despacio, con los ojos aguados de tanto asomarme al hoyo que se quedó así hecho, para que no se nos olvide su recuerdo. Para qué la prisa, total, ni que me estuvieran esperando.

© Rosy Palàu

La autora:

Rosy Palàu. Escritora nacida en Culiacán, Sinaloa, México (1956). Tiene publicados los libros de poesía: *Quizá el tiempo*, *Territorio indeciso*, *Sonata para una luz*, *La clara sombra del silencio* y *Estamos solos desde ayer*. De cuento: *La casa del arrayán*

EL CÍRCULO DE ELIOT

por Norberto Luis Romero

—
Advertencia: A lo largo de este relato, el autor introduce versos pertenecientes a los "Cuatro Cuartetos" de Eliot
—

*Adelante los que creéis
que estáis viajando.*

Eliot.

Veo caer la tarde. A mis espaldas siento una vez más la presencia inquietante del grabado que cuelga en el rellano de la escalera: numerosos ojos vigilándome. La música de Mahler, que suena en la radio, me acerca recuerdos, me obliga a hacer balance y ratificar los números en rojo y en azul. El sol, cuando se oculta, es siempre el mismo sol; en el instante en que su debilidad lo enrojece y permite mirarlo a la cara, no difiere de otros.

Aquel fin de semana, habíamos salido al campo a dar un paseo. Después de una media hora de viaje detuvimos el coche a un lado de la carretera, bajo la sombra de un árbol, junto a un mirador que permitía contemplar el campo luminoso extendiéndose hasta topar con las Sierras Chicas, que ondulaban suavemente. Seguimos la charla dentro, con las ventanillas totalmente abiertas. Corría una ligera brisa refrescante. No recuerdo con exactitud si por entonces habíamos ingresado a la facultad o cursábamos el último año de bachillerato. La mención de algo relacionado con el futuro dio pie a Jorge a recitar aquellos sugestivos versos de Eliot, que yo desconocía. Bastó una mirada cómplice para ponernos de acuerdo y, basándonos en ellos, comenzamos a tejer un argumento en el que trasladamos a imágenes las palabras del poeta: un puñado de individuos, vestidos de oscuro y sin rostro, abandonaba una casa en ruinas; cada uno llevaba un haz de leña bajo un brazo; se ponían en marcha sin rumbo aparente y a lo largo del camino pasaban frente a diferentes símbolos: una iglesia, un cementerio, una fábrica, etc.; cada tanto, sin advertirlo perdían un leño que resbalaba al suelo. Al final del viaje llegaban a aquella misma casa de la que habían partido y se ponían a reconstruirla. No tardamos en enriquecer la idea hasta convertirla en algo muy parecido a un guión de cine.

«Jorge era delgado y muy alto, me llevaba fácilmente más de una cabeza. Éramos inseparables; aunque debíamos formar una pareja singular. Al caminar juntos teníamos dificultades para oírnos: su voz me sobrepasaba; la mía iba a estrellarse contra su cuerpo.»

No fuimos conscientes entonces de los símbolos contenidos en esta historia, ni en los personajes oscuros y sin rostro. Con el paso de los años, y no sin cierta zozobra, los acontecimientos me fueron revelando un diáfano significado.

Atardecía cuando pensamos en una música para acompañar las imágenes; y fueron las «Canciones de la Tierra», de Mahler, lo primero que acudió en nuestra ayuda; tal vez por su dramatismo, sus reiterados compases, los lamentos desolados que atraviesan toda la melodía. Luego callamos de pronto, tal vez reflexionando, pues las palabras, después de habladas, tienden al silencio. Fue entonces cuando vi mis ojos reflejados en el espejo retrovisor, un último dardo de luz de sol les daba de lleno y advertí, por primera vez, su color verde. Si antes no había reparado en ellos con atención, fue por la costumbre de evitar los espejos, que parecían confirmar mis supuestas carencias. De allí surgía la timidez con las mujeres y con otros hombres, el instinto a pasar inadvertido, el impulso a huir de la gente y recluirme. Supe en aquel instante, que mis ojos tendrían la elocuencia que faltaba a mi boca y a mi cuerpo, y que compensaría así mis complejos. Descubrirlos fue, tal vez, un punto de partida inconsciente.

Jorge era delgado y muy alto, me llevaba fácilmente más de una cabeza. Éramos inseparables; aunque

debíamos formar una pareja singular. Al caminar juntos teníamos dificultades para oírnos: su voz me sobrepasaba; la mía iba a estrellarse contra su cuerpo. Recuerdo que le pedía que anduviera por la cuneta, mientras yo hacía equilibrio en el cordón de la vereda. Así compensábamos las alturas y podíamos contarnos nuestras respectivas inquietudes. Él quería ser actor; por mi parte, consideraba al cine como lo idóneo para expresar mis inquietudes. El mundo se nos hacía abarcable, fácil de dominar, y un matiz de inmortalidad nos hacía invulnerables.

Nunca llegamos a realizar aquel cortometraje, pero durante años recordé de memoria esos versos: «No cesaremos de explorar/ y el fin de nuestra exploración/ será llegar a donde arrancamos/ y conocer el lugar por primera vez». Poco después llegó a mis manos un volumen de las obras escogidas de Eliot, leí unos cuantos poemas apresuradamente y no di con aquéllos. Luego olvidé el asunto.

Han transcurrido más de veinticinco años cuando, por casualidad, vuelvo a tropezar con el libro: los versos están en él, exactamente como los recuerdo, como él los recitó aquella tarde soleada. Y mientras miro mis ojos en el espejo y compruebo, que a pesar de haber perdido su luminosidad y viveza siguen siendo los mismos, vuelven a acuciarme las imágenes de los caminantes anónimos, el paisaje

«Un punto en común en nuestra adolescente concepción del universo y de Dios nos había aproximado. Nuestros círculos se unieron discurriendo paralelos una época. Acaso, porque cuando conocí a Jorge, yo acababa de perder a Alberto Navarro. Con él había comenzado el bachillerato hasta que sus padres decidieron trasladarlo de instituto.»

desolado, los símbolos esparcidos en el trayecto y la reiterada melodía de Mahler. Las numerosas piezas del mosaico cobran sentido, se unen entre sí para revelar una visión global, y por primera vez descubro el motivo del desasosiego que me causa el grabado de Jaime Castillo. Al verlo de soslayo cuando subo las escaleras hacia el estudio, me siento observado por esos seres. Si me detengo a contarlos –porque muchas veces tengo la sensación de que falta alguno–, me invade un ligero malestar que me obliga a renunciar a mi propósito. A veces, una silueta enigmática parece atravesar volando el fondo, y al instante, ante la insistencia de mi mirada, desaparece.

En los últimos años de escuela secundaria, en las charlas con Jorge, calculando el futuro, tratando de destejer, desenrollar y desenredar juntos el pasado y el porvenir, concebimos una peregrina teoría sobre el tiempo. En ella llegamos a la conclusión de que el presente es una apariencia, que su esencia es tan volátil, que únicamente se percibe como una serie de sucesivos instantes superpuestos, acumulados como finísimas costras de óxido; cada una de ellas configurada por la evocación del inmediato pasado y el deseo o la intuición de lo que va a ocurrir. Lo llamamos «presente acumulativo». Tal vez fue el principio del círculo, del viaje.

Un punto en común en nuestra adolescente concepción del universo y de Dios nos había aproximado. Nuestros círculos se unieron discurriendo paralelos una época. Acaso, porque cuando conocí a Jorge, yo acababa de perder a Alberto Navarro. Con él había comenzado el bachillerato hasta que sus padres decidieron trasladarlo de instituto. Mientras los demás estudiantes jugaban a perseguirse, se propinaban golpes y hablaban de fútbol o de chicas, Alberto y yo, tumbados sobre el pasto de los patios, observábamos el ir y venir de los insectos, o intercambiábamos libros que explicaban el origen de las especies. Mi latín era hartamente deficiente; el suyo, impecable. Vivíamos a un par de calles el uno del otro, y nos veíamos los fines de semana en su casa o en la mía. La suya, quizás la más antigua del pueblo, cargada de historia, me deslumbraba por las comodidades y riquezas: pinturas originales, muebles antiguos tallados, porcelanas chinas, alfombras de Oriente. Su padre era un médico de gran reputación en la zona. El mío, que era sencillamente un hombre bueno, apenas podía sostenernos y darnos una educación, a causa de los enormes gastos producidos por la crónica enfermedad de mi madre. Por ese entonces yo escribía mis primeros relatos y Alberto, que siempre había tenido poder sobre las palabras, los criticaba. Una tarde le expuse la teoría del «presente acumulativo». Pareció meditar un rato, y al fin me dijo: no es del todo errónea. En realidad el presente no existe ni siquiera de esa forma, –muy optimista y benévola, por cierto–, puesto que es tan efímero que muere en el acto de su propio alumbramiento. Y a continuación me habló del «Uróboro», del tiempo circular de los alquimistas. Me llevó a la biblioteca de su padre y allí, en un libro de pastas, me enseñó una ilustración de la serpiente que se muerde la cola. Me dijo: Podemos conocer o intuir el principio del círculo, el punto de partida, pero

predecir el reencuentro final es imposible. Ante la ignorancia de la curvatura del camino, del perímetro, la meta se proyecta como una sombra imprevisible que nos precede, que avanza implacable ante nosotros.

Creo que no comprendí del todo sus palabras y me quedé mirándolo, atontado. Ahora las comparto.

Acabada la secundaria, cada uno inició su propio derrotero. Jorge ingresó en la Escuela de Teatro de la misma facultad en la que yo comencé cine. Allí conocí a Isabel Penna con quien compartíamos clases, a Jaime Castillo, estudiante de artes plásticas, y a muchos otros que apenas si recuerdo, pues no dejaron huellas. Los cuatro coincidíamos en las horas libres en los jardines, donde intercambiábamos puntos de vista; a veces nuestros anhelos eran los mismos; pero a pesar de todo nunca hubo proyectos comunes.

Jaime, optimista y siempre feliz, con propósitos de vida muy claros, investigaba dibujando formas cargadas de matices y configurando con ellas, sobre la base de la reiteración y al ritmo, una geometría ilimitada: innumerables laberintos por cuyos recovecos misteriosas sombras se arrastraban. Todos sus bocetos, esparcidos tanto en su casa como en las aulas, eran ligeras variantes de una misma idea fija, de un flujo y reflujo de desvaídas figuras, semiocultas en el plano, a punto de desbordarlo. Creo recordar que nunca hubo un cuadro definitivo, que jamás se dio por satisfecho. En los años finales de carrera prácticamente dejamos de vernos. Un día desapareció de repente, y circularon rumores de que había sido detenido. Aunque dudé de esa versión; acaso porque en el fondo negaba una realidad que, a pesar de su desmedida arbitrariedad y violencia, era habitual en aquellos días, la ausencia terca y prolongada la ratificó. Más tarde, el tiempo y los hombres lo hicieron público.

Alberto acabó cursando psiquiatría. Casi en el final de su carrera volvimos a coincidir. Una breve charla puso al descubierto una distancia sideral. Ante mí había un Alberto distinto, demasiado seguro de sí mismo, y que parecía haber relegado al olvido sus inquietudes literarias. Cierta frivolidad teñía sus juicios, sobre valoraba sus conocimientos como exclusivos, y en el tono de su voz había una impronta de desdén hacia los otros. Estaba a punto de viajar a Suiza con una beca. Su actitud y la proximidad de su partida bastaron para que dejásemos de vernos durante años, hasta hace poco, estando ambos en Europa. Me llama a menudo desde París, donde reside definitivamente. Ahora, una vez más coinciden nuestros círculos en el punto fijo del mundo giratorio, navegando paralelos el uno al otro, no sé hasta cuando. Un Alberto reconciliado con las letras y empeñado en apoderarse del sentido último del «Uróboros», mediante coronas de sonetos e imágenes infinitamente reflejadas en espejos; sus poemas circulares discurren en paralelo a ciertas prosas mías, que acaban donde empiezan.

«Acabada la secundaria, cada uno inició su propio derrotero. Jorge ingresó en la Escuela de Teatro de la misma facultad en la que yo comencé cine. Allí conocí a Isabel Penna con quien compartíamos clases, a Jaime Castillo, estudiante de artes plásticas, y a muchos otros que apenas si recuerdo, pues no dejaron huellas.»

Con mi titulación académica, y después de un par de años de haber trabajado como ayudante de dirección, emigré a España huyendo del poder entonces imperante, en busca de un futuro que intuía más prometedor y menos conflictivo. Desde entonces y durante tiempo, apenas tuve noticias de estos amigos: la distancia interpuso sus muros. A lo largo de nuestra trayectoria abandonamos tantas veces a los seres queridos, los dejamos a un lado del camino hasta quedarse atrás, hasta que volvemos a pasar por allí y ponemos nuestros ojos en ellos como si los viésemos por primera vez, con la perplejidad propia de un descubrimiento, y nos reconocemos en ellos como en el azogue de un espejo antiguo, ocultos bajo cicatrices jamás envejecidas, como el deseo imposible de recomenzar prescindiendo de la memoria.

Al cabo de los años, en unas vacaciones en Córdoba junto a mi familia, indagué por Jorge. Tiene una fábrica de prototipos de aviones monoplaza, me dijo mi hermano. Está bien reputado, ganó algunos premios internacionales. ¿Ya no hace teatro, entonces? No, hizo en un par de papeles de poca importancia, pero no era bueno. Sonreí: no me sorprendieron sus revelaciones. De adolescente, Jorge se pasaba el tiempo fabricando pequeños aviones de madera balsa y papel. También se hacía grandes alas con cañas y telas viejas, con las que se dejaba caer desde lo alto de la tapia de su casa.

Siempre había querido volar.

En una ocasión llegó a clase con un brazo en cabestrillo. Me contó que se había tirado del techo con un paraguas. Su abuela lo perseguía con una escoba ante sus temerarios deseos de alzar vuelo. Hijo de padres separados, Jorge apenas si recordaba a su madre; su abuela materna, una campesina italiana, lo había criado. Él se burlaba de ella diciéndole a todo el mundo que su abuela tenía unas tetas que le «chorreaban» hasta la cintura. Me la imaginaba como a una mujer delgada y enérgica, de enorme rudeza, con el pelo blanco recogido a la nuca. Nunca la conocí: Jorge evadía las citas en su casa.

Acaso su verdadera andadura comenzó el día en que se arrojó con el paraguas desde lo alto. Su carrera teatral fue una digresión, un callejón sin salida que lo distrajo por un tiempo de su verdadero vuelo.

No he vuelto a saber nada de él, únicamente –y siempre por boca de mi hermano–, que llegó a ser paracaidista y también que dejó de fabricar monoplasa para hacer ala deltas. De Jaime, supe que efectivamente había sido encarcelado y torturado por error durante la guerra sucia; y que poco después de la puesta en libertad había huido con su familia a Brasil.

«En Roma, mientras Isabel asistía a los cursos de interpretación, yo visitaba las ruinas y paseaba a menudo por sitios prohibidos al público. En cada una de estas transgresiones, mientras me deslizaba entre muros altísimos de ladrillo, por pasajes estrechos, húmedos, cuyo silencio me intimidaba, creía hallar vestigios de un pasado que, inexplicablemente, me era afín.»

De Isabel tuve vagas indicaciones: la habían visto entrar y salir a menudo del teatro Rivera Indarte, pero tampoco me lo aseguraron. ¿Regresó a Roma?, pregunté sorprendido. No lo creo, fue la respuesta; sus padres están muy envejecidos y enfermos. Ella los adora... no los dejaría solos.

Me fue imposible averiguar algo más de ella. Nadie atendía el teléfono. Después me enteré que el número que me habían dado no era correcto.

En los años de facultad pasamos juntos largas veladas y alguna que otra borrachera. Cursábamos la misma carrera, aunque tampoco ella se dedicó al cine una vez

licenciada, sino que, como si usurpara el lugar de Jorge por algún inexplicable mandato, se reveló como una importante actriz. Muchas madrugadas, Después de una larga charla en la que habíamos agotado las numerosas preguntas y escasas respuestas (y a veces el alcohol), concluíamos en que nuestras palabras no superaban la «filosofía de borrachos»; inútil para resolver los enigmas que nos desvelaban. Poco después emigró a Roma en busca de unos orígenes de los que se creía heredera: un principio más allá de sí misma gestado por quienes la habían precedido en la sangre. Nos mantuvimos en contacto por carta y nos vimos una vez que vino a Madrid, y en otra que acudí a Roma. En estos encuentros retomamos las viejas, apacibles y prolongadas charlas acompañadas de vino blanco, acaso con los mismos interrogantes de siempre no resueltos, pero menos acuciantes.

En Roma, mientras Isabel asistía a los cursos de interpretación, yo visitaba las ruinas y paseaba a menudo por sitios prohibidos al público. En cada una de estas transgresiones, mientras me deslizaba entre muros altísimos de ladrillo, por pasajes estrechos, húmedos, cuyo silencio me intimidaba, creía hallar vestigios de un pasado que, inexplicablemente, me era afín. Algo en mi memoria remota yacía en letargo, un sentimiento confuso, aunque sereno; cierta familiaridad se agitaba sacudiendo recuerdos cuya exacta etiología ignoraba. Podía sentir que mis manos habían palpado antes esas piedras, que mis pies descalzos ya habían transitado esas losas. Tal vez fue en los libros de historia, o en alguna película de tarde de domingo donde se grabaron esas sensaciones, y la memoria o los sueños me confundían, me traicionaban.

Una tarde, al salir de uno de estos pasadizos penumbrosos, deslumbrado por el sol de julio, reconocí la silueta de Isabel, de pie, estática entre dos columnas. No me atreví a acercarme para no turbar su silencio, su íntima soledad. Su mirada se proyectaba más allá de las colinas con sus árboles de formas caprichosas, más allá de los edificios últimos, en un horizonte ancestral. Me alejé sin ser descubierto. Esa noche mintió cuando me dijo que regresaba del taller de interpretación; y pronto deduje que no asistía a clases y prefería dar esos paseos furtivos. Ella, en cambio, nunca supo que yo hacía otro tanto.

Según surgen estas frases descubro el significado de los haces de leña transportados por los sombríos personajes de nuestro proyecto: la pérdida irrecuperable. También que fueran reflejo de la soledad y

fatiga de toda empresa humana; acaso de la condena a no poder huir, a la impotencia de revolverse contra el implacable círculo y su eterna renovación, al ruidoso lamento de la quimera desolada. Algo similar les ocurre a las figuras atrapadas en la serigrafía de Jaime: en sus ojos silentes se refleja la inutilidad de la fuga.

A partir de mi viaje a Roma hubo un abismo sin puente de cartas ni noticias; empero, un eco de pisadas en la memoria, como un delgado hilo invisible de angustia, nos tuvo vinculados: el mismo que nos mantendrá unidos para siempre aunque no volvamos a vernos jamás.

Años más tarde, por una vibración sutil de aquel hilo, me topé con ella en un bar de Córdoba. Los parroquianos no disimularon el asombro ante nuestro abrazo prolongado y cálido, que nos internaba por el pasadizo que no tomamos, hacia la puerta que nunca abrimos a la rosaleda. Charlamos como antaño, sin dejar de mirarnos y verificar con tristeza cómo el tiempo había ido labrando leves huellas en el pelo, en los ojos, en las comisuras de los labios. Al día siguiente volvimos a vernos y entre la charla me confesó que estaba enamorada de mí desde los tiempos de la facultad. Y agregó, con una sonrisa, que siempre le había impresionado la viveza de mis ojos. Le oculté que yo también la había querido, y desvanecí con el silencio lo que quedaba de aquel delgado hilo invisible, que se fracturó definitivamente. Recordé, como un relámpago, la tarde en que bajo los árboles vecinos a las aulas, ella hizo un comentario sobre mis ojos. Ya en aquella ocasión la había traicionado con un silencio de similar consistencia. Sólo a través del tiempo se vence al tiempo, pero el tiempo perdido se desvanece.

Al día siguiente de nuestro encuentro tenía que volver a España. Había planificado hacer escala en São Paulo para visitar a Jaime Castillo. Alguien me había dado sus señas. En el viaje del aeropuerto a su casa surgieron las viejas anécdotas de la facultad, tan vivas en él, que apenas si dejaron lugar para una breve sinopsis del presente. Aproveché un silencio en el que Jaime miraba por la ventanilla del taxi la fila de fachadas multicolores, para

«Aproveché un silencio en el que Jaime miraba por la ventanilla del taxi la fila de fachadas multicolores, para observarlo: había envejecido y un rictus de amargura se hospedaba como un intruso en las comisuras de su boca. El pelo se le había agrisado. Su cara, duplicada en el cristal de la ventanilla, superponiéndose a los numerosos verdes de la vegetación que pasaba velozmente, como nuestras vidas, fue un torbellino de rostros simultáneos.»

observarlo: había envejecido y un rictus de amargura se hospedaba como un intruso en las comisuras de su boca. El pelo se le había agrisado. Su cara, duplicada en el cristal de la ventanilla, superponiéndose a los numerosos verdes de la vegetación que pasaba velozmente, como nuestras vidas, fue un torbellino de rostros simultáneos. Turbado por su fugacidad y confusión, aparté la mirada.

En su casa de São Paulo encontré los mismos muebles y objetos de aquella otra casa de Córdoba, que tanto frecuenté, pero en ésta parecían dispuestos de manera caprichosa, inquietante, conformando pasillos e islotes dentro de las espaciosas habitaciones. Las paredes estaban desnudas de cuadros o cualquier otro adorno. Jaime no había vuelto a pintar, ahora estampaba telas con motivos indígenas muy parecidos a las estructuras geométricas de aquellos primeros dibujos y serigrafías suyos. La semejanza no era casual, y argüí que había estado copiándose a sí mismo todos esos años, extrayendo figuras de un pasado tal vez ajeno, robando un poco de la intimidad de cada uno, escogiendo lo más sustancial y oculto. Deduje que su vida se había detenido en un sector de su propio círculo, acaso convencido de haber llegado hasta el final el día que entraron en su celda y lo llevaron ante el hombre de amplia sonrisa, que lo sentó desnudo en la silla. Quizá consideró acabado su viaje con el redescubrimiento del punto de partida que plasmó en esa serigrafía cuyos colores y líneas sintetizaban el todo logrado, el encuentro con el infinito. No me habló de la cárcel, ni de injustas penalidades, ni de su posterior huida. Tampoco hice preguntas.

Junto a Jaime y a su familia, entre aquel caos de muebles, tuve la incómoda percepción de que el círculo de su vida giraba viciado sobre su propio eje, en una órbita tangencial a la mía, que se alejaba cada vez más. Fueron días poco gratos: el Jaime que había conocido y frecuentado no era el mismo; algo de ausencia había en su mirada, y ya no sonreía con aquella espontaneidad. A menudo creí estar dialogando con un impostor que se hubiera aprendido de memoria nuestros respectivos pasados. En el

aeropuerto me hizo un regalo: un envoltorio liviano, cilíndrico. Al abrirlo me deslumbró una copia de aquella antigua serigrafía: una más de la serie que, veintitantos años atrás, había hecho en Córdoba, y que yo recordaba con detalle porque había seguido de cerca su proceso de creación, sus numerosas y obsesivas variantes. Ante mí se extendía un aparente caos de líneas, volúmenes y colores, e infinitos matices que se transparentaban insinuando individuos de vagos contornos. La observé con mayor detenimiento, fijamente, hasta que mis ojos encallaron más allá de la superficie del papel, más allá de aquel plano: la figura de una mujer apostada entre columnas romanas, como una diosa con pies de barro; y la mía propia, emergiendo desde la profundidad de las ruinas a la luz de la rosaleda, me cegaron un instante; el tiempo justo para que Jorge con sus alas de cera atravesara volando la luz, Alberto girase vertiginosamente dentro del círculo del Uróboro, Jaime dibujara un desgarrón más en su cuerpo desnudo. Conmovido, cerré los ojos. Lo enrollé y lo devolví a su estuche. Jaime me había regalado un fragmento de historia, un delgado corte longitudinal de lo que fue un presente y de la oracular y dolorosa sinopsis de las heridas venideras. Y ese rectángulo de papel, cuyas figuras se desvanecen hacia los márgenes con una promesa de regreso en los labios, representaba el anillo del vínculo. Me inclino

«Según nos hacemos más viejos, el pasado tiene otra estructura y deja de ser una nueva secuencia, o incluso un incremento que nos permita recuperar los vínculos, reparar el desgarrón en el hilo sutil de angustia, que a pesar de todo nos mantiene unidos. Volver a tejer las circunstancias sobre la antigua urdimbre no garantiza el trazado del mismo dibujo libre de antiguos errores.»

a pensar (porque no me atreví nunca a preguntárselo), que él, como tantos otros, se había paralizado en lo que Jorge Ponce, poniendo una sonrisa irónica, hubiera llamado «uno de los efímeros e inasibles instantes de nuestro presente acumulativo».

Tampoco hubo cartas después de aquel encuentro, fue vana la lucha por recobrar lo perdido y encontrado y vuelto y vuelto a perder. Y cada nueva búsqueda y reencuentro implicará siempre una pérdida nueva. Según nos hacemos más viejos, el pasado tiene otra estructura y deja de ser una nueva secuencia, o incluso un incremento que nos

permita recuperar los vínculos, reparar el desgarrón en el hilo sutil de angustia, que a pesar de todo nos mantiene unidos. Volver a tejer las circunstancias sobre la antigua urdimbre no garantiza el trazado del mismo dibujo libre de antiguos errores. Recorrer un sendero acompañado parece imposible: la gente cambia y sonrío; pero el tormento permanece. Cada hombre tiene asignado un círculo inalterable y único; impermeable a los demás. Cada hombre posee un haz de leños, sus propios símbolos; justos, incomprensibles o arbitrarios; y desconoce cada partida y cada encuentro. Su meta es un enigma sin atisbo de ser descifrado. E ignora si ha pasado más de una vez por un mismo lugar, también si ha sobrepasado las ruinas sin advertirlas.

Jorge, Jaime, Alberto, Isabel, también quienes no dejaron huellas aparentes, acaso volvamos a coincidir en un futuro incierto, en un mismo punto del pasado: en aquel preciso instante o estigma que nos lanzó por caminos opuestos y nos reúne ahora en la figura central de la serigrafía.

Cuando contemplo el atardecer y veo cómo se tiñe de rojo el horizonte en esta orilla opuesta a mi pasado, en ésta en la que ahora está mi cuerpo, espero el momento oportuno para volver a contar las figuras del grabado y encontrar, que al menos una de ellas, pudo escapar con sus alas del perverso laberinto circular.

© Norberto Luis Romero

El autor:

Norberto Luis Romero nació en Córdoba, Argentina, en 1951. Es director y profesor de cine. En 1983 publica su primer libro de cuentos, *Transgresiones, Canción de cuna para una mosca doméstica*, a los que siguen: *El momento del unicornio, Signos de descomposición, La noche del Zepellín, Isla de sirenas, Ceremonia de máscaras, Bajo el signo de Aries, Capitán Seymour Sea*. En EE.UU publica *The Last night of carnival* y *The arrival of the autumn in Constantinople*. Sus cuentos aparecen habitualmente en revistas literarias de España, Argentina, Canadá, Estados Unidos, Francia y Alemania; muchos de ellos incluidos en antologías. Información profesional en: <http://www.norbertoluisromero.com>

EL PASO DE LA OCA

por Recaredo Veredas

Hace veinticinco años hallé, entre el montón de papel viejo que mamá iba a arrojar a la basura, un ejemplar atrasado de una revista divulgativa. Creo que se llamaba Cosmos. En portada mostraba un mapa de Madrid dividido por círculos concéntricos de color rojo. Cada una de las áreas, según detallaban las páginas interiores, sufriría de manera distinta el ataque nuclear que, en cuanto comenzase la Tercera Guerra Mundial, lanzaría el monstruo ruso contra la base americana de Torrejón. Yo vivía en el cinturón 2, que garantizaba enfermedades incurables y quemaduras de tercer grado. Estuve a punto de huir al piso de mi abuela, que vivía en Legazpi, en plena franja 4.

Había suspendido matemáticas y lengua. Papá me matriculó en una Academia próxima a la carretera de la base. Se encontraba en el centro de la zona 1. Carbonización instantánea. Tras sus ventanales de cristal esmerilado podía distinguirse la velocidad de los automóviles. Me sorprendía que asumieran el riesgo con tanta ligereza. Una noche, mientras cenaba unas acelgas rehogadas, vi el arma. El SS21 cruzaba la Plaza Roja erguido sobre un camión militar. Su inmenso tubo de acero estaba cubierto por una bandera comunista. La cabeza nuclear, negra y plateada, quedaba al aire. Era escoltado por diez soldados que caminaban lentamente, marcando el paso de la oca. Breznev presidía la tribuna sin mover ni un solo pelo de sus tupidas cejas. Me encerré en la habitación. Escondido bajo las sábanas, iluminado por una linterna de Mickey Mouse, contemplaba cada noche la inapelable distribución de las zonas.

A la mañana siguiente falté a la Academia. Nunca había estado en Carabanchel, pero no me costó llegar. Allí, en el límite del peligro, permanecería a salvo. Nada más bajar del Metro, junto a un Hospital ya derribado, una señora, que arrastraba un carro de la compra lleno de botellas y zanahorias, me preguntó si estaba perdido.

–No, voy a casa de mi tía –dije sonriendo.

A partir de ese momento supe que debía caminar con determinación. La duda provocaba preguntas indiscretas. Descendí hasta la calle de la Oca. Me gustó el nombre, me recordaba al paso de los soldados rusos. Nunca había visto tantas zapaterías juntas. Tenían un escaparate minúsculo, donde exhibían alpargatas de esparto y sandalias de piel. Recorrí diez veces toda la calle, sin detenerme, mirando al suelo, esquivando a las mujeres que, a paso lento, entraban y salían de los comercios, entre carcajadas y cotilleos. Su alegría era comprensible. En la Zona 5 sólo sufrirían heridas leves y rotura de cristales. En una galería de alimentación compré un donut de chocolate. Fui, por primera vez, feliz.

Sólo paseé por Carabanchel durante cuatro días. El pastelero ya me conocía. Me servía el donut, envuelto en papel de estraza, por encima de las amas de casa, que hacían cola para comprar el pan. Al quinto día llamaron a casa. Papá me llevó a la Academia en su Citroen azul. Su rostro silencioso, sus gruesas gafas de concha, me esperaban cada tarde a la salida. No podía escapar. La televisión repetía todas las noches el desfile de los misiles, bajo la inmensa barba de Marx. Ni siquiera bajaba a la piscina. Cuando ellos salían de casa a media tarde, cargados con la cesta de mimbre y la sombrilla, tomaba la revista, arrugada y rota, y me dedicaba a medir el perímetro de los círculos. No había error ni esperanza posible. Cada noche soñaba con mis padres, les veía agonizando entre las ruinas, perseguidos por las ratas y los hambrientos. Sólo podía ayudarles de una manera.

Utilicé el método más simple, el único al alcance de un niño. Morimos suavemente asfixiados. Mi padre se quedó con la boca abierta. Cuando nos descubrieron su lengua estaba llena de polvo. Dios existe, créanme, es un viejo encantador. En el cielo me han regalado un frisbee y un labrador color canela. Paso los días corriendo y revolcándome por la hierba. Soy feliz, sólo echo de menos

El autor:

Recaredo Veredas es escritor y abogado. Ha publicado el libro de relatos *Pendiente* (Editorial Dilema, 2004), y el manual de teoría *Cómo escribir un relato y publicarlo* (Editorial Dilema, 2006). Ha sido profesor en la Escuela de Letras y lector y editor en numerosas editoriales. Blog: <http://lalinearecta.blogspot.com>

* * *

Relato

OCHENTA PISOS

por Juan Carlos Vecchi

«A la pucha...»

La mujer gorda y peluda del circo desafió al mago a que éste no lo encantaría, pero el mago dijo «poc poc» (apoyando el puño sobre la frente velluda de la atracción femenina) y la convirtió en una preciosa osa de peluche marrón con un moño rojo atado al cuello.

El ahora novio de una osa de peluche, quien era una de las cabezas que el domador usaba para demostrar que los leones no tienen aliento tan frondoso –como dicen de los hipopótamos–, habiendo presenciado la transformación con una sonrisa de oreja derecha a hombro izquierdo, le preguntó al mago si era capaz de hacer desaparecer a dos payasos, a cierto número de perros malabaristas y, por supuesto, al domador.

El mago respondió que él podría enseñarle la forma de hacerlo, pero le dijo que debían viajar juntos a una isla remota del mar Egeo. Allí se encontrarían con un mandril mágico, de nombre Florindo Belgo, quien por 30 dólares y dos kilogramos de bananas con sabor a frutilla, enseñaba ese tipo de artilugio mágico.

El hombre lo pensó durante algunos minutos y, sin decir «tierra vuelve», prefirió entonces realizar una peregrinación con sandalias hawaianas a República Dominicana, haciendo una breve escala en un casino de Punta del Este, Uruguay, donde puso todas las fichas, mitad y mitad, al color negro y al color rojo –pensó que jugando así, al menos saldría hecho–, pero menuda sorpresa de pollo al spiedo se llevó, cuando el tirador exclamó:

–¡Paño verde el 421187 con código de área 02284!

Treinta años después, prisionero de un melancólico aliento felino, este señor regresó al circo, pero el circo ya no estaba. En el lugar, ahora se levantaba un edificio de ochenta pisos.

Sin saber por qué lo hacía, comenzó a contar los pisos.

Al ratón, porque el rato tiene cola corta, habiendo retrocedido lo suficiente para que sus ojos llegaran hasta el último piso, dijo:

–Sí, son ochenta pisos.

© Juan Carlos Vecchi

El autor:

Juan Carlos Vecchi (Olavarría, Argentina, 1957). Ha publicado el libro de poemas y aforismos *Latidos* (edición independiente, 1982) y el de narrativa *Diario de a bordo* (Editorial Argenta, 1997). Ha participado en numerosas antologías de poemas y cuentos nacionales e internacionales, y es colaborador de innumerables revistas y suplementos literarios, tanto en internet como en papel. Desde 1992, coordina talleres de Escritura Creativa y Creatividad Literaria en escuelas, colegios y otras entidades culturales de la zona como asesor técnico literario y corrector de estilos.

PUEBLO DE JONES

por Luis Emel Topogenario

El señor narrador extrajo del pantalón la libreta y el lapicero negro. Inmediatamente elevó la cabeza y comenzó a anotar, uno por uno, todos los horarios de cada vuelo. No se saltó aquellas frecuencias que fuesen repetidas, pero de empresas distintas. Anotó el primero. Pueblo de Jones. A la medianoche. Servicio aéreo de Jones. Los espirales zurdos de la libreta le deformaron las ondulaciones de la caligrafía. Anotó el segundo. Pueblo de Jones. A la medianoche. Segundo servicio aéreo de Jones. El señor narrador reflexionó. El señor narrador no era alcanzado por los oleajes desde las rejillas en la boca del aire acondicionado, sudó. Prurito en la axila izquierda, pero no quería desprenderse de su muy importante tarea. El señor narrador no se rascó la axila ni se insatisfizo. Anotó el siguiente vuelo. Pueblo de Jones. A la media madrugada. Misma empresa que la primera de la medianoche. Por los altoparlantes no había nadie, ninguna voz, ninguna gangosidad terriblemente generosa, que le ahorrara el trabajo de su muy importante tarea. Siguió anotando. El señor narrador percibió eléctricamente que detrás suyo caminaba un hombre. Sin separar la mano zurda ni del lapicero ni de la libreta, se dio vuelta. Certero. Por allí caminaba un hombre. El señor narrador elevó la voz. Dijo –Disculpe, muy bueno caballero, pero ¿es el usted Leonardo? El guardamaleteros no se sobresaltó. Respondió –¿Qué Leonardo, bueno hombre respetuoso? El señor narrador sospechó de todas estas preguntas. Y le ripostó –Oh, ha de perdonarme usted el que yo haya sido el mucho y grande descortés al no explicar, buscando estoy a Leonardo Ryan, bueno caballero, pero ¿es usted Leonardo, Leonardo Ryan? El guardamaleteros se puso contento. –No, dijo el guardamaleteros, Yo soy en el uno guardamaleteros. El guardamaleteros reflexionó. Acto seguido continuó su camino por el pasillo elongado del aeropuerto. El señor narrador dijo –Oh, esas gracias, pero debido a la distancia creada entre él y el guardamaleteros sus palabras se desintegraron en el vacío. El señor narrador reflexionó. He de ser más cuidadoso y menos confiado, pensó. Y luego se lo dijo a la señorita viajera que dormía en uno de los asientos bermejos de espera.

El señor narrador se le acercó sin desprender la mano zurda ni del lapicero ni de la libreta. Se aclaró la voz para que la señorita viajera pudiese escucharlo y entablar conversación. –¡He de serme un más cuidadoso y el menos confiador!, gritó el señor narrador, mientras se inclinaba sobre la gran oreja expuesta de la señorita viajera. Casi hasta tocarla. La señorita viajera no pudo percibirlo eléctricamente ni tampoco se despertó con el alarido ensordecedor. Si apenas cambió de perfil en la silla, mostrando ahora la

«El señor narrador percibió eléctricamente que detrás suyo caminaba un hombre. Sin separar la mano zurda ni del lapicero ni de la libreta, se dio vuelta. Certero. Por allí caminaba un hombre. El señor narrador elevó la voz. Dijo –Disculpe, muy bueno caballero, pero ¿es el usted Leonardo? El guardamaleteros no se sobresaltó.»

hemiespalda caliente y resguardando el brazo y los senos fríos. Una nueva gran oreja le asomó del otro lado, por entre el límite de la cara y los mechones tiesos del cabello, semi recogido en un broche imperdible negro de plástico, con extensos birretitos acaracolados de brillantinas rojas. Mechones retiesos por el peróxido. Ningún papel ni ningún boleto o pasaporte se le aflojó o se le cayó del regazo hasta el piso. El señor narrador reflexionó. El señor narrador retornó a su posición inicial de pie, frente al tablero electrónico enorme. Levantó la cabeza. Los lentes oscuros no se le habían desacomodado. Anotó. Pueblo de Jones. A media madrugada. Misma empresa que la segunda de la medianoche. El agente antinarcóticos se aproximó al señor narrador y, aclarando la voz suave y algo raspada, le preguntó –Disculpe, mucho bueno caballero, pero ¿se encuentra el usted muy bien? El agente antinarcóticos reflexionó. El señor narrador fracasó en entender lo que se le dijo. Unos primeros impulsos giratorios corporales, hacia la voz que preguntaba, fueron anulados de inmediato. El señor narrador no tenía en absoluto ningún problema con sus piernas muy pellejosas y flacas, y podía caminar muy bien. El señor narrador pensó He fracasado en entender lo que se me ha dicho, y luego pudo añadir, con voz elevada, –Oh, discúlpame, hijo, observador muchacho, pero ¿eres el tú

Leonardo, Leonardo Ryan? El señor narrador aún dábale ambas hemiespaldas al agente antinarcóticos. El agente antinarcóticos había sido perfectamente entrenado mucho ese día e, inmediatamente, comprendió que algo no estaba muy bien con el señor narrador. Con la punta del botón militar izquierdo, espoleó apenas un poco al perro olfateador antidrogas que lo acompañaba, explicándole que se pusiese alerta. El perro olfateador antidrogas reflexionó. El señor narrador continuó su muy importante tarea. Antes de anotar el siguiente vuelo, repitió su pregunta. Dijo –Discúlpate, hijo, pero ¿eres tú Leonardo, Leonardo Ryan? El agente antinarcóticos modificó, con un gesto izquierdo de cabeza, el silencio para que coaptase con la pregunta del señor narrador. Se palpó el grosero cinturón de cuero negro en busca de la pistola, el radiotransmisor y las esposas, pero ninguno de los tres objetos estaba. El agente antinarcóticos reflexionó. Inmediatamente espoleó al perro olfateador antidrogas y ambos salieron velozmente eyectados, corriendo hacia la Oficina de Agentes en busca de más refuerzos. Allí el señor narrador se dio vuelta pero ya no había nadie. Repitió el mismo movimiento en sentido inverso y quedó, nuevamente, frente al tablero electrónico enorme. El señor narrador pensó He de ser más cuidadoso y menos confiado. En ningún momento había despegado sus dedos zurdos ni del lapicero ni de la libreta. Anotó. Pueblo de Jones. A la media madrugada. Servicio aéreo ilegible. El señor narrador reflexionó. Pudo percibir eléctricamente cómo se acercaba la viejecita encorvada con muchos pasos frenéticos y recortados. –¡Sí, está el quedado por allá!, respondió el señor narrador. La viejecita encorvada había sido distraída por su propia mano que acariciaba entre sus verruguitas el abundante vello facial. Se pasó la mano izquierda por el resto de su hirsutismo y dijo –Discúlpeme, grande y misericordísimo el hombre, pero ¿podría darme

«El señor narrador reflexionó. Pudo percibir eléctricamente cómo se acercaba la viejecita encorvada con muchos pasos frenéticos y recortados. –¡Sí, está el quedado por allá!, respondió el señor narrador. La viejecita encorvada había sido distraída por su propia mano que acariciaba entre sus verruguitas el abundante vello facial. Se pasó la mano izquierda por el resto de su hirsutismo y dijo –Discúlpeme, grande y misericordísimo el hombre, pero ¿podría darme instrucciones detalladas de cómo llegar al ese Baño? Uf, a nuestra edad, el ji jí, ya sábelo usted, nuestras urgencitas son aún, cof, más urgentes, cof.»

instrucciones detalladas de cómo llegar al ese Baño? Uf, a nuestra edad, el ji jí, ya sábelo usted, nuestras urgencitas son aún, cof, más urgentes, cof. La viejecita encorvada levantó la cabeza lo más que pudo, sobre la jorobita que coronaba sus hombros, y observó al señor narrador al mismo tiempo con angelicalidad e inopia. –Ah, pero ¡por allá!, entonces qué mucho es bueno, y grandes gracias, dijo muy agradecida la viejecita encorvada, Seguiré las flechas y las lucecitas por en los

corredores. La viejecita encorvada reflexionó. E inmediatamente se alejó con muchos pasos frenéticos y recortados. El señor narrador se aclaró la voz para que la viejecita encorvada pudiese escucharlo y entablar conversación. Y gritó a todo lo ancho del luengo pasillo –Jey, pero ¿eres tú Leonardo, Leonardo Ryan? Estoy buscando. ¿Lo, lo conoces? La viejecita encorvada había sido distraída por su propia mano que acariciaba entre sus verruguitas el abundante vello facial. No lo oyó. Y desapareció tras la puerta giratoria de uno de los Baños. El señor narrador reflexionó. Se mantuvo allí de pie. Retornó a su sitio. Quien sí se despertó por sus gritos fue la señorita viajera. Grande escuchadora, molesta, sobresaltada, con el cutis ajado en fetas por la modorra y por el apoyabrazos plástico sobre la silla de espera, dijo –¡Ey, no grites más, mucho burro, que no se puede el dormir! La señorita viajera reflexionó. Acto seguido se dio vuelta y se volvió a dormir. El señor narrador anotó. Pueblo de Jones. Al amanecer. Misma empresa que la primera de la medianoche. Más sudor y rubicundez. Prurito en ambas axilas que el señor narrador descabezó mentalmente con el gran poder de su cerebelo. No se rascó entonces, no necesitó ni se insatisfizo. Sudaba cristales ocres de amonio. Percibió eléctricamente que detrás suyo pasaba un hombre. El guardamaleteros iba montado en una pulidora gigante cuyas barbas caféas asomaban por entre las rueditas. Pasó saludando. Dijo –¡Y, qué hay, bonachón abuelo! ¿Encontró al su bueno muchachón? El guardamaleteros reflexionó. Acto seguido continuó a lo largo del ancho pasillo. El señor narrador se dio vuelta sin separar los dedos zurdos ni del lapicero ni de la libreta. Certero. Por allí pasaba un hombre montado en una pulidora gigante, cuyas barbas sucias asomaban por entre las rueditas. El señor narrador elevó la voz. Dijo –Dis-

cúlpele, bueno benjamín, pero ¿es usted por casualidades Leonardo, Leonardo Ryan? El guardamaletas ya había encendido el motor de la pulidora gigante y no pudo oírlo. Duro en las orejas, se escuchaba todo relleno por el ronrón de las barbas, que ahora pulimentaban las comisuras del piso del aeropuerto. El señor narrador reflexionó. Retornó a su posición inicial de pie, frente al tablero electrónico enorme. Levantó la cabeza. Los lentes oscuros no se le habían desacomodado. El señor narrador no entendía lo que estaba haciendo. No supo preguntárselo de forma que pudiera entenderse a sí mismo. Pensó, desesperado, Pero púchica, bueno para nada, ¿qué es lo que estás haciendo?, y no pudo, a continuación, tejerse una respuesta. Buscó ayuda inmediata en la señorita viajera; Sé que ella me ayudará, se exhortó. Se le acercó sin despegar los dedos zurdos ni del lapicero ni de la libreta. Pudo observar cómo dormía, plácida y profundamente, la señorita viajera en el nalgatorio del minúsculo asiento bermejo de espera, con su grande oreja entre medio de su hermoso peróxido. No se le había abierto ni un milímetro del abundantísimo escote y por ninguna parte se le veía cosa alguna que no estuviese dormida; y ningún papel ni ningún boleto o pasaporte se le había aflojado o caído del regazo hasta el piso. Nada tenía. El señor narrador reflexionó. Se aclaró la voz para que la señorita viajera pudiese escucharlo y entablar conversación. —¡Pero púchico, inservible, porque bueno de nada, ¿qué es el que estás haciendo, ayúdame?, ayúdame!, gritó el señor narrador, mientras se inclinaba sobre la gran oreja expuesta de la señorita viajera. Casi hasta tocarla. La señorita viajera no pudo percibirlo eléctricamente ni tampoco se despertó con el alarido ensordecedor. Si apenas cambió de perfil en la silla, mostrando ahora la hemiespalda caliente y resguardando el brazo y los senos fríos. El señor narrador no obtuvo los resultados deseados. Retornó a su posición inicial de pie, frente al tablero electrónico enorme. No se balbuceó. Allí pensó ¡No he obtenido los resultados deseados! No entendía lo que estaba haciendo. Anotó. Pueblo de Jones. Al amanecer. Misma empresa que la segunda de la medianoche. Faltaban algunas horas para que el personal del aeropuerto cambiase de guardia. Sus interrogantes empezaron a coagularse en las juntas de las piernas flacas, ayudadas por la estasis venosa. El señor narrador reflexionó. Anotó. Pueblo de Jones. Al amanecer. Misma empresa que tercera de la media madrugada. Pudo percibir eléctricamente cómo se acercaba la viejecita encorvada con muchos pasos frenéticos y recortados. —¡Pero el cómo no, amabilísima vejistoria, menos faltaba más!, respondió el señor narrador. La viejecita encorvada se acomodó mucho el vestido sin flores ni bordados, planchándolo con sus arrugadas manos pálidas y pecosas, y dijo —Discúlpeme, grande y bondadísimo mucho hombre, pero ¿podría usted, si sobrase, regalarme sus algunas pocas hojas para el papel higiénico? Es que he tenido que utilizar un gran bastante el servicio higienatorio, y se me ha acabado mucho el papel. El señor narrador, sin vacilar, arrancó las dos primeras hojas de su libreta, donde estaba trabajando en su muy importante tarea. —Ah, pero ¡muchas gracias, el bondadoso hombre mucho muy bueno!, dijo la viejecita encorvada, Ojalá y Dios páguenselo pronto. La viejecita encorvada reflexionó. Y las verrugas en su cara, sésiles por estas palabras, se le reinflamaron de agradecimiento; pudo masticar, en tiempo y forma, la dentadura superior manteniéndola en su mismo sitio. La viejecita encorvada levantó la cabeza lo más que pudo, sobre la jorobita que coronaba sus hombros, y observó al señor narrador al mismo tiempo con angelicalidad e inopia. Alargó sus arrugadas manos pálidas y pecosas para tomar las hojas higiénicas de la libreta, pero éstas se le cayeron al piso sin pulir. Se enconchó toda para agacharse y, con ayuda de su rabadilla y mano izquierda, recogió las hojitas. E inmediatamente se alejó con muchos pasos frenéticos y recortados. El señor narrador reflexionó. No pudo carburar en su cerebro las palabras que se le dirigieron. Tampoco quiso intentar ofuscarse. Pensó, sin remedio, No he podido carburar en mi cerebro estas palabras que se me han dirigido. Se guardó el lapicero negro y la libreta en los bolsillos izquierdos del pantalón azul completo. El señor narrador tomó en un gran suspiro todo lo que sabía sobre lo que estaba atravesando, pero aún no lograba tejer conclusiones satisfactorias. Inhaló muy duro, intentando obturar los pulmones pinchados por la matematicalidad

«La viejecita encorvada levantó la cabeza lo más que pudo, sobre la jorobita que coronaba sus hombros, y observó al señor narrador al mismo tiempo con angelicalidad e inopia. Alargó sus arrugadas manos pálidas y pecosas para tomar las hojas higiénicas de la libreta, pero éstas se le cayeron al piso sin pulir.»

del silencio y la desesperación. Pensó, empapado de su copioso sudor, Pero púchica, pobre de mí, ¿cómo es posible que no haya logrado aún tejer conclusiones satisfactorias! Levantó la cabeza. Los lentes oscuros no se le habían desacomodado. Sudaba cristales ocre de amonio. No cesarían ya de molestarle más la piel los ruidos pruriginosos del aeropuerto. El señor narrador percibió eléctricamente que detrás suyo pasaba un hombre. El guardamaleteros iba montado en una pulidora gigante cuyas barbas cafés asomaban por entre las rueditas. Pasó saludando. Dijo –¿Y, bonachón viejo, el grande esperador, qué dícame en su muchachón? ¿Nada el aún, no aparece? El guardamaleteros reflexionó. Acto seguido continuó a lo ancho del luengo pasillo hasta desaparecer rápidamente tras el recodo. El señor narrador extrajo del pantalón la libreta y el lapicero negro. Inmediatamente elevó la cabeza y comenzó a anotar, uno por uno, todos los horarios de cada vuelo. No se saltó aquellas frecuencias que fuesen repetidas, pero de empresas distintas. Anotó el primero. Pueblo de Jones. A la medianoche. Servicio aéreo de Jones. Los espirales zurdos de la libreta le deformaron las ondulaciones de la caligrafía. Anotó el segundo. Pueblo de Jones. A la medianoche. Segundo servicio aéreo de Jones. El señor narrador reflexionó. Y estaba a punto de sudar, sin despegarse de su muy importante tarea ni rascarse, cuando apareció en el aeropuerto Leonardo Ryan. Gordo, un gran gordo, cabellos pulcramente peinados, cutis cicatrizado y verdínico, con algunos granulomas sin reventar en cada pómulo, sin anteojos, más bien guapo, era el dueño de todas las empresas que volaban al pueblo de Jones. Muy campante, vestido con una sudadera deportiva azul completa, tarareaba la melodía que escuchaba en sus audífonos mientras, con la mano zurda, arrastraba una gran valija con rueditas, totalmente pesada, y repleta de libros. Caminaba, despreocupado, como un gran campeón, por el pasillo de la terminal aérea. Junto al manillar de la maleta y en la misma mano zurda, llevaba un rollo nuevo de papel higiénico. Leonardo Ryan se dirigía al Baño con su gran maleta. Iba reflexionando. El señor narrador percibió eléctricamente que detrás suyo caminaba en ese momento Leonardo Ryan. El señor narrador reflexionó. No entendía lo que estaba haciendo. Sin separar los dedos zurdos ni del lapicero ni de la libreta, se dio vuelta. Certero. Por allí caminaba Leonardo Ryan. El señor narrador se removió los lentes oscuros porque

«El señor narrador extrajo del pantalón la libreta y el lapicero negro. Inmediatamente elevó la cabeza y comenzó a anotar, uno por uno, todos los horarios de cada vuelo. No se saltó aquellas frecuencias que fuesen repetidas, pero de empresas distintas. Anotó el primero. Pueblo de Jones. A la medianoche. Servicio aéreo de Jones.»

ya ni siquiera comprendía bien lo que percibía eléctricamente. Comenzó a sospechar que ése era Leonardo Ryan. Sus dos órbitas, grandes, oscuras y vacías de todo globo ocular, y donde dos prístinos ojazos de vidrio le hubiesen humanizado, se iluminaron y el señor narrador creyó emocionarse. Pensó, bastante alterado, Comienzo a sospechar que ése es Leonardo Ryan. Y después dijo –Ése, ése, ese tonada... ¡Hijo mío, el señor! ¡Ése deba ser Leonardo, Leonardo Ryan! ¡Hijo mío, el bastante señor! El señor narrador no sabía cómo actuar, como si la emoción lo hubiese momificado. El señor narrador reflexionó. Se aclaró la voz para que Leonardo Ryan pudiese escucharlo y entablar conversación. –Hijo mío, pero ¡¿eres, eres, eres Leonardo tú, Leonardo Ryan?!, gritó el señor narrador. Pero su voz no logró penetrar la estridencia de los audífonos en las gordas orejas de Leonardo Ryan. El señor narrador pensó Vaya, no sé cómo actuar, es como si la emoción que siento me hubiese momificado. Leonardo Ryan se cambió el rollo nuevo de papel higiénico desde la mano izquierda a la mano derecha. Quien sí se despertó por sus gritos fue la señorita viajera. Grande escuchadora, molesta, sobresaltada, con el cutis ajado en fetas por la modorra y por el apoyabrazos plástico sobre la silla de espera, dijo –¡Ey, no grites más, mucho burro, maldito ciego, viejo la asquerosidad, que no se puede el dormir! La señorita viajera reflexionó. Acto seguido se dio vuelta y se volvió a dormir. Así como antes se habían estallado, rotos y purulentos, sus globos oculares en su última visita al pueblo de Jones, también las lágrimas del señor narrador se pudrieron en sus pulmones viejos. No pudo llorar. El señor narrador en ese momento hizo una fuerza para intentar ofuscarse. Pensó, menesteroso, Pero por el amor de todos los puchipuercos, ya no sé llorar, ¡¿por qué, por qué me está pasando esto?! No entendía lo que estaba haciendo. No supo preguntárselo de forma que pudiera entenderse a sí mismo. Se dijo –Pero púchico, bueno para nada, ¿qué estás

haciendo el inservible?, y no pudo, a continuación, tejerse una respuesta. La arenga fue inútil y las lágrimas permanecieron encadenadas al fondo de sus pulmones. No supo llorar. Tampoco logró hacerse del gran poder de su cerebelo, para ayudarse en algo o para forzar las cosas. Sin embargo se protestó, no se rindió. Leonardo Ryan siguió de largo por el luengo pasillo de la terminal aérea, despreocupado, como un gran campeón de libros con su valija repleta de libros, y se perdió rápidamente en uno de los Baños, tras el recodo. El señor narrador reflexionó. Esperaría. Hasta que apareciese de vuelta. Se dijo –Esperaré, coraje, valentía, el ¡vamos!, hasta el sí, que aparecer de vuelta, ¡vamos, bueno esperador! Y se añadió –Eres uno de bueno. Se colocó los lentes oscuros hasta acomodárselos. Decidido, el señor narrador retornó a su posición inicial de pie, frente al tablero electrónico enorme. Levantó la cabeza. Los lentes oscuros no se le habían desacomodado. Anotó. Pueblo de Jones. A la media madrugada. Misma empresa que la primera de la medianoche. Sí, esperaré, todo se resolverá, vamos, ánimo, pensó. Acto seguido, aparecieron el agente antinarcóticos, y su perro olfateador antidrogas, con los trece refuerzos de la Oficina de Agentes, que entonces rodearon en círculo al señor narrador. A una señal, el agente antinarcóticos hizo una maniobra con la cabeza para poder carraspear; el perro olfateador antidrogas no hizo nada. El señor narrador los percibió eléctricamente a todos juntos y continuó su muy importante tarea. Anotó. Pueblo de Jones. A la media madrugada. Misma empresa que la segunda de la medianoche. Por los altoparlantes no había nadie, ninguna voz, ninguna gangosidad terriblemente generosa que lo ayudase. Únicamente se filtraba una estática tartajeante que insistía, amorfa, bruñida con la matemática del silencio en el aeropuerto. El agente antinarcóticos hizo un ademán con el garrote que blandía en la mano izquierda. Los trece perros olfateadores antidrogas reflexionaron. El agente antinarcóticos espoleó a su perro olfateador antidrogas para que se pusiese alerta, y dijo –Bueno, a ver, el entonces, vámonos a ver, muy bueno y molesto hombre, señor viejo, ¿cuál es su problema? Conque ha estado causando mucho el estrago, ¿eh? Los trece agentes antinarcóticos asintieron e hicieron un ademán con sus garrotes, y luego espolearon a sus respectivos perros olfateadores antidrogas para que se pusiesen alertas. El señor narrador no entendía lo que estaba sucediendo. Ni qué era lo que tenía que hacer. Anotó. Pueblo de Jones. A la media madrugada. Servicio aéreo ilegible. La ternura aún no podía blindarlo. El señor narrador dijo –Disculpen, el mucho buenos caballeros, y también señaló, con un ademán de su codo izquierdo, a los grandes y muy importantes perritos, que empezaron a enseñar sus colmillos para poder gruñir. El señor narrador pensó Vaya, caramba, la ternura aún no me blindo. Pero el agente antinarcóticos decididamente no le permitió continuar y dijo –Ya lo ven, muchachos, entre actitud obviamente provocadora y antisocial de este el gran elemento viejo, e hizo con el garrote un ademán de advertencia hacia el señor narrador, Tenemos que preservar en el aeropuerto desde el orden de este señor individuo, y añadió con la cabeza un ademán de justicia hacia el señor narrador, Denle a este bueno el caballero su formidable merecido. El agente antinarcóticos y su perro olfateador antidrogas reflexionaron. Suspendidas, ninguna palabra más hizo diana. En nada. Los trece agentes antinarcóticos hicieron con sus garrotes ademanes de advertencia hacia el señor narrador. Las orejas se tornaron como embudos. El tránsito de los ruidos de la estática se fue inmodulando, chicloso, por entre los puntos débiles de la espera. Las sensaciones eléctricas de los últimos pensamientos sonaron como cascos partiéndose bajo unos garrotes, sin contener nada. Hubo una pausa. El aire se aspiraba puro como los alambres. Hubo una pausa. Hubo una pausa, densa y silenciosa como un disparo inicial, como un grito de carne desgarrándose. Los trece agentes antinarcóticos reflexionaron.

© Luis Emel Topogenario

El autor:

Luis Emel Topogenario, cuyo nombre verdadero es Yuro López Ocampo, nació en Managua, Nicaragua, en marzo de 1980. Ha publicado *Juego de mesa* (Revista *Letralia* No. 175). También ha publicado, con el pseudónimo de Gabriel Amador, los siguientes trabajos: *Unas horas en la cama* (*Letralia* 160), *El espejo* (Revista *Narrativas* 6), *Bump*, (*Narrativas* 7) y *Caballos de arena* (*Gente en Obra*, prensa escrita). Su tercera novela, *La Codorniz*, es su proyecto narrativo más importante y ambicioso todavía.

DOS MISIVAS

por Julio Blanco García

*A las víctimas inocentes
de todas las guerras.*

Pocas veces me había hablado mi madre de esto, porque la entristecía. «*La Iglesiasuela del Cid, el pueblo donde nació tu padre, era un lugar blanco, fresco, tranquilo y luminoso, donde las tardes invitaban al recogimiento. Un lugar ideal para dejarte llevar, para perderte... Cuando los nacionales entraron en Madrid, llevándote dentro de mí, y ya sin familia, era el sitio ideal para refugiarme.*» Últimamente, cuando ya estaba demenciada, no dejaba de repetírmelo como una muletilla. Y cuando no lo hacía era porque, aferrada a uno de sus viejos libros, «Dafnis y Cloe», se sumía en un intenso silencio de horas. Ese libro tenía para ella algo especial. Algo que yo no entendía. Llegué a pensar que era lo único que la sujetaba a la vida. Jamás me permitió tocarlo ni antes ni después de enfermar, y yo, por respeto, nunca la desobedecí.

Como ella había dispuesto, nada más devolverla a la tierra, fui a depositar sus libros al Archivo. Al entregarlos sentí cierta desazón, cierta tristeza... Como si me desprendiera de una parte de mí.

Durante varios días permanecí obsesionada con este sentimiento. Hasta que una mañana me desperté con el deseo de sentir el palpito de ese libro. Desayuné aprisa y me dirigí al Archivo. Por todas partes la agualera iluminaba las hojas y las flores de macetas y setos. Protegida del frío por los robustos muros de las casas nobles de la calle Ondevilla donde los antiguos escudos grabados en la piedra reclamaban mi atención, y después, bajo el prominente alero de madera tallada de la casa de los Aliaga, accedí al Archivo. Tuve suerte: el párroco estaba consultando unos documentos.

«Protegida del frío por los robustos muros de las casas nobles de la calle Ondevilla donde los antiguos escudos grabados en la piedra reclamaban mi atención, y después, bajo el prominente alero de madera tallada de la casa de los Aliaga, accedí al Archivo. Tuve suerte: el párroco estaba consultando unos documentos.»

–Hola, Elvira. ¿Qué te trae...?

–Quiero echar un vistazo a los libros de mi madre.

–Ahí los tienes –me señaló una mesa cercana–. Todavía están sin recoger.

Lo tomé y lo abrí despacio, temiendo sabe Dios qué... Entonces, como un gorrión herido, se desprendió de entre sus páginas un mugriento papel doblado. Tenía cuidada caligrafía y en muchos puntos la tinta aparecía desteñida y corrida por las gotas de agua –lágrimas, supe luego–, que habían caído sobre ella. El corazón no me cabía en el pecho. A pesar de todo y no sin dificultad, leí.

Madrid, a 5 de enero de 1939.

Querida madre:

Ha sido una desconsideración por mi parte no contestar a tus cartas, pero hoy sería imperdonable no hacerlo. Pase lo que pase mis captores no deben saber nada... Dudo que decirlo me ayudara y Marta iría entre lenguas. Pero a ti sí, madre. A ti debo contártelo.

Todo comenzó una tarde, hace ocho o diez días... Me rasuré con esmero, me puse el uniforme limpio y recién planchado, me calcé las relucientes botas y salí del cuartel. Tenía cuatro horas de permiso, cuatro largas horas.

Por Castellana la brisa, a rachas, arrastraba cenizas y por unos instantes aspiré un

penetrante olor a pólvora quemada que me hizo toser. Oí unos disparos lejanos. Los rostros de la gente parecían indiferentes. Es indudable que la mente posee poderosos recursos para hacernos soportable la más desalentadora realidad. Abstraído en estas filosofías, me envolvieron unas risas femeninas y un agradable perfume de rosas. Tres muchachas caminaban a mi lado. Una de ellas, la más alta, tenía grandes y negros ojos árabes, nariz recta y labios encendidos y alegres como la noche de San Juan. Todo en ella era hermoso: su largo cabello moreno; los breves senos, pugnando arrogantes contra el jersey de lana rosa; su decidido caminar, tan seductor como el de la mismísima Joan Crawford...

Distraída, tropezó conmigo. Sus libros fueron a parar al suelo. Rápidamente los recogí.

–Discúlpame... –dijo, ajena a mi turbación.

–Me llamo Amadeo.

Sonrió. Y mientras se alejaba, sin dejar de mirarme, respondió: «Yo Marta».

Esa noche, recostado sobre la colchoneta de paja, cinco horas después de haberla conocido aún no había logrado apartarla de mi pensamiento.

Ayer, cuando volví a salir del cuartel, me dirigí a Castellana como un autómatas. Deseaba verla, necesitaba verla... Los rostros, árboles, vehículos, edificios, danzaban a mi alrededor como un ti vivo. Entonces la ví aparecer. Iba sola. Nada mas verme esbozó una sonrisa. Al poco rato, mientras paseábamos sin rumbo, me contó que estudiaba historia del arte, que sus padres murieron hace varios meses durante una incursión fascista, que vivía con una tía soltera, que estaba leyendo con deleite «Dafnis y Cloe»...

Si la primera vez me había deslumbrado su aspecto, ayer, su cercana y seductora manera de hablar y la sorprendente confianza que me mostraba, terminaron por subyugarme. Yo le hablé del encanto medieval de nuestra villa, antigua tierra de adoradores del sol y de frontera, enfrentada a sangre y fuego con los cartagineses de Amílcar y luego con los musulmanes; del majestuoso vuelo del águila real; del hermoso color de los álamos en otoño; de las excursiones a la blanca ermita del Cid, y a la cueva del Turcacho; de la alegría de vestir al palo; de las danzas de pastoras y gitanillas; del emocionante toro de fuego; de las sabrosas pelotas de carnaval; de tu inagotable paciencia y generosidad... Llegado a este punto, me salió del alma confesarle que me gustaría tenerla a mi lado para siempre. Te aseguro, madre, que fui absolutamente sincero. Sorprendida, su mirada me penetró hasta lo mas hondo, tratando de descifrar el último sentido de mis palabras. Cogí su mano para hacerme perdonar y sentí entre las mías su palpitar de paloma asustada. Fue sólo un instante, porque enseguida se zafó.

Seguimos caminando en silencio, temiendo que de un momento a otro me dejara plantado. Pronto llegamos a la puerta de una antigua cafetería donde un desvencijado letrado aún permitía leer «Mastia». El gramófono reproducía con desagradables intermitencias la luminosa voz de Conchita Piquer: «verde, como el trigo verde...». Era un lugar triste. Las paredes estaban desconchadas y cubiertas de suciedad; la vacilante luz de las lámparas de carburo no conseguía imponerse a las sombras de la sala; y el tufo, mezcla de carburo, achicoria y aceite de fritanga, tiraba de espaldas. Desde luego, aquel lugar era deprimente...

–¿Qué queréis, chavales? –nos preguntó un camarero de tez oscura, pelo resplandeciente de brillantina y mirada de egregio macarra.

–Dos chocolates con churros.

Cuando regresó tomó los servicios de la brillante bandeja de acero y los depositó sobre nuestra mesa con la meticulosidad del oficinista de un ceremonial. Luego clavó sus descarados ojos en Marta y después de una completa inspección me hizo un guiño. «Tienes suerte, chaval. Es una buena hembra», pareció decirme. No hice el menor caso: mi única preocupación era que ella se encontrara a gusto. Con la esperanza de lograrlo decidí

hablarle de cosas intrascendentes. Al verla sonreír me sentí mejor... Tanto que a los pocos minutos sentí que aquel cuchitril olía como un seto de arrayanes y era tan luminoso como un atardecer de verano. Y hasta la merienda me sabía a gloria, a pesar de que los churros eran mas duros que la suela de mis botas y el chocolate estaba hecho con harina de algarrobas.

Salimos. Yo no dejaba de hablar y ella de reír. Puede parecer increíble, madre, pero en tan pocas horas esa muchacha se había convertido en alguien muy especial para mí. Ya en su portal, cuando iba a despedirme, insistió en que subiera para conocer a su tía.

–Lo siento. Tengo que regresar al cuartel.

–Solo será un momento...

Al traspasar el umbral nos recibió un apacible silencio y el refrescante olor a yerbabuena. Marta me dejó solo.

«Qué raro...» –la oí decir–. «Debe estar a punto de volver... Pero no te quedes ahí, pasa.»

Me hizo sentar y me sirvió una copa de anís. Entonces vimos una nota sobre la mesa camilla. Marta la leyó y me dijo con fastidio que su tía iba a dormir fuera de casa, que tenía que cuidar de una amiga que vivía sola y estaba en las últimas...

Quise irme, madre. ¡Te lo juro! Hasta me volví hacia ella para despedirme, pero entonces me tropecé con su brillante mirada de terciopelo. Sentí el maravilloso olor que emanaba de su cuerpo... Aturdido, acerqué mis labios a los suyos y su entrecortado aliento terminó de encadenarme. Se separó de mí y ante mis asombrados ojos fueron apareciendo los orgullosos pechos, la estrecha cintura, la levísima curvatura de su vientre, el oasis de su pubis y los apretados muslos, remate magnífico de unas piernas tan firmes como las columnas de un templo griego. La débil luz de la bujía que iluminaba la alcoba, reverberando alrededor de su cuerpo desnudo, terminó por convertirla ante mis ojos en un espléndido ser, mezcla de arcángel y odalisca... Después de entregarse a mí con la vehemencia de una hembra ingenua, salvaje y enamorada, me sentí el hombre mas afortunado de la tierra. Y con esa dulzura en el alma me dormí.

Al despertar habían pasado varias horas. Me he vestido aprisa y he besado suavemente sus labios, deseando no despertarla.

–¿Te marchas ya? Aún no ha amanecido...

–Debo regresar al cuartel...

–¡Quédate, por favor!

–Quisiera estar siempre a tu lado, pero tengo que irme –he respondido mientras besaba sus labios, tratando de silenciarlos.

–¿Cuando volveré a verte?

–El sábado por la tarde te buscaré en Castellana.

En la calle las primeras luces del día trataban de abrirse paso entre la oscuridad, mientras la gélida brisa me golpeaba el rostro. Varios milicianos rompían el sosegado reposar general con sus vozarrones «Puente de los franceses, mamita mía...» Corría como un loco en dirección al cuartel, cuando ha sonado estridente un silbato y un grito bronco me ha echado el alto. He tratado de escapar, pero en un santiamén me ha rodeado la patrulla y varias manos me han inmovilizado. Después, caminando entre empujones y culatazos de mosquetón, se ha escuchado seca y cercana la descarga de un fusilamiento.

Al llegar al cuartel alguien ha estrellado un escupitajo contra mi pecho. Un teniente, comido por la ira, me ha retorcido los testículos con saña. Por último, el coronel ha bramado que me iba a formar un consejo de guerra por desertar.

Ahora, cuando te escribo, me encuentro encerrado en un calabozo, antesala del infierno, rodeado de humedad y olor a orines, y casi sin luz para escribirte y pienso con nostalgia en aquellos churros con chocolate... Lo siento, madre, pero tengo que terminar. Alguien está abriendo la puerta... Te querrá siempre: tu hijo Amadeo.

Apreté la carta contra mi pecho. No lloré porque la rabia me lo impidió, pero un nudo me atenazó la garganta. Sentí que la garra de un cíclope me estrujaba el pecho. No podía respirar. Todo a mi alrededor daba vueltas y por un momento creí que iba a caer. Abrazada a aquel sucio papel, salí corriendo en busca de aire fresco, sin siquiera despedirme del cura.

Pasados unos días, algo más tranquila, hice lo que debía hacer.

La Iglesiasuela del Cid, a 3 de diciembre de 2005.

Yo, Elvira Garcés Sancho, nacida el 18 de septiembre de 1939, a usted, como ministra de Cultura, manifiesto que soy hija póstuma de Amadeo Garcés Fábregas, fallecido en Madrid el día 5 de enero de 1939 a consecuencia por lo que me habían dicho en casa, de las heridas recibidas durante una acción militar franquista. Sin embargo, hace pocas semanas encontré una carta suya dirigida a su madre, mi abuela, la última que escribió, anunciándole que iba a ser juzgado por desertión.

Efectuadas averiguaciones en los registros del Archivo de Salamanca y localizados la sentencia y el diario del cuartel, he constatado que efectivamente, a primera hora del día 5 de enero de 1939 mi padre fue sometido a juicio, declarado culpable de desertión y condenado a morir fusilado. La condena se cumplió al atardecer de ese mismo día.

A este respecto, debo decir que no existió delito de desertión, como usted podrá comprobar por la fotocopia de la mencionada carta que acompaño.

Por eso le escribo. Animada por el propósito de reparar, aunque sea póstumamente, el quebranto moral ocasionado a mi abuela y a mi pobre madre, que han sufrido en silencio todos estos años la vergüenza de ser consideradas madre y esposa de un desertor. En realidad ese hombre, mi padre, además de persona humilde y honesta a carta cabal, como es sabido de común y pueden testificar los que le conocieron y permanecen vivos, fue profundamente leal a su país.

Por eso a usted, invocando su sentido de justicia, solicito imparta las órdenes oportunas para que todos y cada uno de los documentos referidos a este asunto, incluidos los que en el futuro pueden aparecer, sean enmendados bien mediante tachaduras y anotaciones al margen, bien mediante anexos incorporados a cada uno de ellos, y donde consta que mi padre fue fusilado por desertar, se diga la verdad: que lo fue por amar a una mujer.

No dudo de su resolución favorable a mi petición de la que siempre le quedaré agradecida. Respetuosamente, Elvira Garcés Sancho.

«Apreté la carta contra mi pecho. No lloré porque la rabia me lo impidió, pero un nudo me atenazó la garganta. Sentí que la garra de un cíclope me estrujaba el pecho. No podía respirar.»

© Julio Blanco García

El autor:

Julio Blanco García. Nació en 1945 en Barcelona (España) y reside en Zaragoza desde 1948. Escritor de relato y teatro y conferenciante, es secretario general de la Asociación Aragonesa de Escritores. Ha sido distinguido con el Premio Extraordinario Fin de Carrera de la Escuela Social de Zaragoza de 1978. También con el Premio de Ensayo e Investigación de la Delegación del Gobierno en Aragón de 2003 por su estudio sobre el *Banco de Aragón*.

EL COLORAO

por Adriana Serlik

«Estaba tumbado boca abajo, sobre una capa de agujas de pino de color castaño, con la barbilla apoyada en los brazos cruzados, mientras el viento, en lo alto, zumbaba entre las copas...»

Ernest Hemingway. *Por quién doblan las campanas*

Venía caminando desde el Hotel Florida por la Gran Vía. Hacía frío, cerró el abrigo y recolocó su boina. El viento venía del norte y los transeúntes se acercaban a los muros para cobijarse, las aceras estaban mojadas, había llovido toda la noche.

Antoine había salido, el coche lo había recogido hacía una hora y habían quedado en encontrarse más tarde.

Divisó la Cibeles y apresuró el paso. El camión estaba en la puerta del Palacio de Correos. El conductor lo ayudó a subir. Buscó un espacio entre las sacas de comida y las cajas y fue en ese momento en que vio a la niña.

Encogidita abrazaba un atado, sentada de espaldas a la pequeña ventanilla de la cabina del camión. Al final de sus largas y delgadas piernas sobresalían unos zapatos, dos números mayores que sus pies, envueltos en unos calcetines gruesos tejidos en varios tonos de lana.

–Debemos esperar un poco –gritó el conductor.

Subió una mujer cargada de varias bolsas y se sentó cerca de la niña. Su melena alborotada caía sobre un abrigo gris militar. Observó al hombre con interés, él la miró extrañado; recordaba su cara. Intentaba unir ese rostro a su recuerdo...

Al extender las piernas vio que iba vestida con chaqueta y pantalón militar.

La mujer, con suma delicadeza, habló suavemente a la niña quien asintió con la cabeza. Abrió una de las bolsas y ofreció a la pequeña una naranja. Sacó otra y sin hablar la ofreció al hombre que movió negativamente la cabeza.

Oyeron ruidos en la cabina y el camión se puso en marcha. Las cajas y pacas que se apiñaban a su alrededor les protegían algo del frío.

El hombre sacó un cigarrillo y tocó su bolsillo donde reposaba su petaca de plata, siempre llena en un viaje como éste.

La niña, con gran cuidado, terminó su naranja y sacando un inmenso pañuelo del atadito se limpió las manos, el zumo de la naranja había perfumado el camión.

Observaba a sus compañeros de viaje alternativamente, su atención estaba más tiempo fija en las grandes bolsas de la mujer.

Ésta abrió con cuidado la cartera que llevaba en bandolera, sacó una cámara fotográfica. Apuntó hacia la calle, el cielo y los árboles, sólo miró, no sacó fotografías. Envolvió lentamente la cámara en un gran paño y volvió a guardarla.

El hombre extendió su mano hacia la mujer.

–¿Nos conocemos, no?

–Hace años nos presentó Weston, en Madrid nos hemos visto en una reunión con Pepe Quintanilla.

–Sigues con la cámara... no recuerdo tu nombre.

–Tina, aquí María.

El camión fue subiendo por la carretera y entró en el pueblo de Fuencarral. Se detuvo y cargaron más sacas.

La niña se había dormido; María sacó un enorme poncho y la cubrió. Había disminuido la fuerza del viento y un sol tibio alegraba la mañana.

El hombre se levantó y extendió sus fuertes piernas, buscó un cigarrillo y ofreció uno a la mujer que lo aceptó rápidamente.

Se veía un gran movimiento alrededor del camión, la soldadesca cargaba las sacas amontonándolas con cuidado, cayó un poco de harina que cubrió suavemente el rostro de la niña dormida.

–Parece algo enferma y está demasiado delgada –dijo María.

–Los niños son los que más sufren esta maldita guerra –contestó el hombre.

–Y esto no terminará aquí. ¿Has leído las noticias de Alemania?

El hombre extrajo la petaca y ofreció a María que bebió un pequeño trago.

–Es fuerte. Esto sí que calienta.

El camión volvió al camino.

–Ese poncho... ¿mejicano?

–Poco pude llevarme pero el poncho siempre ha estado conmigo. He leído algunas crónicas tuyas aunque sé que en España lo que más te gusta son los toros.

–Los toros y ahora tengo que escribir sobre la guerra... Los toros y el vino, eso es lo que más me gusta. Qué lejanas parecen aquellas fiestas corriendo delante de los toros, o en la plaza gritando.

–Algo vi en México pero no me gusta esa fiesta sangrienta. Si hay que morir que sea por algo que valga la pena, la justicia, la libertad, la igualdad, soy sólo una fotógrafa de la realidad.

–Estamos hablando de morir, viajando en un camión lleno de sacas para soldados, viniendo de una ciudad que está siendo bombardeada y yendo hacia el frente... mientras comemos una naranja y cubrimos con un poncho a una niña dormida con la cara blanca de harina.

Ambos quedaron en silencio; contemplando el paisaje, se fueron adormilando. María se acercó a la niña y cubriéndola con el poncho colocó su con la boina y se durmió.

Viajaron dos horas hasta que les despertó un fuerte salto del camión. Habían entrado al valle.

La niña abrió los ojos y tímidamente volvió a sentarse cerca de la ventanilla, envolviéndose en el poncho. María se alisó el cabello, estiró sus brazos y tocó suavemente la frente de la niña mientras le preguntaba.

–¿Quieres otra naranja?

La niña asintió y extendió la mano a la naranja y un trozo de pan negro.

–¿Una para ti? –dirigiéndose al hombre que hizo una seña para que la guardara en la bolsa de la niña.

El camino estaba lleno de agujeros y barro, se veían a lo lejos algunos hombres pastoreando algo de ganado y pequeñas huertecitas con algunas verduras.

Se oyó desde la cabina la voz del conductor, decía que el río grande iba poco crecido.

Cruzaron varios puentes de madera y pequeños pueblos donde la gente se asomaba a las puertas saludando.

–Falta poco –dijo el conductor– es el último puente. Y hay una fuente de buena agua. Bajemos a refrescarnos.

María y la niña se alejaron detrás de un matorral.

–No te preocupes, nadie te mira –dijo María.

El hombre y el camionero orinaron contra una piedra charlando sobre lo que faltaba del camino.

María, con un pequeño pañuelo, limpió la cara de la niña. Acercaron la boca al grifo y bebieron largamente.

–Yo me llamo María y... ¿tú?

–Paz.

–Vamos, que nos falta poco –gritó el camionero.

El camión siguió saltando por agujeros, piedras y barro.

Por fin giró, entrando a un pueblo de calles polvorientas. Pronto estuvo rodeado de niños y soldados que los saludaban.

Un pequeño de unos seis años, con unos grandes pantalones, heredados probablemente de sus hermanos, se quedó observándolos.

–Alameda –gritó el conductor.

–Debo ir a la comandancia y luego descargar en el Batallón del Disciplinario, ¿se hacen cargo de la niña?, sigo hasta Rascafría.

–¿María, tú también sigues? –preguntó el hombre.

–Sigo, pero en este rato podemos comer algo.

–¿Dónde podemos comprar comida? –preguntaron al pequeño.

Los niños comenzaron a corear, ¡le han hablado al Colorao, le ha tocado al Colorao...!

–La Felipa... allí hay comida.

–¿Y un vinito?

–En El Colorao.

María cogió a Paz de la mano y fueron subiendo por la calle principal, pasaron por la puerta de la Botica y María murmuró:

–Esperad un momento.

Salió con dos pequeños cartuchos de caramelos, uno lo guardó en la bolsa de la niña, el otro se lo dio al pequeño Colorao.

Siguieron caminando, cuando pasaron por la puerta de la Comandancia el camionero entregaba la saca de correos a un soldado.

Se enfrentaron, luego de una pequeña plaza, con una casa alta de dos plantas y una pocilga en un costado, la casa de la Felipa. Olía a grasa, jabón y arenques.

Compraron una hogaza de pan negro y algo de manzana.

El pequeño Colorao los acompañó a la plaza del pueblo, frente al ayuntamiento, la taberna de su padre, El Colorao Mayor.

Se sentaron sobre unos tablones, cortaron la hogaza y la manzana mientras caía del pellejo un vino oscuro y perfumado en los pequeños vasos de vidrio.

La mujer del Colorao sacó de las brasas una patata que entregó a la niña mirándola con afecto.

–Es la sobrina de Teresa Aguirre –comentó.

–Aquí te pondrás bien.

El hombre sacó un cuaderno, y comenzó a escribir mirando de vez en cuando la leña baja:

«Estaba tumbado boca abajo, sobre una capa de agujas de pino de color castaño...»

María buscó la cámara, la limpió con cuidado y llamando al pequeño Colorao y a Paz a la calle, los

sentó sobre el borde de la fuente y tomando distancia sacó la primera fotografía.

El hombre sintió una mano fría que le rozaba el cuello, sorprendido se giró y se encontró con la sonrisa de Antoine.

–Colorao, otro vinito para el aviador –gritó.

–Otro para mí –dijo María, mientras abrazaba a Antoine y le daba dos sonoros besos en las mejillas.

–Ya estamos todos los locos del mundo –gritó Antoine.

El pellejo llenó muchas veces los vasos y sus gritos y risotadas sonaron en la pequeña taberna.

–Ahora a brindar, brindemos por la justicia social, la libertad y la igualdad... –dijo María.

–Y una foto para recordar este brindis con los pequeños principitos –gritó Antoine.

Salieron, María¹ eligió el lugar y explicó a la mujer del Colorao cómo tenía que apretar el botón de la cámara, luego posó entre Ernesto² y Antoine³, el pequeño Colorao y Paz contra el muro de la Taberna.

© Adriana Serlik

La autora:

Adriana Serlik nació en Avellaneda (Buenos Aires) en 1945. Actualmente vive en Gandía. Ha publicado varios libros de poemas y relatos. Es la creadora de la web *La lectora impaciente*, en la que organiza certámenes internacionales de poesía y relato.

* * *

Relato

ENFRENTÉ DE LA CASA, TODA LA NOCHE

por Agustín Cadena

Sobre un poema de Sándor Kányádi

–¿Qué haces aquí?

Betania estaba parada en una esquina, a dos cuerdas de su casa. Nerviosa. De no haber sido por el poco esmero que ponía en arreglarse habría parecido una prostituta novata.

–¿Qué haces aquí? –le repitió Álvaro la pregunta.

–Hay un jeep enfrente de la casa –le respondió ella, asustada.

Era el atardecer y las calles estaban llenas de gente y de coches. Los vendedores ambulantes recogían sus puestos dejando montones de basura.

Álvaro puso su portafolios en el piso, entre sus piernas, y se quitó el saco para ponérselo sobre los hombros a Betania.

–No tengo frío –lo rechazó ella con suavidad.

–Estás temblando.

–No es de frío –metió la mano en el bolsillo del saco de su marido y tomó la cajetilla de cigarrillos. Con trabajos pudo abrirla y sacar uno. Álvaro se lo encendió.

¹ Tina Modotti (María) muere en México el 5 de enero de 1942, se cree que fue asesinada.

² Ernest Hemingway se suicida el 2 de julio de 1961 en Idaho, Estados Unidos.

³ Antoine Saint Exupéry desaparece con su avión el 31 de julio de 1944 en una misión de reconocimiento en Francia.

–Está ahí desde hace dos horas –le explicó ella–. Había tres militares al principio. Ahora sólo hay dos. Están mirando hacia el edificio.

Álvaro la tomó del brazo y la hizo andar calle arriba, hacia su casa. Pero ella se detuvo.

–Vámonos a dormir a otro lado. A casa de Rosa.

Ya había oscurecido. La señora que vendía quesadillas en las noches en la entrada de su casa acababa de abrir. Estaba echando el aceite en el comal.

–Cálmate. Si vinieran por nosotros ya habrían entrado al departamento. ¿A poco crees que se iban a quedar ahí afuera esperándonos?

–¿Y si te están esperando a ti? Tal vez ya saben a qué hora llegas de la Universidad.

–Si vinieran por mí, de todos modos habrían entrado. Estarían esperándome en la sala. Ya ves cómo le hicieron a Miguel.

–Vámonos a dormir con Rosa, Álvaro.

–No pasa nada, mi amor –la abrazó por la cintura y la hizo seguir andando–. Tengo que calificar los exámenes del viernes. Mañana es el último día para firmar actas.

Finalmente llegaron al edificio donde vivían. Varios muchachos jugaban fútbol en la calle. Uno de ellos retuvo el balón con el pie mientras Betania y Álvaro terminaban de pasar. Al fondo de la calle, efectivamente, había un jeep. Entre las sombras, los cascos de los soldados se veían casi negros, como de plomo.

Entraron rápidamente y subieron hasta el cuarto piso, donde vivían.

Sin encender la luz, Álvaro dejó su portafolios en el sofá y fue a la cocina a beber agua.

–¿Te caliento la comida de en la tarde? –le preguntó Betania. Estaba muy alterada todavía.

–Mejor vamos a las quesadillas, ¿no?

–¿Ahí están todavía? –preguntó ella con el tono de una niña que tiene miedo a un monstruo.

Álvaro se asomó por la ventana. Los muchachos seguían jugando. Al fondo de la calle el jeep estaba inmóvil, negro, como un montón de fierros viejos.

Betania comprendió.

–Ya no hay que salir. Yo creo que no nos vieron llegar gracias a los muchachos. Hemos tenido suerte.

–No nos vieron llegar porque no nos estaban esperando –pero la verdad era que él también comenzaba a inquietarse. Se rascó la parte calva de su cabeza. ¿Qué estaban haciendo ahí esos militares? ¿Por qué se habían estacionado en ese lugar? Y parecían estar mirando precisamente hacia el edificio. A Miguel Contreras, que daba clases en la misma Facultad, se lo habían llevado hacía dos semanas.

–¿Ya no has hablado en tu clase en contra del gobierno?

–Tenemos que apoyar a los estudiantes –Álvaro se apartó de la ventana y encaró a su mujer, quien lo miraba en la penumbra.

–Apóyalos, pues, pero no les des más alas. Ya sabes que hay orejas en todas partes.

Álvaro buscó su saco: estaba colgado en el respaldo de una silla. Sacó un cigarro y le ofreció otro a Betania. Fumaron en silencio; sólo se veían, en la oscuridad, las dos brasas rojas y el cuadro de claridad de la ventana. Cuando terminaron, él volvió a asomarse, rápidamente. Luego vio las manecillas fosforescentes de su reloj.

–Ya son las ocho. ¿A qué hora pensarán irse?

–Te digo que están ahí desde las cinco.

–Si me estuvieran buscando ya habrían venido.

–Tal vez. Tal vez están esperando a que no haya nadie en la calle. Nadie que vea.

Betania volvió a temblar. Hablaba en voz baja, como si pudieran oírlos.

–Ven –le dijo su esposo–. Vamos a la cocina. Ahora caliente yo la cena –él también había empezado a temblar, ligeramente.

Encendieron la luz de la cocina casi con miedo y trataron de hablar de otras cosas mientras cenaban. Él se puso a contarle de la Facultad, como siempre. Un alumno a quien tenía por brillante había salido mal en los exámenes y deseaba ayudarlo. Después de todo, su distracción se debía a que estaba muy involucrado en el movimiento: llevaba a la práctica lo que había aprendido en la teoría.

Betania, por su parte, le contó de su hermana Rosa: el marido la había golpeado y sin embargo ella aún parecía quererlo; se había dejado embarazar nuevamente y seguía con él en lugar de irse a vivir con sus padres, como ellos le habían propuesto. Según ella, no era que lo amara sino que quería conservar su familia. Álvaro se enojaba mucho al oír esas historias: decía que Rosa era una tonta y que todavía le faltaba escarmentar más.

Cuando terminaron de cenar, fue Betania quien se asomó a la ventana de la sala, sin encender la luz.

–Ya se estacionaron más para acá.

Estaba pálida.

Álvaro se puso pálido también.

Efectivamente, los muchachos ya no estaban jugando, nadie andaba por la calle y el jeep se encontraba ahora justo frente a la entrada del edificio. Nada se movía en ese trozo de paisaje urbano. Nada. Ni siquiera los dos cascos, negros bajo la luz del alumbrado.

–Vámonos a casa de Rosa –Betania sentía la boca seca.

–No friegues. Eso sí les llamaría la atención. Se les iba a hacer muy raro que saliéramos a estas horas.

–Pueden pensar que vamos a cenar.

–¿Cómo crees? Ya es tarde para salir a cenar. Además han de haber visto que estaba encendida la luz de la cocina.

–¿Y si dejamos la luz encendida y tratamos de salir por otro lado?

–¿Por dónde? No se puede.

Betania se sentó en el sofá, sobre la franja de luz que llegaba de la cocina. Álvaro la alcanzó ahí y la abrazó. Se quedaron callados largos minutos. Luego ella empezó a llorar. Su esposo se dio cuenta y le levantó la cara.

–¿Por qué tienes que estar en contra del gobierno? ¿No podemos vivir en paz como todos, como Rosa?

–Uy, sí, bien en paz que vive Rosa.

Betania no pudo evitar reírse.

–Vámonos a vivir a otra ciudad, ¿sí? –le suplicó limpiándose las lágrimas.

–Los problemas son en todo el país, ¿no te das cuenta?

–Los problemas son los que tú te has buscado con tus ideas.

«Con tus ideas»: el sonido de estas palabras se quedó flotando en la semioscuridad de la habitación, en el silencio de la calle que se extendía, infinita, siniestra, más allá de la ventana. Los soldados podrían haberlas oído, tan cerca como estaban ahora, ahí enfrente, esperando. ¿Esperando qué? Los dos esposos se quedaron quietos, como si pudieran descubrirlos si se movían.

Álvaro se sentía dividido entre hacerle caso a su mujer y ponerse a salvo, por ella, y seguir comprometido con el movimiento; entre echarse a correr y enfrentar lo que pudiese venir aun a riesgo de que Betania, ya no sólo él, saliera lastimada. La abrazó, aspiró el olor de su cabeza y, de pronto, sintió una confianza muy grande en que nada malo les pasaría si estaban juntos.

–Voy a calificar mis exámenes –dijo, resuelto, y se levantó a encender la luz de la sala con mano firme. De algún modo, Betania pareció contagiarse con esta actitud. La tranquilizó ver cómo su esposo sacaba los exámenes del librero de la sala y se los llevaba a la mesa del antecomedor; luego se ponía

los lentes de arillos negros, sacaba una pluma de su portafolios y comenzaba a leer, con toda calma y amoroso interés, esas hojas blancas, rayadas, cuadriculadas, llenas de tachaduras, escritas a veces con lápiz, casi siempre con tinta azul o negra. Respiró agradecida: la calma había vuelto a su hogar.

–¿Te puedo interrumpir? –le preguntó a su esposo, tímidamente. Ya sabía que él se enojaba si lo interrumpían.

Él levantó la vista en actitud de escuchar.

–¿Vendrán por alguien del edificio?

Álvaro pasó lista mentalmente a los vecinos.

–Capaz que ya saben que el del 201 vende mota.

–No creo que sea eso; si fuera eso habría venido la Judicial, no los soldados.

Álvaro hizo una mueca ambigua, se rascó la calva y volvió a los exámenes.

–Voy a asomarme por la cocina –anunció Betania.

Volvió luego de un instante. No fue necesario volver a interrumpir a su esposo porque él mismo preguntó:

–¿Siguen ahí?

–Sí.

Por lo menos no estaba tan nerviosa como en la tarde, cuando fue a esperarlo a la parada del microbús.

–¿No tienes sueño?

–Un poco. Pero no me quiero ir a dormir sola. Tengo miedo.

–¿No se te ha quitado?

–No.

Y después de unos instantes añadió, como si sintiera que debía explicar algo:

–Ahí está el jeep.

Álvaro no le contestó. Él también seguía nervioso y no estaba muy concentrado. Quería terminar pronto.

Betania se sentó en el sofá y comenzó a tronarse los dedos, esa costumbre que lo sacaba de quicio. Sin embargo por esta vez, porque estaba nerviosa, no le dijo nada.

Pasaron minutos. Una hora. Casi a la una de la mañana, Álvaro puso un 9 en el último examen y se quitó los lentes. Betania estaba dormida en el sofá, en posición fetal, como una niña. Junto a ella, en el suelo, se veían sus zapatos cafés: ya muy viejos, observó Álvaro con cierto sentimiento de culpa.

Se levantó, se dio un poco de masaje en los riñones y fue a la cocina para mirar por la ventana. Enseguida volvió a la sala y despertó a su mujer.

–¿Qué pasa? –le preguntó ella, limpiándose la baba que le había escurrido de los labios–. ¿Ya no está el jeep?

–El jeep sí, pero los soldados se han ido.

Betania se levantó como un resorte y, sin ponerse los zapatos, fue a la ventana.

–Qué miedo –dijo.

–¿Cómo que qué miedo? ¡Ya se fueron!

–Álvaro, si el jeep está ahí es que no se han ido. No iban a tomar el metro, ¿verdad?

Álvaro sintió que la cena le regresaba del estómago a la boca: una masa seca y agria. No había pensado en eso.

–¿Y si vienen para acá?

Betania fue a la entrada del departamento, se aseguró de que la cadena estuviera puesta, se asomó por la mirilla y luego pegó el oído en la puerta.

–¿Oyes algo? –él estaba paralizado en medio de la sala.

–Nada –le dijo ella después de unos instantes. Sin embargo se quedó ahí, pegada a la puerta.

–¿Adónde habrán ido? –dijo uno de los dos.

–¿Adónde habrán ido? –repitió el otro.

Realmente no se oía nada fuera de lo normal: un mueble que se arrastraba en algún piso, alguien que le jalaba a la taza del baño. Y el rumor asordinado y casi dulce de la ciudad: algún camión lejano que cambiaba velocidades, una ambulancia.

–Vámonos a dormir –propuso él sin mucha fuerza. Estaba cansado, aturdido.

Betania se despegó de la puerta.

–Es que ahora estamos peor que antes. Antes siquiera los teníamos ubicados.

–Vámonos a dormir.

–Esta puerta no es muy resistente. Pueden romperla en cualquier momento.

–Vámonos a dormir, Betania.

–Está bien.

Mientras él se adelantaba a la recámara, ella apagó la luz de la sala y fue a la cocina. Volvió a asomarse: el jeep seguía ahí, vacío. Sacó de un cajón del gabinete un cuchillo cebollero y se lo llevó a la recámara.

–¿Para qué quieres eso? –le preguntó su marido, ya en pijama.

–Por si entran aquí.

–¿Y para qué crees que te va a servir? Éstos no son rateros: son cabrones entrenados para matar.

–No sé –Betania puso el cuchillo debajo de su almohada y comenzó a desvestirse. Pero a medio hacerlo cambió de opinión: se metió vestida bajo las mantas.

Ninguno de los dos podía dormir, pero no hablaron más. Antes de cerrar los ojos, Álvaro vio la cara de su mujer recortada en la oscuridad; vio que movía los labios y comprendió que estaba orando.

Casi a las tres de la mañana, Betania se levantó a la sala para asomarse una vez más. Cuando volvió, Álvaro le preguntó en voz baja, como si hubiera alguien que pudiese despertar:

–¿Los viste?

–No –le contestó ella en voz igualmente baja y se metió entre las sábanas con un escalofrío—. Ahí sigue el jeep, pero ellos quién sabe dónde están.

Siguieron intentando dormirse. Después de las cinco, cuando se oyó el canto de un gallo a lo lejos, Álvaro se levantó. Fue primero al baño y luego a la sala. Betania no quiso esperarlo para preguntarle: lo alcanzó en la ventana.

El jeep se había ido. Una mujer con una canasta enorme caminaba por la banqueta en la oscuridad azul de la madrugada. A lo lejos, más allá de las últimas azoteas, el borde del cielo se veía blanco.

© Agustín Cadena

El autor:

Agustín Cadena. (México, 1963). Actualmente reside en Debrecen (Hungria). Ensayista, narrador, poeta, traductor y profesor universitario. Ha recibido varios premios importantes y ha publicado más de una veintena de libros, de los cuales el más reciente es la colección de cuentos *Los pobres de espíritu*. Parte de su obra ha sido adaptada para radio y televisión, antologada y traducida al inglés, al italiano y al húngaro. Página personal: <http://geocities.com/aguztincadena>. Su blog es "El vino y la hiel": <http://www.elvinyolahiel.blogspot.com>

AJUSTANDO CUENTAS

por Fernando Sánchez Calvo

No hay por qué dejar en paz a los muertos. Te educan en otra dirección, y se entiende, y se respeta, pero no hay por qué dejar en paz a los muertos. Se debería permitir hablar mal de ellos cada vez que uno quisiera. Es bastante posible que no se lo merezcan, pero es un ejercicio muy saludable y refuerza tus vínculos afectivos con los que aún viven. Por ello, nada mejor que entrar en un velatorio o en una de esas viviendas del casco viejo de Fuenlabrada donde las boinas y las fajas te recuerdan que esto, alguna vez, fue un pueblo.

–Julián: ya nos dejas tranquilas a mí y a la tele.

–Julián: ya nos dejas.

Los hay, no obstante, que insisten en conservar el decoro y las buenas costumbres y hay veces, es de obligación reconocerlo, que aciertan:

–No puedo creerlo todavía. Ayer parecía tan vivo y hoy, sin embargo, está muerto.

–*La muerte, con sus garras, ha llegado, implacable,/ como el destino,/ para arrebatarme tu presencia,/ que ya no es sino ausencia que se hace carne en las uñas de la inocencia./ Y de la muerte.* Mamá, mira: he escrito estos versos sobre el tío Alfredo. En Manchester se lleva en todas las familias. ¿Qué te parecen? Estoy pensando que a lo mejor me repito en lo de *muerte*, pero como hablo de la muerte...

Aparte, los difuntos se prestan a todo tipo de prácticas mentales cuando se trata de salir del aburrimiento en el que nos hunde el sofá. Hay que añadir al respecto que no sólo ellos, sino también los cadáveres en vida que hoy día infestan las residencias. Propongo varios ejemplos a costa de ellos para mantener, como he dicho antes, la mente en activo:

1. Apostar contigo mismo a ver quién llega a más viejo, si papá o mamá.
2. Barajar quién será el primero que te culpe de no sentir lo suficiente la muerte de tus padres (para este ejercicio es necesaria otra persona en el sofá que pueda dar fe de tu sufrimiento cuando, los que presumes que te van a culpar, te culpen).
3. Apostar si el abuelo expirará sentado en el váter, viendo la tele, en la residencia o en casa de los tíos, en la ciudad o en el pueblo, comiendo o mientras se orina sin darse cuenta.
4. Apostar si el protagonista llegará a la primavera o, por el contrario, se quitará de en medio con los primeros fríos de noviembre.
5. Apostar (uno contra cien) si la suerte querrá que tú, sesenta años más joven, desaparezcas antes que él de este mundo.

De todos modos, el asunto no es siempre tan fácil ni, desde luego, eternamente va a resultar tan ameno y frívolo como se ha planteado hasta ahora. En el fondo esta reflexión no deja de ser un ejercicio para olvidar o protegerse de algún origen, que en mi caso, se intuye, se puede parecer al resentimiento, al hastío, en menor medida al odio y, en particular, al dolor. Estos comentarios y estas cosas, hasta en las mejores familias, vienen porque a uno le duelen ciertos desplantes y salidas de tono, ciertas prolongaciones de la prima Laura, que, de modo altruista y a sus quince añitos, quiso extender su sufrimiento al resto de la familia porque no le apetecía superar a solas la

desaparición del abuelo, determinadas sobreactuaciones de la tía Matilde que, pobrecita de ella, después de la gota, la artritis, las cataratas, el azúcar y la cadera iba a morirse en cada uno de los achaques pero, sorprendentemente, enterró al marido, a sus primos, al segundo de sus hijos y al primero de sus nietos tras accidente en transporte escolar. Mejor que mis palabras, no obstante, refleja mi aire y talante crispado la representación objetiva de las siguientes conversaciones *post mortem* del finado en cuestión.

CONVERSACIÓN N° 1

(que dice de la gente que pone de excusa a los muertos porque no sabe cómo justificar que, hace tiempo, ya no hay empatía entre tú y él, entre tú y ella)

–¿Qué tal? ¿Qué pasa?

–Bien, aquí.

–¿Qué tal?

–Bien.

–Estuve el sábado con éstos.

–Ya me lo dijeron. Me encontré el lunes con David y me dijo que estuviste con ellos un rato.

–Sí, allí estuvimos. ¿Qué tal estás entonces?

–Bien.

–Se murió tu abuelo, me dijeron.

–Sí... Ya hace un mes.

–¿Y qué tal, tío?

–Bien.

–No te llamé, tío, porque no me gusta agobiar.

–No me llamaste, es verdad.

–¿Te sentó mal eso?

–¿El qué?

–Que no te llamara.

–No.

–No sé. Estoy el otro día con éstos y me dicen que no sé qué has dicho de que no te he llamado por lo de tu abuelo.

–No, si no me enfado, pero

–Pero podría haberte llamado.

–Sí.

–No sé, tío, ya sabes cómo soy.

–Ya, tío, por eso.

–Es que no llamo a nadie.

–Es que es eso, que no llamas a nadie. Ni llamaste a Leticia cuando murió su hermano, ni a Edith cuando murió su padre, ni a mí cuando ha muerto mi abuelo.

- Bueno, ¿y qué quieres?
–Pues que no me llamaste cuando murió mi abuelo.
–Tampoco te llamaré cuando te mueras tú.

CONVERSACIÓN N° 2

(que habla de la hermana resentida, cobarde y especuladora que te echó en cara meter en una residencia a papá por una temporada)

- ¿Le limpiaste tú la mierda entonces?
–No.
–¿Quién se la limpió?
–Tú. ¿Y qué quieres decir con eso?
–Pues digo lo que digo, que quien más sufre más recoge luego. No querrás lo mismo que yo.
–¿Qué dijo papá?
–No dijo nada.
–¿No ha escrito nada?
–No ha escrito nada.
–Pues entonces quiero lo mismo que tú.
–¿Has bañado tú a papá?, ¿has estado tú con él alguna temporada?, ¿les has limpiado tú acaso?
–No. Ahora te pregunto yo: ¿he limpiado yo acaso el culo a papá?
–No.
–Pues por qué se lo limpiaste tú si te daba asco.
–Porque era mi padre.
–Pero es que a mí no me gusta limpiarle el culo ni a mi padre ni a nadie, como a ti tampoco te gustaba.
–Pues dime quién lo podría haber hecho.
–Pues en la residencia lo hacían.
–Pues ése no era sitio para tu padre.
–¿Por qué? Si lo cuidaban mejor que tú y yo.
–Y cobraban mucho más.
–Había dinero.
–Tendrías tú el dinero.
–Y papá tenía dinero también.
–Sí iba a tener papá. Ni un duro.
–Pues si no tenía ni un duro, ¿qué repartición justa reclamas ahora tú?

CONVERSACIÓN N° 3

(que cuenta la impotencia en la que uno se sumerge cuando el resto no te deja hablar mal de cualquier expirante, sea nuevo o ya consolidado, y que narra la más que reincidente obcecación del ser humano en comparar al que se ha ido con los que se quedan)

–Que fue entonces que fue entonces que fue entonces que fue entonces que fue entonces que fue entonces cuando se pensaba que Roberto estaba enamorado de Beatriz. ¿O no os acordáis?

–¡Hostias! ¡Roberto! Ya no me acordaba de ese chico. Hace cuánto que se mató.

–Hace tres años.

–Bueno, pues eso, que ahí la gente hablaba que si Roberto estaba con Beatriz, que si no estaba.

–Era un buen tío Roberto.

–Sí que lo era, sí. Muy buen chaval.

–Tenía un hermano, ¿no?

–Sí, Luis.

–¿Y qué es de él?

–No lo sé, pero vamos: ni punto de comparación con Roberto.

–¿Y eso?

–¿Y tú por qué dices eso?

–Joder, tío, no fastidies. Igualito Roberto que Luis. Uno siempre sonriendo y el otro para que te salude...

–¿Qué es, muy estúpido o qué?

–Pues a mí Luis siempre me ha saludado.

–Pues a ti.

–Pues a mí. ¿Y porque no te salude a ti ya es un payaso?

–No es eso sólo.

–¿Qué más es?

–Pues no sé. Más borde.

–¿Pero por qué?

–Porque sí, porque siempre te mira como si le tuvieras que pedir perdón por algo.

–¿Qué le veis?, ¿mucho?

–No le vemos nada, así que no sé por qué dice eso de Luis.

–Déjale, que con éste mejor no hablar.

–No, joder. Simplemente hablábamos de Roberto. Sales tú con que era buen chaval, que eso dices tú, pues vale. ¿Pero para qué coño lo comparas con su hermano? ¿Qué tiene de malo?

–Venga, lo dejamos.

–Sí. Dejadlo, tíos, no discutáis por esa tontería.

–Si es que no es tontería ni no lo es. Estamos hablando de Roberto, que por cierto no era ni la mitad de buena persona que su hermano Luis lo es ahora. Pues para qué los compara.

–Tú también los estás comparando, so payaso.

–Porque lo has hecho antes tú. ¿Qué pasa?, ¿qué Roberto es mejor que Luis porque se ha muerto y

el otro no?

–No.

–Es por eso. Tú lo dices por eso, porque, cuando vivía, no pensabas así.

–Siempre lo he pensado y, por cierto: no sé qué tienes contra Roberto pero, desde luego, no es muy elegante hablar mal de los que ya no están.

–Y de los que están sí.

–Pues menos.

–Tíos: os estáis calentando demasiado.

–Ni me caliento ni no, ahora a ver si no se puede decir que Roberto era un puto niño mimado que siempre lo tuvo todo.

–¿Pero a ti qué te ha hecho Roberto?

–Lo mismo que a ti Luis.

–Mira, tío, pues no hablamos de nadie. Perdona, ¿vale?

–Sí, dejadlo.

–Pero si quiere hablar hablamos, pero de Roberto y de Luis, de los dos.

–Que lo dejes, Alfredo, tío. Que lo dejes ya.

–Bueno, pues si queréis que lo deje, no jodáis a los vivos cuando queráis hablar bien de los muertos.

Hacer un busto en su memoria para adorarlo en el recibidor. Cubrir las paredes con fotos de sus distintas etapas vitales. Grabar en relieve sus nombres en la vajilla. Pintar con sus cenizas un cuadro que presida la entrada. Si es necesario, tenerlos en casa. Si es irremediable, insinuar, nombrar, repetirlos, recordarlos hasta que su memoria abarque más tiempo que tus horas de sueño. Si es preciso, desenterrarlos, vivir junto a su descomposición, pero dejar que descansen en paz, ni pensarlo. No les vamos a ofrecer la cristiana virtud de hacer mutis por el foro. Se anhela la vida eterna cuando se muere para poder caer en olvido, pero prefiero guardarles la fama, tirar del árbol genealógico cuando a punto estén de desprenderse las raíces, rescatar sus datos fiscales, las pertenencias que me cedieron y la visita de un inspector a cambio de destruir su ausencia. Hablar mal, hablar genialidades, subirlos en un pedestal, decir qué buenos que fueron aunque un poco dejados, un poco tacaños y muy malos vecinos. En definitiva, saldar cuentas, a costa de ellos y a costa de sus parientes. Purgatorio para los muertos, ya que por su paso y evocación permanecemos en constante despecho los vivos. No hay por qué dejarlos en paz.

© Fernando Sánchez Calvo

El autor:

Fernando Sánchez Calvo nació en Madrid (España) en 1981. Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid, en la actualidad ejerce la docencia en un instituto de educación secundaria. Su actividad artística comenzó a sentirse motivada cuando, de adolescente, ganó un par de premios de relato corto. Estos premios sirvieron de mucho, aunque nunca volvió a ganar nada más. Respecto a las publicaciones, ha colaborado con revistas de creación literaria como *Salamandria* o *Müsu*, en las cuales aparecen algunos de los relatos incluidos en este libro. Es codirector de la revista *Quebrados* y participa con la *Red de Arte Joven* de la Comunidad de Madrid. A menudo se deja caer en proyectos teatrales, siempre como actor y siempre con la modestia del que se sabe *amateur*. Si dice esto es porque considera que el teatro ha influido notablemente en la pretendida oralidad de sus relatos. *Muertes de andar por casa* (El Gaviero, 2007) es su primer recopilatorio de cuentos, único género que, de momento, absorbe toda su producción literaria.

BALLENAS

por Alfredo Carrera

*para Pamela,
por la aventura a S.F.*

Sentado en la caja al centro del patio. Sentado casi en medio de la nada, el bullicio invade y desgasta los oídos, casi los talla; sentía cómo la cerilla se multiplicaba para su protección. Una mujer de blanco, delgada y en un traje entallado, al frente, caminando hacia él. A un costado, una mujer de buen lejos. Al otro costado, una mujer con cabello blanco, eternamente frente al espejo, con los cosméticos atrás. El ruido, las tantas voces chocando contra el cuerpo; toda esa gente alrededor y él sólo distingue a tres mujeres de color blanco.

Parado adelante del cubo, que no resultó ser una caja, va hacia el frente. El techo, igual blanco, es el límite; como un cielo se distingue sin problemas el globo metálico con la figura de esponja amarilla con ojos y boca. A medida que avanza por el amplio pasillo del que no ve final, las personas pasan junto a él, empujan y hablan, algunos gritan. Los paquetes que llevan algunas personas lo golpean en las piernas. Las luces a los alrededores, sobre todo en las partes bajas, molestan a los ojos en esos momentos llorosos, entreabiertos. Aunque pasa de todo ahí, no pasa nada que se quede en él; aunque hay miles de personas que caminan o se abrazan o besan, hay cientos de mostradores, de luces, de fotos, hay miles de productos, hay muchos dineros que se intercambian de manos, hay precios, hay tantas cosas (como las voces); a Ernesto no le afecta nada.

Avanza hacia el otro extremo, piensa en el auto que dejó en el estacionamiento Tres, en la zona verde, en la hilera «C»; sabe que se va a perder, que seguro no encontrará pronto el Chevy rojo, sabe que va a tardar en reconocerlo y más en acordarse en qué hilera estaba, si es que llega a recordar pronto en qué zona estaba. Sus puntos cardinales son la tienda de ropa de dos pisos como norte, la mujer de cabello blanco al sur, y párale de contar, que las tiendas se le confunden. El mundo al que se adentra pocas veces lo absorbe y lo apendeja casi siempre. Los motivos para estar ahí son simples; de hecho, sólo uno: mujeres.

Camina con deseos de tomar imágenes y sonidos que aproveche después en el momento que se encuentre frente a una hoja o lienzo en blanco y empiece a querer plasmar la cadencia que él siente en esos lugares; sólo va en investigación de campo; ciertamente, le fascina (por las mujeres). Su visita al lugar no le ha dejado más que continuar su búsqueda; de pronto se detiene en alguna que otra librería que encuentra, en tiendas de accesorios para pintar o en papelerías, pero pronto recuerda que su misión en esos mundos es otra. Su idea es casi cerrar los ojos y dejarse llevar por los sonidos y por lo que siente, caminar sin saber adónde, comer donde primero se encuentre la oportunidad, entrar incluso al cine a ver la película que se proyecte en la sala tres para recordar más placenteramente el lugar de estacionamiento.

El centro, la caja vacía, fue el imán adonde lo llevaron sus manías de búsqueda de lugares poco comunes, a horas poco comunes, a hacer citas con la mujer que le gustaría fuera su mujer: «al centro de ese lugar a las cinco veintiocho y no te espero más»; jugarle al interesante, al yo tengo las riendas, al yo no te necesito si no es a mi modo, según mis horarios y mis berrinches respecto a los lugares: al centro donde siempre terminaba solo. Indicaciones precisas de cómo llegar a cafés escondidos para los que están mal acostumbrados a los de siempre: «Nos vemos en el café del callejón, al final; no sé cómo se llama, pero es atendido por un gay y sólo hay tres mesas con manteles morados».

El monstruo en el que está sólo le parece comparable a la ballena de Pinocho, piensa en la oscuridad que inundaría ese lugar y sobre todo en cómo estaría lleno de agua, realmente Pinocho tendría que haber regresado al mundo ahogado; no sería lo mismo para el niño de madera. Se da cuenta que

cómo pasaría adentro de la ballena, ahí no hay moscas. Mientras Ernesto camina, va pensando en ello, va intentando escuchar una conversación solamente, pero es imposible, mezcladas todas, y por la imposibilidad piensa en las mil cosas que le provocan e incluso ensaya en cómo saludaría al niño-madera-ahogado (los que se dan cuenta de su saludo a veces corresponden).

La mujer de las cinco veintiocho, no llegó, como al café escondido del callejón, como a ninguna cita. Siempre abusando de sí mismo, enviaba por correo las indicaciones para las supuestas citas, con mucha anticipación para que la correspondencia llegara a tiempo, y nunca recibía respuesta del destinatario, de la destinataria, nunca sufrió un rechazo, sino sólo indiferencia de una mujer renuente a encontrarse con el viejo conocido. Le tenía miedo a las cartas porque sabía que cualquiera podría ser Elena diciéndole: «ya no mames, Ernesto, nunca voy a ir». El lugar lleno de luz en el que estaba era para él su último recurso, siempre con sus teorías sobre las personas y sus *modus operandis*, pensaba que era la ubicación de las citas lo que lo dejaba esperando. Las llamadas siempre podrían ser de una Elena a la que nunca se le había dicho nada de frente: que la deseaba; que la quería pero con algún preámbulo *romanticón*, como eran esas citas tan específicas, como pensar que deberían verse en el punto más alto de la ciudad a la hora exacta en que empezara a declinar la tarde.

Andar por los pasillos del segundo piso era como andar entre nubes, asomarse al primer piso como si el barco a bordo del que estaba empezara a zarpar, como si los de abajo fueran a despedirse y a gritar de tristeza y alegría, esos sentimientos que invaden a los que dicen adiós sabiendo que nunca volverán los viajeros. Cuando la mirada de Ernesto iba hacia ese malecón del primer piso, sólo buscaba a Elena o cualquiera que pudiera ser Elena, para decirle adiós desde arriba, despedirse con la sonrisa terrible en la cara y la tristeza horrenda inundando su corazón. Pero decir adiós sin dar cuenta.

6:24 pm.

Se sienta en la tercera fila, en el asiento doce de la sala tres; la película *Conquistando chicas*, en la que actúa Bruno Martí. La historia como una catarsis: Bruno con una chica en el cine, actuando el papel de Ernesto, con lo que según las películas se requiere para tener a una mujer de compañera a partir de citas bien planeadas, aunque ninguna tan precisa (enferma) como la de Ernesto. La película se acaba antes de que quisiera que se acabara, nadie de importancia en la sala: algunos adolescentes, parejas jóvenes y ahí el pintor queriendo conquistar a Elena.

Pasadas las ocho treinta de la noche, sentado a la mitad de una banca metálica: cierra los ojos; espera que lo sorprenda el destino, que llegue una mujer o que por lo menos lo corran del lugar y empiece a explicar que no sabe dónde ha dejado el auto. Espera a cualquier mujer, como otras personas esperarían otras tantas cosas sentados en una banca en alguna parte de la ciudad. Al final, las mujeres no son tan importantes, en el lugar hay miles de ellas y el de la banca, el del cubo, el del cine, el del Chevy rojo es un simple espectador que nadie ve o que, como él lo hace, sólo lo observan como parte del conjunto inmenso; él mismo comienza a darse cuenta que la banca podría ser cualquiera y que quien estuviera ahí, también.

Las dimensiones terribles del lugar lo oprimen a pesar de ser inmenso, a pesar de no estar seguro ya si lo que antes veía era el techo o algo que parecía serlo, un ante-techo o un juego visual que lo hacía notar cercano. No recuerda si afuera, antes de entrar, vio un techo, si mandó la última carta a Elena, ni que hubiera llegado en un Chevy rojo, ni de si Pinocho en realidad cuando sale de la ballena es un niño o no lo es, o no, si se ahoga o no; pero no importa, porque él sigue adentro de otra gigante ballena y sabe que no saldrá vivo.

© Alfredo Carrera

El autor:

Alfredo Carrera (Morelia, Méx. 1984). Dirige la revista *El Subterráneo* (al día de hoy con 58 números). Estudio la Lic. en Lengua y Literaturas Hispánicas en la UMSNH. Es beneficiario del Programa de Estímulos a la Creación y Desarrollo Artístico de Michoacán con el proyecto "Urbanodontes", del que es parte el cuento "Ballenas". <http://sadismopuro.blogspot.com>

LOS HOMBRES QUE LLORABAN LÁGRIMAS ROJAS

por Carlos Garvín Molina

Aquellos dos misteriosos hombres caminaban entre la inmensidad de las arenas del desierto de algún lugar de la Tierra. Era de noche y las estrellas vigilaban atentamente los movimientos de estos dos individuos. Caín, el más alto y corpulento de los dos, se estremecía cuando los copos de nieve acariciaban su piel desnuda. En cambio Abel, bajo y enclenque, intentaba aparentar que no sentía las oleadas de frío ante los ojos de su jefe.

—¿No tienes frío, Abel? —le dijo a su compañero mientras se calentaba el cuerpo frotándose con los brazos.

—Un poco, pero vamos, puedo soportarlo —le contestó Abel, que se estaba congelando.

—Nunca hubiera pensado que en estos parajes hiciera tanto frío —dijo Caín tiritando.

Continuaron caminando por el mar de arena. Sus pasos se perdían en el silencio abismal de la noche. Cada uno de ellos llevaba una especie de mochila colgada a su espalda.

—¿Queda mucho, Caín? —le preguntó Abel, después de que estuvieran andando durante horas y horas mirando a un mismo horizonte, soportando aquellas bajas temperaturas.

—No seas impaciente —le increpó su jefe. —Este es el último punto. Acabamos este trabajo y nos vamos a casa.

—En la escuela no me dijeron que el trabajo de biólogo iba a ser tan duro.

Caín le sonrió compasivo, sin decir nada.

A lo lejos, se escuchó el aullido estremecedor de un chacal. Era un sonido agonizante, que te penetraba el pecho, llegaba al corazón y con un hierro candente te quemaba el fondo de tu ser. Los dos hombres lloraron. Eran lágrimas que mientras descendían por su rostro iban desgarrando sus mejillas a su paso.

—Caín... —le llamó Abel secándose las lágrimas—. ¿Él también lo sabe?

—¿El chacal? —le observó Caín con el rostro ensangrentado—. Supongo que alguien se lo habrá susurrado.

Sintieron que el alma se les achicaba. Su intención, como siempre había ocurrido en tantas otras veces, era la de procurar el menor sufrimiento a los seres vivos.

—¿Sabes una cosa, Caín...? —reflexionó en voz alta Abel—. Por los chacales siento compasión, me duele sinceramente que sufran. Pero en cambio, por ellos, no siento la menor piedad, me repugnan.

Caín cesó de caminar y se giró hacia la posición de su compañero, y allí, clavado como una estatua de hielo, recubierto de pequeños copos de nieve, le dedicó una severa reprimenda.

—Nosotros no somos quién para opinar si los chacales merecen morir o no, ni siquiera si ellos merecen morir. Hemos de dejar los sentimientos a un lado, porque si no nos cegarán y entonces nos dificultarán nuestra tarea.

—Pero, ¿por qué? —le preguntó Abel con el pecho compungido—. Muchas especies serán perjudicadas, especies inocentes.

—El jefe dijo que se están corrompiendo y son un peligro para todos nosotros. Y no podemos

«A lo lejos, se escuchó el aullido estremecedor de un chacal. Era un sonido agonizante, que te penetraba el pecho, llegaba al corazón y con un hierro candente te quemaba el fondo de tu ser. Los dos hombres lloraron. Eran lágrimas que mientras descendían por su rostro iban desgarrando sus mejillas a su paso.»

arriesgarnos cuando nuestras vidas y las de todos los demás están en juego.

Abel asintió con impotencia.

Al cabo de unos cincuenta minutos después de las últimas palabras que intercambiaron los dos biólogos, llegaron por fin a su anhelado punto de destino. Ante ellos se elevaba un pequeño montículo en la arena, de alrededor de un metro de altura.

–Abel, saca el mapa –le ordenó Caín.

El chico se arrodilló y rebuscó el trozo de papel entre los bártulos que guardaba en la mochila.

–Bien, –Caín observaba detenidamente todos los puntos rojos que habían señalados en el mapa– creo que es este montículo. No cabe ninguna duda. Es este –asintió convencido–.

Caín le devolvió el mapa y se dispuso a organizar todos los preparativos. Se trataba del último punto en el mapa que habían de preparar. Cinco habían sido los anteriores, y ahora el sexto sería el definitivo, el que acabaría con todos ellos. La mecánica era simple. Lo tenían tan bien aprendido que su tarea la llevaban a cabo de forma automática, sin pensar, sobretodo esto último, porque si se paraban tan sólo un instante a meditar sobre las consecuencias, el dedo les podría temblar. Cogieron dos palas e hicieron un foso lo suficientemente hondo para que ningún animal curioso fuera capaz de desenterrar lo que habían de esconder en su interior.

«Tras la explosión los dos compañeros lloraron. Porque sólo tenían derecho a llorar una vez al día. Y ellos habían elegido aquel momento, aquel precioso y triste amanecer. Abel se acercó sus cinco tentáculos para secarse las gotas de sangre de sus mejillas desgarradas.»

–No habrás olvidado el objeto ¿verdad? –le preguntó Caín a Abel mientras se sacudía el polvo que tenía en los pantalones–. Ya sabes lo que dijo el jefe. Ese objeto es importantísimo, es el más valioso de nuestra misión, es el punto determinante de toda esta historia y si falla, todo se irá al garete.

–No te preocupes, Caín, lo llevo encima.

Caín asintió convencido.

Taparon el agujero con la misma arena y se fueron por allí donde habían venido.

Caín tomó los mandos y despegó de forma brusca. El aparato ascendió hacia el cielo. Ayudado por el viento se tornó liviano como notas musicales que suben buscando la salida del pentágono. En un instante desapareció entre las tonalidades azulinas y una pequeña estela brillante y polvorienta cayó a su paso. Estaba amaneciendo.

–Bien, creo que ya estamos lo suficiente lejos –dijo Caín sin levantar los ojos de los controles.

Abel alcanzó su mochila y extrajo el preciado objeto. Era un cuadrado de hierro de las mismas proporciones que una mano, y en su centro descansaba un gigante botón de color azul. Abel no esperó más órdenes de su jefe y pulsó sin contemplaciones aquel botón. La bola gigantesca explotó. Fueron los únicos seres que disfrutaron de ese espectáculo histórico. Fueron los privilegiados. Miles de trozos de seres vivos se esparcieron por el espacio. Los seis puntos repartidos por toda la Tierra no habían fallado, y los explosivos nucleares tampoco. Un trabajo limpio, el jefe estaría contento.

Tras la explosión los dos compañeros lloraron. Porque sólo tenían derecho a llorar una vez al día. Y ellos habían elegido aquel momento, aquel precioso y triste amanecer. Abel se acercó sus cinco tentáculos para secarse las gotas de sangre de sus mejillas desgarradas.

Y ese fue el final de la Tierra, Caín y Abel la asesinaron impunemente.

–Los seres humanos estaban corrompidos... –murmuró Caín.

© Carlos Garvín Molina

El autor:

Carlos Garvín Molina. Sabadell, 1984. Estudiante de filosofía en la universidad autónoma de Barcelona. En la actualidad está escribiendo una novela sobre filosofía. También es pintor al óleo amateur.

LIRIOS BLANCOS

por Soledad Acedo Bueno

I

Las casas cerradas huelen mal. El oxígeno se acumula en los rincones sin renovarse. La humedad es el abrigo de los muebles. El olor rancio se apodera de los huecos, de los poros donde ya nadie habita. Siempre he detestado el olor de la humedad, ese olor donde no habita la vida pero tampoco la muerte. Al abrir la puerta, el olor me hizo arrepentirme de la decisión de volver a casa. La casa de mi niñez, de mi adolescencia, la casa de mis padres, donde crecí, jugué...

La casa está fría.

La vieja casa de mis padres, donde ya no vive ningún miembro de mi familia, es el único lugar donde poder regresar y comenzar de nuevo cualquier parte de vida que aún me quede por vivir.

La calle, los números de las puertas, las golondrinas de las siete de la mañana, todo sigue donde siempre estuvo, pero ya nada parece igual. El tiempo lo destruye todo y convierte nuestros recuerdos en rипios de nuestro pasado.

Poseído por una laboriosidad incansable, abrí ventanas y puertas buscando aire nuevo que ahuyentara el olor del polvo quieto y moribundo que el tiempo deja tras de sí; cubos con agua, bayetas, líquidos... pero los muebles son viejos y algunos cobijan nidos de termitas que los corroen. Observo y llego a la conclusión que las telarañas son bonitos adornos modernistas que aportan luz y alegría al salón contrarrestando seriedad a los apliques del techo y a los candelabros del aparador. Da miedo la destrucción atroz que acompaña el paso del tiempo, no respeta cosa ni persona, y a todo y todos tiene por iguales aplicándoles la misma ley y las mismas Disposiciones Derogatorias. No sé cómo adecentar esta casa que parece no reconocerme. Me inclino y me presento: –He vuelto, soy Juan. Necesitaba regresar, no solo porque no tengo adonde ir, sino porque tengo muchas cosas que reencontrar. No tengo dinero. Estas paredes en donde habita mi propio olvido componen todo mi patrimonio. Pero siguen sin recordarme a pesar de ser mi historia. Busco en los cajones y limpio el polvo de las fotografías. Las coloco en el aparador y recuerdo aquellas tardes de juegos con el tren eléctrico donde el tiempo parecía no existir hasta que una voz nos llamaba desde el otro lado de la casa.

«El recuerdo de aquellas tardes me produce una agradable sensación. Sonrío. Lo único importante es que dieran las seis. En una de estas tardes sospeché que me había enamorado de Anabel. Sospeché porque estar enamorado es, ciertamente, una sospecha.»

¡Uhhmm! El recuerdo de aquellas tardes me produce una agradable sensación. Sonrío. Lo único importante es que dieran las seis. En una de estas tardes sospeché que me había enamorado de Anabel. Sospeché porque estar enamorado es, ciertamente, una sospecha.

Un día te das cuenta que amas a alguien con todas tus fuerzas, con tu alma... como Adolfo el panadero, que enamorado cada mes de una mujer distinta y, por no poder cortejarlas por dedicar las noches a la dura tarea de amasar la harina, durante el día componía poemas que por la noche guardaba entre trozos de masa de pan, de magdalena o de bollitos de anís. Y por no saber a quién estaban dirigidos, todas las mujeres estaban bajo sospecha de ser ellas las damas destinatarias de tan bellos poemas.

¡Ah el amor! No sé qué tiene para que el estómago esté todo el día como un carrusel, la sangre en las mejillas, el frío en los pies, los ojos avizor... sospecho, porque igual que entregaríamos nuestras vidas por la persona idolatrada, con la misma facilidad nos entregamos al odio y, sin embargo, las hojas de los árboles siguen meciéndose bajo el aire fresco de la mañana y el día sigue amaneciendo con el alegre trinar de los pájaros.

No recuerdo el día, era mayo, o tal vez abril, el verano no tardó en llegar. Me sorprendí observando sus ojos. Eran azules. Inundaban los míos. Mis pensamientos. Y una sonrisa dibujaba mis labios, sospechosa y burlona. Se burlaba de mí, sabía que me estaba enamorando.

Creo que es momento de ir poniendo en pie la historia de mi vida.

II

El viernes salí de la cárcel. He estado diez años en la cárcel por una muerte que no cometí, pero que presencié. No hay nombres, pero sí testigos. Y por este motivo he perdido muchos días de una vida que no me pertenecía y que ahora quiero recuperar; que cada día que transcurra a partir de hoy me pertenezca con todas sus consecuencias, buenas o malas.

Abandonar el colegio a los dieciséis años puede no ser una buena meta de salida en la vida, pero si los libros me resultaban una pesada carga y las motos una bonita tarde productiva, la elección no se haría esperar.

También fue a los dieciséis años cuando Anabel y yo nos olvidamos de jugar con el tren eléctrico y comenzamos a frecuentar la plaza del pueblo. Allí nos reuníamos los jóvenes bajo los arcos de la Iglesia. Era el chico más envidiado. Hacíamos grupos independientes, los chicos nos ubicábamos en el lado derecho de los portales y las chicas en el izquierdo. Solo Anabel se atrevía a romper las reglas y se sentaba a mi lado compartiendo la charla sobre motos o sobre fútbol. Y yo me sentía orgulloso porque todos pensaban que ella era mi novia y yo callaba porque era eso lo que quería.

Pero antes que novios siempre seríamos hermanos y yo me consumía cuando me miraba en sus ojos y creía ver a través de ellos su alma.

«También fue a los dieciséis años cuando Anabel y yo nos olvidamos de jugar con el tren eléctrico y comenzamos a frecuentar la plaza del pueblo. Allí nos reuníamos los jóvenes bajo los arcos de la Iglesia. Era el chico más envidiado.»

Nunca me han gustado las persona manipuladoras pero ¿y cuando somos nosotros manipuladores de nuestras propias vidas contribuyendo a su destrucción?

El hastío juvenil en un pequeño pueblo siempre es aprovechado para llevar a cabo juegos que a nosotros nos hacía pensar que pasara lo que pasara, allí estaríamos todos para apoyarnos y ayudarnos. Nada nos vencería. Y, ¿una guerra? Todos escuchábamos en casa las historias de nuestros abuelos, de las traiciones, de las

envidias ocultas que en momentos de sangre eran reveladas. Pero nosotros pensábamos que nada de eso podría ocurrirnos porque éramos amigos y con eso, bastaba.

Eran frecuentes las excursiones a la sierra que nos entretenían durante todo un fin de semana. Como no teníamos dinero para comprar tiendas de campaña ni otro tipo de adminículos que la economía globalizadora ha puesto en todos los hogares por inservibles que sean, hacíamos las acampadas en las cuevas de Mari Gutiérrez, que ni eran cuevas ni eran propiedad de nadie. Se trataba de dos grandes piedras apoyadas una en la otra a modo de A que permitían guarecerte dentro y hasta ocultarte en el gran hoyo que había en la tierra donde estuvo oculto Mariano Marín Gutiérrez, farmacéutico del pueblo con vocación de científico y que durante años estuvo sustituyendo las aspirinas por una fórmula química a base de raíz de lirios silvestres y que lejos de ser la panacea contra el dolor, volvía la piel azulada.

Gracias a la ubicación de las cuevas, puede verse cada uno de los pueblos que crecieron como setas en las vegas del río. Allí el aire es fresco y es de menta. Las nubes se pueden tocar y hasta de ellas el agua beber.

La convivencia puede mostrarnos la cara oculta que todos guardamos y aquella parte de nosotros que desconocemos.

Partimos temprano.

Observaba desde la posición dominante que me ofrecían las piedras cómo Anabel y Fermín estaban

peligrosamente juntos. Cómo él retiraba el pelo de la cara de Anabel y el viento volvía a revolverlo y enmarañarlo. Anabel levantó la mirada y comprendió que observaba sus instantes de intimidad. Se enjugó los labios. Sus ojos brillaron. Apretó sus labios contra los de Fermín mientras mantenía su mirada clavada en la mía. Sus ojos emitían un brillo cruel. Giró su cabeza y continuó escrutándome en la distancia.

¿Llegamos alguna vez a conocer a las personas que nos rodean?

Y el arroyo que cruzaba la sierra y de donde salían los cinco manantiales que adornaban la zona, se tiñó de rojo amanecer.

III

El agua de un arroyo parece distinta, de color, de sabor, las plantas que crecen en ellos y hasta los renacuajos que habitan; son distintos a los de un río. Es increíble que el agua, cuya composición es la misma esté donde esté, cuya pureza y bendición siempre será la que es: la que da la vida a la vida; se manifieste de formas dispares dependiendo de su alteración geológica. Los arroyos son más dulces que los ríos, y todo cuanto les rodea es más amable.

Cuando por fin llegué y comprendí, Anabel ya había tomado su decisión. Y yo también había tomado la mía. Tan equivocada como la suya. He pasado tantas noches despertando con la imagen de las rocas atravesando su vientre, su cuerpo cayendo al arroyo mientras perdía su sonrisa, escuchando el sonido quebradizo de su vida al chocar contra la piedra; sintiendo ese mismo silencio que heló mi sangre y destruyó mi vida... si aquella decisión no quitaba mi pena... porque ya nada me devolvería a Anabel y tampoco el provocarme más dolor... ¿por qué callar y manchar mis manos de sangre?

¿Por qué el amor acostumbra a ser contrariado cuando en ello se nos va la vida?

Me arrodillé para robar el último aliento de su cuerpo y alcé la mirada suplicando al cielo con los ojos ensangrentados en lágrimas y las manos llenas de sus entrañas, suplicaba al cielo que me llevara con ella y a medida que mis quejidos iban disminuyendo por no poder ya soportar mis ojos más dolor comprendí que todos me miraban como culpable y que Fermín callaba.

Creí que asumir un crimen jamás cometido aliviaría la pena que como estigma en el alma ya llevaba.

Aún no he visitado la tumba de Anabel.

Fermín. Sólo Fermín fue quien poseyó el amor de Anabel. Sólo él. Fermín; posiblemente el hombre más afortunado de la tierra y, sin embargo, el más desgraciado.

Yo, que la quería tanto, siempre sería el hermano que nunca fue hermano; el vecino que solo fue amigo; el amigo confidente en la merendilla de las seis de la tarde; el alma en pena que se entregó como autor de un crimen que nadie vio porque nadie cometió. Mi tren de juguete no admitía pasajeros de primera clase. Anabel se odió en el mismo instante en que me traicionó.

El tren de las seis de la tarde partió sin poder subirme a él.

IV

Espero los próximos lirios blancos para llenar una canasta que adornaré con besos color avellana, aquellos que nunca pude darte, Anabel.

© Soledad Acedo Bueno

La autora:

Soledad Acedo Bueno (Cáceres, España, 1976). Licenciada en Derecho y Asesor Jurídico en Mérida, ciudad que ha respondido a su enamoramiento acogiéndola amablemente. Blog: <http://hilvanesyretales.blogspot.com>

LISA

por Javier Guerrero

Versos dedicados a Lisa:

*Como ha de ser, seremos fuerza y aplomo el uno por el otro
Defiéndeme de los tormentos de los sistemas más severos de la vida
Qué yo tomaré mi espada de caballero medieval y daré la cara por cada una de tus lágrimas*

El día que me vi en Wembley comiendo una especie de masa de pan rellena de huevo duro, aparte de percibir su infame sabor, tomé consciencia de que aquel alimento amasaba la angustia de mi boca ávida de amor y de otro tipo de deleites. Cuando compré aquella bola de huevo industrial, la cajera del supermercado me miró con cierta pena al principio y con mucha perplejidad al final, que es algo habitual en muchas cajeras inglesas, nunca satisfechas con las compras de los clientes. ¿Vienes aquí a comprar una jodida y repugnante bola de huevo? ¿No sería mejor que fueras a una casa benéfica a tomar el caldo de los huesos de la gallina? Luego me la comí, y no sé si lloré o algo parecido, porque comer eso entre las brumas, el frío y la suave lluvia de las calles solitarias de Wembley en los previos de la noche es una de las situaciones más tristes que puede haber en el mundo. Es triste, de veras, triste como la cara de la infeliz cajera que me miraba finalmente con un brillo delimitado entre las fronteras del odio. Dije algo en castellano del tipo cabrona resentida o algo similar, y como es sabido ingerí la bola, y traté de suavizar la angustia y la aridez de los terrenos de mi paladar en el pub Stanmore. Pedí una pinta de cerveza, porque si se me hubiera ocurrido pedir una pinta de coca-cola, uno de los gordos rojizos de al lado me habría dicho cosas del tipo jodido marica, y los otros que estaban sentados alrededor de las mesas habrían iniciado sus cánticos despectivos y las contagiosas risas otorgadas por el alcohol y mi presencia deprimente y abstemia. Pedí una cerveza y la camarera me trató bien. Incluso me llamó darling, y entonces pensé que algo bueno tenía que haber en Wembley, pero al pedir la segunda cerveza recordé que Lisa estaría volando hacia París, dormitando y soñando voluntariamente con los colores de Rue du Montereuil y con el trasiego de Rue du Rivoli, y yo habría pasado a segundo plano, o quizás al plano cero, el de la indiferencia, de la cual hablan como sentimiento neutro, algo que a su vez tiene que ver con la inexistencia, y la inexistencia no sabe ni siquiera de memoria, no así como el odio que a menudo es el contraste, la oposición frontal a la existencia del amor, y guarda relación con los recuerdos, la memoria de los buenos tiempos que poco a poco fueron desencadenando en los nefastos años del desamor. Lisa me lo dejó claro: nuestra aventura tuvo que ver con Londres y sus circunstancias, para mí acabó la aventura, regreso a París y tú en breve estarás en Madrid, no tiene sentido. Y lo peor es que lo dijo hermética y terriblemente bella. Qué duro el terror de la belleza que no te acoge. Aquella ninfa francesa con aires de emperatriz, de piel delicada y mirada arrogante, me había cautivado por el azul entre felino y psicópata de sus ojos y por las sugerencias de su boca pintada de rojo, los susurros de la aventura inglesa en las pensiones de mala muerte del Soho. Y ahora estaba en Wembley, solo, abstraído y nostálgico por la indiferencia de Lisa, maldiciendo a Londres y sus circunstancias, tratando de digerir aquella pelota de pan y dudando entre pagar o pedir la tercera. Finalmente pagué y marché a Harrow Weald, a la casa compartida con los hindúes, que era algo parecido a un tenderete de Delhi y a veces a una comuna de místicos y arrebatados orientales en plena contemplación de cualquier deidad que su éxtasis mental quisiera acoger. Allí los dejé, a la mañana siguiente, sentados en círculo entre sus étnicas pertenencias con los ojos clavados en la tenue luz que se filtraba por la ventana. Me hicieron sus reverencias hindúes, con esa suave y cálida cortesía de algunas culturas orientales, y yo les correspondí de la misma manera. Unas horas después ya estaba volando a Madrid. Decía mi tío Alberto que todo se comprendía mejor desde las alturas, porque desde ahí uno percibe mejor su condición de ser minúsculo frente a la grandeza del mundo, y

la propiedad de nuestras miserias se podía aliviar desde la contemplación de las maravillas que han sobrevivido a los desastres humanos, y desde las alturas todo es bello, y uno siente certezas y convicciones de que hay seres pequeños como nosotros aferrados a la vida en cualquier lucecita que pueda haber entre las montañas, y además desde los cielos se acrecienta nuestra bondad y nos hacemos más indulgentes, y le deseamos lo mejor a la gente que vive en cualquiera de las luces que nos divisamos. Yo recordé aquellos comentarios y vi a Lisa en una de las luces, que imaginé de París, y a continuación cerré los ojos y se me pasaron las siguientes secuencias: la última vez que me acosté con Lisa, tan suave en los preámbulos y tan salvaje y maravillosamente irracional e impúdica en la culminación, la cúspide de nuestras aventuras en Londres, con sus circunstancias, la escena de los hindúes recogidos en su espiritualidad, mi propia imagen tragando el gran huevo rebozado, la cara mojada de Lisa el día que la conocí, bajo la lluvia de Harrow Weald, la fachada bohemia del pub Stanmore y la imagen despreocupada de la camarera, la imagen de Lisa abrazada a mí en el cementerio de Harrow on the Hill, el caos y la belleza del Soho, los imponentes leones de Trafalgar Square, la imagen de Lisa con el paraguas roto en Tower Bridge, la imagen de la Lisa saliendo por la boca del metro de Baker Street, alegre de verme, la imagen de Lisa buscando mi complicidad para realizar una excursión a Cambridge, la imagen de Lisa huyendo de mi cuando se abría paso a la música de las campanas en Cambridge. Y de repente estábamos aterrizando, y Madrid seguía allí, impertérrita ante mi ausencia, tanto como impávida por mi llegada. Y pensé que así estaría ahora Lisa, impávida por mi desaparición, feliz como una paloma por Rue du Montereuil. Y yo anhelaba ser impávido y adentrarme con la osadía de mi juventud por las calles de Madrid, como cuando avancé aquel día de noviembre por las calles de Londres, salvo que Madrid era mi casa y me quedaba poco por reconocer de su personalidad y recovecos. De Lisa, en cambio, me quedaba mucho por explorar, pero ella no era para mí.

Por un tiempo estuve buscando unos rasgos similares que pudieran mitigar mi controversia emocional pero nada de ello hallé entre las calles de Madrid, quizás porque estaba enamorado de un espejismo, de una entealequia sin opciones de rescatar, y no había mujer en el mundo para redimir mi pena, por el bloqueo sentimental que emanaba de la imagen de Lisa, que parecía una fotografía eterna, perpetua, establecida en un rincón de la memoria, pero al cabo de un mes me planté en París. Busqué a Lisa por Rue du Montereuil. Tomaba café en un restaurante turco que había debajo de su casa. No desperdiciaba ninguna presencia femenina que caminara por delante del ventanal. Me hice amigo del camarero turco, Abdul. Me decía que una mujer se olvidaba con otra, y que si seguía en esa actitud se me iba a consumir poco a poco la vida. Luego resoplaba y blasfemaba un poco en turco. Al tercer día la vi pasar. Era Lisa, con un sombrero de fieltro púrpura y los labios rojos, y el negro delimitando el azul de sus ojos. Parecía una tigresa. Me volví loco y fui a abrazarla. Ella me miró con mucha sorpresa, quizás con estupor. Se quedó atónita, y tras algo de duda correspondió a mi abrazo. Eres un loco, me dijo risueña. Yo le propuse ir a comer a un buen restaurante italiano y le hablé de mi nostalgia. Sus ojos por un momento parecieron dos figuras azules de azúcar, pero al momento volvieron los rasgos felinos y me sentí reconfortado. Y caminamos calle arriba hacia Montmartre sin saber que éramos dos extraños, sin saber apenas nada el uno del otro, sin saber hacia donde nos llevarían los designios de la noche parisina. Y me acoplé a Lisa, como eso que llaman amor verdadero. Hoy tiene la mirada psicópata clavada en la agresividad y los olores de la gente canalla que corrompe la serenidad de la noche de Madrid.

© Javier Guerrero

El autor:

Javier Guerrero Rodríguez. Quedó finalista con el relato *Lucía* en el concurso Cuanto Cuento de la Fundación Acuman, formando parte de una antología de cuentos. También ha sido finalista con el relato *El Forastero* en el concurso La Monstrua dentro de la semana de cine fantástico, terrorífico y bizarro, celebrada en Guadalajara (México), formando parte de una antología de veinte obras ganadoras. Ganador del I Primer Concurso de Relato corto y oesía organizado por la Revista Digital Magazine Siglo XXI, con el relato *Allan Seymour*. Y ha sido finalista con el relato *Zapping y sueños* en el concurso de relatos de la web Abréte Libro. Tiene diferentes publicaciones en revistas especializadas.

PISTOLEROS FAMOSOS

por Paul Medrano

VII

El comandante Espino despertó y al mirar su situación deseó con todas sus fuerzas no haberlo hecho. No conocía el lugar y seguramente no viviría para conocerlo. Dejó que sus abollados sentidos buscaran algo pero no se escuchaba nada. Por el correr del aire sobre las láminas del techo, esa bodega estaría situada sobre un terreno despoblado. Bastante lejos para que alguien pudiera escuchar sus últimas palabras.

Serían las últimas porque sabía que el rostro que grabarían sus pupilas antes de enfriarse e irse hacia la eternidad iba a ser el de su verdugo.

Regó su adolorida vista. A sus costados estaban el Cos y Manuel, sin ropa, atados de pies y manos a sillas oxidadas. Sus cuerpos tenían la huella de haber sido besados por la tortura. Amontonados, a unos 5 metros estaban los cuerpos desnudos de los otros cuatro, incluyendo la chava que había sido contratada para simular un matrimonio. Estaban muertos y al parecer tenían rato, porque semejaban rígidas tablas torpemente estibadas.

Luego revisó su cuerpo. Los dedos estaban quebrados porque le dolía tan sólo pensar en moverlos. Podía palpar la sangre derramada por su nariz que cubría la epidermis de sus brazos, amarrados hacia atrás. Su tórax era una abstracta imagen compuesta de moretones, heridas y sangrado. Le producían dolor al respirar. Seguramente tendría un par de costillas rotas.

Se dificultaba el parpadeo por el amasijo de sangre y sudor que cubría su rostro, lo sabía porque su lengua corroboró el sabor entre las comisuras de sus floreados labios. Era obvio que la madriza había sido brutal. Casi podía ver sus pómulos de tan hinchados que estaban. Parecía que le habían puesto una máscara. Sin embargo, los genitales y las piernas no tenían nada, sólo miedo.

El rugido de varios vehículos se fue haciendo más intenso hasta que se estacionaron a las afueras de la bodega. El abrir y cerrar de varias puertas le hizo saber a Espino que un escape sería imposible, menos al haber caído en manos de la gente del Mazca.

El Cos y Manuel seguían inconscientes. Parecían muertos, hubiera querido con todas fuerzas que así fuera para que no sufrieran tanto en su camino al infierno, pero sólo estaban noqueados. Lo más seguro es que al otro día los encontrarían todos juntos, hechos fiambre.

La puerta de la bodega se abrió, como estaba a sus espaldas, no supo quién entraba hasta que escuchó la voz del Mazca:

—Qué bien, ya despertó el angelito. ¿Cómo estás, Espino? Tanto tiempo sin vernos.

En realidad lo había visto un día antes y el hecho de que nuevamente estuvieran frente a frente significaba que una especie de despedida.

—Pos nada, aquí, sombreando.

—Ya sabes el motivo por el que estás aquí ¿verdad?

—Sirol.

—¿Y por qué lo hiciste? ¿Por qué?

—Pos yo pensé...

—Pos no andes pensando, ya ves lo que te va a pasar.

—...

–Una ofensa de este tipo es de honor, y no hay nada como el honor Espino, lo sabes.

–Lo sé.

–A ver muchachos, denle su despedida a este cabrón.

El comandante Espino sintió un cardumen de peces en la barriga. Tal como sienten los enamorados al saber que se acerca su amada. Así siente el cuerpo cuando percibe la presencia de la muerte.

Dos batazos en la cara le voltearon el rostro. Otros dos más invocaron, nuevamente, un arroyo sanguiñolento. Dentro de la boca sintió un manantial ardiente. Escupió y, al hacerlo, un par de dientes se arrastraron entre el torrente de saliva y sangre. Quiso gritar para que el quejido se llevara un poco del dolor que le burbujeaba en el rostro, pero no pudo, la sangre que galopaba por sus fosas nasales le impedía el resuello suficiente para hacerlo.

–Pídeme perdón, pinche culero– rabió el Mazca.

Intentó pronunciar dos palabras, mas como su lengua había desmayado, de su boca sólo salían balbuceos entintados de rojo.

–Sólo dilo– Alcanzó a escuchar, pero su mente estaba ebria de golpes y sangre.

Una fría lamida en los pies le estremeció la nuca. Era gasolina, le iban a quemar los pies como al tata Cuauhtémoc. Lo sabía, porque era la característica de los cadáveres con manufactura del Mazca. Antes de que el gélido halo abandonara sus plantas, los dientes del fuego le hicieron apretar las hinchazones que tenía como párpados. Aún no aminoraba el dolor, cuando un cuchillo se encajó en su vientre. Lentamente fue subiendo, desgarrando a su paso su pellejo, tripas, sueños y lo que estuviera a su paso. A pesar de eso no dijo nada, no hay nada como el honor. La voz del Mazca se empezó a distorsionar. Dime y a'i muere, le gritaba muy cerca de la cara. Pero el comandante Espino no dijo nada. Moriré como hombre, no como bandido, pensaba. De pronto el dolor cesó. De golpe. Su vista se nubló y poco a poco los sonidos se fueron haciendo más leves. Las fuerzas lo abandonaron. Una ligera comezón en su frente fue haciéndose más y más caliente. Espino todavía alcanzó a sentir un hilito de sangre, vomitado por el orificio de una bala calibre 5.7x 28 milímetros disparado por una Five seven que el Mazca encontró en la maleta del comandante.

VI

Espino sabía que de no llegar a Houston, su vida no valía nada. No mientras no hubiera alguien que lo protegiera. No mientras el poder y la gente del Mazca estuvieran buscándolo por todos lados.

Encendió la camioneta y por los espejos miró que no hubiera nada anormal. Todos estaban en sus posiciones, tal y como habían salido de Ciudad Victoria. Un matrimonio disfrazado iba justo delante de él en una camioneta familiar. Más adelante aún iba una patrulla disfrazada de camión de paquetería y en los costados, dos autos más con dos tripulantes cada uno.

En realidad faltaba muy poco para llegar a tierra segura. El gabacho, los Unites. Una vez allá se organizaría y vengaría su huida y, quizá, también la muerte de Valeria. Haría que el Mazca le pidiera perdón ahogado en sangre y vísceras. Aunque por ahora, el único objetivo era cruzar la línea divisoria.

Pasaron 30 minutos y ya estaba en gringolandia. Aún para el ojo más avezado, aquellos 5 vehículos sólo eran 5 más de los miles que diariamente circulan por la carretera a Bronsville, Texas.

Todo iba bien. Su pistola iba en el asiento del copiloto. Cualquier movimiento sospechoso era motivo para que rápidamente la acariciara. Pero nada, no pasaba nada. Su mano iba nerviosa, expectante. Los autos que lo escoltaban no reportaban imprevistos. Su línea estaba tranquila. Ni el Cos ni Manuel reportaban algo extraño. Creo que ya chingué, pensó.

Mas la confianza es la falla del valiente, por eso nunca sospechó del viejo que los seguía a dos autos del suyo. Menos en las dos camionetas repartidoras de refresco, todavía 10 metros más atrás. Por eso le pareció tan repentino que un abrir y cerrar de ojos las dos camionetas pararan su escolta y sus tripulantes y que en menos de 10 segundos, de certeros disparos de Five seven, lo tomaran prisionero.

Cuando su cerebro mandó la señal a su nerviosa mano derecha, ya tenía un cañón susurrándole al oído el infierno que se avecinaba.

V

Ya en el Distrito Federal su primo lo llevó a la central camionera. Ahí tomó un autobús de mínima calidad para no ser ubicado. Cuando llegó a Ciudad Victoria respiró aliviado. Estaba en su tierra, ahí estaba su escuadrón, ahí tenía poder y también podría moverse más seguro.

En una reunión en la comandancia, uno de sus oficiales le recomendó moverse a Estados Unidos, hasta Houston. Donde el imperio del Señor de los Sueños lo protegería.

–Ya hablamos con él y dice que en su territorio nada le pasará jefe, afirmó el Cos, su discípulo.

–¿Quiere que nos movamos por aire? El gober dio luz verde para usar cualquier helicóptero, dijo Manuel, su mano derecha.

Pensó un instante. Nunca se había subido a un aparato volador. Quizá este era un buen momento o el único. Pensó en su frase favorita para no volar: los aviones son para los tontos.

–Ni madres, iré por tierra ¿Quién quiere acompañarme?

Una lluvia de voces inundó la pequeña sala de juntas de la comandancia en señal de apoyo. Casi se sentía fuera de todo lío. Unas 15 horas separaban su vida de la muerte. Cada hombre tiene instantes decisivos y éstos eran los más importantes para el comandante.

IV

Espino reaccionó tarde ensimismado en la hermosa pachequez post cogida. El Mazca se llevó la mano a la cintura y sacó la Five seven. El grito de dos disparos irrumpió el cuarto del motel y se incrustaron en el cuerpo de Valeria. Para entonces Espino tomaba su 9 mm. del buró y le descargó tres tiros al Mazca. Entonces su mente despertó: los disparos atraerían a la escolta y en menos de lo que tardan en pronunciar estas palabras estarían ahí para rociarlo con cuerno de Chivo. Se enfundó en los pantalones, se colocó las botas y abrió la ventana. ¿Cómo se había dado cuenta que estaban ahí? ¿Cómo era posible tanto poder? Era parte de los miles de oídos y ojos que tenía el Mazca por toda la ciudad. Qué Big Brother ni qué mamadas, pensó. Había minimizado que estaba en una ciudad ajena, ante un poder que no era el suyo. El motel era de una planta, de modo que no le costó trabajo saltarla y abordar el primer taxi que vio. Llévame a la central de abastos, pidió. Sabía que la gente del Mazca lo buscaría en centrales, aeropuerto y después, debajo de cada piedra, pero nunca en camiones de carga. Había que actuar rápido. Una vez ya en el mercado pagó a un trailero para que accediera a llevarlo dentro de la caja. Desde donde llamó al Distrito Federal. Lo que ignoraba es que alguien como el Mazca nunca sale a la calle sin dinero, su Five seven y chaleco antibalas.

III

Bebió lentamente de ese par de labios. Lo hizo durante varios minutos. Primero suavemente, paladeando esa lengua que parecía espuma. Sus manos no atinaban a tocar el firme cuerpo que ni en sueños imaginó llegar a tener. Y menos de esa manera. Valeria tomó la nerviosa mano de Espino y la colocó sobre sus nalgas. Cadenciosamente empezó a hacer círculos sobre la pequeña bata que cubría su cuerpo. Olía a recién bañada, a erotismo, a deseo. Valeria bajó lentamente los tirantes de la bata y dejó al descubierto un par de luminosas tetas juveniles. En la penumbra, los pezones eran luz. Espino tomó uno en cada mano y repasó cada curva y cada poro. Valeria tomó su nuca y sin palabras lo invitó a saborearlos. Lo hizo con infinita fe, sin pensar en mañana, en el Mazca, en la vida o en la muerte. Valeria respiraba agitada y emitía entrecortados gemidos. La mano izquierda de Espino bajó hasta la pantaleta y tentó la entrepierna. Había magma. Subió un poco para entrar entre el minúsculo resorte y

la piel. Y entonces tocó la entrada, poblada de suaves vellos púbicos y un trozo ardiente de carne. Valeria había bajado su traza y jugueteaba con su verga. El jugueteo era lento, mágico, infinito. Hasta que pidió que la penetrara. Primero muy despacio y poco a poco, el ritmo fue subiendo. Su verga parecía derretirse. La vagina de Valeria parecía que engulliría todo su cuerpo. Hasta que explotó, sintiendo que su semen llegaría hasta el alma de Valeria. Y luego el universo estuvo en paz. En algún lugar de su subconsciente, supo que con esa cogida se jugaba su vida y que quizá ya la había perdido.

Pero ¿qué hombre deja pasar la indescriptible sensación de saberse deseado por una mujer? ¿quién no ansía alimentar un poco su ego cuando una hermosa mujer le ofrece la valiosa veta que hay dentro de su mina? ¿qué razonamiento puede vencer al imponente deseo de cogerse a una mujer más, sólo a una más?

Espino lo sabía. Durante años, su ego se fortalecía o se debilitaba según su suerte con las mujeres. Pero mujeres de verdad, no las muñecas que se ofertan como Bubulubus en cualquier congal. El amor verdadero no se compra, menos aún el sexo real, el sexo de advebras, el sexo que te derrite la sangre y permite fundirte con una mujer. La entrega total.

Así estaba pasando con Valeria. Lo que Espino desconocía esa cogida sería la última. Lo supo cuando el Mazca llegó y los miró echados uno sobre otro.

II

El Mazca le explicó que lo más complicado era mantener el orden en los más de 300 expendios de droga, diseminados en todo el puerto. Algunos en colonias populares, donde solía haber más problemas. La gente jodida nunca quiere aceptar las reglas, ni siquiera las nuestras, por eso seguido le damos cran a uno que otro, para que recuerden quién es el que manda, murmuró mientras llegaban a una cantina en la inmediaciones de ciudad Renacimiento, en la entrada de Acapulco.

—Este changarro es bueno, de los mejores, pero aquí es donde más alebrestados se ponen. No les late mucho la idea de pagar sus impuestos. Y eso no se puede. En ningún negocio fían, en este sí, la diferencia es que aquí empeñas tu vida.

Dos de sus hombres entraron al lugar. El aspecto del establecimiento no era malo. De amplias proporciones, techo alto de donde pendían ventiladores que sufridamente luchaban contra el calor, mesas de plástico de las que suelen dar la empresas cerveceras, dos sinfonolas repletas de emepetres, cuadros con alegorías eróticas en la pared y una surtida barra que podía verse desde la entrada, detrás de la cual estaba el Guacho, el encargado.

Desde adentro, el tendero levantó la mano dirigiéndose a la Cherokee, en señal de saludo. El Mazca bajó el cristal e hizo una seña como contestación. Luego de algunos minutos, uno de sus hombres regresó y le entregó una pequeña caja de cartón. Dentro iba el pago por la mercancía.

En eso sonó su teléfono. No conocía el número. Pensó en no contestar, pero junto al Mazca qué puede pasarme, ironizó.

—Bueno...

—Comandante.

—Quién habla...

—Valeria, sólo para decirle que nos vemos en el motel York en tres horas.

—Pero...

—...

Había colgado. Qué demonios pasaría por la cabeza de esa muchachita que había decidido ofrecerle su cuerpo a cambio de nada. Sólo quiero hacerlo contigo. Me gustas para coger, le había dicho dos días antes cuando desayunaban en la casa del Mazca, aprovechando que éste hablaba por teléfono. En esa ocasión recibió un regalo: una Five seven con algunos cartuchos calibre 5.7x 28 milímetros cuya punta

tenía varios colores. Y estos qué, para matar jotos o qué, preguntó. Nel –dijo el Mazca– estos morados atraviesan un riel, nomás imagínate lo que le hace a los chalecos. Tomó el arma. Era tan ligera como una de juguete. No era de metal, sino de un polímero oscuro con apariencia de plástico y, según informes del Mazca, esa pistola no pateaba y era imposible que los detectores la ubicaran. Espino observó el juguetito y al llegar a su habitación la guardó en la maleta. Las verdaderas armas son de fierro, no mamadas, pensó.

I

Acapulquito. Paraíso del pacífico. Y es la neta. Es la mejor plaza con disfraz de destino turístico. Aquí la droga va y viene sin que nadie se dé cuenta. Aparte de la hotelera, nosotros somos la única industria. Las autoridades sólo nos piden que no nos metamos con los turistas y con la Costera. En todo lo demás uno puede accionar tranquilamente. Sin mayores pedos. Entonces, con esa consigna, sólo fue cuestión de organizarse: metimos a unos en el gobierno para estar al tanto de sus planes, que la mayoría de las veces no son la gran cosa; otros están entre la Policía para estar en comunicación con ellos; dos más se hacen pasar como prominentes empresarios para estar pendientes de lo que piensa la clase empresarial; y los demás, andamos acá afuera, en la friega.

A los pinches gobernantes sólo les preocupa la imagen del puerto. La gente les vale madre. Al fin y al cabo nacen muchos chamacos todos los días.

El bellopuerto es el bastión económico del estado de Guerrero. Sin él, estas tierras serían una extensión de África. Porque esto que ves aquí, no lo ves en ninguna otra parte del estado. He mirado pueblos donde la gente casi se muere de hambre, jodidos como no tienes una idea y lo peor es que no tienen para cuándo salir de esa miseria. De modo que si quieres hacer lana honradamente, te debes meter a la política o enrolarte con nosotros.

El Mazca hizo una pausa para alzar la mano y pedir otra cerveza. Como lugarteniente sus actividades comenzaban después de las 11 de la mañana. No antes. Luego de un breve desayuno comenzaba con su labor. Su Grand Cherokee gris iba siempre escoltada por tres autos con dos tripulantes cada uno. Durante el día, cada vehículo debía ocultarse entre la cotidianeidad, para guardar las apariencias. Pero nunca perderlo de vista. Con él, iban dos hombres más. Tavira y Chema, ambos, su gente de más confianza y los más capacitados para cualquier eventualidad. Los dos habían pertenecido al Ejército, pero el Mazca los convenció para que se cambiaran de bando. Los había elegido por su famosa efectividad con las armas de cualquier tipo. Animarlos no fue difícil: con él ganarían en un mes lo que en el Ejército obtendrían en un año.

El Mazca, el legendario prófugo que tantos dolores de cabeza ha causado a la AFI y la PGR. No había nadie por encima de él. Sus palabras eran órdenes, las cuales debían acatarse sin excusa, so pena de hacerlo enojar. El comandante Espino lo sabía, por eso lo admiraba y por eso había aceptado su invitación de ir a Acapulco a «supervisar» el negocio. Lo que no sabía es lo que encontraría en esas tierras baldías: Valeria.

Desde que la miró salir de la alberca en casa del Mazca pegó su vista a esa mujer de piel ligeramente tostada, pelo negro y mirada incendiaria. Supo en ese instante que había vivido para encontrarla, hacerla suya y después emprender el camino al infierno. Qué pesimista –pensó– no es para tanto. Aunque había olvidado un pequeño detalle: Valeria era la hija del Mazca.

© Paul Medrano

El autor:

Paul Medrano. Nació y vive en México. Es alérgico a los políticos de cualquier partido, sufre de incontinencia sexual, no habla inglés, no tiene televisión, es acrofóbico y también ateo. En sus momentos de lucidez suele colaborar en *La Insignia*, *Palabras Malditas* o *Milenio Diario*, siempre y cuando no se ponga a lavar ropa. Tiene inédito el libro de cuentos *La bala podrida*; actualmente trabaja en un segundo volumen de historias titulado *Tejana maldita* y en su primera novela. Todas sus demás minucias suele desecharlas en su bitácora personal: <http://www.2caminos.blogspot.com>

ME NIEGO ROTUNDAMENTE

por Jonathan Minila

–En primer lugar– Susurró la mujer. *– la vida no debería terminar.*

Él, a su lado, asomado discretamente por el filo del muro hacia el salón que estaba al final del pasillo, la escuchó sin voltear a verla. Estaba inquieto, con el rostro seco de un llanto interrumpido.

–La vida no termina.– Contestó al fin cortante.

La mujer, totalmente abatida, se deslizó por el muro hasta quedar sentada en el suelo. Luego, como si su voz viniera de todas partes, respondió.

–La mía sí

–Pero la vida sigue.– Replicó él, aun con los ojos clavados en la gente de negro que rezaba.

La mujer trazó una desoladora sonrisa, y habló como si lo hiciera para ella misma.

–¿La vida sigue?– Hizo una pausa. *– Luego de mi muerte no quedará nada...*

–Queda mi vida.– Volteó él, enojado, recargándose en el muro. *– la de ellos, la de muchos otros.*

–¡Es mentira!– Gritó la mujer cubriéndose el rostro. *– cuando cierre los ojos todo habrá terminado.*

Él, angustiado de que alguien la hubiera escuchado, asomó rápidamente al pasillo para verificar la reacción de la gente en el salón. Los pocos dolientes que alcanzaba a ver desde ahí, todos de espaldas bajo el marco de la puerta, voltearon como si hubieran estado esperando la oportunidad para poder desviar, por un instante, la mirada.

Nada.

Cuando volvieron los ojos al lugar que la mujer debería estar ocupando, se dirigió a ella nuevamente.

–¿Qué no te has dado cuenta?– Preguntó el hombre con los ojos clavados en la pared de enfrente. *– Velos a ellos... a mi... estamos vivos; nada ha terminado.*

–Aún no he cerrado los ojos– Se contuvo la mujer para que sus palabras no se convirtieran en otro grito.

De nuevo el silencio flotó entre ellos y los rezos se escucharon como no lo habían hecho hasta ese momento. Él comenzó a llorar, y tomó con ternura la mano de la mujer. Luego, con el llanto quebrándole las palabras, le habló por primera vez, desde que la había encontrado en la oscuridad, mirándola a los ojos.

–Los cerraste en mis brazos...– Le dijo con un esfuerzo que casi le costó la vida. Hizo la pausa precisa para que una lágrima recorriera su rostro y cayera entre sus los dedos entrelazados; luego continuó. *– Ya estás muerta María*

–No, no, no...– Se paró ella desesperada, y golpeándose en la cabeza con los puños cerrados comenzó a caminar sin sentido. *– Jamás creí escucharte decir eso.*

Él la alcanzó para abrazarla.

–Disculpa.– Le dijo. *– Es que esto que está pasando... no es normal.*

La mujer se separó de él.

–¿Que no es normal?– Contestó mirándolo a los ojos *– no sabes lo que dices; a nadie le gusta la muerte. El problema es que todos la aceptan, pero yo no, ¿entiendes? YO NO.*

El tiempo se detuvo. El cuchicheo de los rosarios se extendió sobre ellos como si quisiera devorarlos, y él intentó abrazarla de nuevo; fue imposible. Estaban destrozados; muertos los dos.

–*No me toques!*– Gritó la mujer. –*¡ME NIEGO ROTUNDAMENTE A LA MUERTE!*

Los rezos se apagaron al instante. La mujer cayó al suelo de rodillas, y él, sin importarle ya que alguien hubiera escuchado el grito, se hincó también para abrazarla. Le besó la boca, los ojos, la nariz, como cuando eran novios; luego, como entonces, quedó hipnotizado con el hermoso color de sus ojos. Las lágrimas siempre le habían dado un brillo especial a su mirada, como si de ahí pudiera nacer cualquier sueño. Ojalá se hubieran quedado así por siempre. Sin embargo en el pasillo... los pasos... las voces...

–*Y ahora, qué hacemos*– Le susurró ella al oído.

–*Si no quieres morir, amor, no tienes por qué hacerlo*– Contestó él sintiendo sus labios.– *yo les explicaré.*

Los pasos se acercaron, y los murmullos que cada vez eran más fuertes. Alguien se adelantó y encendió la luz de donde se encontraban.

Todos los corazones se aceleraron, como nunca lo habían hecho, menos uno que estaba quieto y marchito.

–*Tienes razón princesa mía.*– Susurró el hombre antes de sentir una mano sobre su hombro.– *Si cierras los ojos todo terminará... no lo hagas... no los cierras nunca.*

© Jonathan Minila

El autor:

Jonathan Minila Alcaraz (1980). Ha escrito cuentos y ensayos publicados en revistas de la República Mexicana, una obra de teatro, y desconocidos intentos de novela. Fundador de la Compañía Teatral Laberinto, donde fungió como escritor y productor hasta el 2007. Autor del *performance* teatral "El último", presentado en el Marco del Festival Internacional en Defensa del Agua, en 2006, y en el festival "Futuro Inexacto". Finalista en el segundo concurso de poesía "Laberinto", 2004. Estudió guionismo en el Centro Internacional de guionismo de cine y televisión (*Cigcite*). Cursó un taller de creación literaria con Oscar de la Borbolla, 2007. Ha colaborado, también, con artistas plásticos y visuales, como la pintora y escultora Mariana Castro De Ali y la Artista Visual Copycat. Blog, *El pájaro azul*: <http://jminila.blogspot.com>

* * *

Relato

LOS DÍAS FELICES DE EDWIN

por Josué Barrera

Un día Edwin recibió el correo electrónico de una alumna suya, leyó que ella había buscado su dirección por todos lados hasta que alguien, no iba a decir quien, se la dio, que esperaba no se molestara por quererlo conocer, le pedía prudencia, que las conversaciones se quedaran entre ellos tal como él le dijo después cuando empezaron a hablar a través de un chat bajo nombres irreales actuando como si fueran otros, como si se dejaran guiar por una parte de ellos que no había podido salir por recato, por miedo, por no querer actuar de una manera que nadie de su círculo de amigos esperaría, por eso el chat, pensaba Edwin, era la mejor opción para planear una aventura, algo que nadie debía saber porque si alguien lo hacía, alguien que no fueran ellos, su trabajo corría peligro, pero sobre todo su nombre, la reputación que con esfuerzos consiguió a través de los años y por medio de muchos trabajos aunque él sabía, como muchos hubieran pensado si estuvieran en su misma situación, que una experiencia de tal tipo no se volvería a repetir, que lo mejor sería actuar con cautela y tentar el terreno primero, no decirle que también le gustaba sino que también le parecía agradable, preguntar por su familia, por la ubicación de la computadora para saber si se corría el riesgo de que alguien leyera las conversaciones, en todo pensaba, al grado de que a ella le pareció ridículo tantas prevenciones, no lo

veía necesario, pero no decía nada porque le gustaba Edwin, tanto, que incluso pensaba que lo quería, se enfurecía al imaginarlo con su pareja, le pedía que no hablara sobre ella diciéndole que no importaba, que ella sentía algo fuerte por él y que quizá, si él se dejaba ir por sus instintos, iba a llegar un momento donde él también sentiría lo mismo, para ese entonces, según los planes de Suseth, ella tendría dieciocho y sería mayor de edad y no habría problemas en fugarse de la casa e ir a vivir con él, donde Edwin dijera, lo iba a seguir, dejaría todo por estar a su lado, pero primero dejarían el chat para sonreír y platicar un poco en la escuela, luego decidieron verse los martes y los jueves a las siete, cuando ambos salieran de la escuela, pero si se podía un poco más temprano, él le comentó, era mejor porque de esa manera no habría posibilidad de que alguien de la escuela los viera, cinco calles abajo, en medio de la cuadra, ella estaría sobre las escaleras de la entrada de una casa deshabitada, tenía que inventar excusas a su maestro y él dejaría una tarea para salir a las seis y treinta del aula y dirigirse al coche e ir cinco calles abajo para después desnudarse en sus cada vez más frecuentes encuentros físicos que resultaban agotadores, donde ella lo veía al sentirlo dentro y le decía que lo quería hacer el hombre más feliz del mundo y que su cuerpo era suyo, todo lo que veía y tocaba era suyo, que le pidiera lo que quisiera, entonces Edwin la tomaba y la llevaba a la pared a una velocidad que hacía que ella se golpeará sin importarle, porque en ese momento él la penetraba con agresividad, con el sudor en la frente, sin verla, sin escucharla, pensando en otra persona y en ella al mismo tiempo, cerrando los ojos y dejando que su sexo actuara por él, y no le importaba azotarla, oprimir sus pechos, morderlos, quererlos arrancar hasta que ella empezara a quitarlo de encima con sus manos inseguras que después lo atraían, y él era feliz con su conducta irracional sabiendo que corría peligro, que si Suseth llegaba hablar todo se desplomaría, y era cuando lloraba, cuando se sentía culpable después de dejarla en una esquina para que caminara un par de cuadras y llegara a su casa diciendo que acababa de salir de clases o que debió de ir a la casa de una amiga para hacer una tarea, nunca faltaba un pretexto que su madre se tragaba sin ningún inconveniente, como si fuera cómplice, como si entre las dos le ocultaran al padre de Suseth la aventura que tenía, los pormenores de cada acto sexual, la manera en que se veía con Edwin a cinco cuadras de la escuela después de que ambos salían de clases para irse a un motel por una hora donde él tocaba la falda escolar de Suseth y le pedía que se la quitara y luego que se vistiera para desprenderla de nuevo y al acabar el tiempo previsto él la dejaba donde siempre y se regresaba a su casa, agotado, algunas veces pensativo, con su ropa desaliñada, con mucha sed, reservado, manteniendo su actitud de maestro serio, formal, como ejemplo para los chicos, el preferido del director, el más amable con las secretarías, el amigo de los demás maestros que confiaban en él, así que al día siguiente ella podía pasar al lado suyo y saludarlo y nadie sospechaba, al contrario, todos decían que era muy buen maestro porque mantenía una buena relación con sus alumnos, y era cierto, muy cierto más bien, pero con Suseth era algo diferente, una fantasía, la aventura cómoda y secreta que todos quieren, y Suseth le juraba a Edwin, por el chat, que no le diría nada a nadie, solo así podían pasar una hora encerrados en el motel donde ambos se desahogaban, donde los dos eran felices a su manera, con una felicidad que no compartían, que ni siquiera comprendían a qué se debía, ya que él tenía claro que tenía una pareja, que todo iba bien en esa relación y que al parecer las cosas se estaban ordenando de cierta manera que todo indicaba que próximamente iban a formalizar algo, y también en eso pensaba cuando tenía relaciones con Suseth, cuando le pedía que se quitara la falda y que se tocara enfrente de él, que le dijera qué estaba sintiendo, que se excitara con su propio sexo, que la quería ver autocomplaciéndose con el uniforme escolar, pidiéndole que se imaginara que estaban en el aula y que lo hacían en plena clase frente a los demás, después le preguntaba si había alguna compañera del salón que le gustara, que cuál chica le parecía más linda, y ella debía de responder para complacer a Edwin aunque no hubiera nadie que le gustara, ya que si no lo hacía venían las marcas en sus partes íntimas, las advertencias, los temores de ir con sus padres y contarles todo, sintiéndose amenazada, intranquila, sucia, pero al mismo tiempo excitada, pidiéndole que siguiera y diciéndole que era todo su mundo hasta que su débil voz desaparecía de tanto gemir.

© Josué Barrera

El autor:

Josué Barrera (Torreón, Coahuila, 1982) Radica en Hermosillo, Sonora. Director de la revista de literatura *La línea del cosmonauta* y coordinador del Proyecto Faz (un archivo electrónico de la literatura del estado). Autor del libro *Conducta amorosa* (ISC, 2007).

EL DIABLO DE LAS HESPÉRIDES

por Ahmed Oubali

Sinopsis:

Si realmente no crees en el diablo, es mejor no leer este relato...

La Comisión de Investigación había acudido aquella noche al Cuartel General de Artillería para escuchar la versión de los trágicos hechos de la propia boca del viejo Si Mohand, un héroe de la Guerra Civil española y ahora encargado del abastecimiento militar de la región de Larache. El médico forense tosió para aclararse la garganta y dijo en tono grave:

–Tres cabos desaparecidos, cinco sargentos ahorcados, cuatro tenientes ingresados en el psiquiátrico de Tetuán y seis generales se levantaron la tapa de los sesos y todo esto en menos de un mes. Lo curioso del caso es que son todos de nacionalidad española. Inútil hablarles de las familias que dejaron deshechas. Según usted, añadió escéptico, volviéndose hacia Si Mohand, todas estas víctimas fueron poseídas y luego asesinadas por Satán...

–Así es, señor, dijo muy afectado el viejo, el sereno y yo les disuadimos a que visitaran a medianoche el Castillo de las Hespérides, llamado también Castillo de las Cigüeñas. Pero no nos hicieron caso.

–¿Afirma que ese lugar está encantado? carraspeó el general, malhumorado.

–Por supuesto, mi general. Todo el mundo aquí se lo puede confirmar. Vienen ocurriendo allí hechos siniestros desde la época griega. Cuentan que hasta Aicha Candisha suele hervir allí sus pócimas maléficas, para unir matrimonios o deshacerlos, concluyó el viejo con un estremecimiento en la voz.

–Pues yo estuve ayer y no me pasó nada, declaró el comisario con una mueca de sarcasmo.

–Los planes del diablo son impenetrables, puntualizó enigmáticamente el sereno.

–¿Dice que las víctimas iban armadas con pistolas automáticas? preguntó el general con una mirada inquisitiva.

–Sí, aclaró Si Mohand, los tenientes que ingresaron en el manicomio declararon que vaciaron sus cargadores, treinta y seis balas en total, sin que el fantasma se hubiese inmutado. Dicen que le dispararon a quemarropa. Los sargentos, tras descargar sus pistolas, huyeron pero más tarde se suicidaron.

–Dicen que el demonio surge detrás de sus víctimas y les quiebra el cuello antes de que reaccionen, dijo el sereno, conteniendo el temblor de su voz.

Hubo un silencio insoportable. El general avivó la lumbre añadiendo otro leño en la chimenea y dijo con voz enojada:

–¡Historias de fantasmas! Bobadas. ¿Acaso estamos en la Edad Media? Esta historia es pura patraña. ¡Vaya tela! dejaros de boberías... De nada sirven estos potingues y ungüentos... Tenemos que buscar a un asesino de carne y hueso que nos tiene a los españoles entre dientes.

–Yo creo que es tan verdad como el Evangelio, exclamó enfadado el sereno del Castillo, luego añadió: ¿Y qué me dicen de las Hespérides que tenían el poder de inmortalizar con sus filtros a los humanos o de Aicha Candisha que no deja de sembrar tragedias entre nosotros o de aquellas santas que tuvieron el poder de transformarse en cigüeñas, cosa que dio el nombre al Castillo? No son leyendas, señores.

–¡Tonterías!, gritó el general fuera de sí y, lanzando una mirada retadora a Si Mohand y al sereno, añadió: No lo aguanto más. Esta misma noche voy a desafiar a vuestro «diablo»...

–No se le ocurra, general, le gritó Si Mohand con los ojos desorbitados y la lengua atascada.

–Tranquilo, general, dijo el comisario, no se lo tome a pecho, ya indagaremos más tarde. Ahora es mejor que nos vayamos a dormir después de terminar de beber este delicioso té con hierbabuena– y,

dirigiéndose a Si Mohand, agregó: ¿Qué le añade al té para que tenga este aroma tan deleitable?

El viejo se las arreglaba para echarle ron al té por temor a que podrían aborrecer el brebaje moruno.

–Unas lágrimas de azahar y un poco de ron, aclaró él orgulloso de la lisonja.

Se dirigieron todos a casa, pero por razones de orgullo o curiosidad, el general giró apresuradamente sobre sus talones y enfiló el camino del Castillo «encantado», en dirección al puerto. Estaba seguro que aquello no tenía ni pies ni cabeza y que era pura imaginación del viejo Si Mohand. El pobre moro, pensó, volvió fuera de sus cabales de la Guerra Civil española, donde perdió un pie y el ojo izquierdo, cosa que pudo haberle perturbado el raciocinio y hacer de él un mitómano y un paranoico. El general llegó al Castillo, recorrió la vereda, empujó con fuerza la pesada puerta de madera, no sin notar la ausencia del sereno, cosa que no le sorprendió, dadas las trágicas circunstancias. Anduvo hasta llegar al lugar oscuro, lúgubre e inhóspito, donde según se cuenta, aparecía la bestia.

Sacó la pistola y comprobó que estaba bien cargada y dispuesta a disparar. Tuvo de repente un ligero pero efímero mareo y buscó donde apoyarse. Se sintió inesperadamente cansado, como si tuviera sueño. Hubo un clic. Un ruido semejante a un chirrido de una puerta que se abría y se cerraba. Se le aceleró el pulso. «Los diablos no abren y cierran las puertas», pensó irónicamente. Abruptamente, le pareció atisbar una silueta blanca destacarse ante él. Tardó unos momentos en discernir lo que estaba viendo. Se estregó los ojos para despejarse, creyéndose víctima de una alucinación. Pero lo que vio era real: la silueta blanca se puso bruscamente a alargarse verticalmente de varios metros de alto. Desenfundó la pistola, apuntó parpadeando y avisó con voz quebrada que dispararía si la «cosa» no se identificaba. Pero el fantasma se echó sobre él antes de que terminara su frase. Aturdido y con el corazón latiéndole con violencia, el general apretó el gatillo varias veces, hasta vaciar el cargador, sin que la «cosa» cayera al suelo. Súbitamente, el diablo extendió sus etéreos y blancos brazos hacia el cuello del general. Este sintió un profundo escalofrío correrle a lo largo de la espina dorsal mientras que el sudor le invadía toda la cara.

Se paró de sopetón. Su pavor fue aumentando poco a poco; frunció el ceño. Le castañetearon los dientes.

Soltó la pistola y se dispuso a huir, pero una pared se irguió ante él y se vio acorralado como un animal sin defensa. Dio la vuelta y en ese momento le sorprendieron unas heladas garras de hierro atravesándole el cuello. Se debatió. Soltó un alarido inhumano. Se desprendió por fortuna y echó a correr, pero el diablo, pisoteándole los talones, le hincó esta vez sus mortíferos colmillos en los riñones. Un ronco rugido de dolor escapó de la garganta del general. Intentó luchar desesperadamente. Finalmente se desplomó, con los ojos desorbitados, bajo la mirada fulminante y sardónica de la bestia.

–Crisis cardiaca provocada por sofocación y varias lesiones cerebrales, declaró el médico forense, al día siguiente, cuando un marinero alertó a la policía armada, tras encontrar el cadáver del general sobre la vereda, fuera del Castillo.

–Se lo advertí, apuntó Si Mohand con voz de reproche, pero no quiso escucharme. Por Alá, señores, ¿siguen aún sin creerme?, preguntó con desdén, mirando al comisario y al médico forense.

–Tienes razón. No te censuramos, le dijo el médico para tranquilizarle.

–¿Y el sereno, qué hay de él? ¿Sabéis que no estuvo de guardia?

–Curioso, carraspeó el policía, luego se calló.

–Bueno, señores, puntualizó el médico, vamos a recapitular los hechos mientras saboreamos otra taza de este té tan aromático, luego dijo mirando agradecido a Si Mohand: ¿te importa añadir un poco más de azahar?

–En absoluto, contestó satisfecho el aludido, mientras rellenaba las tazas de sus compañeros con su delicioso brebaje, luego agregó suspirando: ojalá nos dejara en paz esa maldita bestia...

–A eso quería llegar, aclaró el médico con voz apagada, me toca ahora a mí retar al diablo.

Era medianoche cuando el médico decidió a su vez adentrarse en el laberíntico castillo. Empezó a oír unos ruidos estremecedores. Algunos rayos estallaron. Las paredes del castillo parecieron derrum-

barse, cuando dos figuras siniestras se destacaron, delatadas por un relámpago deslumbrador. La silueta del sereno que colgaba de un árbol, cuello torcido y otra silueta que ahora empezó a adquirir proporciones gigantescas para luego abalanzarse sobre el médico. Era la bestia.

–Alto, gritó el médico, empuñando la pistola. Descúbrase o disparo a matar. No se haga el idiota.

El fantasma avanzó atrevido pero cuando el médico disparó, alcanzándole en una pierna, profirió inesperadamente un alarido de dolor, saltó hacia atrás cojeando y en su inesperado desequilibrio se desbarazó sin querer de las inoportunas sábanas que le cubrían, tras lo cual apareció un rostro humano, con cara de berenjena y aspecto vulgar.

Era Si Mohand, hecho un manojo de nervios. De pronto la sorpresa se mutó en una expresión de terror. Vociferó odiosos sonidos guturales, sus gemidos fueron aumentando. Lanzó improperios a voz en grito, zafio y rojo de ira.

Se lanzó sobre el médico, esgrimiendo una navaja en la mano izquierda y estallando en una orgía de quejas y reivindicaciones, acusando a Franco por haber engañado vilmente a Marruecos y por no haberle debidamente recompensado a él por sus heroicas hazañas militares.

–Hijos de puta, gruñó como un loco, asesinos, fascistas, habéis expoliado mi país descaradamente. Lo habéis empobrecido y dejado en la ignorancia total. Habéis matado a sus héroes y abandonado sin recurso alguno a los que os consiguieron la victoria.

Los dos hombres iniciaron una lucha encarnizada y feroz, pero el médico logró al final inmovilizar al impostor.

–¿Cómo lo supo todo? preguntó más tarde el comisario, atónito.

–Ayer, cuando estuvimos tomando té, observé un diminuto frasco en la palma de su mano, que mantenía abierto mientras vertía té en la taza del general.

Deduje que lo de las lágrimas de azahar era en realidad un somnífero.

–¿Se lo vertía entonces a quien proclamaba recoger el guante por desafío?

–Exacto. Mientras las víctimas descabezaban un sueño en el Castillo, bajo el efecto del somnífero, el viejo se apresuraba para sustituirles el cargador por otro vacío. De forma que cuando luego hacían fuego sobre él los pobres no entendían por qué disparaban en blanco, ocasión que aprovechaba él para asesinarlos.

–¡Santo dios! ¿Cómo se las arregló usted para no tomar antes el somnífero y disparar luego sobre él? preguntó incrédulo el comisario.

–Simulé tomar el brebaje, luego, mientras él añadía azahar en los demás vasos, vacié el mío, aprovechando la luz tenue. Me llevé otro cargador al Castillo, que disimulé en mi calcetín. Cuando el viejo me sustituyó el cargador de la primera pistola, simulé que dormía y el pobre no se enteró de nada.

–¿Y el cuerpo del viejo: cómo es que tomaba esas gigantescas proporciones?

–Accionaba una escoba desde dentro que hacía alzarse la chilaba o las sábanas.

© Ahmed Oubali

El autor:

Ahmed Oubali. Catedrático de Semiótica de Textos en la Escuela Normal Superior de Tetuán (Marruecos). Licenciado en Filología, Traducción y Periodismo, es Doctor desde 1990 por la Universidad Rennes II de Haute Bretagne (Francia), en la que defendió su Tesis Doctoral titulada *Les Avatars du Sens dans la Traduction du Quichotte*, una crítica histórica sobre las traducciones francesas del Quijote. Actualmente es jefe del Departamento de Lengua y Literatura Españolas de la Escuela Normal Superior de Tetuán, en donde imparte docencia e investiga principalmente sobre lingüística y didáctica de la lengua y también sobre teoría y práctica de la traducción. Ahmed Oubali es miembro de la Asociación de Escritores Marroquíes en Lengua Española, pues desde 1993 lleva publicados unos cuarenta relatos en español y unos sesenta en francés, todos ellos dedicados al ambiente etnográfico marroquí.

EXTRANJEROS Y FANTASMAS

por Carlos Frühbeck Moreno

Cualquier imbécil puede retorcer los alambres de un recuerdo.

Juan Carlos Onetti

Giovannelli, si yo nunca he sabido coger un trozo de alambre y hacer con él una bicicleta de juguete sin que se me llenaran las manos de óxido y el metal se partiera; si ahora es invierno y estoy paseando por la playa y escucho cómo crujen bajo mis pies las conchas que no tendrán tiempo para volverse arena blanca. Si cuando me escribieron para contarme que te harían una autopsia para dictaminar las causas de tu muerte antes de incinerarte; si cuando me dijeron que te encontraron tirado en el baño de tu casa y tu rostro estaba negro, no lo olvidaré nunca, dijo quien me escribía, yo pensé que ya nunca podría poseer tu recuerdo, que ahora eras sólo un tópico literario, que cuando un extranjero muere en Hanoi, el alma no sale del cuerpo aunque ya se conozcan las causas de la muerte, bebía demasiado, tenía las arterias de cristal, la luz podía pasar a través de ellas y quedar atrapada dentro y quemar los tejidos y encender una tea con el poco oxígeno que quedaba en la sangre y descubrir que alguien ha escrito revolución o muerte sobre el tejido epitelial de los pulmones. Entonces, el alma se coagula bajo la piel, quizá quiere corromperse con el cadáver, sueña tener arterias que se rompen por exceso de luz porque son transparentes y pesadas, vidrio orgánico. Espera el bisturí del médico legal para que abra una pequeña incisión y entonces de tu mejilla sale un jirón de humo negro y alguien piensa en una bandera argentina que el exilio ha cocido a fuego lento hasta volverla ceniza húmeda. O quizá no: el alma también puede escapar cuando incineran el cadáver según un rito budista sin que ningún miembro de la embajada argentina ni sus hijas mayores sean testigos de la ascensión de la ceniza que ya no puede cambiar el mundo y se posa sobre los muebles de bambú, la desnudez del polvo que se llena de muertos.

«Giovannelli, si yo no te conocía casi, si me dediqué a inventarte y me llené las manos de óxido y se me rompieron los alambres y me desinfecté las heridas que habían quedado en mis manos y aún tengo cicatrices, si yo estaba ausente en tu muerte, estaba lejos.»

Giovannelli, si yo no te conocía casi, si me dediqué a inventarte y me llené las manos de óxido y se me rompieron los alambres y me desinfecté las heridas que habían quedado en mis manos y aún tengo cicatrices, si yo estaba ausente en tu muerte, estaba lejos. Recuerdo que cuando era marzo en Hanoi empecé a creer que vivía como los enfermos que estaban en coma en una vieja película de terror: creía que estaba dormido y que unos hilos de titanio me tenían suspendido sobre el suelo y que me habían entubado porque toda la realidad que estaba respirando se me había quedado dentro y se había vuelto sólida y dentro de mi cuerpo había una mina de pirita, mineral de deshecho, que llenaba de cubos amarillos mis sueños y que la debía vomitar pero no sabía cómo y el cielo parecía plástico caliente recién salido de una planta petroquímica. Si una vez cuando me llevaste en moto a través de los nuevos edificios de apartamentos del barrio de Bah Dinh me dijiste que este era un pueblo fuerte, que era maravilloso ver cómo plantaban flores en las medianas de las nuevas carreteras, que muy pronto alguien habitaría en los nuevos barrios residenciales y yo pensaba que estos albañiles podrían entrar con los pies desnudos dentro de mi alma y ponerse un casco con una vela encendida y sacar a golpe de pico todo el mineral que tenía dentro, lo podrían hacer si quisieran, son un pueblo fuerte y disciplinado. Y el ruido de las motos por la carretera se volvía olor amargo y uno entonces entendía por qué el cielo no podía ser de otro modo.

Y me decías que antes de marchar al exilio estuviste en la Marina argentina y que todavía no enten-

días por qué no te mataron cuando lo del golpe, si todos sabían quién eras, un rojo, que estabas metido dentro hasta las cejas, si el 24 de Marzo de 1976, cuando ya había terminado la guerra del Vietnam, cuando allá ya estaba en marcha la nueva política de colectivización y subsidios y el dong se desplomaba y los billetes no valían nada porque alguien había escrito encima, antes de cualquier guerra, malos poemas que imitaban a Baudelaire, te llamaron tus superiores para que te presentaras y lo hiciste y te dejaron marchar, y te dejaron vivir y te exiliaste en Brasil, y el coche negro que había aparcado delante de la casa de tu madre se quedó allí esperándote, como una llaga abierta en mitad de Palermo Viejo. Ahora, en Hanoi, en las motos cargan jaulas con gallos de pelea dentro y cuando lleguen las seis y media, anochecerá y la gente se sentará en taburetes de plástico mientras los cucharones giran dentro de las ollas llenas de sopa de pasta. Y mataron a tus amigos, pero a ti no te mataron, me dijiste que todavía no entendías por qué y yo entonces me di cuenta de que tus palabras eran el humo del arroz que freían a bandazos en las calles sin acera, que era vapor de agua que se volvería telaraña al chocar contra nubes de goma.

«Dime, Giovannelli, qué podemos recordar, qué podemos poseer sin que lo deformemos, si al Che Guevara lo fotografió Korda, lo desfiguró Korda mientras asistía al entierro de las víctimas del sabotaje de La Coubre, si los marineros saltaron por los aires en el puerto de La Habana y el Che asistió a su entierro y Korda lo fotografió y tú, que eras guardiamarina, sabías que los marineros cuando mueren se ahogan siempre, aunque los mate una bomba y los ahogados dejan de respirar y ya no quieren pisar la tierra prometida.»

Giovannelli, si esto son cuentos de gallegos, cuentos de gallegos, que no llegamos al fondo de las cosas porque no nos interesa porque solo nos interesa exprimir a los países de Sudamérica para poder ir a las fiestas de Nochevieja con el cuello de la camisa almidonado, si todos somos la misma mierda, como me decías y el 24 de Marzo de aquel año en que los dos estábamos en Hanoi hablabas en clase de aniversarios y escribías en la pizarra con letras grandes cifras y los muertos parecían datos estadísticos que necesitaban una caligrafía rigurosa para poder tener un mínimo de solemnidad universitaria; es el problema que tenemos cuando el horror se vuelve lenguaje, cuando lo reproducimos

para que alguien recuerde, cuando regalamos alambres al tumtum y entonces tú ponías un cd de León Gieco y era verdad que la memoria dolía hasta sangrar a los pueblos que la ocultan y que no la dejan marchar libre como viento. Y llegaba el descanso y los estudiantes cambiaban en Cd y escuchaban a Shakira, había que celebrar que la Universidad crecía al mismo ritmo que el resto del país, que ahora se disponía de Aulas nuevas con los mejores medios técnicos y bailaban y las chicas eran hermosísimas mientras bailaban porque a ti la memoria te dolía de verdad, porque repetías siempre las mismas cosas y las repetías y tu dolor, todo el horror, se había vuelto susceptible de crítica literaria, porque era necesario recordarlo con palabras solemnes y hacer con ellas una bicicleta de alambre hasta que se te revoliera el estómago pero luego el dolor se pasa con un buen trago de sales minerales efervescentes y podemos dejar una bicicleta de torturas y golpes de estado entre las flores de la terraza que hay en el primer piso del Hotel Meliá, de la terraza con vistas al Lago Hoam Kiem y los árboles que se doblan sobre la orilla como si el edificio del banco de Nueva Zelanda, con todos sus interiores de caoba, con su atmósfera serena para los turistas que cambian dólares, los estuviera empujando hacia las profundidades.

Giovannelli, cómo no van a ser cuentos de gallegos, si te partirías de risa al saber que un gallego va en pleno invierno a la playa con la intención de ponerse a pisar conchas hasta que sea de noche y, encima, las conchas están duras y crujen bajo los pies. Ten cuidado, no pises la concha de tu madre. Si sentirías pena, tú que creías en el materialismo histórico y pensabas que la materia era eterna y que la historia era un proceso con sentido, no un armario donde colgamos nuestros olvidos en perchas de colores y los ametrallamos con balas de naftalina. Si yo vivía solo en un edificio de tres plantas y creía que había fantasmas que me protegían, los fantasmas que habitaban en el altar de la buhardilla. Si yo creía que cuando estaba a punto de caerme por las escaleras, una pequeña mano me sostenía y me decía que debía seguir viviendo en una lengua de monosílabos musicales. Ilusiones burguesas. Si sólo existe la materia. Si por las tardes subía a la terraza porque todo el mineral que

estaba almacenado en mi interior pesaba demasiado, si el aire del salón era como vanadio al rojo y me sentaba entre los tiestos secos, a la sombra de mi vida sin hojas y pensaba que la materia primordial de este mundo se salvaría porque era un tiesto de cerámica que imitaba a un lago con pagodas, un testero de cerámica lleno de crías de mosquito, de crisálidas submarinas que sólo sabían escuchar y alimentarse del horror porque bajo el agua estancada sólo se escucha el lenguaje de los muertos. El dolor que no es solemne, que no es pequeño, que no es barroco, que no es artístico ni objetivo, sólo el dolor sin pagodas, sin iglesias, sin cuentos de gallegos.

Dime, Giovannelli, qué podemos recordar, qué podemos poseer sin que lo deformemos, si al Che Guevara lo fotografió Korda, lo desfiguró Korda mientras asistía al entierro de las víctimas del sabotaje de La Coubre, si los marineros saltaron por los aires en el puerto de La Habana y el Che asistió a su entierro y Korda lo fotografió y tú, que eras guardiamarina, sabías que los marineros cuando mueren se ahogan siempre, aunque los mate una bomba y los ahogados dejan de respirar y ya no quieren pisar la tierra prometida. Sólo desean descomponerse bajo el agua mientras el alma se vuelve sal y se mezcla con la arena de la playa que ahora piso. La mirada del Che apuntaba a los ahogados, a todos nosotros. Y paseabas por Hanoi con la boina del Che y veías ahogados y a la revolución se le habían caído los dientes, se te habían caído los dientes y habías empezado una nueva vida en Vietnam después de los corralitos de 2001 mientras los turistas que se sientan en el Highlands Coffee del Lago del Oeste conversaban con la alegría del que sufre el asedio de un ejército de cisnes a pedales, y comparan el tamaño de las libélulas atrapadas en la humedad amarga con helicópteros de combate.

El 2001, Giovannelli, cuando abriste un asador en la calle Nha Tho junto a los respiraderos torturados de la catedral católica y allí se reunía la plana mayor de los cubanos residentes en Vietnam. Y te acorralaron veinte mil dólares en Argentina y tu socio vietnamita te engañó y se quedó con el asador. Y siguieron yendo allí los cubanos y tú perdiste Buenos Aires y te divorciaste de tu primera mujer y te dejaste de hablar con las fascistas de tus hijas porque eras un hombre nuevo que creía en la revolución, porque el lenguaje y las acciones deben ser decididos, entusiastas, violentos. Y el hombre nuevo ahora vivía en una pensión gracias a la generosidad de la Embajada Cubana, que te debía tantos favores de los tiempos en que importabas arte vietnamita a Argentina y abrías exposiciones exóticas en Palermo Viejo. Y conservabas la esperanza porque una vez, cuando eras militar, leíste un discurso delante de tus compañeros de la marina y elogiaste a Perón y hubo quien se echó a llorar cuando citaste al Che Guevara y al heroísmo de sus acciones guerrilleras en el Congo. Y aguantaste con clases de español, con un matrimonio con una chica que no te entendía, con proclamas encendidas en los boletines informativos de la radio.

«¿Quieres sentarte conmigo, Giovannelli, ahora que nadie encuentra un embalsamador que elimine los hongos negros que brotan en el rostro de tu revolución? Dentro de poco será de noche y los viejos volverán a parecer jóvenes y me quedaré solo en esta playa y creeré que estoy vivo y todo será un espejismo sobre el agua y creeré que ahora no me duele nada, que no tengo que rechazar nada. Sólo hay mar, sólo una ilusión sin contenido.»

Una vez me contaron que mucho antes de que yo vomitara todo el metal que se anillaba en mi interior en un avión de la Thai Airways, disculpe, señora azafata, pagaré el sobrepeso cuando lleguemos, la pirita interesa mucho a los coleccionistas de minerales; mucho antes de que los corralitos te robaran Buenos Aires, mucho antes de que tuvieras un hijo con una vietnamita, mucho antes de que cayeras en el baño con el ruido de una revolución envejecida, Andrea Mantegna pidió permiso a Isabel de Este, marquesa de Mantua, para viajar a la sierra boliviana y poder retratar el cadáver del Che Guevara después de que Mario Terán lo ametrallara. El agente de la CIA Félix Rodríguez fue testigo de cómo Mantegna, con la tranquilidad del hombre del Renacimiento, montó su cabellete en la sala de autopsias y pidió que inyectaran formaldehído en las venas del cadáver para detener el proceso de descomposición y así poder pintar con tiempo un Cristo yacente y engañar a los imperialistas y santificar al hombre nuevo del marxismo, el ministro de industria que siempre está alerta aunque la economía del país se colapse, como nuestro señor Jesucristo, que le llenaron las piernas

de balas mientras estaba crucificado.

El Che estaba alerta y sigue alerta y tú, Giovannelli, estabas envejeciendo. Y creías con toda tu fe en verdades científicas, la revolución es ciencia, la historia era un proceso con sentido, el hombre nuevo existe, he dejado de chupar en serio, ahora sólo bebo cerveza fresca, ahora sólo bebo cerveza fresca en los Bia Hoi de Nguyen Trai, hay que beberla rápido porque dura pocas horas en el barril, porque te llena el estómago de llamas frías. Estabas envejeciendo porque en Radio Viet Nam te pidieron que hicieras un elogio de Donald Rumsfeld, que se quedó maravillado del progreso del pueblo vietnamita en su visita oficial a Hanoi. Estabas envejeciendo y nadie supo sumergir tu alma en una mezcla de glicerina y acetato potásico, como a Lenin, y el doctor Óskar Vogt no llegó y no hizo treinta y cuatro mil láminas con tu alma para encontrar evidencias físicas de la actividad revolucionaria en sus tejidos, ni vio con el microscopio que una sección de la glándula pineal se había llenado de sábanas blancas que se secaban al sol. Es duro ser viejo, Giovannelli, y que Phuong, tu mujer, tenga veinticinco años y rechace al bebé en el que tienes puestas tus esperanzas, él no será como mis hijas, y que en una fiesta de diplomáticos sudamericanos, en una villa de lujo junto al Lago del Oeste, Phuong se suba a un bordillo y empiece a caminar lentamente sobre la estrechez del cemento con la mirada puesta en un jardín de estrelicias afiladas como aves que se quemán al posarse y llene una conversación sobre el último mitin de Ollanta Humala, todos los que han nacido en la costa del Perú son unos maricones, llene una conversación sobre Ollanta Humala de cuerdas flojas y demuestre que, a veces, sólo es posible caminar cuando tenemos un abismo debajo de los pies, no un viejo argentino sin dientes con el que sólo se puede hablar en inglés.

«Ya estamos fuera, Giovannelli: los fantasmas de mi casa se han quedado solos en su altar lleno de ceniza y ofrendas de paquetes de tabaco barato y vino de arroz. Se han quedado solos en una habitación que los anteriores inquilinos habían aprovechado para amontonar las tumbonas de la terraza.»

¿Quieres sentarte conmigo, Giovannelli, ahora que nadie encuentra un embalsamador que elimine los hongos negros que brotan en el rostro de tu revolución? Dentro de poco será de noche y los viejos volverán a parecer jóvenes y me quedaré solo en esta playa y crearé que estoy vivo y todo será un espejismo sobre el agua y crearé que ahora no me duele nada, que no tengo que rechazar nada. Sólo hay mar, sólo una ilusión sin contenido. No hay embajadores con aire de confesores de Isabel II que meten las obras completas de Jung en una palangana de agua jabonosa y después pintan cuadros abstractos y hacen exposiciones en el Museo de Bellas Artes. Y están

orgullosos porque les dicen que superan a los impresionistas de la colección oficial. No hay organizaciones no gubernamentales que busquen mujeres de dulzura rasgada para sus dependientes, el sexo tropical, estas tías son la hostia en la cama, cuando hacemos el amor pone esa cara de dolor y me siento como si protagonizara una película de soldados heroinómanos. No hay profesores de idiomas que hablan de las acepciones que hay en el Corominas para definir las frutas exóticas de Indochina con los embajadores artistas. No hay putas vestidas con corpiños de seda negra en el Hilton mientras el Cónsul de Noruega da clases de salsa a los vietnamitas ricos y a los aventureros americanos. No hay amas de casa occidentales que se reúnen para leer un libro juntas en un café de las Torres de Hanoi mientras esperan que sus hijos salgan de la guardería internacional. No hay motos con asientos forrados de piel de leopardo aparcadas a la puerta del Ciao Café en Hang Bai. Ya no veo a la gente que flotaba en un aladelta colonial sobre la vida que escapaba con el vapor del alcantarillado, que soñaba melodías digitales y teléfonos móviles dentro de los andamios de bambú. La superestructura, la casta, que dirías, Giovannelli. No estoy yo, que me niego a entrar en este juego de espectáculos musicales de vanguardia cuando una puta me acaricia los cabellos mientras subo a una moto en la calle Le Thai To, la calle de las embajadas, las casas francesas que sobrevivieron a los bombardeos americanos y la puta lleva un chandal negro lleno de manchas y tiene unos veinte años picados de viruelas, want lady? y parece manejable como pocas, como un trozo de alambre con el que hacer una bicicleta de juguete, pero los dientes podridos lo estropean todo, cosas de la alimentación. Ya no estoy allí, ya no estoy en ningún lugar, Giovannelli, ahora deformato los recuerdos y acabo por partirlos en dos, busco una explicación que cubra los andrajos de mi vacío, ya no quiero que la soledad abra vetas de metal en mi interior.

Ya estamos fuera, Giovannelli: los fantasmas de mi casa se han quedado solos en su altar lleno de ceniza y ofrendas de paquetes de tabaco barato y vino de arroz. Se han quedado solos en una habitación que los anteriores inquilinos habían aprovechado para amontonar las tumbonas de la terraza. Afuera la vida seguirá degollando serpientes y mezclando su sangre con licor en una redoma de cristal. El pequeño altar que hiciste a tu madre; Giovannelli, también se ha quedado a oscuras, alguien ha retirado la foto y las dos varitas de incienso de una repisa de tu salón porque sabe que el fantasma de tu madre siempre estará lejos de todo, tan lejos como tú, Giovannelli, que sólo crees en la materia y en el progreso de la humanidad. Y tu hijo, al que ibas a enseñar todo, que sería un revolucionario como dios manda, que se metan por la concha el pasaporte italiano, mi hijo no puede ser europeo, mi hijo estará con los pobres. Tu hijo tiene ya año y medio y ya camina y sigue estando sucio y se pasea medio desnudo por casa y juega con los gatos de tu mujer y de vez en cuando lo arañan. Tus amigos le han asegurado el futuro con generosas donaciones y han abierto una cuenta a su nombre en el banco de Nueva Zelanda.

Ahora que el Sol se oculta y ya no hay suficiente luz para recordar, Giovannelli, y la oscuridad escribe sus razones sobre los grafitis que hay pintados sobre los vestuarios de la playa, ya no te veo, Giovannelli, sólo escucho tu voz y estás borracho después de ver un partido de rugby con tus compañeros de la Universidad y no sé por qué yo estoy sentado contigo y te quejas de que vosotros no supisteis reaccionar antes, no cogistéis antes las armas, que hay gente que sólo se merece el exterminio, el campo de concentración, como hizo Stalin, el nuevo mundo debe ser puro, los hombres nuevos deben ser puros,

Giovannelli, y yo no sé por qué estoy sentado con vosotros, porque la soledad me ha corrompido hasta volverme transparente pero aunque anochezca veo cómo tu hijo gatea, el gallego que se cree muy listo, el gallego que sólo sabe contar cuentos de gallegos, que hace juegos de manos con sus recuerdos como si fueran alambres que se parten para distraer la atención del problema principal. Y alguien sale a comprar más vino de arroz y la noche sueña cataratas de alquitrán vivo sobre Hanoi, sobre la playa y llega el momento en que hay tan poca luz que la revolución es imposible, que los hombres que salen de sus casas a esta hora sólo saben vagar sin un destino porque van a tientas y sus cicatrices no se han curado todavía. Y te levantas y dices Che Guevara, que la revolución aún es posible en América Latina, que ya está Chávez con su camisa roja, que guiarás a la delegación venezolana por Hanoi y después te quejarás de que estos chicos no te trataron con la debida consideración, a ti que conoces a todo el mundo, que conoces Hanoi mejor que Buenos Aires, que aún está Castro, que llegará Humala a Perú, perdió las elecciones, que llegará Ortega a Nicaragua. Pero no llega el hombre nuevo, dónde está el hombre nuevo. La luz es poca y ahora los hombres sólo pueden ponerse un abrigo viejo para parecer buenos burgueses y bajar los puños con rabia porque cuando morirán, los fantasmas de los altares budistas corregirán las galeradas de su ceniza y la revolución, toda tu alma, será sólo una hemorragia interna y tu mujer dirá que ya no querías, no podías vivir en este mundo, como ella no podía vivir contigo. Y ahora vago por la noche mientras vuelven a crujir las conchas bajo mis pies y siento que la noche nos coge por los hombros y nos cuelga en perchas de colores y no veo nada, no vemos nada pero escuchamos cómo silban las balas de naftalina. Y ahora empezamos los dos a ser olvido, Giovannelli, a ser olvido.

«Y alguien sale a comprar más vino de arroz y la noche sueña cataratas de alquitrán vivo sobre Hanoi, sobre la playa y llega el momento en que hay tan poca luz que la revolución es imposible, que los hombres que salen de sus casas a esta hora sólo saben vagar sin un destino porque van a tientas y sus cicatrices no se han curado todavía.»

© Carlos Frühbeck Moreno

El autor:

Carlos Frühbeck Moreno (Burgos, España, 1977) Diplomado en Óptica y Optometría y licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Granada. Licenciado en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada por la Universidad de Valladolid. Profesor de Español para Extranjeros en países como China, Italia o Vietnam. Actualmente, trabaja en el Centro de Lenguas Modernas de la Universidad de Perugia (Italia).

ÚLTIMAS PALABRAS PARA WENDY

por Javier Esteban

Necesitábamos un plano un poco más abierto, así que triqué el fotómetro de las cámaras moleculares para dispersar el efecto de los focos sobre los cuadros de volumen en los que el software acertaba a descomponer la cafetería. Nada muy forzado, desde luego. Sólo lo suficiente para que cuando el locutor caminara hasta el final de la barra, pareciese que recorría una distancia de tal vez siete metros en lugar de los cinco y medio de la realidad; ni os imagináis lo que puede reforzar el efecto dramático una minucia así. Y tampoco era como si pretendiéramos que toda la escena se viera en pixelación abrasiva ni memeces por el estilo. Nosotros somos ante todo informadores, no meros cazadores de lo bizarro.

Pero habíamos decidido que a ella ni nos molestaríamos en explicarle este tipo de cosas, en cualquier caso. Dábamos por sentado que no iba a considerar asunto suyo las peliagudeces del factor técnico. Después de todo, su naturalidad era lo que más nos interesaba y, en lo que a esto se refería, a los dos segundos de grabación ya constatamos que iba a ser capaz de darnos una réplica más que competente.

–Suéltalo –se arrancó sin apartar los ojos del vaso de sucedáneo de verde, antes incluso de que el locutor hubiera tenido tiempo de abrir la boca. Un hormigueo me recorrió la nuca tras escucharla pronunciar esas tres simples sílabas: su voz era perfecta, ni siquiera íbamos a tener que ecualizarla en post producción. Estaría mintiendo si os dijera que me sorprendió, claro está: la habíamos elegido por algo. Esta profesión te enseña a confiar en tus instintos. Y en los de tus documentalistas.

A partir de aquí entró en juego nuestro hombre, ya con todas las de perder por detrás de su sonrisa quirúrgica. Apartó un taburete alto para hacerse hueco y se acodó justo frente a la vitrina de los aperitivos. Desde su bandeja, los diminutos sub-anélicos nutricionales, viscosos de gelatina y sacarosa, le saludaban con el culebreo ralentizado de una mirada de palpos.

–¿Cómo fue tu última fiesta de cumpleaños? –Eso era. A bocajarro, sin dejarle el menor resquicio para prevalecer sobre la situación. La muchacha levantó las cejas por un segundo y desplegó las comisuras de los labios para afilar aún más sus facciones. Alargó la mano y empezó a jugar con uno de los botones color esmeralda de la chaqueta del locutor.

Bien, se tomaba su tiempo para contestar.

–Todavía puedo hacer arder tejidos como este. Te visten con ropa de muy mala calidad, ¿lo sabías?

–Me visten con ropa barata, es muy normal. Tampoco es que acostumbre a salir intacta de cada programa.

Ahí tuve que concederle mérito a Silvia, nuestra guionista. Esas pequeñas concesiones a la intimidad, a lo humano, eran casi su marca de fábrica. Desvié un segundo la vista del monitor periférico hacia ella. Seguía con los ojos en blanco, con el terminal injertado en su lóbulo temporal soltando zumbidos erráticos mientras tecleaba a toda velocidad en un panel invisible. De su talento para tender redes dependía prácticamente toda la línea de desarrollo.

–¿Un trabajo arriesgado? –la pregunta sonó tan groseramente divertida que por un segundo me vi pensando que nuestra entrevistada tendría posibilidades de lograr rehuirnos el juego.

–Los chicos son caprichosos, supongo que tú ya sabes de sobra cómo funciona –forzó una pausa recolocándose la solapa arrugada–. Y te aseguro que resulta mucho peor cuando me pongo un cuerpo de mujer.

Era estúpido, pero logramos tocarle la fibra con aquello.

–Casi ninguno se controla, es normal.

Yo me vi acariciándome los nudillos con incierta expectación. El locutor inspiró ruidosamente y

meneó la cabeza. Entornó los ojos, como si estuviera congraciándose con un recuerdo especialmente incómodo. Tampoco se trataba de regodearse.

–¿Cuándo empezó para ti?

–¿Empezó el qué? ¿El principio o el final?

–Elige.

Por supuesto que preferíamos lo segundo, su historial nos lo sabíamos de sobra. Estaba censada por la policía, así la habíamos localizado. Y la verdad es que lo suyo no era nada que no pudiera resumirse en un párrafo de rótulos, no demasiado largo, desfilando tras la cabecera. Las pruebas sobre habilidades metapsíquicas, evaluaciones psicológicas y demás rutineces condensadas en un certificado clínico que aseveraba que sería un miembro tolerable de la sociedad... ¿Para qué? Lo que de verdad nos interesaba, la materia, era todo lo que vino después.

La muchacha se llevó la mano al flequillo para aplastarlo sobre su frente tan pálida, nocturna, y le dio otro sorbo a su mejunje antes de reemprender la conversación.

–¿Has volado alguna vez? –Una pregunta estúpida. Buena señal.

–No. Lo de los bucles me pilló algo mayor para sincronizarme –en el manual de respuestas estándar, el puesto de esta era el 4.

–Bien mirado no te pierdes gran cosa. No es lo que más echas de menos.

–¿Ah, no?

Reflejó la condescendiente mirada de escepticismo del locutor con un mohín.

–En una palabra: demasiado. Demasiado confuso, aburrido, demasiado lento.

–Ya veo. Dime, entonces ¿qué es lo que más extrañas?

Sin molestarse en contestar, ella se puso de pie y señaló la puerta con la barbilla mientras palmeaba la barra. Un minúsculo piloto rojizo prendió en el rabillo de mi ojo. Parpadeé. Los controles de temperatura y entorno eran escrupulosos hasta la náusea, pero aún no hacía falta preocuparse; por lo que sabíamos, la chica sólo se estaba dejando llevar por un reflejo.

El locutor lanzó un silbido a la máquina registradora y esperó educadamente un par de segundos hasta que un doble bip le confirmó el cobro. Luego tuvo que apresurarse para dar alcance a su objetivo, que le observaba divertida ya desde el exterior, al otro lado del escaparate. El recio abrigo de ante le colgaba hasta las rodillas. Entreabierto, seguía revelando unas formas demasiado flácidas, embutidas en vaqueros y botas altas sin tacón; sin la menor chispa. Y, para remarcarlo quizá, su tinte rubio adoptaba unas tonalidades decididamente estrafalarias bajo luz natural. En consecuencia, indiqué a los operadores de nanobots que utilizaran la humedad del aire para perfilar una lente en cenital, oscureciéndola levemente mediante una saturación de ozono.

Media docena de dirigibles de la urbana surcaban en ese momento el cielo, intercambiando tenues canciones a ultrafrecuencia. Como una manada de absurdos cetáceos cubiertos de púas y con cañones ametralladores Yangu–Remington 6500 cosidos al vientre. No había problema, siempre tenemos nuestras licencias al día.

–¿Qué dirías si te confieso que no acabo de creerme esta pose? –le espetó el locutor nada más llegar a su lado.

–Pues te diría que está bien. No es muy inteligente creerse todo lo que se ve.

Sonreía al decirlo, los párpados contrayéndosele con picardía. «¿Cuántas horas delante de un espejo para lograr un efecto como este?», pensé. Todo era parte de lo mismo, marchaba sobre ruedas, así que Silvia nos obsequió a todos con una espléndida carcajada desde la garganta del locutor a modo de réplica. Sabía cómo obligar a una conversación a resbalar ágilmente por encima de los retintines de medio pelo, no dar tiempo a relajar el antagonismo.

–¿Hace mucho que no ves a tu familia?

Mesura. Los primeros acordes de una sintonía en guitarra acústica empezaron a insinuarse tras el eco turbio de los tres carriles de tráfico de la avenida.

–Un par de meses. Menos del que les gustaría a ellos... –el tono se le encrespo súbitamente al caer en la cuenta–. ¿Habéis ido a hablar con ellos?

–Oh, no. Ese tipo de jugarreta no es nuestro estilo.

En realidad, habían sido los propios padres los que se habían puesto en contacto con nosotros, blandiendo sus vagas exigencias acerca de la potestad y no sé qué historias. Estando como estábamos obligados por ley a compensarles por cualquier injerencia declarada en su intimidad, el gabinete se los quitó de encima saldándoles dos años de la hipoteca para la transducción a binario que tenían contratada con el Gobierno. Los prodigios resultan así de rentables. Por nuestra parte, aprovechamos la ocasión para registrar algunas pautas gestuales, espectrográficas, génicas, etc. Cualquier rescoldo que pudiera servirnos durante el encuentro con la muchacha. Teníamos que contar con que seguía siendo impredecible, aún no había rebasado la veintena.

–Nunca supieron hacerse cargo de lo que me estaba ocurriendo.– Por fin. Los punteos de guitarra subieron de volumen y el locutor asintió con afectada discreción. Zoom. Plano corto. –No les entraba en la cabeza. Cuando me devolvieron a casa del centro de evaluación, la primera vez, decidieron buscarme un cirujano.

–La mayoría de los médicos descartan la hipótesis de la glándula pineal como una magufada...

Ella sacudió la cabeza y pestañeó un segundo, como si hubiera perdido brevemente el hilo.

–Da igual. En su caso, estaban convencidos. Creo que si alguien les hubiera dicho que lo mejor era quemarme en una hoguera también lo habrían hecho. Por suerte me enteré a tiempo. Una noche oí cómo cuchicheaban en el patio trasero: me iban a internar.

–Así que te escapaste.

–Fue fácil. Mira.– Se quedó parada justo frente al locutor, le cogió las manos. Éste no se resistió y alguien chasqueó la lengua a mi espalda cuando los pies de ambos se despegaron del suelo. Flotaron unos segundos. Luego la gravedad volvió a tomar su papel. Un saltito. Hop.

Uno de los editores se manifestó en forma de un hurón fucsia en el cuadro inferior izquierdo de mi intravisor. Mensaje de texto. «¿Telecinética?» ¿De qué se extrañaba? «Hay gente que conserva algún eco toda la vida», expliqué sin la menor urgencia. «Nadie puede predecir qué habilidades se retienen y cuáles no.»

La chica se apartaba un descuidado mechón de la mejilla. Su lenguaje corporal era tosco, pero eficiente: no creáis que es tan fácil seguir la pantomima de uno mismo. «Tal vez», me dije, «si se hiciera algo en la cara...» Sólo tal vez. Ella estaba más que dispuesta, eso se veía a kilómetros.

–¿Qué? –le inquirió al locutor. Los ojos se le habían iluminado con un brillo de alegre cansancio. Él amagó una reverencia.

–De los trece a los... ¿dieciocho?

No acababa de soltarle las muñecas.

–Tuve tiempo de sobra para hartarme del numerito.

El locutor se zafó con toda la delicadeza de la que era capaz. Las cámaras se dispersaron en un ángulo de 360 grados para empaparnos mejor de la carga emotiva de la secuencia. Otro truco básico, de manual.

–¿Adónde fuiste?

–No sabría... –se encogió exageradamente de hombros–. El cielo es grande.

El cielo es grande. Inmensas moles se disparan hasta el límite de la estratosfera. Ciudades que flotan mansamente sobre los océanos encendidos.

El editor de nuevo. «¿Seréis capaces de sacarle algo que no suene a un puñetero eslogan?» Silvia ignoró el reproche. Yo fui calibrando mentalmente una superimpresión de imágenes obtenidas en uno de los alerones de suburbio este de la capital, donde bandadas de gaviotas y chavales pelean por un nicho entre los regueros de estiércol de las terrazas hidropónicas.

–¿Y de qué vive una niña en el cielo?

–Siempre va surgiendo algo... Nadie está sólo ahí arriba.

–¿No? ¿Cómo los encontraste?

–No los encontré. Simplemente, íbamos coincidiendo.– El instinto gregario, sí: decir que nadie está sólo es decir que todos lo están. Como para puntuar la idea, una procesión de bípedos de transporte atravesó en ese instante la avenida paralela, tres manzanas más abajo. Reducido el conjunto a un ciempiés borroso, las cabezas de los mecanoides y las extremidades delanteras emergían de los flancos como ectoplasmas de acero. Hice que el satélite registrara la secuencia. Servirían, ya nos ocuparíamos más adelante de la velocidad.

–¿Bajabais a las ciudades?

–De vez en cuando. A las pequeñas.

–La declaración que firmaste dice que jamás has cometido un delito de sangre.

–Es cierto. ¿Cómo me iban a haber dejado volver si no?

Ni la más ligera inflexión en el tono a simple vista: estaba más que acostumbrada a dar explicaciones o, directamente, a mentir. Habría que trocear algún parámetro de modulación sobre esa frase.

–¿Qué hacíais al aterrizar?

–Depende. Buscar comida los que aún tenían que comer; algo con lo que entretenernos los demás, cacharritos... –En un gesto que duró menos de un segundo, sin dejar de hablar, guió su pulgar hasta la glotis del locutor.– A veces hasta nos ofrecían trabajo.

–¿Trabajo?

Obturé el encuadre con un ojo de buey contra la boca de la chica. Ella acababa de cruzar los brazos a la altura de los pechos; un gesto de repentina incomodidad. Curioso.

–Problemas por resolver. Todo el mundo los tiene.

El locutor le sostuvo la mirada sin expresión. La chica rebuscó en su repertorio un brusco suspiro divertido.

–Ya sé lo que acabo de decirte, tranquilo: a mí no me metían en esas historias.

Silvia vio una rendija: inmediatamente, el locutor se arrojó por ella.

–¿Quiénes?

–¿Quiénes qué?

–¿Quiénes no te metían?

La pregunta arrancó un silencio y un minúsculo espasmo de la respiración de la muchacha. En el clavo, aplaudí yo.

–Dime, F... –un apagado bip lo enmascaró cara a la audiencia, aunque para ella oír su nombre tuvo el mismo efecto que un latigazo. Tenía que resultar así por fuerza: se trataba de un recurso muy estudiado–: lo que ocurre es que todos los tuyos siguen ahí arriba ¿no? Tú eras la mayor.

Otra pausa. Meneó airadamente la cabeza.

–No estoy protegiendo a nadie.

Y aquí la estocada definitiva.

–No estoy diciendo que puedas proteger ya a nadie.

Ahora sí: un rojo burdeos se derramó con frenética urgencia por todo mi campo de visión. Tal vez Silvia estaba siendo demasiado brusca, recapacité. Pero ya no había vuelta atrás. El hurón azul del editor acababa de erguirse sobre sus cuartos traseros para romper a bailar como un dibujo animado. ¿Qué más daba todo si a ellos les parecía bien?

–¿Os creéis –repentino el plural– que soy tan fácil de resumir?

–¿Es que me estoy equivocando?

Fue como detonar una bomba. Un incierto diámetro eléctrico que se come el aire y las toscas juntas de los átomos durante la milésima de segundo antes de la deflagración. Salvo que aquí lo que explotó no fue más que una historia, y detrás el aullido rojo de las alertas envuelto por la zozobra azul que acompañaba la satisfacción de los de arriba, formando una feroz onda expansiva; los nódulos transcritores, más allá del umbral de la incandescencia semiótica.

No habló de los años perdidos, de truculentas anécdotas de violencia púber. Era previsible, nunca lo hacen. En cambio nos presentó un retrato bajo un virtualmente dolorido espectro enternecedor. El locutor no tenía ya que recurrir a sus trucos para apremiar el torrente. Los acordes de guitarra volvieron entonces: una nueva oportunidad para la poesía. Silvia empezó a repetir, recitar, editar, modelar, con la prosodia estándar de las voces en off:

«Las lunas caían haciéndose añicos contra los arcos terminales del Este –cascotes de polución, muchacha, no lunas– y las torretas que rotaban su silencio eficiente por ofrecer las primeras descargas disuasorias de la mañana. A tus pies el inmenso letargo de los cultivos de cítricos. Hambre. Pero los chicos son más débiles ante la electricidad que ante las tristes balas. Tocaba de nuevo huir.»

La guionista filtraba la histeria con la misma precisión que la primera persona de los tiempos verbales, así que el sonido dejó de sincronizarse con el movimiento de los labios ni con el temblor pausado desde las mejillas a los párpados. En consecuencia moví las cámaras para que enfocaran sus nudillos asomados por las mangas del abrigo, un taconeo que presumimos involuntario, la brisa alborotándole el cabello como en los monolíticos anuncios de champú de hace un millón de años.

«...la rabia de estar marcada que hace añicos los cristales a tu paso. Tus manos son fuego, las de ellos sólo burbujas de terror...»

Ignoro si escuché el gemido del locutor antes del primer chispazo o es que la memoria juega así para imponer orden. Había vuelto a cogerle las manos: eso en si ya era un hecho, igual que lo era la sacudida de Silvia contra el respaldo. Por unos instantes, todos los demás efectos desaparecieron –música incluida– para dejar sitio al ruido ambiente.

–¿Esto es lo que necesitas decirme? –protestaba el locutor desde alguna de sus rutinas de emergencia. No se dejaba llevar por la entonación histérica de otras veces, me habían hecho caso para la última actualización semanal. La chica le hubiera ignorado igualmente. Lo supe en cuanto deslicé el encuadre hasta abarcar su rostro: ni toda la cualidad de nuestros focos bastaría para disolver ese nítido borrón, ese pasmo agrietado. Aun así, Silvia, cómo dudarle, era de los mejores: se recompuso desde el punto en el que otros se dejan llevar por el pánico y abandonan el lastre de una sinapsis remota demasiado arriesgada como para trazar de nuevo puente con la línea de discurso anterior. Un ejemplo de manual, coincidiréis conmigo, y tan difícil de lograr llegado el caso.

«...tu mano bajo la lluvia. El fermento de una estación. Otras parejas se ocultan entre los arbustos, las zanjas, el podrido dulzón de la cosecha echada a perder. Él desdibuja el contorno de tus pechos con otra caricia. Su poder es la escarcha y el alba, te dice...»

Eran ya diez minutos de corte. El reloj marcaba sus ceros con los mofletes inflados de un niño sol. Chasqué los dedos hacia Silvia: sal de ahí; sí, bastará este monólogo hecho pedazos. Nuestro director de arte ya se encargaría de calzar imágenes apropiadas para acompañarlo. La guionista titubeó unos instantes. No le hacía gracia, lo sé, dejar una entrevista a medias, pero lo siguiente, un fagonazo de puro blanco nuclear la convenció. Había terminado todo.

Para el locutor siempre resultaba especialmente traumática la desconexión definitiva. Una mirada somnolienta, como de quien no acaba de despertarse, luego la perplejidad y después el miedo. O el

dolor, no lo sé muy bien, esta vez no pude recrearme en su rostro. Las corrientes de energía psiónica que la chica proyectaba en todas las direcciones, como un aspersor, se estaban puliendo la fragilidad de los enlaces de las cámaras más próximas, no me quedó más remedio que saltar a los visores de una de las patrullas. Porque ahí seguían, por supuesto. Flotando inmóviles una treintena de metros por encima y sin perderse ni la mínima de la escena; nadie les había dado la orden de intervenir aún, poca falta hacía para salvar a una simple prótesis.

No cambiaría el plano más, con ese daba el clímax nuestra edición en tiempo real. Las manos de ella todavía apresaban las del locutor, su cabello ahora encrespado, retorcido en mechones densos como rastas o serpientes de oro y raíces castañas. Por fin se había convertido en una verdadera gorgona de cómic, así que para las siguientes viñetas busqué enlazar con el audio de los agentes, raspado de estáticas varias, como nerviosos tamices no codificables que escuché ocluyendo el visor.

A continuación, tracé dos círculos tangentes con los pulgares y el engarce de la parte posterior de mi cráneo chascó como un aplauso cuando, bajo la moviola de mis párpados, se desplegaron los menús para los títulos de crédito.

© Javier Esteban

El autor:

Javier Esteban (Madrid, 1978) Periodista. Ha colaborado con relatos y poemas en sitios como *Los Novelas*, *Letralia*, *Artifex*, *Bar Sobia*, *Vulture*, *La Bolsa de Pipas*, *Diagonal*, *Oniria* o *Cuadernos del Matemático*, y mantiene una bitácora de mínimas ficciones: www.noblearte.blogspot.com

* * *

Relato

COMO UN CANTO RODADO

por Esteban Gutiérrez Gómez

No conocí a mi padre. Se marchó de casa cuando era pequeño. Ella decía: «Aquel cabrón dijo que iba a echar gasolina al coche, y no regresó. Hijoputa». Así que, al principio, mi padre era para mí el diablo. Ella no se cansaba de montar el espectáculo a todos los que llegaban a casa agarrados de su cadera. Ponía voz de niña traviesa y me susurraba: «Chiquí, dile al tío Tal o Cual cómo era papá». Y yo decía: «El puto diablo». Y ellos reían a carcajadas antes de meterse a jear a la habitación. Luego no. Luego se va uno dando cuenta de las cosas y lo que piensa es que no sabe cómo pudo mi padre casarse con alguien como mi madre. Ya ve. Cosas de la vida. No, gracias, no fumo. Donde vaya me irá bien. Yo tardé también poco en marcharme de allí. A la primera hostia que me soltó uno de aquellos tíos. Tenía pretensiones de apoderamiento del hogar. Mamá parecía soportarlo. Le quemé el coche y desaparecí. Luego me dio por pensar. Tenía la obsesión de conocer a mi padre. De alguna manera me identificaba con él. Oí a alguien en la cantina decir que lo había visto en Barcelona, que había montado un negocio. Seguí su rastro, pero Barcelona es muy grande para ir preguntando por uno de Vallecas que hace quince años llegó allí y montó no sé qué. Pero, sabe, la vida te sorprende. Conocí a una chica que trabajaba en la Seguridad Social. A los tres meses de vivir juntos me preguntó por mi familia. Yo no sé mentir. Me dijo que con el nombre completo podría sacar alguna información de Catty, el ordenador central del I.N.S.S. Salió que sí: autónomo, sector hostelería, Balmes 13. Nos acercamos allí. Era un restaurante. Parecía pequeño, pero era precioso, con una puerta metálica como de submarino, con su manivela y todo, y dos ojos de buey de latón centelleante por ventanas. No me atreví a entrar ese día. Por las tardes, a la salida del trabajo en una imprenta, procuraba caminar por las calles de Barcelona. Ya sabe, me gusta deambular por ahí. Mis

pies me llevaban siempre allí. Me quedaba observando en la acera de enfrente. Parecía un sitio familiar, de barrio, normal. Sólo comidas y cenas. No debía de haber barra de bar. Alguna vez quise ver algo por el cristal de aquellos aros dorados, pero ninguno de los hombres que vi me pareció que podría ser mi padre. Un día, a media mañana me entregaron un sobre con una nota: estaba despedido. Con la liquidación en el bolsillo, mis pasos me llevaron de nuevo ante aquella puerta acorazada. No lo pensé más y entré. Me senté al fondo, en una mesa junto a una pecera enorme que hacía de biombo. Estaba llena de peces de colores con reflejos plateados y de plantas que se mecían con el aleteo de los peces. Diez o doce mesas. Alguna pareja comiendo. Un camarero me entregó la carta. La especialidad de la casa eran los arroces (mínimo dos personas). Pedí un arroz a banda para dos, y

«Tenía la obsesión de conocer a mi padre. De alguna manera me identificaba con él. Oí a alguien en la cantina decir que lo había visto en Barcelona, que había montado un negocio. Seguí su rastro, pero Barcelona es muy grande para ir preguntando por uno de Vallecas que hace quince años llegó allí y montó no sé qué.»

una botella de espumoso bien fría. Cuando se acercó el camarero con la bebida, le pregunté por él. Me miró extrañado, como si fuese imposible que yo lo conociese de algo. «Vendrá más tarde», me dijo. Devoré aquel arroz y pedí otra botella de espumoso. Volví a preguntar al camarero. Me dijo que todavía no había venido. Dos cafés y un güisqui más tarde, una pantera dorada se acercó hasta mí. Que si era yo el que había preguntado por el dueño del local, me dijo aquel cuerpo de escándalo. Cuando le dije que sí me miró haciéndome una radiografía. «¿Por qué quieres hablar con él?». Le dije a aquella amazona que no era su pro-

blema, que se trataba de algo personal. «En tal caso», me dijo, «no puedo ayudarle. Murió hace algún tiempo». Me quedé perplejo. No lo podía creer. Ella debió observar mi turbación. Volvió a preguntarme por el motivo de mi búsqueda, esta vez dulcificando la voz. Tenía los ojos centelleantes y unas pestañas negras y largas, como las muñecas. Tenía la piel morena de rayos uva y los pómulos sonrosados, como las muñecas. Tenía unos enormes pendientes con zarcillos de oro y filigranas de fruta tropical, como las muñecas. Tenía una boca grande y muy pintada, de un rojo bestial, como las muñecas. Y tenía nuez. Soy su hijo, susurré espantado, intentando digerir lo que me llegaba a la cabeza. Sonrió. Yo soy tu padre, dijo. Y él, ahora ella, me abrazó. Así son las cosas, la vida no deja de sorprenderte. No, gracias, no fumo. Aquella misma noche cogí un tren hacia Europa. No, no huía de mi padre, no estaba escandalizado, simplemente busqué otro objetivo en mi vida. Estuve tres años vagabundeando hasta que llegué aquí. Me gustó. Julie, digo. Nos casamos un mes después de conocernos. Ya ve, casado. Yo era el primer sorprendido. Sentía que algo en mi interior se había calmado en aquella casa junto al Donau, frente al tren de la Ragetzky Platz. Algo de paz en mi espíritu inquieto. La serenidad del hogar. Alguna vez pensé volver a España. Incluso tenía el teléfono del restaurante, pero sentía que el hilo que me había unido allí ya no existía. Lo que pasa es que no sirvo para el sedentarismo. No va conmigo. Estos días de invierno, ya sabe, la noche a media tarde, la gente en sus casas. Recogí a los chicos en la clase de natación. La calle estaba desierta. Se oía el eco de nuestras pisadas. Los dejé en casa. Julie estaba preparando algo de cena. «Voy a dar una vuelta», le dije. Y comencé a andar, como en algunas ocasiones, por Viena. Aquel autobús ponía «sígueme» bajo el dibujo de un cometa amarillo. Se estaba a gusto dentro. La ciudad se perdía tras de mí, todas aquellas luces naranjas, abajo, en el valle. El bosque olía de un modo especial. Un rumor interno acudía a mi cerebro, una inquietud efervescente, algo primitivo. La vida es así, sabe. Sí, aquí está bien. Gracias. Oiga, aquella carretera, ¿adónde lleva? Bueno, déjelo, en realidad, no me preocupa en absoluto dónde ir. Siempre he pensado que no se trata de llegar, sino de hacer el camino.

© Esteban Gutiérrez Gómez

El autor:

Esteban Gutiérrez Gómez nació en Madrid hace más de cuarenta años. Baco, su dúplice y áter ego, nació diecisiete años más tarde en los locales de ensayo del Barrio de Bilbao y en los controles de Radio Juventud de Madrid. Tiene un blog donde te lo cuenta: <http://bacovicious.blogspot.com>. "Como un canto rodado", el texto que acabas de leer, es uno de los cuentos de su primer y último libro: *El laberinto de Noé* (<http://ellaberintodeno.blogspot.com>) publicado por la editorial La Tierra Hoy en febrero de 2008.

PERO NO MATARÁS

por Luis Tamargo

Hacía rato que se habían acabado las gasas, la enfermera le enjugó el sudor de la frente con un pañuelo de papel usado. El médico manipuló el costado del hombre y pidió más sutura...

...La última caja, doctor –apuntó la enfermera.

Cuando acabó la intervención se volvió hacia ella con tono de eficiencia:

–Vigila el drenaje y cámbiale el suero...

«El doctor había conocido otras guerras, pero no establecía distinciones entre ellas; para él todas eran iguales, una oportunidad para demostrar que sólo triunfa la vida. El pasillo de aquel puesto abandonado era una muestra, plagado de enfermos y heridos que reclamaban la atención con sus lamentos.»

Apenas acabó de pronunciar estas palabras cuando un disparo certero hizo añicos el espejo colgado junto al gran ventanal, que también terminó por venirse abajo del todo en mil pedazos. La enfermera corrió de un salto tratando de salvar las dos botellas de suero que reposaban en la vitrina debajo del espejo, pero llegó demasiado tarde. El médico gritó tajante mientras se agachaba:

–¡Al suelo, no os mováis!

Una nueva racha de disparos se sucedió, esta vez más continuados. Llevaban cinco largos días sometidos al

tortuoso asedio de un francotirador que, sin ningún escrúpulo, mantenía a raya los restos de aquel gabinete médico que fue incapaz de seguir a la población en su huída desesperada ante los tanques invasores. Las tropas enemigas no tardarían en llegar con su demoledor rastro de destrucción y, mientras, el francotirador constituía la avanzadilla que aseguraba el camino abierto con su tarea de limpieza mortal.

El doctor había conocido otras guerras, pero no establecía distinciones entre ellas; para él todas eran iguales, una oportunidad para demostrar que sólo triunfa la vida. El pasillo de aquel puesto abandonado era una muestra, plagado de enfermos y heridos que reclamaban la atención con sus lamentos. Sin embargo, nada se podía ya demostrar a los cuerpos de quienes no se quejaban, las balas se habían encargado de callarles para siempre.

El sacerdote del hospital se acercó hasta él a rastras y, desoyendo el gesto de detenerse, continuó aproximándose hasta la entrada de la puerta principal... El silbido de una bala asesina le advirtió de cuál era el límite. Afuera, al otro lado de la calle, una pareja de ancianos acompañada de dos niñas y de un joven muchacho se ocultaban de la lluvia de disparos entre las columnas de los soportales a la espera del momento favorable para cruzar a salvo hasta el puesto médico.

«De pronto, el sacerdote lanzó un grito desgarrador llevándose las manos a la cabeza, todavía tumbado en el suelo. El joven del edificio cercano había intentado cruzar la calle cuando un proyectil le alcanzó de lleno...»

–Esa pobre gente no puede salir de ahí... –exclamó con impotencia.

El médico ya los había observado antes a través del sucio y destrozado ventanal, pero bastante tenía con tratar de solventar las heridas de los que llegaban a sus manos con aquella escasez de medios. Sí, a veces creía que se trataba de algún milagro, pero no podía permitirse tregua alguna...

–Hay que seguir, tráigame al siguiente, señorita...

La enfermera gateó por el suelo y se incorporó, aprovechando el breve descanso que el francotirador

les otorgaba. Regresó al poco con una camilla donde un soldado extendía su pierna engangrenada; antes había chillado de dolor y, aunque ahora desvanecido, la chica consideró apropiado dedicarle a él la última jeringa de anestesia disponible.

De pronto, el sacerdote lanzó un grito desgarrador llevándose las manos a la cabeza, todavía tumbado en el suelo. El joven del edificio cercano había intentado cruzar la calle cuando un proyectil le alcanzó de lleno... Los niños chillaban histéricos, abrazados a la anciana, mientras el anciano intentaba ocultarles la vista del desagradable aspecto del muchacho muerto, hecho un ovillo sobre el reguero de sangre que brotaba bajo sus pies.

—...¡Dios! ¡Nunca podrán pasar...! —se lamentó el sacerdote, al tiempo que retrocediendo, se dirigió a las escaleras del pasillo.

«Nadie podía oírse, el ruido de las balas se elevaba por encima de los gritos que provenían del pasillo y de la calle; uno de los impactos perforó la cabecera metálica de la camilla, pero el médico no tembló al sostener al recién nacido en sus brazos... El niño lloraba con fuerza, con exagerado estruendo ahora que los disparos habían cesado.»

El doctor venía escuchando desde hacía rato los quejidos lastimeros de una mujer que se había puesto de parto. Iba a ocuparse del muchacho de la gangrena en la pierna, pero enseguida comprobó que sufría una hemorragia interna y cambió de planes...

—¡Traéme a esa mujer, rápido! —exigió con determinación— ...¿Y el sacerdote, dónde anda, lo necesito aquí?...

—Lo vi en las escaleras que suben a la azotea... —acertó a explicar la enfermera reaccionando con rapidez. Acto seguido, la muchacha se concentró a fondo y

consiguió calmar a la parturienta, le aseguraba que todo iba a salir bien, que ahora estaban con ella. La mujer siguió cada una de sus indicaciones al pie de la letra, aunque con el miedo clavado en el rostro mientras el doctor la exploraba. No pudo escuchar el resto de sus palabras porque otra repentina ráfaga de disparos se sucedió sin pausa, apretó los ojos y sólo se preocupó de respirar y empujar, respirar y empujar. Nadie podía oírse, el ruido de las balas se elevaba por encima de los gritos que provenían del pasillo y de la calle; uno de los impactos perforó la cabecera metálica de la camilla, pero el médico no tembló al sostener al recién nacido en sus brazos... El niño lloraba con fuerza, con exagerado estruendo ahora que los disparos habían cesado.

El doctor se giró hacia la puerta cuando la pareja de ancianos cruzaba la entrada con las niñas y, entregando la criatura a su madre, se dirigió al sacerdote que, cabizbajo, descendía de la azotea por las escaleras. Cuando el sacerdote posó el fusil en un rincón lateral del pasillo le preguntó sin poder dar crédito a la escena...

—¿Pero, ...¿qué ha hecho?

—¡Que Dios me perdone! —suplicó el sacerdote con el gesto hundido— ...Pero no matarás...

El doctor comprendió que por fin aquel francotirador no volvería a molestarles, que podrían seguir trabajando por la vida y pasó su brazo sobre los hombros de aquel hombre abatido en un intento por contener el dolor de su contradicción. Todos escucharon el llanto del recién nacido que inundaba la sala, que se extendía por cada rincón de los pasillos de aquel puesto en ruinas y que recorría cada una de las esquinas de las calles de la población con su música de esperanza. Incluso, por un instante, a algunos les pareció reconocer la canción de la vida que había decidido volver. Por fin podían escuchar el latido de su música en los corazones.

© Luis Tamargo

El autor:

Luis Tamargo es natural de Santander, en el norte español. Cursó estudios de Filología Hispánica y ha publicado *Escritos para vivir* (1998), su primer libro de poemas; *Era un bosque* (2004) y *A media distancia* (2006), de narrativa breve. Además de su obra poética, agrupada bajo el sobre título de *Poemágenes*, trabaja en la actualidad en una selección de relatos breves donde la prosa adquiere una dimensión poética emocional. Blog: <http://leetamargo.blogia.com>

EL GRINGO

por Pablo Giordano

1

Con el Cachilo y Fefé jugábamos al boxeo, y él nos llamó. Fue a mis once años. El Gringo nos llamó y nos preguntó por el par de guantes.

–Son míos –le dije–. Regalo de Navidad.

Los miró alucinado. Propuso un campeonato entre los tres, y que el ganador boxeara con él en la final. Sacó llaves del bolsillo y cerró las rejas del jardín.

Fue a la tardecita. Usábamos un guante en la mano diestra, la otra en la espalda. Peleé con Fefé. Nos amagamos un rato largo, sin tirarnos.

–A la primer piña fuerte –dijo el Gringo alzando un dedo– se acaba la pelea.

Fefé lo miró. Aprovechando la distracción le entré fuerte en la oreja. Se cubrió bien, sentí el revés en la jeta. Sangré.

–¡Afuera! –gritó el Gringo.

Le di el guante al Cachilo para pelear con Fefé. Se pegaron duro, muchas trompadas. Fefé fue al piso denunciando una piña en la nuca.

–Cuando le pegaron de revés a él –dijo el Gringo señalándome–, valió. Así que en la nuca también vale.

Nos sentamos para ver la final. El Cachilo creía reunir coraje dando saltitos como los boxeadores, amagando golpes ridículos. El Gringo lo punteaba de derecha sin moverse. Le daba sogas, lo juguetaba con una sonrisa de superioridad. Un pesado derechazo impactó la sien del Cachilo y lo tiró.

–Lo mata –susurró Fefé.

Nos levantamos. Descontrolado, el Gringo le entró a dar patadas y piñas en los riñones gritando cosas horribles, inentendibles. Con Fefé nos tiramos arriba, lo agarramos del cuello.

Vinieron unos vecinos, aunque no pudieron abrir. El Cachilo seguía perdiendo sangre. El padre del Agus saltó la reja, le gritó al Gringo que lo soltara y lo tumbó de un culatazo.

–¡Quedate quieto! ¡Policía!

Fue genial: la ambulancia demoraba, y el Cachilo tenía trapos hasta en las orejas, llenos de sangre. Lo cargaron en el Di Tella de Parlanti y lo llevaron al hospital.

2

Al tiempo, el Gringo volvió al barrio. Ya sabíamos lo del retardo mental y las pastillas. Un día apareció en la cancha de frontón y le pidió perdón al Cachilo. Lo abrazó y le quiso explicar lo de la paliza. A esa altura, el Gringo era muy popular en el barrio, les gustaba a las chicas y no se había mandado ninguna otra cagada violenta. Es más, impidió varias peleas: la vez que el morocho Juárez lo quiso tajar a Patato en la placita, los separó y casi se liga un chuzazo. Los vecinos lo respetaban y lo invitaban a las asambleas del barrio porque aportaba cosas inteligentes.

Nosotros mirábamos mucha tele, leer era estudiar. A veces nos contaba de libros y escritores, pero no le entendíamos. Bañándonos en el club, dijo la palabra «literatura» mientras mostraba los pendejos enredados alrededor de la chota:

–Lo *más* no es tener pendejos, sino leer a los locos franceses. ¡Qué hijos de puta! Rambó escribió lo mejor que se haya escrito en poesía. Era puto, dejó de escribir a los veinte años. Se hizo traficante de

marfil en África. Murió a los cuarenta. Esa vida está buena, y no tener pendejos. Pendejos, cualquier boludo tiene.

En las vacaciones íbamos a tocar las bombachas del canasto de saldos que había en Baravalle. El Ale encontró la blanca con florcitas amarillas apretada en el fondo. Era igual a la bombacha de la Marisa. El Cachilo acariciaba la blanca con rayitas grises de la punta. No quiso decirnos a quién le vio ese diseño de bombacha –sabíamos que la Patri lo tenía loco.

Entonces entra la Gómez, la flaca Gómez, la hija del viejo verdulero que mató a la mujer. En su patio, la flaca tomaba sol en tetas. Una vez, en el acto del 25 de Mayo, el viento le levantó la pollera y alcanzamos a ver la cosa gordita. La tarde de Baravalle entró y se fue a ver las blusas. Nos hicimos los giles, la junábamos de reojo. Rogábamos una agachada. No pasaba nada, y la Gómez se iba a ir. El Ale fue rápido, nos salvó: con el paraguas robado de la marroquinería se acercó por atrás como un tigre y le levantó la pollera. Y vimos todo. Vimos esos dos cachetes carnosos masticando la bombacha blanca, perdiéndola allá adentro.

El Gringo nos miraba parado medio atrás nuestro con los brazos cruzados. No lo habíamos visto entrar.

–¡Qué le hacen a mi novia, pendejos!

Nos reímos. Él no cambió la cara de culo.

–No, no –gritó–, les hablo en serio. Fabiana es mi novia.

–¡Qué va a ser tu novia la Gómez! –le dijo el Cachilo.

–Pará, Gringo, estamos jodiendo.

–¡No me importa, no se hagan los culiáus con mi novia!

–¡Andá! –le gritó el Ale–. Andá a cogértela, si es más puta que las gallinas.

El Gringo lo revolcó de una trompada, se trenzaron en el piso. Nos tiramos arriba para morderlo, ni así lo frenábamos. Nos sacaba a manotazos y con las piernas. La Gómez gritaba:

–¡Pará, Guillermo, pará!

Terminamos hechos bosta, moreteados. El Gringo sangraba en la frente, el Ale ligó la «paralítica». El cana de Baravalle vino y nos sacó a patadas, y al Gringo se lo llevaron en el patrullero. Al otro día andaba por el barrio amenazándonos con un palo.

La tarde después del frontón lo vi asomado al tapial del patio, llamándome. Había armado una pista de torturas: curvas y cosas a los costados, chatarra del patio, pedazos de mangueras, lámparas y bancos de hierro forjado distribuidos inteligentemente. El plan era usar ese circuito infernal con las chicas. La Vale, la Moni y Gisela. Les preguntó por encima del tapial si se animaban a entrar a «El Recorrido del Amor»; y ellas, entre divertidas y calentonas, se dejaron: les atamos las manos a la espalda y les vendamos los ojos. Yo las guiaba, y el Gringo atendía los mecanismos: latigazos de ramas en los tobillos, agua helada lanzada desde el techo, choque de rodilla contra el banco de hierro, quemadura en pantorrilla con escape de moto encendida, humo del dispersor de apicultor lanzado en la boca, pinchazo de abeja, tocada de teta, hilito de pasto en fosa nasal –cosquilla atroz–, tocada de culo y gallo final en los ojos al quitarle la venda.

Cuando terminó la sesión, las chicas salieron corriendo.

Los padres cayeron a la casa y se cansaron de golpear. El Gringo agarró la escopeta del viejo por si entraban. Caminaba nervioso, se le notaba la verga dura en el pantalón de gimnasia.

A los dos o tres días lo visitó la policía, por otro tema. Los vi a través de la ventana hablando con los

«A esa altura, el Gringo era muy popular en el barrio, les gustaba a las chicas y no se había mandado ninguna otra cagada violenta. Es más, impidió varias peleas: la vez que el morocho Juárez lo quiso tajar a Patato en la placita, los separó y casi se liga un chuzazo. Los vecinos lo respetaban y lo invitaban a las asambleas del barrio porque aportaba cosas inteligentes.»

padres. Las chicas, excepto por las quemaduras, se divirtieron.

A la semana organizamos el cuarto oscuro y las invitamos. Nos tocó encerrarnos, y a ellas buscar. El Gringo se echó en la cama y la peló: esperaba que alguna gaviota ciega –mano de chica– se chocara ese enorme mástil. La Moni se la agarró como tratando de aferrarse a una de las patas de la cucheta de arriba y la apretó, mal, con esas uñas largas. Yo sentí el grito del Gringo, y después cachetadas en la oscuridad.

–¿Qué pasa?! –gritó la Vale encendiendo la luz, descubriendo al Gringo agarrando los pelos de la Moni y llenándole la cara de dedos.

Un día, después de almorzar, pasé a buscar al Gringo para ir al colegio. Él iba al secundario cerca de mi escuela. Vimos revistas porno en el fondo de la pileta vacía. Le pregunté si a la pileta la iban a llenar, y no respondió. Estaba ido, los ojos en el piso. Le pregunté qué tenía. Me largó sus dos manazas en los hombros y caí al pasto. Lo vi sacar el pañuelo y hacer una mordaza, y con la sogá de la pileta me ató al palo borracho. Miró la hora en mi reloj y se fue. Lo vi por el ventanal saludando a su mamá y saliendo por la puerta de calle. Grité varias veces. A los diez minutos, el sol era una chapa incandescente en la espalda. Mis gritos no podían llegar hasta la madre, que planchaba en el lavadero con la tele encendida. De a ratos caminaba hasta la puerta ventana y corría un poco las cortinas, por el sol. Entonces miró hacia mí, fue horrible: los ojos perdidos, ahuecados por el reflejo del vidrio, quizá. Parecía ciega. Cerró las cortinas y apagó las luces.

El Gringo me despertó a cachetazos. Serían las cinco de la tarde. Mientras desataba los nudos de la sogá, dijo:

–Quedaste bien tostado, ¿eh, boludo?

Fue en sexto grado, la época en que los doctores del neuro se lo llevaron.

3

–Para mí el Gringo es lobizón –largo el Julio–. ¿No vieron que para Navidad llegaron los hermanos de Estados Unidos? Eran seis, boludo, o sea que el Gringo es el séptimo hijo varón. Eso explica también

«La tarde después del frontón lo vi asomado al tapial del patio, llamándome. Había armado una pista de torturas: curvas y cosas a los costados, chatarra del patio, pedazos de mangueras, lámparas y bancos de hierro forjado distribuidos inteligentemente. El plan era usar ese circuito infernal con las chicas.»

los regalos de Isabelita. ¿Se acuerdan que no le creíamos al Gringo?

Se refería a los regalos enviados por la mismísima Isabel Perón. Los anteojos con marco dorado, las camas cuquetas, el increíble auto fantástico a radio control. ¡Sin cable!

–Porque... ¿Viste, boludo? –siguió–. El Gringo está lo más bien y es lo más bueno que hay... pero se le zafa la chaveta y te recaga a palos. Se pone loco, le sale baba por la boca.

–Las noches de luna llena –dijo el Cachilo–. La noche que peleamos había luna llena.

–No pelearon, Cachilo. Te hizo recagar.

–Sí, y además no hace falta que se convierta en un lobo ni le salgan pelos. Eso es de las películas.

–Entonces no es un lobizón, boludo. El lobizón tiene que convertirse en lobo.

–Bueno, pero yo le vi la pinchila –dije–. Y tiene más pelos que mi viejo.

–Vos porque te la comés –dijo el Ale–. Pero, hablando en serio, a lo mejor el pibe se convierte. Y los ataques los hace porque en unas horas va a convertirse y ya le agarra la loca. Qué sabemos si a la noche no se pira para el campo y se convierte.

–Sí, boludo, puede ser. ¿No viste que desde que él está aparecen esas vacas mutiladas?

–... y esas vacas aparecieron antes en Estados Unidos, y el Gringo anduvo por allá cuando visitó a los hermanos.

A la semana, El Cachilo pasó con el rastrojero del padre a buscarnos atrás de la rambla. Apenas si sabía manejar. Eran las doce de la noche, y el Gringo iba a estar, como siempre, sentado en la vereda de la casa escuchando a Vangelis. El Ale había acompañado esa mañana a su vieja al hospital y robó el cloroformo. Dormimos al Gringo entre cuatro y lo metimos en la jaula del acoplado del rastrojero y lo tapamos con la lona. La jaula era del padre del Julio, para atrapar jabalíes.

Llegamos al campo.

Descargaron la jaula delante de los faros encendidos del rastrojero y levantaron la lona. El Gringo, desnudo, en posición fetal, hipaba. Dos o tres se acercaron con miedo a la jaula a preguntarle si estaba bien. El Gringo no respondió, permaneció enrollado en el piso como un canelón enfermo. El Cachilo lo picó en las costillas con un palo. Ni se mosqueó. El Ale y Fefé armaron la carpa, y el Cachilo trajo palos para el fuego. Concentrado en sus ojos amarillos, me senté cerca de la jaula, desde donde brotaba un ruidito extraño.

–¡Escuchen! –les grité–. Hay un ruido raro.

–¿Dónde?

–Acá, en la jaula.

Se acercaron.

–Es un chillido –dijo Fefé–, casi no se escucha. Parece que estuvieran fritando milanesas en una sartén muy chiquita.

Tratamos de descifrar el ruido. El Torito gritó:

–Che, este pibe está mal, hagamos algo.

–Qué va a estar mal –se enojó el Cachilo–. Seguro que le agarró uno de esos ataques...

–¡Y sí, imbécil! ¡Mirá si tiene que tomar alguna pastilla... y nosotros no lo dejamos ir!

Le preguntamos al Gringo si necesitaba alguna pastilla. El Cachilo nos hizo callar: el sonido se intensificaba.

–Escuchen –dijo–: es rítmico...

–¡Es música, pelotudos!

Era el walkman, debajo de las ropas hechas un bollo en un rincón de la jaula. El Cachilo las sacó con el palo, arrastró el walkman, se puso los auriculares y volvió al fuego bailando, sobrando la situación. El Gringo seguía tirado, mudo. Lo custodiamos un rato hasta verlo cerrar los ojos. Respiraba.

Nos metimos en la carpa a jugar a las cartas. Todos parecíamos más relajados, algunos comían unas tunas sacadas de la guantera. El Torito cantó el retruco demasiado fuerte y lo callamos, y en aquel momento se oyeron los gruñidos. Apretamos las cartas con miedo.

Salimos.

El Gringo se retorció en la jaula gritando, en cuatro patas, desafiante. Fefé agarró la escopeta, nos acercamos. Alguien quiso hacer creer que le crecían el pelo y las uñas. El Cachilo volvió a picarlo con el palo y le gritaba:

–Caiate, bicho inmundo, que'se quieto ay.

El «bicho inmundo» se puso en cuclillas, se agarró fuerte de los barrotes y sacudió la jaula. Reculamos unos pasos sin dejar de mirar. La jaula amagó con desarmarse. El Gringo gritaba como loco.

–¡Que alguien lo haga callar!

El Cachilo lo picaba con el palo en la boca sacándole baba.

–¡Se convierte, se convierte!

Pero no se convirtió. Yo nunca más vi una sonrisa tan inmensa, franca y relajada como la de aquella noche en la cara del Gringo.

–¡Cómo pueden ser tan pendejos! –dijo, cagándose de risa–. Saquenmé...

Y se sentó a esperar.

Nadie le dio bola. Fefé le tiró la ropa, le pidió que se vistiera. El Gringo trató de convencernos. Intercalaba las súplicas con historias de encierro. Fuimos a escuchar. Dijo haber convencido a un guardia cárcel de que no torturase a un compañero. Le hizo ver que los seres humanos tenían un umbral de dolor, que pasado ese umbral era al pedo seguir torturando.

No fueron más de veinte minutos, las luces iluminaron la jaula: azul, rojo, azul, rojo.

–¡La camioneta de la cana! –gritaron Peluca y el Torito.

Dos policías y el padre del Julián venían corriendo.

–¡Ahí están! ¡Ahí están!

4

El Gringo terminó el secundario en la escuela técnica. Después rechazó la beca que le había conseguido uno de sus hermanos para estudiar en Estados Unidos. A los dos años lo citaron en Buenos Aires: la nasa quería desarrollar el proyecto energético de propulsión que el Gringo había presentado a concurso. Algo totalmente revolucionario, según el semanario local, que no siguió la noticia más allá de la primera semana. Y nunca supimos qué pasó con aquello.

A los tres años, más o menos, empecé a encontrarme con el Gringo. El padre le había regalado una cabaña hecha bosta en el monte, a unos dos kilómetros por el camino de tierra del barrio. La gente corrió un rumor de que el Gringo se juntaba ahí con los amigos a drogarse. Conocí la cabaña como su laboratorio científico y biblioteca. Comíamos los viernes los dos solos y hablábamos de cosas increíbles. Yo lo escuchaba y le hacía muchas preguntas. Un día me explicó su teoría sobre los fantasmas.

–La mayor parte de los casos son fraudes –dijo–, pero existen otros que interesaron durante siglos a la ciencia más conservadora.

Según él, las apariciones visuales y sonoras de los muertos se deben a una «grabación» natural. Por circunstancias físico-químicas poco comunes (yo no le entendía mucho las palabras, pero me gustaba escucharlo), los componentes de un entorno natural generan soportes electromagnéticos. Así, un evento –fragmento del tiempo, escena de nuestra vida– es grabado en ese soporte, ambiente, aire o como se llame. Luego, por otras –o quizá las mismas– circunstancias, tal evento es reproducido.

–Pensá en un cassette –hacía ver–, en el magnetismo de la cinta. El planeta posee magnetismo. Existe una aleación de níquel y titanio llamada Nitinol, tiene propiedades fabulosas: a temperatura ambiente es duro como el acero. Sumergido en agua se vuelve blando, al volverlo a poner en agua caliente salta con violencia y se vuelve duro con fuerzas de varias toneladas por centímetro cuadrado. O sea: con un mínimo de gradiente de temperatura, tiene grandes contracciones y dilataciones, y además no se deteriora con el tiempo.

–Un metal con memoria o algo así, ¿no? –dije, sorprendido de escucharme.

«El Gringo trató de convencernos. Intercalaba las súplicas con historias de encierro. Fuimos a escuchar. Dijo haber convencido a un guardia cárcel de que no torturase a un compañero. Le hizo ver que los seres humanos tenían un umbral de dolor, que pasado ese umbral era al pedo seguir torturando.»

–Claro. ¿Por qué no van a combinarse distintos elementos del ambiente generando «cinta» capaz de grabar y reproducir? ¿Y qué si en realidad los eventos de la vida de cada uno de nosotros se graban constantemente y no pueden reproducirse sino por circunstancias anómalas desconocidas todavía?

Se puso de pie indicando que lo siguiera al sótano. Bajamos. Unos motores y cinco o seis computadoras se iluminaron. Había logrado «grabar» sombras chinescas con la linterna y me aseguró que era capaz de reproducirlas.

«El Gringo terminó el secundario en la escuela técnica. Después rechazó la beca que le había conseguido uno de sus hermanos para estudiar en Estados Unidos. A los dos años lo citaron en Buenos Aires: la nasa quería desarrollar el proyecto energético de propulsión que el Gringo había presentado a concurso.»

–Dejate de joder –le dije.

Pero ese día lo pasé ahí. Poco a poco, durante seis horas, las sombras se fueron reproduciendo en el espacio vacío entre los dos. Al principio no me sorprendió, después creí estar alucinando. Esas imágenes no se generaban desde un proyector. No había un lente por donde pasara luz. Ni cintas o diapositivas con las sombras. Nada. Sólo el ruido de las máquinas modificando la situación climática del sótano para favorecer las apariciones. Ni siquiera eran reproducidas en un soporte plano, sino en el aire. La temperatura estaba bajo cero, la transpiración nos chorreaba. Los pelos se erizaban.

El Gringo me agarró del brazo y juró matarme si llegaba a contarle a alguien. Lo dijo con ojos de loco.

5

Al fin había logrado seducir a Elisa. Ella, como todos los días, regaba las plantas con ese shorcito a cuadrillé rojo. Bajé de la moto, y cuando la saludé torpemente –un beso en la comisura de su boca– sentí el aliento a palitos de la selva y olorcito a recién bañada.

Al otro día ya nos apretábamos contra la pared del pasillo.

A veces me daba la espalda y frotaba el culito contra mi bragueta. La sombra proyectada por sus largas piernas ocupaba la totalidad del pasillo. La mía colgaba de la de ella como un deseo amorfo. Me acordé de las sombras del Gringo. Hacía mucho que no lo veía.

En los jueguitos del Tito Sánchez, el Gringo se puso loco apenas me vio. Con su mano apretando mi cuello me advirtió que la dejara en paz a la Elisa.

–Si no –dijo–, vos cobrás con la mafia del barrio.

El Alexis y el Pluma miraban de reojo desde el Gálaga.

–¿Qué mafia, boludo? Somos amigos.

–La mafia del barrio, gil. Y no sos amigo nuestro, ¿tamo?

El empujón fue duro: pegué con la espalda en el Pac-Land.

Y los vi irse. Antes de cerrar la puerta, el Gringo miró arrepentido. Debe haberse acordado de que yo conocía su secreto.

Una tarde le ayudaba a Elisa a trasplantar los crisantemos. El Gringo apareció por la puerta del patio. Agrandado, haciendo chistes boludos, sacando pecho, fingiendo rapidez y seguridad. Le pellizcaba el culo a la Eli, y a cada rato arruinaba la conversación con alguna grosería. Preguntó dos o tres boludeces de aeromodelismo para mostrarse amistoso.

–No te hagás el culiáu –le dije–. No te hagás el buena onda, ahora.

–No, pero vos entendés todo mal. No me des bola cuando estoy con mis amigos. Son más pesados...

No le contesté, fui a preparar jugo. Volví quejoso por la mugre en los vasos. El Gringo se sentó al lado

de la Elisa, le agarró las dos manos y le dijo:

–O nos besamos, o no te suelto.

Yo miraba con los tres vasos en la mano como un idiota, ansiando que ese momento se diluyera rápido. Le dije que no jodiera más. Volví a la cocina a dejar dos vasos. A los gritos pidió un cigarrillo. Como nadie tenía, le soltó a la Eli una de las manos, sacó la billetera y me mandó a comprar.

Fui porque hacía horas que no conseguía puchos, demoré: se le salió la cadena a la moto. Cuando volví, ella negociaba su libertad ofreciéndole un piquito. Él le dijo bueno. Y se lo dio, la hija de puta.

El Gringo se puso colorado –grandote hijo de mil putas–, pero no la soltó. Le dijo:

–O nos ponemos de novios, o no te suelto.

Le grité que la cortara.

–Vos andate –me dijo, con tranquilidad.

–Dejá a mi novia, Gringo. ¡Basta! En serio.

–¡Andate! –gritó clavándome los ojos de loco.

Entonces lo vi perfecto: fue ella quien le soltó las manos a

él. Fue como si Elisa me hubiese revolcado largo rato en el piso y abierto las piernas en mi cara para mearme.

Descolgué la pala y le di al Gringo en el lomo. Se puso de pie como pudo, pero llegó a adquirir su enormidad. Y no tuve otra: le di en la cabeza y cayó.

«A veces me daba la espalda y frotaba el culito contra mi bragueta. La sombra proyectada por sus largas piernas ocupaba la totalidad del pasillo. La mía colgaba de la de ella como un deseo amorfo. Me acordé de las sombras del Gringo. Hacía mucho que no lo veía.»

6

Después de cuatro años fui hasta la cabaña del Gringo a devolverle unos libros que tenía desde el primario; y a ver qué había sido de él. Las últimas noticias lo describían como un marido golpeador. No los había vuelto a ver, ni a él ni a Elisa. Se habían mudado al norte de la ciudad y no salían. Alguien dijo una noche que el Gringo se pasaba el día en la cabaña.

En el camino los gorriones se refrescaban sumergiéndose en la tierra. Siesta agrietada, de cementerio. El lugar parecía abandonado. Me senté en el tronco caído. La puerta, abierta, era una boca amarga. Golpeé las manos. Nadie contestó. Entré. Los platos sucios y unos libros abiertos sobre la mesa parecían pequeñas personas muertas como si las hubieran masacrado. Caminando por el pasillo sentí la piel de gallina, entré al cuarto.

El Gringo lloraba tirado en la cama. Se dio vuelta despacio, como molido a palos, buscándome los ojos. Miró por encima de mis hombros.

–Me dejó –dijo–, está con otro tipo. Es por el tema de los hijos. Se buscó otro porque yo no puedo.

No supe qué decirle. Miré por la ventana. ¡Ay! El Gringo estaba ahorcado en el árbol del patio.

© Pablo Giordano

El autor:

Pablo Giordano (Las Varillas, Argentina, 1977). Ha dirigido revistas juveniles y publicado algunas poesías y cuentos en el suplemento El Especial de Nueva York-Nueva Jersey, la revista porteña Oliverio, el diario argentino La Voz del Interior y la Revista Diccionario. En papel ha participado de las antologías: *In Our Own Word* (Marlow Peerse Weaver, USA, 2007); *Grageas* (IMFC, Buenos Aires, 2007) y *25 ciudades* (Universidad Católica de Córdoba, 2007) En formato digital ha colaborado con sitios de Argentina, México, Cuba, Estados Unidos, Portugal, Brasil y España entre los que se destacan la revista Narrativas, No-Retornable y Los Noveles. Sus textos han sido traducidos al inglés y portugués. <http://cosasdemembre.blogspot.com>

LO QUE TRAJÓ LA NOCHE

por Salvador Alario Bataller

Para nosotros, la mujer se llamará simplemente María. Tal vez no tenga el menor interés que fuere hermosa o inteligente, que no son, en modo alguno, dones magros; pero lo que sí incumbe para la presente historia son sus miedos, sus desvelos y sus noches.

Algo más se ha de decir, no obstante, aparte de lo anterior. No eran pocos los que se preguntaban por qué una mujer de sus características andaba siempre sola y se apartaba contumazmente de aquello que los jóvenes de su edad apetecían. La razón inconfesa de su soledad y ostracismo voluntarios estribaba en que María descreía de toda aquella gris silva de vidas humanas de inefable factura. Del hombre y sus obras solamente le interesaba la palabra.

No tuvo biblioteca paterna donde huir del mundo, solo cuatro libros que ella compró con esfuerzo y más de una privación, y amigos pocos. Una vez conoció a un hombre, quien le acabó atropellando hasta el diálogo, después de lo cual, amén de ser insegura y timorata *ab ovo*, decidió que la acompañase solo su sombra. Por todo lo dicho, acabó refugiándose entre las paredes de su pequeño apartamento, en compañía de aquellos cuatro libros y una plétora de recuerdos familiares, esos amigos veros y a veces dolientes que, según dijo Stocker, nunca traicionan.

Había, sin embargo, ciertas partes terribles de su vida que únicamente ella sabía y que, a duras penas, arrostraba. Cuando atardecía y la noche se insinuaba vagamente en su biblioteca (o lo que ella llamaba con este nombre), una actitud alerta y expectante se apoderaba de ella porque comenzaba a anticipar que su sueño estaría plagado de pesadillas, cuyo contenido no llegaba todavía a precisar. Ciertamente soñaba y los sueños eran tormentosos, pero despertaba siempre sin saber el contenido de lo soñado, aunque el miedo la abatía.

El proceso, los hechos concatenados en un orden quizás significativo que ella no comprendía, era siempre idéntico: apenas se dormía, una vaga sombra la atenazaba y se despertaba sobresaltada; entonces permanecía en la cama yerta, sin atreverse a mover un párpado, con anticipación y terror casi físicos, hasta que el nuevo día clareaba tras los cristales. Ese ciclo se venía repitiendo día tras día, semana tras semana, mes tras mes, a lo largo de casi cinco años ya, por lo cual ella temía que aquella angustia no fuera a terminar nunca.

Tales sentimientos y temores indefinibles nunca la abandonaban y, como se dijo, en ese estado de mórbida aprensión venía viviendo desde hacía prácticamente cinco inviernos. El miedo, según creía, probablemente comenzó por allá los setenta, cuando perdió de manera dramática a su mejor amiga. Fue en tiempos de la dictadura; desapareció en una manifestación y ya no se supo de ella. Posiblemente los ominosos muros de una comisaría cualquiera supieran a ciencia cierta cual fue su aciago destino, aunque nada se reflejó a los ojos del mundo; desapareció simple y llanamente, nada más, como otros muchos casos que quedaron en el olvido y sin resolver. Muchas veces pensaba que tal vez ahí estuviera el origen de su conturbación, aunque casi siempre, paralelamente, se negaba a aceptar una explicación tan directa de todo aquello, confusa y desorientada, embargada como vivía, día y noche, por aquel pavor que la consumía.

Cuando aquella tarde María bajo a comprar el periódico, miró como siempre la calle y la gente con indiferencia, sabiendo que una y otras, como las cosas todas, seguían su curso invariablemente, independientemente de que ella existiese, que no era otra cosa que un meñique producto del azar en un tal vez más vasto y conspicuo decurso de acontecimientos. En el fondo esto tampoco le importaba, porque todo ello, según creía, estaba más allá de su pequeño y zozobante universo.

Compró el periódico de todos los miércoles y fumó un cigarrillo tranquilamente mientras comentaba maquinalmente cuatro cosas, cuatro palabras banales e insulsas, con el hombre del quiosco; no reparó en aquella revista sensacionalista, cuya portada anunciaba los desmanes de una fiera humana,

que ocupaban las páginas de sucesos de todos los periódicos del país y constituía el hecho de mayor preocupación social en los últimos meses, como tampoco le interesaron las noticias de sociedad, las fluctuaciones de la bolsa o los deportes. Casi por inercia, con la desgana que la caracterizaba, comió un poco de pasta en el restaurante italiano de la esquina.

–Hoy no viene ni Dios –dijo un habitual al entrar, viendo el local casi vacío.

«Claro, es que Dios nunca está», pensó María y como aquello le sonó a greguería, rió para sí.

Fue la única nota de color, un tenue matiz de apagado color posiblemente, en aquel día monocorde y tedioso, como casi todos sus días. Después, arrastrando su figura feble y alicaída, subió a su apartamento.

Miró el reloj, una vez cerró la puerta. Eran las cuatro de aquel día especialmente fatigoso, abúlico y gris.

Cuando entró en su pequeño despacho, el espejo duplicó su imagen y se asustó. Azorada vio su rostro en el cristal y comprobó que estaba triste y ajada, esa metamorfosis gradual e irreparable del flujo de su tiempo, que a ella, a decir verdad, bien poco hubiera preocupado si no hubiesen existido las noches. De niña la asustaba algo turbio dentro del espejo o la más densa tiniebla en el interior de un armario que alguien se había olvidado de cerrar, una forma inconclusa e innombrable pero aviesa en su esencia, algo que, según el dogma judeocristiano en que la habían educado, prefiguraba al infierno y a la bestia. Ahora ya no creía en todo eso, pero el miedo persistía.

Trató de arrumbar esos pensamientos perturbadores de su cabeza, intentando escribir una página de aquella que sería su hipotética primera novela y, al final, lo consiguió. Al principio se angustiaba bastante pensando que todo aquel desvelo acabaría pudriéndose en el cajón de su escritorio y que ella nunca dejaría de ser un ser anónimo y sin importancia. Pero eso ya no le preocupaba, al menos la escritura hacía que se relajase, aunque fuera en poco grado.

Cada día se acostaba y, sin que lo pudiese remediar, se dormía a plomo; después la alcanzaba la pesadilla y se despertaba. Pasaba unos minutos con la luz encendida, tratando de tranquilizarse, pero el sueño la rendía otra vez y nuevamente se repetía aquel calvario. Hasta ahora había logrado huir de la amenaza que le traía el sueño; pero sabía que alguna noche no lo conseguiría y al imaginar ese desenlace incierto y potencialmente terrorífico, sentía una angustia medular, profunda, irrevocable, tanto que deseaba morir en esos momentos.

«Cuando entró en su pequeño despacho, el espejo duplicó su imagen y se asustó. Azorada vio su rostro en el cristal y comprobó que estaba triste y ajada, esa metamorfosis gradual e irreparable del flujo de su tiempo, que a ella, a decir verdad, bien poco hubiera preocupado si no hubiesen existido las noches.»

Al amanecer, cuando despertaba definitivamente, trataba de convencerse a sí misma de que las pesadillas no tomaban forma en la realidad, que aquella zozobra nacía de su soledad y de su inestabilidad emocional, de su psiquismo desmadejado y débil. Reforzaba su claudicante convicción aduciendo además, ingenuamente, que una mujer como ella, que nunca había causado daño o desdoro a nadie, no podía merecer una suerte semejante. Pese a todo ello nada podía apaciguar la rabia que surgía de sufrir aquel tormento gratuitamente cada noche, año tras año, sin poder verle el término.

Por fin y para mal, la noche upira trajo la forma y ésta la alcanzó. Se despertó más sobresaltada que nunca, casi de un salto, porque había fijado nítidamente sus rasgos; era una cara humana y lupina, que escondía los rasgos del horror y de la muerte, unas facciones heteróclitas e insanas, adunando lo animal y lo humano en extraño y ancestral maridaje. Tenían, en suma, la veste del horror antiguo, el marchamo del mal absoluto, el del ogro de las pesadillas. El, el destructor, vástago de un Hipnos sangriento, el tenebroso, tenía los ojos de un rojo iridiscente, a veces casi dorado, el color de aquello que nunca podría alcanzar a ver, el sol.

Después de aquella noche el temor fue más concreto, sintió su mano turbadora más vívidamente que en ninguna ocasión anterior, su frío aguijón en la carne y un vehemente deseo de huir o desaparecer que llegaba al paroxismo. Empero, de forma paradójica y casi burlona, el duende del infortunio hacía que el sueño la abatiese más raudamente que antes, ahora en cualquier lugar, en el sofá, en la

mesa del comedor, pero, sobre todo, apenas atravesaba el vano del dormitorio. De modo que durmió fuera, en la biblioteca, pero fue durante unos días, pues se convenció que toda lucha era imposible, que nada podía hacer para oponerse a la mano mórfica que la empujaba al centro mismo del sueño, donde habitaba la pesadilla.

Hubiese pagado cualquier cosa –incluso su alma, aunque fuera un alma enferma– por un dormir inhabitado, por ese olvidado y casi unánime descanso que la noche propiciaba, pero ya ni eso tenía en el perro mundo. Dios, quien nunca estaba, hacía tiempo que se había olvidado de subvenir a sus ruegos y plegarias.

En sus ansiosas vigiliadas recordaba constantemente, obsesivamente, cómo comenzó y cómo fue cambiando: al principio las ensoñaciones eran caóticas y poco después se fueron definiendo paulatinamente; ella, aguardando la mordaza inevitable del dormir, escuchaba con ansiedad, miraba con ansiedad, aguardaba transida por el espanto con todos sus sentidos a flor de piel, hipertrofiados por la crónica y densa espera, a que él viniese e impusiese el amargo tributo que su llegada exigía. Aunque se lo negaba porfiadamente, aunque trataba de razonar cachazudamente, de imponer la lógica con obstinación, nada lograba disuadirla de que su destino en el sueño se interpolaría en el mundo real. Vino diluido en las sombras de la noche furtiva, desde su universo pagano e insólito, como si formase parte de ella o fuese uno de sus más antiguos moradores. A ella, con el horror de las noches, se le fatigó la calma y también la esperanza.

La intolerable nitidez de la certeza la sobrecogía, abatiéndola al comprender, con vértigo, que el sueño modelaría con su materia ilusoria su devenir en el mundo empírico; y cada noche crecía la evidencia. Lo soñó sin rostro al principio, pero las noches lo fueron modelando con angustiosa perfección. Desde entonces tuvo plena certidumbre de que el fin se acercaba y que tendría lugar de manera ineluctable. Hiciese lo que hiciese, era algo que estaba escrito y que tendría que ser. Fue entonces cuando reparó en su libro y vio que estaba escrito con la materia de sus sueños, que había plasmado allí sus noches horribles y, con ello, lejos de pensar que estaba perdiendo el juicio, aquello le demostró que el sueño se acercaba a los hechos e iba dejando su primera impronta en algo consistente y comprobable, como el papel. Sí, algo indudable en sus adentros le afirmó que era el tiempo propicio para el holocausto y que el daño iba a ser irreparable.

Mientras ella sufría temiendo el final, él se demoró. Al menos esta fue la interpretación que ella fue sacando de aquel abismo de dudas y angustias postreras: en su soñar colapsado sabía lo que era obvio, lo que se le mostraba, que él era malo y violento, que disponía de ella a placer en su dominio onírico e inmisericorde, preparando una orgía de sufrimiento inenarrable y gratuito, esos infaustos placeres que atormentan a los hombres y complacen a los demonios y a su rey. Por esta razón, como siempre, cada noche, a la misma hora, ella soñaba y cada vez las imágenes soñadas eran más nítidas y atroces. Después, cuando despertaba, la remembranza de los horrores impregnados en el sueño recurrente, era tan pervasiva y real que hasta la vigilia fue cincelándose de los tintes de la pesadilla. En ese momento fue cuando se le quebró el aguante y pensó en el frasco de tranquilizantes, que uniría de golpe el presente con el futuro, haciéndolo la misma cosa, alejando para siempre la presencia de su fantasma, otorgándole la nada piadosa. Con ello, sin temor ninguno, bendijo a la ingrata, que la absolvería de mayores tormentos.

Jadeante y con mano vacilante, abrió el cajón de la mesita de noche y palpó nerviosamente en su interior, buscando el frasco salvador. Una tenue claridad comenzaba a dispersar las sombras que la noche había prodigado en la alcoba. Cuando sus manos tocaron el frío cristal supo, si bien por otro motivo, que el tiempo se había terminado y de él solo vio la figura, cuando el espejo se la devolvió.

© Salvador Alario Bataller

El autor:

Salvador Alario Bataller. Doctor en psicología, quedó entre los diez finalistas en el "Premio Planeta de Novela en 1997", con *La conciencia de la bestia*, es coautor de los libros de cuentos *Así escribo mi ciudad*, *32 maneras de escribir un viaje* y *101 coños* (de próxima publicación) y del ensayo *Malditos, la biblioteca olvidada* (Grafein). Página personal, *Undostrescuentos*: undostrescuentos.blogspot.com

LA LUNA Y LAS COMEDIAS

por Noemí Pastor

En julio de 1969 yo tenía seis años y soñaba con tener siete, porque con siete años una ya era mayor y empezaba a ir a la catequesis para luego hacer la comunión. Como era verano, yo estaba en la playa con mis abuelos y mis tíos, que me querían mucho porque era su única nieta y sobrina y, sobre todo, porque era estudiosa y formal; quizás demasiado estudiosa, demasiado formal y demasiado seria. Y es que lo que yo quería era ser mayor y estar presente en las conversaciones de los mayores, decir cosas importantes y que me hicieran caso, que se quedaran callados mientras yo hablara, y no me dijeran con una sonrisita: anda, vete a jugar, guapa.

En julio del 69 todas las noches hacía calor, incluso cuando llovía. Había una compañía de titiriteros, o de teatreros, que también así se les llamaba, que iba recorriendo los pueblos de la costa. La gente decía: vamos a las comedias; cogían las sillas bajas de casa, que no pesaban, y se acercaban a la plazoleta, a ver la función.

En julio del 69, en una noche de aquéllas, mis tatas me llevaron a ver las comedias. Las tatas eran la tata Sole, la tata Loli, la tata Cristi y el tato Jose Luis, pero yo decía las tatas, y no los tatos, porque no sabía de gramática y veía que allí había más tatas que tato. Como mucho, decía las tatas y el tato; pero casi siempre las tatas, y ahí entraban todos.

Pues bien, las tatas me llevaron a ver las comedias. Como no cogimos sillas, yo me tuve que sentar en el suelo, delante de todos, muy cerca del escenario, aunque, ahora que me doy cuenta, en realidad no había escenario: daban la función también sobre el suelo. Así que me senté con los demás niños, casi en primera fila, y las tatas se quedaron por detrás, de pie.

A mí me daba bastante vergüenza sentarme entre niños desconocidos que comían golosinas y no me daban ni un poco, porque no era de su pueblo. Las tatas me decían, como decía siempre todo el mundo: A ver si te haces amiga de estos niños. Pero, ¿qué se creían? ¿Que una hacía amigos, así como así, de repente, y porque ellas lo dijeran? Yo les oía decir a los mayores: Hay que ver con qué facilidad hacen amigos los niños; se juntan para jugar un ratito y ya se hacen inseparables. Y todo el mundo estaba de acuerdo: Es verdad, ya podíamos ser así los mayores. Sí... Y es que ¡cómo cambiamos de mayores! Mentira. Todo mentira. Los niños eran malos y dañinos. Como estaban solos, porque sus papás y sus tatas se habían sentado atrás, no daban nada a nadie. Los niños sólo dan cosas cuando se lo mandan sus papás, a pesar de que las maestras y las monjas se cansan de decirnos que tenemos que compartir, que no debemos ser egoístas. Yo no sabía muy bien qué significaba egoísta, pero imaginaba que era no dar nada a nadie y aquellos niños eran eso, egoístas. Y no nos hicimos amigos.

«En julio del 69 todas las noches hacía calor, incluso cuando llovía. Había una compañía de titiriteros, o de teatreros, que también así se les llamaba, que iba recorriendo los pueblos de la costa. La gente decía: vamos a las comedias; cogían las sillas bajas de casa, que no pesaban, y se acercaban a la plazoleta, a ver la función.»

Pero a mí me daba casi igual. Me daba casi igual porque, claro, habría preferido que me dieran de sus chocolatinas, de su chicle y sus patatas fritas. Pero me daba igual porque yo no era ninguna glotona y, además, no estaba allí para hacer amigos, sino para ver las comedias.

Las comedias empezaban siempre igual: salía un señor gordo vestido con frac y sombrero alto, que era o hacía como si fuera italiano y decía: bela señora, grande espetácolo, caro bambino y así. El frac lo llevaba polvoriento y los zapatos no le relucían tanto como la copa del sombrero, pero yo no me fijaba mucho en esas cosas, porque, aunque no le entendía bien, se me pegaban sus palabras y la

musiquilla que les ponía y se me ocurría que, al volver a casa, les iba a hablar a los tíos y a los abuelos en italiano.

Después del señor italiano empezaba de verdad la función. Al principio venía el número de los perritos amaestrados, que a veces eran monitos amaestrados, y siempre tenía mucha gracia. A los perritos y a los monitos los vestían de gángster, de bailarina clásica, de futbolista o de flamenca, y todo el mundo se reía muchísimo, sobre todo cuando las perritas y las monitas se caían al suelo y se les veían las bragas de color rojo chillón. Luego daban unas volteretas, andaban en bici y, para sorpresa final, el perrito más chiquitín y más simpático atravesaba de un salto un aro en llamas sin chamuscarse un solo pelo. Entonces todo el mundo aplaudía a rabiar y la señora domadora de perritos cogía al chiquitín en brazos y le hacía muchos cariños.

Porque los perritos y los monitos amaestrados siempre salían de la mano de un señor y una señora un poco viejos que los trataban con muchas sonrisas y mimos y que a mí me parecía que eran el papá y la mamá de los perritos y los monitos. A mí me chiflaban los perritos y los monitos amaestrados, porque eran requetelistos y su papá y su mamá humanos los querían mucho. Eso le decía yo a mi papá también humano, que cuánto querían los papás humanos a sus hijitos perritos, que siempre les daban besitos y terrones de azúcar. Y mi papá, que tenía la manía de verlo todo por el lado negro, me contestaba: ¡Ay, hija! ¿Tú sabes cuántos palos habrán recibido esos pobres animales hasta aprender a dar volteretas? Y yo no sabía qué contestar.

«Un día mi mamá me dijo que una sardinera estaba triste porque se le había muerto el marido y a mí me extrañó mucho, porque yo pensaba que las sardineras no tenían marido y no vivían en una casa normal, sino que se pasaban todo el día en la calle, empujando su carrito de madera con los pescados bien ordenaditos y luego, por la noche, se iban a dormir todas juntas a una cabaña de la playa y se pasaban la noche entera riendo y cantando con unas voces preciosas.»

Después venían los payasos, que a veces eran dos y se pegaban sopapos que resonaban mucho, y a veces era uno que se vestía de sardinera. A mí me gustaba más cuando salían dos y se pegaban sopapos, se caían y se chocaban contra las cosas, porque la sardinera no hacía más que hablar y yo no le veía la gracia, porque ni se caía, ni se chocaba, ni nada. Sólo se levantaba la falda y la saya y enseñaba unas bragas con muchos lazos. Y entonces era cuando la gente más se reía. Vamos, como con las monitas y las perritas, que no sé qué demonios de gracia le encontraban a las bragas, porque cuando yo jugaba a tirarme por el suelo y a dar volatines, todo el mundo se ponía serio y me decía: Estate formal, que se te están

viendo las bragas. Y si no les hacía caso, empezaban a decir que ya era una señorita y parecía un chico, y que no tenía que levantarme las faldas. Muy serios, muy serios. Pero en las comedias, era ver una braga y matarse de risa. Yo no lo entiendo.

Además, a mí no me parecía bien que la gente se riera de las sardineras, que eran unas señoras muy amables y tenían una profesión muy bonita, porque las sardineras no fregaban los platos ni arenaban el suelo como mi mamá, mi abuela y mi tía, sino que siempre andaban en el puerto o en la calle, pegando gritos sin que nadie las riñera, con unas voces preciosas, que cantaban más que hablar. Además, a los niños no nos daban besos, ni nos pellizcaban las mejillas, ni nos tocaban, pues decían que estaban sucias, y era verdad, porque siempre tenían las manos y el delantal llenos de tripas de pez. Pero nos hablaban con una voz muy bonita y, más que hablar, cantaban unas cosas preciosas y se reían mucho, eso sí, muchísimo, con todo el mundo, porque todo el mundo quería mucho a las sardineras.

Un día mi mamá me dijo que una sardinera estaba triste porque se le había muerto el marido y a mí me extrañó mucho, porque yo pensaba que las sardineras no tenían marido y no vivían en una casa normal, sino que se pasaban todo el día en la calle, empujando su carrito de madera con los pescados bien ordenaditos y luego, por la noche, se iban a dormir todas juntas a una cabaña de la playa y se pasaban la noche entera riendo y cantando con unas voces preciosas.

Pero mi mamá tenía razón, porque aquel día la sardinera estaba triste y yo la vi llorar un poco y me dio muchísima pena que aquella señora tan buena y tan simpática llorara por la calle, con el carro

lleno de pescados bien ordenaditos. Por eso me sabía mal que el payaso se vistiera de sardinera, porque la gente se reía y no se daba cuenta de que igual la sardinera estaba triste y aquel día no tenía ganas de reír, sino de llorar y limpiarse las lágrimas con la punta del delantal, que era el único sitio por donde no estaba sucio de tripas de pez.

Después de los payasos se hacía un descanso. Los teatreros pasaban entre las sillas y entre los niños con unas cestas grandísimas con paquetitos de piñones, almendras garrapiñadas, turrón de guirlache y caramelos de malvavisco. Y los que pasaban vendiendo eran los mismos que habían salido antes actuando y se me hacía muy raro verles de cerca, sin vestidos de brillantes, porque parecían personas normales y no artistas de comedias. Yo miraba para atrás a ver si las tatas me veían y me compraban algo, pero estaba muy oscuro y apenas las distinguía en la puerta de una tasca, fumando, que yo no sabía que las tatas fumaban y me alegré de que no las viera el abuelo, pues el abuelo decía que las mujeres no tenían que fumar, porque no han fumado nunca y a ver por qué tienen que empezar a fumar ahora. Yo decidí entonces que de mayor iba a fumar, como las tatas, pero cuando no me viera el abuelo.

Luego estaba el número de equilibristas, que eran, primero, dos chicos jóvenes que se apoyaban uno en el otro y el señor italiano explicaba lo que hacían y decía que eran cosas muy difíciles que no sabía hacer nadie en el mundo. Y, al final, al final, decía que iban a hacer lo más difícil de todo y que nos estuviéramos muy callados para no distraerlos, porque era muy peligroso. Entonces sonaba el redoble de tambor que me retumbaba en las tripas y los chicos hacían lo más difícil del mundo y les salía mal, se caían, y el italiano recordaba que ya había dicho él que era muy, pero que muy difícil y que, claro, eran unos chicos muy jóvenes y no habían aprendido bien. Pero que se merecían un gran aplauso y la gente les aplaudía porque les había dado lástima. Entonces los chicos jóvenes se miraban uno a otro y se hacían gestos como queriendo decir que lo iban a intentar otra vez y el señor italiano que no, que era muy difícil y que no lo intentarían porque se iban a caer y se iban a mancar. Pero los chicos se ponían cabezones y que sí y que sí, y al final, el señor italiano cedía y volvía a pedir silencio, por favor, y sonaba otra vez el tambor y retumbaba en mis tripas. Y los chicos hicieron otra vez lo más difícil del mundo y les salió bien. El señor italiano se puso muy contento y la gente aplaudía que les salía humo de las manos. Qué bien, qué bien, qué bien.

«Después de los payasos se hacía un descanso. Los teatreros pasaban entre las sillas y entre los niños con unas cestas grandísimas con paquetitos de piñones, almendras garrapiñadas, turrón de guirlache y caramelos de malvavisco. Y los que pasaban vendiendo eran los mismos que habían salido antes actuando y se me hacía muy raro verles de cerca, sin vestidos de brillantes, porque parecían personas normales y no artistas de comedias.»

Seguía el número de equilibristas con la segunda pareja, que no era de dos chicos, sino de un hombre mayor y una niña. El hombre era alto y moreno y llevaba un traje blanco. La niña era más o menos como yo, con una coleta larga, unas piernas también largas, como yo, y un vestido rosa con brillantitos que era una maravilla de vestido, más bonito todavía que los vestidos de comunión. El hombre cogía a la niña y la tiraba al aire, la recogía, la tomaba de la punta del pie y la subía muy alto, muy alto, y ella saludaba moviendo los brazos y las manitas. Luego, la ponía de pie sobre sus hombros y los dos cogían unas mazas y hacían a la vez juegos malabares. También bailaban un rocanrol con mucha vuelta y mucha acrobacia. La niña, que era un poco traviesa, pero sólo un poco, como yo, a veces le daba un cachetito en el pompis al hombre y el hombre la perseguía por toda la pista, pero no la alcanzaba porque corría mucho y daba volatines y saltos muy grandes. Entonces me di cuenta de que aquel hombre no era el papá de la niña, sino su tío, porque yo también jugaba con mi tío a que yo le pegaba y él me perseguía sin cogerme; y no podía ser su papá, porque los papás lo ven todo por el lado negro y no tienen ganas de jugar a casi nada.

Además, los tíos seguro que son mejores para las funciones y las comedias, porque una vez yo me puse a hacer funciones con mi papá y me sentó en una silla, la cogió por las patas y me subió muy alto, que casi pegaba con la cabeza en el techo de la cocina. Y cuando estaba en lo más alto, mi padre dijo una palabra de circo, que es ¡Yira!, pero salió mal, me caí y fui volando por los aires con la

silla, hasta que me di con la cabeza en el suelo. Me hice un chichón en la frente; no me dolía, pero empecé a llorar porque me había dado mucho miedo ir volando por los aires con la silla cuando mi papá había gritado ¡Yira!, que es una palabra de circo, seguramente italiana.

Pero a la niña de las comedias la lanzaba por los aires su tío, le salió bien y no le pasó nada. Así se acababa la función y entonces pasaban el hombre y la niña con unas cestas pequeñas a pedir dinero. Al hombre le daban muchas monedas, pero a la niña le daban muchas más, porque era alta y guapa, como yo, y llevaba un vestido rosa preciosísimo. Entonces venían mis tatas y me daban una peseta para que echara en la cesta del hombre, pero a mí no me daba la gana, porque la quería echar en la cesta de la niña, que era donde echaba casi toda la gente y porque quería verla de cerca a ver si era normal, como los que vendían dulces y como yo y, sobre todo, quería ver el vestido rosa con brillantes.

Luego vinieron mis tatas a buscarme, me cogieron de la mano y nos fuimos a casa, que era ya muy tarde. Me preguntaron a ver si me había gustado la función y yo sólo les dije que sí, aunque tenía la cabeza llena de cosas que les quería contar a mis abuelos y a mis tíos, que estarían en casa esperándome y yo les contaría y me harían mucho caso. Así que sólo les dije que sí y no me importó que se pusieran a hablar de chicos y de fumar, porque yo iba pensando en decirles a la abuela y a la tía que quería hacer la comunión con un vestido brillante rosa en vez de con uno blanco.

«Todo estaba bastante oscuro y borroso y me extrañó que la abuela no se levantara a darle un par de golpes a la tele, como hacía cuando salían rayas. Como el hombre que andaba como un pato era bastante aburrido, yo, sin que nadie me preguntara, me puse a contar las comedias, pero en seguida me dijeron que me callara y que mirara la tele, porque aquello era muy importante. Era la luna, sí, y el tío me dijo: El hombre ha llegado a la luna.»

Pero, cuando llegué a casa, no me estaban esperando y casi ni me dijeron hola, bonita, qué tal las comedias. Estaban todos atontados con la tele, mirando muy fijo, muy fijo, no como otras noches, que se quedaban dormidos con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza caída dando picotazos.

Como miraban tan fijo a la tele y a mí no me hacían caso, me tuve que fijar yo también en la tele y vi a un hombre con traje blanco y brillante que andaba como un pato por un desierto con piedras. Todo estaba bastante oscuro y borroso y me extrañó que la abuela no se levantara a darle

un par de golpes a la tele, como hacía cuando salían rayas. Como el hombre que andaba como un pato era bastante aburrido, yo, sin que nadie me preguntara, me puse a contar las comedias, pero en seguida me dijeron que me callara y que mirara la tele, porque aquello era muy importante. Era la luna, sí, y el tío me dijo: El hombre ha llegado a la luna. ¿Qué hombre?, pensé yo, pero en seguida me di cuenta de que, claro, era el hombre del traje blanco brillante que andaba como un pato por el desierto de la luna. Se veía muy borroso y el hombre no daba saltos grandes ni volteretas, sólo unos saltitos cortos, como si quisiera volar por los aires y le saliera mal.

Entonces se me ocurrió que qué tontería, que en vez de poner a un hombre con traje blanco, mejor habría sido una niña como yo con vestido rosa, porque está comprobado que a las niñas la gente las quiere más, las aplauden y les echan dinero.

O mejor: que fuera la niña con su tío, sí, mejor con su tío que con su papá para volar por los aires, y no en silla, sino en la nave espacial. Cuánto mejor mandar a la luna a una niña con traje brillante rosa y a su tío, en una nave espacial, porque así andan mejor por la luna, dando volteretas y saltos grandes, todo les sale bien, no se caen ni se mancan. Y, antes de salir volando por los aires, dicen una palabra italiana de circo: ¡Yira!

© Noemí Pastor

La autora:

Noemí Pastor nació, vive y trabaja en Bilbao. De niña soñaba con de mayor ser profesora y tener una casa con piscina. Ahora ya es mayor, es traductora, la piscina le da ya lo mismo y, de más mayor, quiere llevar una vida intelectual, militante y tranquila. Tiene un blog (boquitas pintadas np.blogspot.com) en el que habla de las cosas que le gustan y de las que querría cambiar porque no le gustan.

EL TREN

por Miguel Sanfeliu

Empezaba a declinar el día cuando salí de mi casa. Me encontré en la calle, cargado con dos maletas y sintiendo un viento seco golpeándome el rostro. Llevaba puesto un traje gris. Mientras esperaba la llegada de algún taxi, empezó a invadirme esa ligera excitación que todos experimentamos al emprender un viaje. Miré la sosegada calle. Por primera vez en quince años me alejaba de aquel barrio, contento y triste al mismo tiempo. Extraña sensación. Contemplé las casas, las farolas tenues, los árboles escasos... Un coche se acercaba hacia mí. Levanté un brazo y lo llamé: ¡Taxi! Se detuvo a mi lado y un hombrecillo cubierto de sudor salió del vehículo y metió mi equipaje en el maletero. Ya cuando me disponía a tomar asiento me detuvo una voz femenina. Estuve de pie viendo cómo se acercaba una muchacha desgarbada que no tardé en reconocer. Vivía al lado de mi casa y la consideraba una buena amiga. Me abrazó, me dio dos besos de azúcar y creí ver que sus ojos se llenaban de lágrimas. Le sonreí, apreté ligeramente sus manos y, tras despedirme de ella, me acomodé en el automóvil. Quedó tras de mí, saludándome hasta que desaparecí de su campo visual.

Alrededor de un cuarto de hora tardé en llegar a la estación. Se encontraba llena de gente. Gente que charlaba, leía, dormía o, simplemente, paseaba de un lado a otro. Estaba agradecido por no encontrarme solo en aquel lugar blanco y negro. Me dirigí hacia una de las taquillas y tuve la molesta impresión de ir tropezando con todo el mundo. Una mujer gruesa y de gesto ausente me miró desde el otro extremo de la ventanilla y, como un muñeco de cera, me entregó el billete y se cobró el importe. Luego se desconectó y continuó con su actitud pasiva. Mi tren llegaría por la vía número cinco con su correspondiente retraso. Tomé asiento, resignado a la incierta espera, al lado de un hombre que resoplaba haciendo vibrar los labios. En vista del escaso interés que rebosaba aquel tipo, centré mi atención en la perezosa contemplación de las vías que, ágilmente, como culebras, se retorcían, se entremezclaban, se separaban y, por fin, se perdían en el infinito. La llegada de una escandalosa locomotora rompió mi ensoñación. Las ruedas chirriaron chispeantes antes de soltar el último susurro. Era mi tren. Me puse en pie y avancé entre codazos hacia uno de los vagones. Ningún pasajero descendió. Subí tres desproporcionados escalones metálicos y me enfrenté a dos filas de butacas rojas completamente vacías. Un olor frío me embriagó. El piso estaba ennegrecido. Me senté en el lado izquierdo, mirando al frente: nunca me ha gustado viajar de espaldas. Coloqué mi equipaje sobre la red situada cerca del techo; todo excepto un pequeño maletín que dejé a mi lado y en el que llevaba algunas revistas y un poco de comida, asimismo otros detalles de no mayor importancia.

Tardamos diez minutos en empezar a movernos.

Las puertas estaban cerradas.

Reclinándome en mi asiento eché una ojeada a mi alrededor. No había nadie. Entorno descolorido. El viaje se presentaba propicio para la meditación y la lectura, lo cual me satisfizo, ya que no soy muy dado a entablar conversación con desconocidos. Prefiero el silencio a las tonterías y a los rituales comentarios de compromiso. Apoyé los pies en el asiento situado frente a mí y respiré hondo antes de dejar que mi vista resbalase curiosa a través del cristal.

Se vislumbraba a lo lejos, de forma difusa, la silueta de unos montes heridos e inmortales. Entre dos de ellos sobrevivía un puente de piedra; y el río que en algún tiempo se desplazase rápido y cristalino a través de sus arcos se había secado, dejando como recuerdo una polvorienta senda a cuyos lados se extendía un numeroso ejército de olivos y matorrales desperdigados al azar. Un poco más adelante pude apreciar un estrecho camino en el que imaginé por un momento la figura de algún labrador caminando con su azada al hombro, la cabeza cubierta por un sombrero de paja y despidiendo morenos destellos. También pasamos frente a unas extensas pinadas que cedían su sombra al cansado terreno, simétricamente ordenadas. Decidí leer un poco y extraje de mi maletín un libro: «Los amores difíciles» de Italo Calvino. Curiosamente, el relato que empecé a leer, el

primero, transcurría en un tren y describía las maniobras y tácticas con las que un soldado pretende establecer un seductor contacto con la matrona que se sienta a su lado.

El sol se agachó y el paisaje desapareció con él y no se encendió ninguna luz en mi vagón. Consulté con esfuerzo mi reloj y calculé que todavía me quedaban tres largas horas de trayecto, de modo que decidí dormir un poco. El sueño acorta las distancias. Estaba cansado. Tuve un sueño profundo e intranquilo, cargado de imágenes surrealistas.

Cuando desperté el sol brillaba intensamente. El cielo se encontraba despejado, a excepción de un par de intrépidas nubecillas que se desplazaban serenamente hacia el sur. Eché mano al maletín, dispuesto a comer algo pero me detuve en seco. Miré de nuevo al exterior. El sol estaba muy alto. El reloj me dijo que había estado durmiendo toda la noche. Había pasado de largo mi parada. Montañas calcáreas, terrenos resecos, suaves dunas, aislamiento... un paisaje desconocido. ¿Dónde me encontraba? Una sensación de ahogo me agarró el pecho y lamenté la soledad que me rodeaba. Me puse en pie accionado por el nerviosismo. Casi perdí el equilibrio a causa del traqueteo, pero logré sujetarme al respaldo de uno de los asientos. ¿Qué hacer? Pensé en la posibilidad de encontrar gente en algún otro vagón. Avancé rápidamente hasta la puerta que bloqueaba la parte delantera del pasillo pero, cuando intenté abrirla, me resultó imposible. Atascada. Forcejeé con ella unos minutos pero sin resultado. Corrí entonces a la parte trasera. Pero también ese acceso se encontraba atrancado. Traté de forzarlo, golpecé con fuerza, pero no sirvió de nada. Estaba prisionero.

Era necesario que me calmara.

Decidí volver a sentarme y esperar a la próxima parada. No podía tardar mucho. Contemplé cómo los postes de la luz pasaban casi invisibles a mi lado y los estuve contando hasta que me cansé. Observé detenidamente mi entorno, tan desierto, tan frío y amenazador, tan extraño.

Una figura acudió a mi mente y, en cierta medida, empeoró la situación: el revisor. ¿Por que no había aparecido por allí el revisor? ¿En qué clase de tren me había metido?

De pronto, se me ocurrió una posible explicación. Quizá me había equivocado de tren. Por eso no había pasajeros ni revisor, por eso el trayecto me era desconocido. Tal vez se trataba de un tren comercial cubriendo una vía muerta. ¡Qué estúpido! Ahora mi única solución consistía en apearme al final del trayecto y subir en el tren adecuado. Un día de viaje perdido.

Las manecillas del reloj se movían despacio, serenas e indiferentes, segundo a segundo, minuto a minuto. No podía dejar de preguntarme cómo había podido cometer semejante error. Había salido a la misma hora y creía recordar que también por la misma vía, ¿cómo entonces...? Era inútil seguir dándole vueltas. Lo único que podía hacer era esperar, soportar mi despiste y justificarlo con una mala noche, cansancio, «nadie es perfecto». Tarde o temprano me reiría de todo.

Pasó una hora. Empecé a tener calor. Me quité la corbata y me desabroché unos cuantos botones de la camisa. Me percaté entonces de que también las ventanas estaban cerradas. Hasta este momento no me había fijado porque la temperatura había sido más o menos agradable. Se me ocurrió pensar que tal vez no entrase nada de aire en el vagón y, si esta sospecha era cierta, me asfixiaría. La muerte por asfixia siempre me ha parecido una de las más horribles.

Con un arrebato de furia me puse en pie, agarré fuertemente el maletín, los nudillos se vaciaron de sangre, y lo estrellé una y otra vez contra el cristal. Al fin, caí extenuado sin haber conseguido otra cosa más que consumir oxígeno, desperdiciar fuerzas y quemar adrenalina. Una gota de sudor chocó contra mi ceja derecha, parpadeé varias veces y esto me produjo un espasmo nervioso en el párpado. Mi cerebro se agitaba angustiado, mi corazón latía cada vez más aprisa, me zumbaban las sienes, me temblaban las piernas. Nada podía hacer. Atrapado, aislado del mundo y sin posibilidad de escapar.

Nuevamente intenté abrir la puerta delantera, en vano, y otra vez forcejeé con la trasera sin mejor suerte. Los pasamanos estaban fríos, todo perfectamente ajustado, impenetrable. Sentí aflorar a mi piel un nítido e infantil sentimiento de claustrofobia. Miré por la ventanilla. El mundo exterior estaba tan cerca y, sin embargo, tan lejos como si lo estuviera contemplando a través de la pantalla del televisor. Los árboles, los montes, la naturaleza entera se burlaba de mí y de mi ridículo y misterioso cautiverio.

De pronto, vi un cartel que anunciaba con descoloridas letras mayúsculas el nombre de un pueblo que no había escuchado nunca. El tablón de madera había sido ladeado por el viento y amenazaba con caerse de un momento a otro. Las esperanzas renacieron en mí, la agitación hinchó mi pecho y me obligó a esbozar una leve sonrisa, pues aquel cartel se me antojó el presagio de un posible desenlace para mi aventura. Vislumbré el andén, polvoriento. Había gente esperando. De un salto, me aproximé a la puerta de salida, esperando con ansia el quejido de ésta al abrirse. Pero el tren no disminuía su marcha. La velocidad se mantenía constante. ¿Es que no pensaba detenerse? ¿Hasta cuándo iba a continuar esta alocada carrera? Golpeé de nuevo el cristal, y le di patadas a la puerta.

Entramos en el pueblo, como una corriente de aire. Algunas personas se me quedaron mirando con curiosidad, otras con extrañeza, e incluso hubo quien se rió. Bocas desdentadas, rostros cadavéricos surcados por enigmáticas arrugas, miradas vacías. Un puñado de viejas casas vivientes me ignoraban. Caí de rodillas. La estación fue quedándose atrás y desapareció de mi vista, como si la hubiese soñado. Mis ojos se humedecieron y lloré como un niño perdido, lloré a gritos. Empecé a dar vueltas, caviloso, excitado, derrotado, desesperado. Arriba y abajo. Mi casa, mis amigos, mi vida. ¡Taxi! Mi trabajo, el bar de la esquina, un café caliente. Un hombre que resopla y las vías que se retuercen perdiéndose en el infinito. Ojalá no hubiese emprendido jamás este viaje.

Una idea. ¿Dónde diablos estaría el freno de emergencia? Debía haber un freno de emergencia por alguna parte. Todos los trenes lo tienen. Me agaché, buscando bajo los asientos. Me incorporé y examiné los laterales y el techo. Arriba y abajo. Derecha e izquierda. El desesperado juego del escondite. Cuando lo encontré mis esperanzas se estrellaron contra el ventanuco de la puerta que me impedía llegar a él. Se encontraba fuera del vagón. Quizá un timbre de emergencia. No. Tal vez una salida de socorro. Tampoco. Me lié a golpes con todas las ventanillas, patadas, codazos, dolor, rabia. «No tienes posibilidades, es más alto y fuerte que tú». No había escapatoria. Ridículo, absurdo... ¿un sueño? ¿una pesadilla? Me pellizqué, me abofeteé, pero no conseguí despertar.

Lentamente, cansado, recuperé mi asiento y me impuse la obligación de conservar la serenidad y reordenar mis ideas. Analizar la situación y calibrar las posibles soluciones. ¿Qué soluciones? ¡Calma! Aquello debía tener una explicación lógica y lo mejor sería buscarla y dejar de imaginar historias de fantasmas. Ciertamente, los acontecimientos se presentaban bajo un prisma de irrealidad, pero esa situación no podía durar indefinidamente y, con toda seguridad, una vez finalizada, recibiría la correspondiente aclaración que me parecería, sin duda, de una lógica aplastante. Las cosas no siempre son lo que parecen y, ciertamente, resultaba ridículo imaginar que todo pudiese ser una especie de confabulación contra mí. ¿Con qué fin? Ridículo del todo. Intenté ver el lado gracioso de la situación y reírme de mí mismo. No lo logré.

Mi subconsciente seguía pidiendo auxilio.

Era fundamental potenciar la indiferencia. Un error lo tiene cualquiera, esperaremos a ver. Podía tratarse de algún tren fuera de servicio recorriendo una ruta de larga distancia y cumpliendo un determinado fin que yo desconocía. ¿Era posible? Precisamente esa ignorancia era la que me ponía nervioso, aquí estribaba el centro de mi desesperación. También la soledad empeoraba el caso. Es más fácil conservar la dignidad y la compostura si alguien te observa. De todos modos, llegados a este punto, empezaba a darme cuenta de que pocas cosas podía hacer. La situación había escapado de mis manos. Sólo me quedaba esperar.

Volvió la noche. Y de nuevo el día. El paisaje no variaba. Hice recuento de alimentos. En el maletín llevaba dos piezas de fruta y un pastelito y una botella de agua pequeña. Algo era algo. No había forma de comunicarme con el exterior. Lo único que pude hacer fue escribir las siglas S.O.S, con mi rotulador, en las ventanillas.

El tiempo siguió transcurriendo, implacable. Se me agotaron los alimentos y las fuerzas, así como mis esperanzas de salir de esta absurda cámara de los horrores. Mis nervios terminaron extinguiéndose y, con ellos, mi capacidad de lucha y de rebelión.

Ahora, cuando escribo esto, son ya cuatro los días que llevo encerrado aquí dentro y esta máquina continúa sin detenerse. Creo que estamos dando vueltas en círculo y trato de calcular su diámetro. Cada cierto tiempo, volvemos a pasar por el mismo pueblo, con las mismas caras y las mismas risas.

Nadie me hace caso, nadie se alarma. La última vez los saludé con la mano. Empiezo a comprender que el final de este viaje se encuentra en mi propia muerte y, hasta que esto ocurra, seguiremos en marcha. Intento soportar la idea, aunque no es fácil.

Enciendo el penúltimo cigarrillo del paquete y continúo mirando el paisaje a través de la ventanilla, en actitud de resignada espera.

© Miguel Sanfeliu

El autor:

Miguel Sanfeliu nació en Santa Cruz de Tenerife, España, en 1962. Reside en Valencia. Ha publicado en diversas revistas y libros colectivos. También en internet se pueden encontrar textos suyos. Actualmente escribe un blog llamado "Cierta distancia".

* * *

Relato

METEMPSICOSIS

por Gemma Pellicer

En el mismo río entramos y no entramos, pues somos y no somos [los mismos]
Heráclito

Se miró las manos y reconoció aún la débil huella de una cicatriz cargada de memoria. Soy la misma joven a la que un perro mordería tras mostrarme demasiado confiada, pensó. Luego comprobó en el espejo de la cómoda que su rostro se había acostumbrado tanto a sus gafas de miope que sin ellas parecía otra persona. De niña, había jugado infinidad de veces a quitarse las gafas para fingir una súbita y fulgurante conversión. Resultaba divertido.

También era cierto que su pelo se había vuelto más lacio, que pequeñas arrugas habían empezado a circundar sus ojos. Aun cuando sus dientes fueran, sin duda alguna, la prueba irrefutable de que seguía siendo quien decía ser su carné de identidad, también ellos habían cambiado. Su mirada se había vuelto más profunda y directa, tal vez de mayor alcance. De su cuerpo podía decir que guardaba la apariencia de los años vividos.

¿Y qué decir de sus sentimientos, de sus valores, de todos sus ideales y sueños? ¿No habían cambiado ellos también? ¿Qué quedaba, pues, en la mujer de ahora de aquella niña despistada, tan distraída y absorta, ensimismada en exceso? No sabría decirlo. Al fin y al cabo, la vida había ido moldeándola como si fuera de arcilla, con la misma ductilidad. ¿Pero acaso podía haber sido de otro modo?

A lo mejor, un día, descubriría que se había convertido en la mujer entrevista en numerosas ocasiones, cuando todavía jugaba a desenmascararse frente al espejo de tres cuerpos, en el cuarto de invitados. Que, por fin, era justo quien creía ser.

© Gemma Pellicer

La autora:

Gemma Pellicer (Barcelona, 1972) es licenciada en Periodismo y en Filología Española por la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha cultivado la crítica literaria en la revista *Quimera* (del 2001 al 2006) y en el diario *Avui* (de 1996 al 2001). En la actualidad coordina, con Fernando Valls, la sección "Liebre por gato", de la revista *Clarín*, dedicada al microrrelato. Su blog, *Sueños en la memoria*: megasoyyo.blogspot.com

REENCUENTRO

por Edilberto Aldán

Si fuera necesaria una justificación para la furia con que penetras el culo de María tendrías que seleccionar el momento en que años atrás murmuraste, lleno de rencor, que nunca nadie te volvería a hacer sentir tan ridículo como cuando ella te rechazó. Aquella vez luchaste para que el coraje no ascendiera desde la boca del estómago porque la saliva anunciaba el gusto del líquido amarillo que de todas maneras arrojaste a la mitad de la calle, sin poder hacer otra cosa que sentir el golpe de la sangre en las sienes, en el pecho, las arcadas que culminaron en la expulsión de la bilis y tú, vencido, de rodillas sobre la acera, llorando.

Ahora descubres que no necesitas nada que justifique el placer que provoca el impulso con que te dejas caer sobre su carne, lastimándola, ninguna razón para gozar la visión de su espalda como un arco, los brazos extendidos sobre la cama, las manos apoyadas en la cabecera, los dedos abiertos y su cuerpo rendido a los embates con que la sometes.

No habías imaginado que sería así, no con este placer que encuentra su justificación en sí mismo y no requiere de esa memoria, no necesita palabras. Cuando pensabas en la venganza, esa serie de imágenes que acariciabas insistente antes de dormir, todo era más sofisticado, tenía las características de esos sueños donde se mezclan tiempo y acción en una sola línea sin importar que sean consecuentes, que en la realidad no sea posible que las cosas ocurran así.

No habías imaginado que el destino la iba a traer de vuelta de una manera tan simple, a pesar de que ese era tu deseo, que la rutina de llegar al mismo hotel siempre que visitas la capital echaría a andar la maquinaria de las casualidades; que la pregunta del recepcionista: «¿lo mismo de siempre señor?», se transformaría en ella, en María, entrando a tu habitación dispuesta a complacerte.

No la miraste entrar, no era necesario, confiabas en la memoria de quienes durante este tiempo han sabido complacer tu gusto, enviando mujeres que corresponden a la descripción que hiciste la primera vez que solicitaste el servicio. Infaliblemente ha llegado al cuarto una variación de María, a veces más alta, otras de gesto más duro pero siempre blanca, delgada, de cabello oscuro.

Al principio no pudiste reconocerla, sentado jugabas con el control de la televisión a intercalar una película porno con las imágenes del noticiero de la noche. Ella tampoco te miró, ocupada en acomodar la botella con que acostumbras acompañar el servicio, y fue hasta que preguntó si tomabas refresco con tu bebida o sólo hielo que volteaste para descubrirla.

Algo en su forma de mirarte indicó que ella también sabía quién eras. Era tan parecida a la que habías imaginado siempre porque era la María que habías estado buscando. Tú, tan distinto, sólo pensaste en demostrar que ya no eras ese al que había humillado.

—¿María? —no evitaste la pregunta y una risa que nació de la boca del estómago, que te dejó sin otras palabras que no fuera su nombre.

—Soy Sheila —dijo ofreciendo el vaso, la sonrisa astuta y animal—, pero si quieres que sea María, soy María.

Sonreíste con la misma sensación de quien recién despierta de un sueño donde ha vencido todos los obstáculos. Cuando imaginabas la revancha, el intercambio de palabras era mucho más extenso que la frase con que admitió ser ella y no otra. También es cierto que el tiempo modificó lo que de ella guardabas en el recuerdo, lo ha mejorado al darle esa característica que separa las visiones de lo palpable, esa piel que tocas a manos abiertas, morosas.

De pie frente a ella la tomaste por el cuello, más que deseo fue el movimiento justo para detener su rostro entre las manos, obligarla a tus palabras sin que deje de mirarte. El miedo mantuvo apretados sus párpados, con dificultad asintió mientras le susurrabas que no te podía engañar, que ella era María.

En un principio intentó aflojar la presión sobre su cuello con las manos, con la certeza de lo inútil del esfuerzo, eligió irse desnudando; enseguida sus dedos sobre los botones de tu camisa, la habilidad con

que recorrió el cinturón fuera de las presillas y desabotonó tu bragueta.

Cuando acercó sus senos a tu pecho creíste que era el momento de mostrarle que todo hubiera sido más sencillo contigo, que no hubiera tenido que estar así, que ninguno de los dos tendría que estar ahí, olvidaste las palabras ante la facilidad con que asumió su condición de puta, la precisión del movimiento con que escapó de tus manos en un descuido para hincarse, una mano sobre tus nalgas, la otra alrededor de tu verga, desplegando un condón. La escuchaste murmurar «por los viejos tiempos» justo antes de apretar con los labios tu glande.

La cabeza de María que subía y bajaba, entre tus piernas, con tu verga en la boca, succionando. Desde la televisión te alcanzaron las imágenes de la película, en la pantalla dos hombres se turnaban sobre los orificios de una mujer para transformarla en eso: hoyos; sin diálogos, para llevar de un lado a otro a la actriz bastaron la señal de un dedo o la presión de una mano sobre la cadera para que abriera las piernas y con la espalda arqueada esperar a que la penetren.

Señalando la cama ordenaste «ponte en cuatro patas», otra vez cruzó por sus ojos el miedo, rendida ante el empujón con que alcanzó la orilla de la cama.

Sin consideración la embestiste. Gimió con el mismo tono de la actriz de la película. Tu mirada iba de sus manos en puño sobre la colcha a la pantalla de la televisión, donde la actriz, apretando los labios se apuraba en fingir placer, que el gesto doloroso fuera sonrisa, mientras los dos hombres la usaban.

Ahora sabes que está bien, que así debe ocurrir, habrá otras oportunidades para decirle lo que has guardado durante tanto tiempo, en este momento es suficiente la sensación de poder que otorga estar adentro de ella, esclava de la presión de la mano sobre su espalda, vencida de antemano en cada intento por zafarse.

Sabes de la consistencia líquida de las pesadillas, incluso el peor de los sueños se diluye con el agua, incluso el de la tenaza que ahoga la respiración a pesar de los ojos abiertos se va con el golpe de la ducha sobre el pecho y queda una sensación instantánea de alivio; así también se acomodan las palabras del resentimiento en este instante, en el calor que asciende por el rostro y deja la certeza de que hay un tiempo para todo, que otro será el momento para ellas, por ahora basta gozar de este acto en que ya nada impide la furia con que invades a María.

Alargas las manos hacia su cuello para forzarla a levantar todavía más las nalgas, mientras eyaculas.

Sabes también que la realidad es avara, si le es posible escatima ahí donde la fantasía se despliega en detalles, así que no das importancia a la ausencia de lágrimas cuando abandonas su cuerpo, basta con mirarla encogida, meciéndose, abrazada a sus piernas.

De pie ante la cama comprendes que, por ahora, no es necesario más, volverás como otras veces para pedirle al hombre de la recepción que la mande a ella, a María, ya habrá oportunidad de preguntarle qué la volvió puta, regocijarte en los pormenores, agregar su historia a los años de ausencia que esperaste para completar tu venganza.

De la cartera seleccionas los billetes necesarios para una propina generosa; la miras levantarse, desde la orilla de la cama alarga el cuerpo hacia el abrigo con que se envuelve, ajusta las correas de los zapatos.

«¿Te gustó, papito?», pregunta como parte de su rutina. Intuyes que lo dice una y otra vez, todas las noches. «¿Te gustó, papito?», la oyes repetir, ya dueña de sí, los billetes en la mano, la misma mirada indiferente con que aparece siempre en tus sueños.

A pesar de la acción del agua los terrores nocturnos regresan, no basta el baño con que se evaporan, sobre las paredes del sueño la memoria se densifica para cumplir su tarea en la pesadilla. Desde la boca del estómago sube el vómito, la bilis que otra vez te deja vencido, de rodillas, llorando, mientras María te mira sin saber qué hacer.

© Edilberto Aldán

El autor:

Edilberto Aldán (Ciudad de México, 1970). Lector. Le gusta contar mentiras. En la red están sus recuerdos inútiles: <http://edilbertoaldan.blogspot.com>

INSTRUCCIONES PARA TREINTAÑERAS DESORDENADAS Y TIBIAS

por Ana Muñoz de la Torre

Adéntrese en el cementerio de Montparnasse la tarde previa a su partida de la ciudad de la luz. Anteriormente, un lugareño galante la habrá abordado en una librería del Barrio Latino con la intención infructuosa de invitarla a un *café au lait* y le habrá referido la existencia del célebre camposanto, último reposo de ilustres literatos galos de origen o adopción.

Para acudir a dicho entorno con el estado de ánimo oportuno, habrá llegado a París una semana antes de tal guisa: presente hecho jirones y futuro sellado al vacío en un tarro de desesperanza macerada en almíbar turbio. Ahora, a un día de su marcha, un porvenir de *mousse de chocolat* de precio prohibitivo la aguarda a orillas del Sena pidiéndole: *Mange-moi*.

Pero prosigamos con el fin que nos ocupa: gracias a un plano del lugar descubrirá que, para usted, en medio de la inmensidad de ese océano de túmulos sólo existe uno al que rendir profano culto. Tendrán que disculparla Baudelaire, Sartre y Maupassant entre otros muchos, a quienes presentará sus respetos con presteza, pues desde el momento en que sus ojos descubran: *División 3, sépulture 3, Julio Cortázar, écrivain*, sabrá que le es imposible no abandonarse a la búsqueda del sepulcro del cronopio universal.

Una vez alcanzado su destino, se sorprenderá siguiendo las instrucciones para llorar de la manera correcta dadas por el maestro. En tanto las ejecuta, rócese la palma de la mano con los labios y luego acaricie el mármol. Al tiempo que entrega ese beso, intente impregnar sus huellas dactilares de arte y magia, y pídale al gigante con ojos de chiquillo que le envíe algo de aliento en las noches de dolor esmerilado. Antes de marcharse, prometa un pronto retorno en el que una pieza de jazz interpretada por algún artista callejero hará las veces de ofrenda floral.

Nota: si la treintañera desordenada y tibia que viva tal experiencia es en realidad un minúsculo cronopio en ciernes, no catalogará este recuerdo, sino que lo dejará corretear libre y asilvestrado por su hogar, cuidando únicamente de que no tropiece y se lastime.

© Ana Muñoz de la Torre

La autora:

Ana Muñoz de la Torre nació en Córdoba, pero reside en Madrid desde hace nueve años. En la última década ha ejercido de periodista, redactora, correctora de textos, lectora de originales y asesora literaria. Es autora del blog *La orgía perpetua* y de la novela *Ella y La orgía perpetua* (Gens ediciones). Creadora de los talleres *Escritura y blogs* y *Literatura erótica*, que imparte en la Escuela de Escritores, también dirige grupos de *Iniciación a la Escritura Creativa* e *Iniciación al Relato breve*.

* * *

CORAZÓN DE FUEGO

por Carlos Arnal

Vandalismo, con el agravante de nocturnidad. Ahora sólo podía correr, echarse a correr bajo la mirada delatora de las farolas que parecían encorvarse a su paso; correr sin resuello, parándose a recobrar apenas el aliento con la complicidad latente de las sombras. Escapar. Pero quién va a

sospechar de una muchacha de aspecto inofensivo, recapacita. Llamaba más la atención si alguien la veía correr a esas horas, vencida por la inercia, tragándose a bocanadas el aire frío y vibrante, salado al mezclarse con la saliva. Y ni siquiera así, porque a esas horas en que los límites se podían transgredir ella no era más que una anécdota, alguien que pasa corriendo como un poseso, y qué. Las aceras huelen a vino y a cloaca. Después del naufragio de la medianoche, de entrada a nadie se le supone en su sano juicio. Pero la acera frenética no se detenía bajo sus pies. En algún momento ella y la corredora se disociaban para volver a encontrarse al pisar una determinada baldosa, que como un resorte la impulsaba hacia delante. Conciencia de ida y vuelta. Los pensamientos no cuajaban en su cabeza alocada. Cada nuevo pensamiento iba a anegarse en la corriente vertiginosa de lo vivido, y otro ya le sucedía mordisqueándole la cola. Lo siguiente que se le ocurrió fue que a esas horas no se oían pájaros por las calles. Y lo siguiente era la sensación de algo translúcido que no acabó de concretarse, y ¡cuidado! no tropieces con el bordillo. Sintió el aleteo azul de una sirena intermitente, progresiva, que venía latiendo a lo largo de la calle como un faro móvil. Se vio a sí misma perdida en la noche y tratando de encontrar el rumbo, buscando una señal. El coche de la policía pasó de largo. La cosa, al parecer, no iba con ella.

Atrás quedaba la calle de las tiendas de moda, la luna rota de un escaparate. Fragmentos de cristales se habían esparcido por la acera, por el interior del escaparate. Un buen estropicio, fastuosa decoración navideña arruinada. Una de las pedradas había tumbado incluso a un maniquí con un vestido largo de relucientes escamas que ahora yacía patas arriba, rígido entre los escombros, sin perder la compostura. El boquete era monumental. Ella no había tenido que ir muy lejos en busca de proyectiles. Había un montón de escombros en un contenedor de una obra contigua, un cine que había conocido tiempos mejores. Ventanas condenadas, el letrero de una empresa de demoliciones, la entrada empapelada por una anarquía de carteles publicitarios superpuestos. Escogió una piedra al azar, la sopesó y la arrojó con toda su rabia contra el escaparate, rompiendo la calma sobrenatural que reinaba en aquella noche de celebraciones y excesos etílicos. Eso a modo de prueba. Después ya no venía de otra, así que se desahogó a gusto. Porque sí, por todo. Un boquete digno de verse. El único testigo de su furtiva acción fue un borracho habitual que se cobijaba bajo unos cartones, en un rincón del portal de los grandes almacenes que apestaba a orines, y que asistía con ojos mansos a la escena: ella perpetrando aquel agujero que parecía el mismísimo origen del universo, instaurador de la tierra y el cielo primordiales y de aberrantes genealogías.

¡Y ahora corre! La alarma del establecimiento se había disparado y persistía por los recodos del laberinto soñoliento que es la ciudad de madrugada. Era el hilo invisible que la ataba a su pasado inmediato, que tiraba de ella hacia atrás, que le impelía a volver al lugar de los hechos. Sí, mañana, mañana volvería como se vuelve al escenario de un mal sueño para comprobar con alivio que todo ha pasado. La alarma le seguía el rastro aullando con una obstinación canina, olfateando su miedo a ser descubierta. Incluso cuando consiguió darle esquinazo, aún le parecía seguir oyéndola, imborrable en su cabeza. Taladrándola. Se encaminó hacia una boca de metro sin aflojar el paso. Sus zapatos de tacón resonaron como palmadas en los escalones.

El vestíbulo era inmenso, tenía algo de nave industrial con el techo tan alto y el espacio desaforado que se extendía en una red de pasillos, escaleras, bifurcaciones, túneles. Había una escalera apoyada en la pared hasta la altura del techo, donde se abría un plafón metálico y se descolgaban cables del tendido eléctrico. Sonaba una melodía de piano, el eco escrupuloso de una composición que ya había sido tejida en un teclado o que habría de serlo. Misterio de los vasos comunicantes: allí no había ningún piano y sin embargo se oía su reverberación desde el pasado o el futuro. Notas persiguiéndose, agazapándose, jugando al escondite, reuniéndose en un centro y danzando en corro, dispersándose, cristales diminutos por el aire, pedrería. Se le ocurrió que saltaban como palomitas de maíz, que las notas del piano encajaban de maravilla unas con otras y con el silencio cavernoso de los túneles. No sabía si esa efímera existencia de las notas era alegre o deprimente: quizá tomadas por separado las notas no fueran nada, pero todas juntas podrían levantar una catedral. Destilaban un canto implacable a la vida.

Garabateado en el vagón del metro: *Cristina y Charly, tequiero, 3/?/07, nuestra fecha para siempre.*

–Hola, ¿tú me quieres? Vamos a tomar algo. ¿Oye?

* * *

Cuando llamaron al interfono, él aún estaba esperándola. Se levantó del sofá, medio dormido. Tardó en encontrar las zapatillas. Torpezas de duermevela.

—¿Quién es?

Silencio.

—¿Quién es?

—Señor, la jaula se me ha vuelto pájaro y se me ha volado.

—Anda, sube, Alejandra.

La puerta estaba cerrada y con la llave puesta. La entreabrió y se quedó esperando a que ella subiera. Se mesó el pelo y se quitó una legaña. Miró distraído la maleta en un extremo del recibidor, las bolsas de plástico con cosas de Alejandra. Cuántos días llevaba allí todo aquello, esperando una decisión. Era absurdo. El ascensor por fin.

* * *

—Hice un buen boquete. Parecía una boca abierta y desdentada.

—Por mucho que lo adornes, sigue sin ser real. Todo está en tu cabeza.

—Y una muñeca sin ojos no paraba de sangrar. Era por los cristales. Tenía cortes por todo el cuerpo, por los brazos, por las piernas.

—Y por qué no admites simplemente que has estado dando vueltas por las calles toda la noche y que has pasado por donde el cine abandonado y que luego te has puesto a mirar escaparates. A saber de dónde has sacado lo del escaparate roto... ¿Por qué no me explicas lo que de verdad has estado haciendo?

—¡No! ¡Lo he hecho yo el agujero! Pregúntale al borracho. Él lo ha visto todo. Lo he hecho yo. Él me guarda el secreto. Se llama señor Nadie y al pobre lo han echado de casa porque bebe demasiado. La muñeca no tenía nombre. Ellos son mis amigos. Son como yo. A los tres nos han echado de casa, no tenemos donde celebrar la Navidad.

—Alejandra... yo no te he echado de casa. No te inventes cosas.

—Pero no te preocupes, que ya tengo dónde ir. ¿Por qué no me explicas lo que has hecho tú, tirado en el sofá? Yo he escuchado una música que podría mover los planetas. Sentía la rotación de la Tierra bajo los pies, tanto que me mareaba. El corazón de fuego en el centro de la Tierra quemándome las plantas de los pies. Bum, bum. Y me he puesto a bailar así, pasando de puntillas por entre los maniqués del andén. Ligera como nunca.

—No habrás molestado a nadie... ¡Suelta, no estoy para bailes!

—Qué bonita la música, me hacía tocar las estrellas. Y he hablado con el chico del metro.

—¿Qué chico?

—Uno.

—¿Aquel que te gustaba?

—Es mi novio. No ha querido venir.

—Siempre te pasa lo mismo. A lo mejor no era él.

—Se le parecía muchísimo. Además lo ponía en el vagón del metro, había una señal. Lo ponía. Era él.

—Cómo iba a serlo...

—Me duele mucho la cabeza. Alguien me está dando martillazos. ¿No oyes una alarma? Me voy.

–Pero si estás que no puedes con tu alma. Anda, come algo. Descansa. Queda sopa de cebolla. ¿Quieres que te caliente una taza?

–No. No tengo hambre. Y no quiero tu sopa. Me voy. Me persigue una alarma. Me voy.

–¿Dónde vas a ir a estas horas?

–Me voy. Déjame. Lo digo en serio. Ya tengo hecho el equipaje.

–Te creo, Alejandra. Te creo, pero igual puedes irte más tarde. Mira. Si enciendo la radio, la alarma no nos encontrará. La despistaremos. Ahora mejor come algo y descansa, que es muy tarde.

* * *

–¿Ya estás más tranquila?

–¿Oyes eso? Los vecinos también tienen la luz encendida. Están hablando de mí. ¿No te lo crees? Lo que pasa es que hablan bajito. Los oigo todas las noches. Escucha... Se preocupan por mí, por lo que me pasa. ¿Los oyes ahora? Están al corriente de todo. Saben que me quiero ir. Ahora que estoy mejor me podría ir a vivir con ellos.

–Sí, vas a irte a vivir con los vecinos. Vaya ideas tienes.

–Pero no te preocupes. Me pasaría a verte de vez en cuando.

–Es tarde, Alejandra ¿Apago ya la luz?

–Espera. Mira, estoy escribiendo un poema. Pero no puedes leerlo. Es para otra persona. Tú ya sabes que cuando tiras el papel a la basura, luego viene el camión del reciclaje y se lo lleva para hacer pasta de papel. Y todos los papeles pasan por una cinta transportadora y allí hay una chica que trabaja en el turno de noche, separando el papel por tamaños, o según si es cartón o periódicos... Está allí sola toda la noche y no puede evitar leer lo que le cae en las manos, pedazos de cartas, frases y palabras sueltas, noticias atrasadas, facturas, cosas así. Con algo tiene que distraerse, tantas horas la pobre allí sola. Por eso le escribo poemas en las hojas de la libreta y luego las arranco y hago una bola de papel. De eso hace ya tiempo. Me imagino su cara cuando ella la ve llegar por la cinta y la recoge y se la guarda en el bolsillo de la bata azul. Como si la viera. Después, en la pausa del café, la despliega y la alisa y lee lo que pone. Ella también es mi amiga. No puedo fallarle. Imagina su decepción si un día no tuviera su poema.

–¿Y crees que yo también le podría enviar alguno?

–No sé. Supongo que sí. Si somos más, a lo mejor conseguimos que no se sienta tan sola.

–Ya pensaré algo que escribirle. Buenas noches, Alejandra.

–Buenas noches.

–Un beso.

–Papá.

–Qué.

–Es un secreto.

–Dime.

–¿Sabías que en realidad el cine no está abandonado? Esta noche pasaban una película. ¿Por qué no vamos los dos al cine mañana? ¿Vamos?

© Carlos Arnal

El autor:

Carlos Arnal. Uno que escribe. <http://diariokosmonauta.blogspot.com>

LIVIANDAD

por Antonio Ramos

III.- ¿Resulta inevitablemente aburrido el sexo en el matrimonio? ¿Cómo afecta el matrimonio al sexo? ¿Resulta aburrido con el tiempo el sexo en el matrimonio?

Tengo 10 años de casado y mi esposa es una mujer gorda. El sexo no es bueno. Aunque hubo un tiempo que lo amé, ahora no estoy del todo seguro. El sexo para mí se ha vuelto algo casi sarcástico. Sólo imaginenlo. Hubo un tiempo que mi esposa fue una mujer normal. No era gorda, no era delgada, simplemente normal. Le gustaba caminar, le gustaba comer, reír, las cosas normales que a todos nos gustan. En la cama era complaciente y a veces me exigía. Yo no tengo problema con eso. Después tuvimos una larga temporada de mucho trabajo, de muchas preocupaciones y después nació Ricardo. Al nacer pesó casi tres kilos y medio y según sé, eso es mucho. Mi mujer no logró recuperarse de aquel parto. Lo malo con la gordura es que no te das cuenta de ella hasta un buen día. Y así me pasó a mí. Un buen día iba por la calle con un amigo, platicando del último juego de béisbol y vimos a unas chicas que platicaban en un café. Mi amigo me guiñó el ojo y me preguntó: ¿vamos? Era un día caluroso, era sábado, la tarde estaba por delante y asentí. Nos presentamos de una manera normal, creo, y las chicas nos aceptaron en su mesa. Una se llamaba Gina y la otra Raquel. Estudiaban juntas la carrera de ingeniería. Mi amigo es ingeniero, así que el tema se prestó. Vivían en un departamento cercano y estaban fastidiadas por el día. Nada interesante ocurre los sábados, sentenció Gina y yo asentí con la certeza de que mis sábados consistían en cargar al niño, en limpiar un poco la casa y en mirar películas en la televisión mientras mi mujer se paseaba con ropa sucia o trataba de aspirar la casa, jadeando, sudorosa. Raquel me preguntó a qué me dedicaba y le respondí que era el encargado de ventas de una tienda de productos de televisión. ¿Los has visto? Son los que salen por las noches. La chica hizo un gesto de sorpresa. Claro, claro, cómo no, los he visto, sí, de hecho, hace días apareció una cosa que me gustó, un spa desarmable. Asentí y no sé porqué por un momento, en lugar de querer ligármela quise venderle el producto. Fue algo que hizo Raquel lo que terminó por detonar la gordura de mi mujer ante mis ojos. Raquel simplemente extendió el brazo para tomar su vaso con refresco y entonces le vi las muñecas, los brazaletes que parecían salir de aquel brazo esquelético. Fue como si en ese momento me cayera todo el peso de mi mujer en la cadera, como si tronara el coxis hasta el fémur. Miré a mi amigo quien seguía en amena plática con Gina y luego a Raquel quien se había desentendido de mí un momento para reírse por algo que acababa de decir su amiga. Yo sólo veía aquellos brazaletes ahorcando los brazos de mi mujer, la carne apretada por la presión, los gorditos de piel y nada más. Luego los tres soltaron una carcajada pero yo seguía impávido ante tal descubrimiento. Raquel me miró y todo en sus ojos era una invitación. Caray, yo tengo 33 años, me dije, estoy fuerte y ahí estaba una chica casi siete años menor que yo mirándome con cierta coquetería. Cuando terminamos los refrescos Gina y Raquel nos invitaron al cine. Mi amigo aceptó sin consultarme. ¿Hace cuánto que no vas al cine?, me preguntó mientras las chicas iban al sanitario. No lo recuerdo, le respondí, creo que fue antes de que naciera Ricardo. Pues vamos, ni tu mujer ni la mía se darán cuenta. Las chicas volvieron y nos encaminamos al cine que estaba a varias cuadras de distancia. Las chicas eran alegres. Tenía en la mirada esa liviandad que sólo se tiene a los 25 años. Nos reímos de un tipo que resbaló en una esquina, comentamos las últimas noticias, mi amigo habló de ir un sábado de estos al estadio a ver un partido y Raquel chilló emocionada porque nunca había ido a un estadio. Todos iban muy amenos pero yo sentía el peso inmenso de mi mujer a las caderas. Casi me costaba moverme. Incluso comencé a sentir asfixia cuando llegamos a las taquillas y pedimos los cuatro boletos. Adentro la sensación no desapareció. Para ser sábado por la tarde la sala se encontraba semivacía. Algunas parejas se perdían entre las butacas y un grupo de chicas gritaba escandalosamente en las partes de atrás. Nos sentamos los cuatro, Gina y mi amigo, después yo y Raquel. Durante los cortos sentía mis piernas hundidas en el asiento. A mitad de la película tuve que salir a orinar y era como si tampoco pudiera orinar como si me hubieran aplastado las vías urinarias por décadas. Recordé la forma que toman los popotes cuando los muerdes. Sólo podía recordar el peso de mi mujer no de una noche, sino de tantas noches atrás. Desde hacía tiempo que sólo teníamos relaciones una vez al mes; eran rápidas, ansiosas y luego cada quien se dormía o bien vigilaba el sueño de Ricardo. Hacía un par

de meses, recuerdo haberle dicho a mi mujer que había engordado y chilló incontrolablemente y me gritó que si acaso yo pensaba que ella no lo sabía, que ese era su cuerpo, que ella tenía que vivir consigo misma. Me tachó de desconsiderado, me habló de las dietas que no le funcionaban, del ánimo y optimismo con el que iniciaba pero después de cuidar al niño durante el día, de asear la casa, ¿acaso no tengo derecho a un pinche chocolate? ¿A sentarme frente a la tele y comer lo que quiero? Le dije que podría someterse a una operación de by pass gástrico y aquello fue peor aún. Chilló todavía más y cuando levantó el rostro ni modo de no sentirme culpable. ¿Te acuerdas de cómo era?, me preguntó y asentí mientras la miraba ridículamente gorda, enfundada en unos pants viejos y una sudadera manchada de comida. La recordé como era y me acerqué como debe de ser: un abrazo de contención, de limpieza sentimental. No hablaríamos nunca más de un by pass gástrico. Esa noche tuvimos que hacer el amor. Así había permanecido ciego ante la gordura de mi mujer hasta hacia unas horas. Cuando volví a la sala el peso en las piernas se había extendido por todo el cuerpo. Me senté casi asfixiado junto a Raquel quien de inmediato me tomó la mano. No hice por quitarla y antes de que terminara la película ya nos besábamos pero yo seguía sintiéndome pesado, una roca. La casa donde vivían las chicas estaba, como ellas lo habían dicho, relativamente cerca del cine y del café donde las habíamos encontrado. Me pareció sorprendente que tuvieran la vida tan al alcance de la mano, resuelta en tan pocas calles. Mi amigo y yo compramos unas botellas y condones y aunque no era la primera vez que engañábamos a nuestras esposas yo sentía por primera vez algo de culpabilidad. Estaba bien engañar a las mujeres en igualdad de circunstancias, pero así, ¿de esta manera? Como si a más jodidez de ellas fuera aún más culposa la infidelidad. Gina colocó un disco y seguimos platicando mientras Raquel abría una bolsa de papas y cacahuates, aprovechando la cercanía para dejarme ver la curvatura de sus nalgas. Tenía una belleza fresca, un desparpajo natural. Todo en ella era liviano. Me dijo que no pensaba seguir más tiempo en la ciudad. A lo más, un par de años y se mudaría a otra parte. No soy mujer que se ate, me dijo. Tenía esa sensibilidad y aire juvenil que sólo dan ganas de corromper. Durante un tiempo yo pensé justo eso de mí. Mujeres, ¿qué resume esa palabra? Sin ir mas lejos, cogimos una hora después. Cogimos en su recámara y sobre la taza del baño. Cogimos en el piso y recargados a la pared, soportando su exiguo peso con mis brazos. Con ella era como recuperar un equilibrio, como si por primera vez la balanza hubiera regresado a su lugar. Recordé la primera vez que cargué a una mujer y sólo sentí placer al hacerlo. Los gritos de Raquel me sonaba casi salvajes y la forma como me trezaba con las piernas y la manera como me apretaba los brazos eran igual de fresca y su olor no era ácido, sino muy limpio, tenía ese sabor delicioso de la piel nueva. Con ella recuperé aquel amor por el sexo, no por la mujer en sí, sino por hacerlo, ese amor apresado por las carnes de mi mujer. Por un momento pensé en no irme pero luego me dije: ¿para qué? Cuando terminamos, Raquel dijo que prefería quedarse en su habitación y ya no salir. Mi amigo me esperaba en la sala, sentado en el sofá, traía un vaso con ron en una mano y en la otra una revista de chismes de la farándula. Me senté junto a él y no dijimos nada. Me serví ron en otro vaso y estuvimos todavía una media hora hasta que Gina salió y dijo que ya debíamos irnos. Afuera nos recibió una madrugada cálida. Caminamos hasta encontrar un taxi y cuando llegué a la casa vi a mi mujer dormida casi al centro de la cama. No hice por despertarla. Al día siguiente me dijo que había tomado demasiados somníferos durante la tarde, aprovechando que su madre se había llevado a Ricardo para cuidar de él el fin de semana. Encontré a mi mujer feliz, emocionada por esa vuelta a la vida antes de la maternidad al menos por un par de días. Salimos a caminar por la tarde, poco, pero ella quería hacerlo, sentir de nuevo el ejercicio físico. Nos tomamos de la mano y me sentí de nuevo como un hombrecillo junto a la mujer gigante. Me dio vergüenza verla engullir una helado doble y ni pude terminarme el mío. Por la noche hicimos el amor. Ya se lo han de imaginar. Volví a buscar a Raquel pero de su departamento salían risas y al parecer había una fiesta. No volví a verla en un buen rato pero una tarde Raquel me encontró en la calle con mi voluminosa mujer y mi hijo en brazos. Yo creo que le dio vergüenza y asco verme así, de esa manera. En sus ojos se reflejó lo que yo nunca había querido ver, lo que yo era con una mujer así al lado. Por la noche mi esposa y yo discutimos. De algo sirvió esto: ya fue a preguntar los costos de la operación del by pass.

© Antonio Ramos

El autor:

Antonio Ramos. (Monterrey, Nuevo León, 1977), narrador, ha publicado los libros *Dejaré esta calle*, *Necrologías* y *Los cazadores de pájaros*. Blog: <http://instintocontagioso.blogspot.com>

PAISAJE SIN BATALLA

por Sergio Borao Llop

Al fondo, a la derecha, puede verse un árbol repleto de pájaros callados. Ni un trino, ni un revoloteo, nada. Sólo una multitud de pájaros de ojos inmensamente abiertos, de ojos fijos; pájaros inmóviles y silenciosos como si estuvieran dormidos. Pero no están dormidos, sólo quietos.

Ligeramente más abajo hay una fuente cuyas aguas manan o parecen manar muy lentamente, como lamiendo con incierta voluptuosidad cada piedra, cada matojo de hierba amarillenta, como acariaciando sin deseo, sin precipitación, desapasionadamente, el estrecho cauce apenas pronunciado. Sobre la boca del manantial, una pequeña roca parece ir a desprenderse provocando la catástrofe, cegando para siempre el ojo que destila las frescas gotas de agua. Pero sin duda lleva siglos allí, amenazando sin esperanza el tranquilo discurrir del escueto regato sobre la tierra seca.

Más arriba, agazapado en la oscuridad de la roca, un lagarto gris acecha cualquier posible presa disimulándose contra la frialdad de la piedra. Parece alerta y sin embargo, diríase incapaz del menor gesto, como si su inquietante inmovilidad no fuese una excusa sino un fin. Sus ojos miran, sin espanto, hacia el oeste, donde el sol debería estar poniéndose, mas el sol no se ve por parte alguna; sólo el ligero resplandor rojizo que suele acompañar los atardeceres, pero con una tonalidad más pesada, más asfixiante, como un turbio presagio de tormenta. En el cielo semioscurecido, sin embargo, no se aprecia la presencia de ninguna nube que pudiera apoyar tal hipótesis. A pesar de todo, una extraña claridad domina el paisaje.

A juzgar por el silbante sonido que llena el valle adormilado, está soplando el viento. Pero ni una brizna de hierba se mueve, ni una hoja del árbol se agita, no hay un solo grano de arena volando por los aires. Nada.

La llanura, que en un punto indeterminado aparece cortada sugiriendo un barranco, rezuma quietud, como si el tiempo no existiese todavía. Salvo por las dos figuras que a lo lejos caminan acercándose y en cuyos labios puede apreciarse algún movimiento. Probablemente charlan.

Tal vez el viento ha cesado; acaso no existió jamás. Lo cierto es que a pesar de la distancia pueden oírse las voces. Vienen resonando por el centro de la llanura, desde el lugar que ahora ocupan las dos sombras que se acercan. Por su aspecto, nadie hubiera sospechado que fuesen capaces de hablar de esa extraña manera, en ese curioso tono quebradizo y glacial. Es tan profundo el silencio, que las voces llegan con total nitidez y casi parece que procedan de los cuatro puntos cardinales, tal es su intensidad.

A ambos lados de un camino indefinible, presentido apenas, las piedras reverberan carentes de brillo y se diría que su indiferencia es sólo aparente, que en realidad esa quietud no se debe sino al tremendo esfuerzo realizado para absorber el estricto sentido de esas voces que se van acercando con lentitud, tan despacio como fluye la exigua corriente que, después de resbalar por la roca hasta el suelo, rodea el árbol y va a perderse serpenteando en la distancia, más allá del lugar en que se hallan los caminantes, allende el final de la llanura, como si en un punto el agua quedase suspendida entre dos planos superpuestos e irreconciliables.

En la lejanía se divisa un puntito en el cielo descolorido y lánguido. Tal vez sea un ave sobrevolando el lugar del que acaso vengan los dos hombres que ya están cerca, un lugar que posiblemente

«Al pasar los dos hombres junto al árbol, los pájaros deberían estremecerse y estallar en una violenta y ensordecedora algarabía, deberían echarse a volar y llenar el cielo de trinos espantados y de alas negras. Pero no lo hacen. Permanecen quietos, mudos, indiferentes, negando con su impasibilidad las voces y la presencia de los dos hombres que caminan cansinamente.»

ya no exista o que tal vez nunca haya existido sino en su imaginación. Quizá no sea un ave. También podría tratarse de un sol lejanísimo y negro, destinado a negar la luz a quienes tengan necesidad de ella de igual modo que a los otros, aquellos que renegaron de la claridad e hicieron de las tinieblas su morada, su mundo, su religión. Acaso no sea más que la sombra de un dios desconocido e inseguro, proyectada por él en esa lejana dimensión, pretendiendo así carecer de ella, tratando de ignorarla para no sentirla esclavizándole.

Al pasar los dos hombres junto al árbol, los pájaros deberían estremecerse y estallar en una violenta y ensordecedora algarabía, deberían echarse a volar y llenar el cielo de trinos espantados y de alas negras. Pero no lo hacen. Permanecen quietos, mudos, indiferentes, negando con su impasibilidad las voces y la presencia de los dos hombres que caminan cansinamente. Alguno, quizás, ha girado con desgana la cabeza en un intento superfluo de seguir la marcha acompasada e irremediable de los dos hombres que conversan.

Cuando hayan terminado de pasar (si es que alguna vez llega ese momento, si ese momento es en verdad posible) las piedras seguirán calladas y expectantes. La fuente, el árbol, los pájaros y hasta la misma hierba seca y amarillenta y baldía, permanecerán en sus puestos como leales soldados en espera de una escaramuza que nunca ha de llegar. Seguirá el lagarto derramando su mirada sobre ese sol que jamás acabará de ponerse, ese sol que no ha de volver a levantarse de la tierra. Quedará el cielo, plomizo e insoportablemente denso, como único testigo de una conversación absurda, de un nuevo diálogo suicida entre dos hombres que, aunque ellos lo ignoren, nunca aprendieron a hablar el mismo idioma, nunca comprendieron la lengua del otro. El mismo resplandor agónico iluminará con escasez la escena donde nada va a ocurrir, donde, con toda seguridad, nada ocurrió jamás.

© Sergio Borao Llop

El autor:

Sergio Borao Llop. Narrador y poeta nacido en Mallén, Zaragoza (España). Colaborador habitual en varias revistas y boletines electrónicos. Incluido en diversas antologías y en las revistas Nitecuento, Imán, Alhucema y Rampa. Su obra aparece en diferentes páginas web de contenido literario, como EOM, Letralia, Almiar y otras. Sus textos han sido leídos en varios programas radiofónicos. Ha recogido la mayor parte de sus cuentos en dos libros: *El Alba sin espejos y Reflejos*, *Intrusiones*, *Imposturas*, y su poesía en el volumen *La estrecha senda inexcusable*. Fue finalista en los certámenes de Poesía y Relatos "Ciudad de Zaragoza 1990". Blog, "Al andar": <http://sbllop.blogia.com>. Página personal: www.aragoneria.com/sergio

* * *

Relato

DE ÁMBULOS CONCÉNTRICOS

por Héctor Huerga

Don Plutarco Tapia nunca había poseído, sinceramente, una buena memoria. En el sentido de que don Plutarco, penosamente, olvidaba con frecuencia. Tampoco recuperaba todo lo que perdía. No estoy seguro de expresarme bien.

A la hora de explicar el fenómeno del olvido se han descubierto páginas escritas que diagnostican el olvido en una ligera falta de concentración o en un exceso de la misma. Este puede no ser el caso. La mayoría de las veces los descuidos de don Plutarco se producían por tener asumido el hecho de que nada quedaba en el tintero, de confiar en el instante donde todo marchaba según lo planeado, sin

más preocupación que continuar el camino hasta la llegada del golpe. Zás. Una vez recibido, llegaba la duda.

La retina de don Plutarco se desprendía como un glaciar desde el año anterior y era frecuente que equivocara agua con lejía, los condimentos para la comida entre sí o el fútbol con el rugby. Una madrugada llamó a casa desde el estacionamiento donde trabajaba como acomodador de coches para preguntar por el resultado del clásico que enfrentaba en la pantalla al equipo de sus amores contra el

«A la hora de explicar el fenómeno del olvido se han descubierto páginas escritas que diagnostican el olvido en una ligera falta de concentración o en un exceso de la misma. Este puede no ser el caso. La mayoría de las veces los descuidos de don Plutarco se producían por tener asumido el hecho de que nada quedaba en el tintero, de confiar en el instante donde todo marchaba según lo planeado, sin más preocupación que continuar el camino hasta la llegada del golpe. Zás. Una vez recibido, llegaba la duda.»

de sus desamores. Al colgar el teléfono se volvió a dar cuenta que no podía seguir confiando en todo lo que salía en la televisión: uno de sus hijos le aclaró que, a esa hora, el único programa donde se veía verde era el mismo que él estaba viendo: un documental sobre los Masai Mara en su peregrinar por la estepa tanzana.

La falta de visión completa hacía pensar a don Plutarco que tal vez por ahí se derramaba una porción importante de su concentración y por lo tanto, un motivo por el que pensar en su lógica del olvido.

Antes de regresar a casa recogió de la mesa de trabajo el teléfono, los cigarros y la tarjeta de visita que le había obsequiado un cliente del es-

tacionamiento del cual pensaba que lo hacía porque éste entendía que don Plutarco tendía a la des-concentración. En alguna ocasión los autos tenían mecanismos de encendido difíciles de asimilar y algunos clientes llenaban de mañas imposibles la cabeza de don Plutarco en pos de hacerle más fácil el trabajo. No siempre daba con la maña, y sí, se vio necesitado de comunicarse con más de un propietario para mover el auto de lugar.

Como bien saben, antes de entrar dejen salir. Así estaba escrito en el reverso de una postal carcomida y pegada a la puerta del baño de la casa de don Plutarco. Además del desprendimiento de retina en la casa cohabitaban la gula trasnochadora de su hijo Ernesto y el mundo paralelo de su otro hijo, Javier. Su esposa Ernestina había fallecido años atrás debido a un descuido doméstico.

De camino a casa don Plutarco encontró una panadería abierta. Miró el reloj insistente. Pensó que no debía retrasarse demasiado. Aun así se introdujo en el calor del lugar y automáticamente se acordó de que tenía ganas de ir al baño. Salió a la calle. Caminó hasta una esquina oscura y evacuó dejándose la cremallera abierta. Pasos más adelante atisbó el portal de su casa y al tomar la llave del bolsillo se dio cuenta que no había cerrado la bragueta del pantalón. La cerró y acto seguido abrió la puerta de la entrada. Subió los escalones que conducían al apartamento tratando de recordar qué había olvidado en el camino.

En el interior del apartamento su hijo Ernesto abrió la puerta del baño y con un gesto automático apagó y encendió la luz del salón. Levantó la mirada para comprobar que se acercaba a las dos y media de la mañana y pensó que su padre estaría al llegar. Antes de tomar el último trago a la cerveza caliente buscó el control remoto de la televisión. Comenzaba en ese momento un documental que ya había visto tres veces en la misma semana y quería cambiar de canal.

«De camino a casa don Plutarco encontró una panadería abierta. Miró el reloj insistente. Pensó que no debía retrasarse demasiado. Aun así se introdujo en el calor del lugar y automáticamente se acordó de que tenía ganas de ir al baño. Salió a la calle. Caminó hasta una esquina oscura y evacuó dejándose la cremallera abierta.»

Fruto de la realidad cotidiana se abrió la puerta de la casa. Entró don Plutarco haciendo ruido con las llaves. Apagó y encendió la luz del pasillo. Imaginó que Ernesto estaría en el salón y apagó definitivamente la luz del pasillo. Antes de llegar al salón dobló a la derecha para entrar desde el pasillo a la cocina. Apagó y encendió la luz de la cocina. Sin hacer ruido puso cuatro rebanadas de pan junto a la tostadora y le vino a la mente el olvido: no había comprado pan. Enfiló al salón con la

mantequilla, la mermelada y las cuatro tostadas.

–Hola papá, ya me estaba quedando dormido.

–Sí, ya parece que se te cierran los ojos. Toma, cómete unas tostadas.

–Gracias, viejo. Hoy han pasado en el siete la película que fuimos a ver el miércoles pasado al cine.

«Sale Javier con los ojos cerrados y el paso firme. Tantea las paredes del pasillo que le conducen al salón. Arrastra los pies con el suelo haciendo un ligero ruido que se confunde con el reptar de una escoba. Su padre le espera y apaga y enciende la luz del salón. Sin rozar ningún mueble ni desplazar ninguna silla Javier consigue llegar a la mesa de la cocina. Busca con las manos el frío tarro de los chocolates. Abre la tapa y mete algunos bombones en su calzoncillo. Huele a quemado.»

–¿La del fotógrafo que se suicida?

–Sí.

–Pero, ¿no habíamos ido al cine porque ya estabas harto de verla en la tele?

–Sí, pero después de verla en el cine como que cambia. No sé, me fijo más en otros detalles.

–Tal vez debieras aprovechar tu noctambulismo para leer un poco más. Las pelis acaban por dañarte la retina. Para muestra... yo mismo.

–Pos es que los libros me abren más los ojos. Si pretendo leer para quedarme dormido lo tengo muy claro, no pego ojo. Me clavo en la

trama y después empató con el Javier.

Sonríen los dos.

Ernesto encuentra el control remoto y apaga el televisor. Don Plutarco se levanta, remoja unas migas de pan de su camisa y espera a Ernesto para desearle descanso junto al quicio de la puerta que delimita el salón del segundo pasillo que lleva a los tres cuartos. Se despiden antes de ir a la cama al tiempo que se abre la puerta del cuarto de Javier.

Sale Javier con los ojos cerrados y el paso firme. Tantea las paredes del pasillo que le conducen al salón. Arrastra los pies con el suelo haciendo un ligero ruido que se confunde con el reptar de una escoba. Su padre le espera y apaga y enciende la luz del salón. Sin rozar ningún mueble ni desplazar ninguna silla Javier consigue llegar a la mesa de la cocina. Busca con las manos el frío tarro de los chocolates. Abre la tapa y mete algunos bombones en su calzoncillo. Huele a quemado. Intuye que no puede acercarse demasiado a los fogones. No sabe qué podría pasar si lo hace pero a lo lejos cree escuchar los gritos desaforados de su mamá al tiempo que a lo lejos, también, cree oler a carne humana quemada. Tras sus pasos llega don Plutarco a la puerta de la cocina, antes recogió del suelo *El pasado* de Alan Pauls, unas cartas que asomaban de la zapatera que rellena el pasillo, reacomodó el cable del teléfono y pegó en la puerta de la cocina otras postales con mensajes subliminales. Accedió a comprobar que tenía la tarjeta del cliente en el bolsillo pero ya la había perdido. Al ver el tarro de los chocolates abierto, don Plutarco recordó aquel día que discutía con Javier sobre quién se había comido los chocolates de su cumpleaños. Javier había apelado a su sonambulismo para excusarse.

–Javier, ya estoy en casa –susurró su padre desde la penumbra del pasillo.

Javier imaginó que había escuchado esas palabras y palpando la distancia entre la mesa y la silla de la cocina se levantó, giró sobre sus propios pasos y enfiló hacia el salón. Don Plutarco le siguió la estela revisando que no cayera nada a su paso. Don Plutarco había dejado de imaginar a sus hijos diferentes. El destino le había ofrecido convivir entre ámbulos concéntricos. Al llegar al salón sólo tuvo que volver a ubicar sus zapatos junto a la zapatera y ahora sí, apagó de un solo golpe la luz.

© Héctor Huerga

El autor:

Héctor Huerga. www.hectorhuerga.blogspot.com

CÁNDIDA EN EL CIELO

por Antonio Toribios

Cuando no era mortal me gustaba jugar a representar pantomimas que a menudo acababan en efímeros perecimientos. Entonces aún teníamos pantalón corto y la vida era un sinfín de proyectos no formulados que se alargaban más allá de nuestro propio concepto del tiempo. La verdad es que ni Emilio, ni Rufino, ni yo mismo, nos planteábamos todo eso cuando jugábamos a contar historias en el rellano de la escalera que subía hasta la avenida.

Ahora veo la proyección de mis recuerdos en la pared desconchada del patio interior, patético cine de intemperie en estos mis días grises en que tanto pienso en el transcurrir de todo. Paso aquí el tiempo que no estoy en la sucursal o vagando sin rumbo por las calles de esta ciudad enloquecida. Trato de meditar con disciplina, de escribir algo, de seguir las pautas que nos propone Marta en la academia, pero casi siempre acabo rememorando hechos de la infancia. De hecho, en el grupo tengo ya el *sambenito de profesional de la nostalgia*.

A veces subía a la buhardilla, a instancias de Cándida, para ver los cromos. Cándida era vieja, menuda y suave y tenía una escarola de pelo del color de su nombre. A mí me agradaba su mundo de paredes tumadas, como los lados de un trapecio, y techos bajitos que yo podía tocar con la mano. Tenía la sensación de entrar en una casita de mentiras. Ella me calentaba leche con cacao en su pequeña cocina de carbón y me sacaba aquellos álbumes que guardaba amorosamente entre la ropa blanca del armario. Yo los abría sobre la mesa, bajo la claridad de la lucera, y miraba con deleite los dibujos de animales salvajes y de personajes de leyenda. Olían a pegamento antiguo y a alcanfor. Nunca supe a quién habían pertenecido y tampoco se lo pregunté.

No soy dado a hacer preguntas. Marta me lo recrimina con esa firmeza suya de docente, con ese rictus algo osco tras el que yo adivino un poso oculto de ternura; dice que un escritor debe ser curioso y demostrarlo, que indagar es la primera actividad de todo artista. Pero me cuesta, quizás respeto demasiado la intimidad de las personas, quizás sea que a mí tampoco me gusta responder. De hecho ni siquiera sé si Marta está casada, si tiene un amor o si anda *por el monte sola*. A veces la miro de soslayo y advierto como una opacidad de soledad en su mirada. O quizás no, quizás sea mi propio desamparo.

Cándida tenía mucha costumbre de decir “de Madrid al cielo”, era su manera de echar de menos la época en que no era mortal. Yo siempre pensaba, entonces, que no se podía quejar, pues del cielo apenas la separaban unas vigas, algo de yeso y unas cuantas hileras de tejas. Sólo que ella se refería a otro cielo; yo lo sabía en el fondo, era el mismo que intentaba imaginarme por las noches, en el útero materno de debajo de las mantas, cuando pensaba dónde estaría ese abuelo al que no conocí.

Pasaban los coches e iluminaban la pared, dando lugar a sombras que nos servían de figurantes: aliados, facinerosos, gigantes, malandrines. Rufino decía “a mí mis fieles” y avanzaba con su ejército de espectros como un Quijote heroico, tizona imaginaria en mano. Cándida nos miraba, a veces, por un ventanuco que daba a la pared medianera. Espectadora única de aquellas farsas nuestras, parecía una sombra más, tan irreal como las otras.

Ya entonces pensaba yo a veces en la vida. Sentado en la escalera, miraba mi cuerpo e intentaba visualizar el tiempo y sus efectos, como en una película futura. A veces aparecían también hombres ariscos, de gabardina parda, vagando entre farolas tristes por calles eternamente mojadas por la lluvia. Eran hombres mortales, como yo ahora, ahora en que miro mi pensamiento en la pared y veo a Cándida en su cielo, al final alcanzado, y luego a Marta, de repente, morena y bella y exigente y tierna... y tan lejana. Pero, tengo que escribir, tengo que acercarme, tengo que escribir y ya casi no sé cual era el tema... ¡ah! sí, el cielo...

© Antonio Toribios

El autor:

Antonio Toribios. (León, España, 1960) es autor del libro de relatos *Tu nombre y otros nombres*, publicado en diciembre de 2004 por la editorial La Bolsa de Pipas de Mallorca. Mantiene actualmente el blog “Almanaque” (<http://antorgar.blogspot.com>), donde recrea un santoral apócrifo.

LA MANDA DE NÁZARO

por Roberto Strongman

A través de aquella voz compasiva y sedienta de sangre que me hablaba en mis sueños comencé a entender que mi regreso al país natal me curaría, pero nunca sospeché que esa peregrinación marcaría también los pasos que me llevarían a la muerte. Camino hasta mi encuentro final con el Santo sabiendo que esta vez seré aliviado por completo de mi aflicción y que así mi vida habrá cumplido su misión.

Empecé a andar por este arduo camino desde aquella mañana en la que mientras me duchaba noté las primeras úlceras que comenzaban a cubrir mis piernas y que el doctor varios días más tarde diagnosticó como las etapas iniciales del síndrome incurable que yo ya sabía tenía desde hace varios años pero que hasta entonces no se había manifestado visiblemente en mi cuerpo. Y entonces estaban los perros. Siempre los perros. Por todas las calles y avenidas me seguían y me encontraban en los lugares más inauditos y en los momentos menos apropiados siempre con sus caras lánguidas y llenas de compasión. La gente empezó a pensar que yo era pasea-perro y me preguntaba cuanto cobraba y si yo y podía ir a recoger el suyo y darle la vuelta. Perros de todas clases y pedigríes me perseguían pero la población de la jauría mayormente consistía de esos perros amarillos sin dueño que rebuscan en los basureros por las noches los desperdicios de la gente de esta gran metrópolis de Masterdamniew. Tomé una asignación periodística por una semana en Lutecia pensando que los perros no podrían seguirme al otro lado del Atlántico pero allá me los encontré nuevamente el último día de mi estadía y fue entonces cuando empezó a revelármese todo. No fue sino cuando al menos una docena de ellos me rodearon en la terminal de tren Saint Lazare levantándome la basta del pantalón con sus narices frías y lamiéndome las llagas en los tobillos para el asombro de todos en la estación que empecé a darme cuenta de lo que me estaba ocurriendo y de lo que tenía que hacer. Esa misma noche con un lino irlandés color violeta y grandes encajes blancos empecé a zurcir mi túnica y no acabé hasta el amanecer. No tenía tiempo para perder. Todo debería estar listo para el peregrinaje. Ni siquiera tuve tiempo de regresar a Masterdamniew. Tomé el primer vuelo desde Lutecia al Istmo.

Mi regreso al Istmo fue anunciado esa misma mañana con la paralización de las actividades comerciales de los dos puertos principales a causa de la aparición sorprendente de un gigantesco cardumen de tres mil mantarrayas moteadas que al ocupar los muelles con su incansable aleteo y la indeleble espuma violácea de su tinta interrumpieron completamente las labores de descarga de contenedores de los barcos de la misma forma en que lo hicieron cuatrocientos treinta y tres años antes para la llegada de la imagen del Cristo Negro a las playas de Portobelo. El andrajoso y viejo frutero Cassandro Saint-Baptiste, mejor conocido como «El Martiniqués» ya venía prediciendo este acontecimiento por las calles empedradas de San Felipe desde hacía ya más de una semana, pero, como siempre, nadie le prestaba atención a sus profecías, que si hubieran sido oídas ya bien hubieran cambiado el curso de la historia nacional varias veces en este siglo. Cansado ya de no ser escuchado, el Miércoles pasado dejó su carretilla rebosada en mangos, papayas, sandías y melones en la Plaza Central y se dirigió hacia la Catedral donde interrumpió la misa de mediodía, empujando a un lado al Obispo en plena homilía. Desde el púlpito y sin necesidad alguna de micrófono empezó a predicar la segunda venida de Názaro al Istmo salpicada y entrecortada por lo que pareciera haber sido anuncios comerciales para las ventas de su cornucopia de frutas afuera. El Obispo humillado retomó su puesto de autoridad al levantar al frágil Cassandro por el cuello con una mano y con la otra dándole fuertes bofetadas que colmaban el recinto con su eco. En unos cuantos minutos cuatro oficiales de la Guardia se lo llevaron esposado mientras el pataleaba y gritaba improperios y palabras ininteligibles.

Mientras El Martiniqués se levantaba de su tercera mala noche de sueño durmiendo en el duro y frío suelo de la Cárcel Modelo, yo, trasnochado también, desembarcaba de mi vuelo trasatlántico desde Lutecia hasta el Istmo en el Aeropuerto Internacional General Rojitos de la Rejera. Yo bien sabía que no podría pasar por la inmigración sin que los oficiales fueran alertados de mi calidad de prófugo y exiliado a causa de la serie de artículos en contra de la dictadura del General Rojitos que publiqué en mi columna del diario *Star & Herald* y que erróneamente en ese entonces pensé no serían objeto de escrutinio por las autoridades al tratarse de un diario en Inglés leído solo por los Antillanos y los fulos.

Pero pasar por la inmigración era la única manera de salir de la terminal y me arriesgué, pensando que tal vez mi indumentaria de Santo y mi nuevo cabello largo un poco desarreglado me enmascararían un tanto. El oficial tomó el pasaporte y al pasarlo por el lector electrónico efectivamente sonó la alerta y cuatro Guardias acudieron rápidamente para llevarme a la Cárcel Modelo, donde me encontré con El Martiniqués.

Los otros reclusos tenían al Martiniqués de brujo y no querían nada que ver con él porque se quejaban de que no entendían su *patuá*. Aunque era cierto que el Martiniqués hablaba creol francés, dominaba muy bien el español ya que había emigrado al Istmo siendo todavía un adolescente. Yo le entendía muy bien y cuando le pregunté porque los demás se quejaban de no entenderle, el Martiniqués me intimó que se trataba de un *malefiz* que le hicieron para que nadie entendiera sus visiones proféticas. «Pero tú sí me entiendes porque el poder del Nazareno está contigo y quiere que sepas lo que verás y lo que debes hacer durante este día tan esperado.» Mientras me miraba con sus ojos impávidos y espectrales deliraba y me decía: «Desde antes de nacer estabas destinado a escuchar la voz del Santo y a mirar el cielo y ver cómo las águilas afilan sus garras y cómo los zopilotes salen del matadero y pasean por las calles comiéndose a los hijos muertos de la patria. Las heridas de los azotes que sufriste nos han sanado a todos y en tu misericordia buscas al que empuñaba el látigo para hacerlo mártir de la causa. El Nazareno ha escuchado el llanto de los pobres de San Felipe que cargan baldes de agua para bañarse y les dará de su río de agua viva. El diablo y sus ángeles caídos tienen permiso hoy de merodear por los caminos amplios y de vestirse de verde y usar botas, insignias y medallas pero sus planes no prevalecerán porque el camino del Nazareno es el camino angosto de santidad que lleva al paraíso. Ya lo tengo todo arreglado para que si le das dos *malboros* al *guachimán*, te deje salir. Nos volveremos a encontrar frente al Santo.»

Salí corriendo cuatro cuadras hasta llegar a la esquina de la Avenida Truco de Lujo y calle B, donde desde siempre trabaja mi madre. Claramente los años ya la habían alcanzado y no le iba tan bien en el negocio como cuando yo era chico. Estaba jorobada y demacrada por la mala vida. La encontré peleándose con un cliente fulo que no quería pagarle lo acordado cuando ella se bajó del carro. Antes de que yo pudiera interponerme, ella calló en plena calle no si antes haberle dado sus buenos puñetazos y puntapiés al carro y a gritar a toda voz que estos malparidos fulos cagaleche ladrones de mierda se fueran todos para la chucha de país de donde salieron y nos devolvieran lo que nos pertenece. Por suerte, pude levantarla antes de que la atropellaran y desde la acera juntos vimos cómo el automóvil del fulo malapaga en su fuga se estrellaba contra el edificio del Instituto Nacional. Los gritos de mi madre y el estruendoso accidente causaron tal conmoción que los todos los quinientos setenta y seis estudiantes del Instituto salieron a la calle para ver de que se trataba el alboroto. Entre todo el barullo y la conmoción, mi madre nunca me reconoció. Súbitamente ella se vio rodeada de cientos de adolescentes en uniforme a quienes ella narró cómo fue estafada por el fulo después de ella haber cumplido muy bien con sus labores. Nunca pensé que mi madre tuviera ese carisma de movilizadora social, pero ahí estaba ella, incitando a los estudiantes a que encontraran a ese fulo condenado que lo caparan a él y a todos los demás fulos hijo'emadres explotadores y que llevaran la bandera nacional a la Zona que a la patria no le falta el respeto nadie y mucho menos esos desgraciados que son de los que más trabajo dan para que se les pare y luego no quieren pagarle bien a una. ¡Llévosle nuestro estandarte bien en alto, carajo!

Ese «carajo» con ese tono de voz desencadena entonces en mí un torrente de recuerdos de su aspereza. Mejor es que te que calles que tus chillidos me retumban en la cabeza por el aguardiente de la jornada de anoche chiquillo de mierda no creas que con tus lllantos me vas a conmover el alma porque hace mucho tiempo que me deshice de ella la perdí mucho antes de que tú nacieras cuando empecé a trabajar en la esquina después que mi madre me echó de la casa porque decía que mi padraastro se cansaba de tener que mantener a una hija que no fuera de él aunque yo siempre pensé que fue porque yo ya con mis dieciséis años empezaba a hacerle la competencia a ella en menopausia no duré mucho trabajando de empleada doméstica pero sí lo suficiente como para aprender el verbaje de esos fulos de mierda patrones míos lo que sí me ayudo después al trabajarles a estos soldaditos arrechos que cada vez me pagan menos coño y tu padre fue uno de ellos condenado que después que no me pude deshacer de ti no quiso responsabilizarse te dio el nombre y tienes tu certificado de nacimiento como si fueras fulo pero y de la plata nada ya venía yo pensando que un día las yerbas de la comadrona Fransela no fun-

cionarían y el Martiniqués me había ya dicho que como penitencia daría a luz un maricón pero como él habla con ese acento de *fwansé-banan* quién era capaz de entenderle bien pero un *makomé* que nos iba a salvar a todos de la desgracia en que estábamos decía él. Pero él habla tantas barbaridades el decía que yo tenía que llamarte Nazareno o Lazareno o Lazarillo o Lazarillo o Lázaro qué se yo y te quedaste con Názaro como nombre si quieres ve y muéstrales los moretones a quien quieras que de nada te va ayudar porque entonces te llevarán al orfanato del tutelar de menores y a ver si te dan de comer allá debería seguir dándote de correazos para que quedaras todo púrpura el color te viene bien así me dejaba tu padre también no creas si viéndote a ti es como viendo a ese condenado hiejo'eputa pero tú eres hombre y puedes con los golpes y si un día crees que eres ya grande para pegarme de vuelta ni creas que ahí sí te llevo con la Guardia porque a una madre se le respeta y ahí sí les digo que eres un maricón del diablo para que te cojan y destrocen el culo esos desgraciados y ya es santa hora que te vayas para la escuela y me dejes dormir y déjate de esa lloriqueadera que me duele la cabeza coño, ¡carajo!

Pero este «carajo», en vez de recriminar y abusar, esta vez galvaniza a las masas a la protesta. Entonces, veo cómo los estudiantes sacaron al fulo del carro aturdido por el estrellazo y lo acabaron de matar con la arrastrada que le dieron por varias cuadras. La turba de estudiantes continuó por la Avenida Truco de Lujo unida a los trabajadores del puerto quienes, aprovechando la ocupación de los muelles por las mantarrayas, se dieron a la manifestación y añadieron cuantiosamente al número de la multitud. Cantando que el pueblo unido jamás será vencido llegaron hasta a La Boa, la escuela de los fulos que tenía a dicha víbora como mascota, y demandaron izar en territorio ocupado la bandera nacional hasta que las balas y los gases lacrimógenos de la policía militar mataron a diez estudiantes y una trabajadora sexual y dispersaron a las mil trescientas cincuenta dos personas restantes de vuelta a San Felipe pero yo corrí en la dirección opuesta a ellos y busqué refugio escalando el Cerro Onán, siguiendo al espíritu de Amelia.

Por las calles de San Felipe se dice que si uno observa con atención se puede ver cómo el espíritu de Amelia se desliza de noche por entre las monumentales rejas del cementerio de los poetas, deambula a través de la Avenida Truco de Lujo y sube al Cerro Onán por uno de sus tupidos valles de selva a descansar con las orquídeas escondidas de su cima y a deleitarse viendo desde allá las luces de la ciudad y cómo luego, al amanecer, desciende nuevamente con la neblina que calienta el temprano sol tropical. Pero esa mañana, las brumas no volvieron a cruzar las rejas y me atraparon con su brisa y con su tierna voz que cantaba algo de que se hizo tu chorrillo, su corriente, del extraño que secó su fuente. Las brumas arrebatan mi túnica y me impulsan como vela y mástil hacia el camino cerrado que conduce al cerro, donde está el Guardia Zoneíta joven y alto, de gruesos brazos militares e intrigante mirada de forastero. «Whitman,» su nombre escrito en la escarapela sobre su bolsillo de camuflaje verde, me dice: «You can't come up here; this is a restricted area.» Pero Amelia me hace brillar y lo mira con mis ojos y lo seduce y lo convence de dejarme pasar. El encanto se rompe y Whitman me sigue alarmado por el sendero hacia arriba vamos, corre que no me alcanzas, sigue jadeando que así me gustas, un poquito más y estaremos ya con la orquídeas, que Amelia nos presta su cama hoy. En la cima tú y yo vemos la ciudad abajo, las torres resplandecientes de madreperla de la Catedral, más allá las ruinas de la primera ciudad quemada por los piratas y el mar, siempre el mar por todos lados, la marea esta baja y si estuviéramos allá en la bahía podríamos caminar hacia las islas de las perlas. Pero allá seríamos presa fácil y acá nadie nos ve. Whitman cómo sudas, no debes estar acostumbrado a esta calor y humedad de sauna, de invernadero pero claro, si eres de las afueras de Masterdamniew, eres de Gandislo, allá el verano nunca es tan abrumador. Con el dorso de mi mano lamo tu frente e imagino beber tu perspiración. ¡Cómo sudas, precioso! Te desabotono el uniforme y en un dos por tres te tengo frente a mí en toda tu virilidad bronceada, dorada, como estatua de cobre recién brillada. Y tú te dejas besar, pasivamente. Pero luego eres tú el que me acuesta en el aposento de Amelia, en sus hojas secas, en tus *leaves of grass*. Y allí rodamos como serpientes apareándose, estrujándose con fuertes músculos que aunque hechos para matar, esta vez aman. Cuidado, todavía no. Espérate un poquito. Acabemos juntos aquí porque tenemos que reverdecer las hojas secas de Amelia para darle paz, *to make green your leaves of grass*, te susurro yo al oído. Y al destapar nuestras fuentes empieza a emanar una vez más el ojo de agua a nuestros pies, bajo las hojas. El chorrillo nos limpia y refresca y las orquídeas nos sonríen. Vemos al agua bajar hasta San Felipe y nos despedimos de Amelia, dándole las gracias, al ver cómo su neblina se condensa y se une a la corriente que la lleva hasta su reposo y que inunda la Ave-

nida Truco de Lujo y obstaculiza temporalmente a las tropas militares que intentan dispersar a las masas de estudiantes frente al Instituto Nacional. Mientras tanto, Whitman quiere saber *why are you in such a hurry? Why are you leaving? Názaro, stay here with me*, pero yo simplemente le digo que lo siento porque tengo que ir a cumplir una manda a Portobelo.

Bajando desde la cima me percato cómo a través de los siglos a la ciudad de San Felipe se la pasan moviéndola, siempre a un lugar menos húmedo, con menos alimañas o con un buen promontorio rocoso que se pueda amurallar bien. Más o menos cada ciento cincuenta años los habitantes de la ciudad deciden que ya no pueden seguir viviendo ahí y todos cargan a cuestras sus casas como nómadas hasta la próxima península o bahía a la cual hayan decidido relocalizarse. Los asentamientos anteriores entonces quedan abandonados y se convierten en nostálgicas ruinas estranguladas por higueras arbóreas que los Felipeños visitan durante los fines de semana para imaginarse el peligro que hubieran sufrido a manos de los piratas y zancudos si hubieran seguido viviendo ahí. La costa era entonces una serie de ruinas que poco a poco fueron siendo rodeadas por una urbe extensa que se desparramó descontrolada una vez que construyeron los miradores en la cordillera y decidieron que amurallar la ciudad por tierra ya no era necesario. Por eso, entre tantas ruinas de cal y canto a lo largo de la costa, me cuesta encontrar a la ciudad que yo conocí y una vez que diviso lo que parecen ser las ruinas de sus torres de bloques de coral para llegar ahí debo esquivar nuevos rascacielos transparentes, cruzar bajo puentes de autopistas que no tienen límites de velocidad y deambular por entre barrios de cartón donde se cría la miseria de niños de estómagos distendidos por las lombrices y sólo entonces estoy finalmente entre los edificios dilapidados de lo que fue el primer asentamiento de los fulos en el Mar del Sur. Yo estuve aquí para las festividades del acto inaugural de la catedral cuya torre todavía esta más o menos en pie y como me pasearon por todos los conventos de la ciudad a lo largo de seis meses, llegué a conocer bastante bien el lugar y hasta llegué a dominar la lengua de los indígenas porque en ese entonces pocos de ellos conocían el idioma de los colonizadores fulos. Todavía recuerdo las oraciones en las que me pedían que echara a esos recién llegados pero ellos no entendían que mis poderes se limitaban a ciertas infecciones cutáneas que aunque bien las utilicé contra los fulos de nada servían sin un plan insurgente bien organizado. Pero los curé a todos de la viruela y fui el causante de la desobediencia que los perros asesinos de los fulos exhibían cuando se les ordenaba devorar a los indígenas. Cuando los indígenas se sintieron defraudados por mi falta de omnipotencia y los fulos empezaban a sospechar que yo tenía algo que ver con los chancros venéreos que ellos empezaban a padecer, empezaron a malquererme y un buen día me montaron en un burro y todos sus setecientos setenta y seis habitantes se despidieron de mí en el Puente del Rey que es el comienzo del camino que lleva hasta el Gran Río. Pero hoy, siguiendo ese mismo viejo sendero empedrado bajo la verde sombra del bosque, en vez de llegar al puerto fluvial de Cruces, me encontré con la imagen fantasmal de un bosque hundido de troncos secos que despuntan sobre la superficie neblinosa del nuevo embalse. Nado por entre estos troncos curados por el agua fresca de este río contenido, troncos que rehúsan descomponerse y se arraigan más aún en su muerte al fondo como las manos huesudas de un cadáver ya tieso y frío para soportar como exquisitos postes la bóveda verde y mansa de un templo sumergidos donde panteras y ocelotes ahogados deambulan todavía inconscientes junto a los populosos manatíes, cocodrilos y peces multicolores que nadan ahora en su extendido reino. El llanto de los árboles ahogados me guía por entre islas que anteriormente fueron montañas hasta llegar a la otra orilla donde luchó fuertemente contra la corriente de la cascada que se desploma de la represa y llego sin percances a la pequeña playa de arena y algas que es donde se puede tomar el camino cuesta abajo hacia la ciudad del otro mar.

Aspinwall es una soleada isla de mangle flotante que fue rellena con los escombros de excavaciones de canteras distantes y unida al continente por una angosta lengua de tierra artificial por la cual corren una carretera de dos vías y los rieles del tren. Bajo sus calles perfectamente alineadas, sus balcones y arcadas arde el pantano todavía de donde emanan burbujeantes gases que infectan todas las actividades humanas en la superficie con una náusea y calor de vida que bien se podría acertar que en esa urbana sopa paleolítica inertes moléculas se aglutinan en células vivientes al calor del mediodía diariamente. Los primeros habitantes se vinieron desde las antillas inglesas y francesas flotando con el mangle a la deriva hasta que su balsa vegetal encalló en la arenilla de una bahía que ellos llamaron Folks River a pesar de no ser un río. Desde que el sedimento natural de las mareas creó el terraplén que une a la isla con el continente hubo varios planes para removerlo y así mantener el carácter isleño de Aspinwall y resguardarlo de la arrasadora avalancha hispanizante que se vislumbraba aún desde sus comienzos

más peligrosa que el inminente maremoto que siempre amenazaba con aniquilar a Aspinwall bajo el poder de sus gigantescas olas. Pero en toda la historia de Aspinwall nunca sus habitantes se habían resuelto definitivamente a cortarle el paso al país hasta que se enteraron de los disturbios estudiantiles de esta mañana y fue por eso que hoy al entrar a la ciudad tuve que esquivar a los excavadores de la zanja que prometía mantenerlos libres de la educación en idioma Castellano de la asfixiante nación continental en la que se encontraban incrustados. *Let the Nazareno pass through, he going Portobelo, look here he the sharpest Nazarene I ever see. You going down to the pier? Catch boat to Portobelo?* Pero antes que pueda responderle al *bolom*, uno de los oficiales de la Guardia Nacional que estaba allí para darle alto a la obra de excavación se percató de mi presencia y tengo que correr. Salto la zanja antes que éste pueda apresarme y me uno a los canes de la ciudad que esperan y quienes pronto me alejan del peligro y, como hienas, me infectan del goce de estar de nuevo en medio de este dulce olor de putrefacción de Aspinwall que es la rosa de carroña de pescado más embriagantemente perfumada de todo el Atlántico. La jauría me guía por entre sus excelentes arcadas y bajo sus balcones de hierro estupendamente forjado para unirme poco a poco a los centenares de franceses antillanos vestidos de morado que colman las calles rumbo al puerto. La Guardia Nacional me persigue y no me encuentra entre tanto negro vestido de púrpura. Las hienas desde el muelle se ríen de los Guardias cuando me embarco escondido entre los otros Nazarenos en las chalupas de los pescadores y nos escapamos hacia Portobelo siguiendo el camino que las mantarrayas moteadas nos dibujan en la superficie verde del mar con sus felices saltos de alas saladas.

Al caer la noche, Portobelo está lleno de cañones y nazarenos encandilados de humeantes velas blancas. Sus calles empedradas están cubiertas de un gentío vestido de violeta que danza con el Santo tres pasos para adelante y dos hacia atrás. Cuando salgo de la iglesia, entre la muchedumbre me encuentro con Whitman. Él quiere que me vaya con él a Gandislo pero sé que no puedo, sé que no debo, he de rechazar esta tentación y de repente no tengo que luchar más para realizar mi propósito porque yo dejo de existir para mí mismo y empiezo a unirme con el Santo. Su mirada se funge con la mía. No se si yo estoy dentro de él o él dentro de mí. Nuevamente escucho su voz anémica de mis sueños que ahora reconozco como mía. No creas las leyendas que dicen que el humo de las velas me ennegrecieron. En Africa nací y me llamo Ombalú. Me tiraron del barco negrero para aligerar la carga. Morí ahogado en el medio del Atlántico, donde envuelto por el sargaso, curtido por el sol y la sal mi cuerpo fue preservado. Flotando llegué hasta estas costas donde momificado me exhiben en la iglesia y me sacan una vez por año a tambalear. Tú eres mi elegido por ser hijo de puta y fulo, por ser maricón, lo que quiere decir que eres un hombre marginal y penetrable como yo. Las llagas que has llevado son las heridas de tu pueblo, al cual redimirás con tu sangre. El éxtasis de nuestra unión es tan intenso que siento como si mi cuerpo fuera traspasado por flechas flameantes. Tranquilamente dejo de respirar y mi cuerpo cae inerte en los brazos del Martiniqués, quien entre los gritos de los devotos me lleva a cuevas hasta la bahía, donde él ya sabía me estarían esperando las mantarrayas moteadas a llevarme a aletear en su mundo de coral para siempre. Por las calles de Portobelo se escuchaba que la Guardia le había disparado a un nazareno. Otros decían que no fueron disparos sino piedras de unos que lo habían llamado maricón. Hubo quienes contaron cómo accidentalmente las pisadas de las masas mataron a un enfermo nazareno que se desmayó cumpliendo su manda. Aun otros juraron ver cómo una jauría de perros lo desangró al despedazarle las piernas. En lo que todas las leyendas concurrían era en la gran cantidad de sangre derramada, espumosa y de un extraño color violeta. Sólo El Martiniqués sabía que la manda de Názaro había consistido en ofrecer su vida en sacrificio para que el Santo ayudara a su pueblo a ser libre, deshaciéndose de los fulos de una vez por todas.

© Roberto Strongman

El autor:

Roberto Strongman nació y se crió en el puerto caribeño de Colón durante las décadas de los setenta y ochenta, cuando los Estados Unidos todavía controlaba una porción importante del territorio nacional de Panamá. Este es el origen de la temática de decolonización que define toda su obra crítica y creativa. Es doctor en Literatura por la Universidad de California, San Diego (EEUU). Actualmente es profesor de estudios culturales caribeños en la Universidad de California, Santa Bárbara. Se puede tener acceso a sus artículos a través de su página en la red: www.blackstudies.ucsb.edu/people/strongman.html

RAPSODIA VAGABUNDA (Novela inédita – 1^{er} Capítulo)

por Juan Carlos Guerrero

Ciudad de Ámsterdam, marihuana en la piel, nave flotante para abajo o para arriba. Calzones húmedos de holandesas, dispuestas a todo. A extraviarse en las trincheras, entre órganos sexuales masculinos, dispuestas a perder las batallas en la cama. En Groningen, Eindhoven, Utrecht, La Haya etc., sucede lo mismo que en Ámsterdam, deliciosas holandesas como sus quesos, tan bellas como sus tulipanes; marchándose a veranos imposibles. La mayoría de los aeropuertos del mundo reciben las visitas de rubios neerlandeses, sobre todo en la temporada veraniega europea; época de sosiego y distracción. Los veranos de M. Cramer son españoles. M. Cramer, delgadísima rubia, desliza su figura por las cuatro estaciones. Recostada en la arena y como hamaca sus sueños monótonos, intenta leer una revista de viajes, lo intenta, pero la pesadez de sus párpados se asemeja a unas gaviotas moribundas y se deja vencer por la fatiga, tan hermosa como ella. Verano en la Costa Brava, con muchachos españoles, enamorándola. Ellos, muy majos, dueños de sí mismos; y ella: algunas veces que sí y otras que no, coqueteaba con ellos, pero sin ninguna ilusión, solamente por el placer de los besos y las caricias fuera de límite, nada más. Cadaqués de Dalí, Blanes de Bolaño, Tossa del Mar de Chagall, Zwolle de Luc. Luc, rubio, altísimo, más bello que todos los veranos españoles juntos. M. Cramer ama a Luc, aquello no es un gran descubrimiento, en Zwolle buena parte de su tiempo lo gastaban yendo de shopping, tenían todas las horas del mundo para amarse. Bosques de ilusiones en Zwolle. Luc y M. Cramer comiendo helados por la ciudad, tan bellos, tan rubios como el sol. La holandesa esta vez apareció sola en la Costa Brava, Luc no había venido con ella. El joven en esta ocasión se había largado de mochilero a Sudamérica con unos amigos. Con el abierto propósito de fumar marihuana por los salvajes valles latinoamericanos. El holandés pretendió convencer a M. Cramer para que viniera con él, pero ella no aceptó. Prefirió el verano español, tostarse en las playas mediterráneas, que las ignotas tierras de la que hablaba su novio. Eligió aquel verano más europeo que nunca y que ya se despuntaba con su ramillete de posibilidades. Sin embargo, tampoco estaba sola, por aquí andaba Marieke, una antigua amiga de una ciudad vecina. Marieke no era bella, poseía un rostro moderado, plural, no como el rostro singular de su amiga. Marieke, tejedora de versos limpios de madrugada. A veces no se necesita tener un rostro único, es mucho mejor un alma singular.

«Los veranos de M. Cramer son españoles. M. Cramer, delgadísima rubia, desliza su figura por las cuatro estaciones. Recostada en la arena y como hamaca sus sueños monótonos, intenta leer una revista de viajes, lo intenta, pero la pesadez de sus párpados se asemejan a unas gaviotas moribundas, y se deja vencer por la fatiga, tan hermosa como ella.»

M. Cramer dormía sobre una toalla tendida en la arena con el lente de sol puesto, y en los jodidos sueños, Luc aparecía como un fantasma rubio que hacía el amor con ella. En Zwolle, los paseos son aburridos, cuando el astro incandescente está allá arriba, y sin su novio, las cosas pintaban peor. Sus padres: hombre y mujer influyentes, en la sociedad en la que se desenvolvían con la naturalidad que los poderosos suelen poseer, estaban de vacaciones en una isla griega perdida en el Mar Egeo. Ellos, que sólo sabían complacer los caprichos de la niña y de la ahora mujer: M. Cramer, tendrían unos merecidos días de descanso. Eran tan lindos que se los merecían de por vida. Ambos habían aportado lo suyo para que la expresiva belleza de la holandesa sea legendaria. De su padre heredó el porte y los ojos azulísimos. De su madre el resto: la elasticidad de su anatomía y la perfección de sus rasgos.

Motejados como blauwvingers (dedos azules). Los habitantes de Zwolle cargaban con ese mote a causa de una leyenda protagonizada con la vecina ciudad de Kampen. Se decía que los antiguos pobladores de Zwolle por hallarse escasos de fondos habían vendido la campana de la iglesia a sus vecinos de Kampen, y para asegurarse que el pago se ajustaba a lo convenido contaron las monedas de cobre con las manos, quedando sus dedos de color azul. Ahora la ciudad se encontraba lejos de aquella leyenda, pero sus habitantes aún eran llamados blauwvingers. Hay mucho por visitar en Zwolle, adornada con numerosos lagos de playas artificiales e históricos monumentos, como la basílica de Onze Lieve Vrouwe ten Hemelopneming (Nuestra señora de la ascensión) y la torre de la iglesia Peperbus (molinillo de pimienta). La vida nocturna en realidad no tenía fisuras, era compacta, con sus posibilidades muy neerlandesas. Los jóvenes y los no muy jóvenes la pasaban muy bien, bebiéndose la noche. En la ciudad no había lugar para los malos sueños. La absoluta libertad consistía en eso, en despojarse de las viejas represiones y darle al cuerpo lo que él ansía. Los diques holandeses estaban contruidos para contener el agua, pero no para reprimir a sus constructores. Le habían ganado terreno a la naturaleza, a lo que estaba puesto allí mucho antes que ellos nacieran, ahora era necesario entretenerse, solazarse sin pedir permiso a nadie.

«La vida nocturna en realidad no tenía fisuras, era compacta, con sus posibilidades muy neerlandesas. Los jóvenes y los no muy jóvenes la pasaban muy bien, bebiéndose la noche. En la ciudad no había lugar para los malos sueños. La absoluta libertad consistía en eso, en despojarse de las viejas represiones y darle al cuerpo lo que él ansia.»

Mientras ella dormía, Luc se había colado por la ventana de sus sueños, que con el sol se calentaban aún más. La Costa Brava ardía en la piel. Miles de verano se habían marchado, de algunos solamente se conservaban las fotografías, pero la Costa Brava seguía de pie como la Roca Primigenia. Parte de la gentita europea veraneaba por aquí. Un sinnúmero de veraneantes de diversas nacionalidades se hallaban disfrutando de las prodigalidades de una vida bien amueblada. Entre la pesadez de la vigilia, la holandesa recordó que por la mañana, un desabrido alemán le invitó

a beber unos tragos para cuando llegara la noche, y de igual modo un chulo disimulado, apodado: el curro, le hizo la misma invitación. Luc se hallaba sordo y mudo, y había dos monedas para escoger. Sin dudar, prefirió el descarado del curro que las manos timoratas, inexpertas y sonrosadas del alemán; se notaba a simple vista que no sabía hurgar bien ni sus bolsillos. Olaf: que así se llamaba el alemán, era oriundo de Hamburgo, su timidez y apresuramiento eran harto conocidos por los amigos y parientes. Su timidez la ahogaba bebiendo cerveza y su apresuramiento lo malgastaba entorpeciendo las citas nocturnas con las mujeres que habían aceptado salir con él. De pocas proezas se podía ufanar Olaf, salvo de ser un excelente empleado en la prestigiosa empresa en donde laboraba en su ciudad natal y de ostentar un sueldo respetable. Su aspecto físico era el de un hombre cualquiera, de piel demasiado nívea y muy poco atractiva, excesivamente fofo para el gusto de M. Cramer. En cambio el español sí que tenía pinta de jugador de barajas humanas, dueño de una sonrisa pijoapartesca y de otros encantos personales puestos a disposición de quienes quisieran... Al español lo había conocido por el venturoso arte de la casualidad, eso era lo que ella imaginaba, ya que no estaba al corriente que el descarado la estuvo observando, acomodado en su motocicleta, y a su salida del hotel donde ella se hospedaba, la siguió con los ojos y luego con el cuerpo. Sin disimulo, se tropezó con ella y le dijo frases muy bonitas, le dijo algo así como: «el universo está de fiesta hoy, pues los ángeles han caído del cielo, dichosos mis ojos que se han topado con uno». Ella, que no esperaba que aquella mañana le regalara semejante sorpresa y halago, no hizo otra cosa que agradecer al muchacho por haber puesto como alfombra mientras ella caminaba tan arrolladoras palabras, que las entendió a la perfección. Besos para este español, un muy buen inquilino de esta vida, tan borracha y parrandera. De ese encuentro, no le explicó nada a Marieke, ya que supuso que su amiga no la entendería. En realidad ella ignoraba de las urgencias de la bellísima holandesa cuando de cubrir la soledad con un manto de carne y hueso se trataba. Lo que sí le narró a su amiga, y con cierto tono burlón, fue su tropiezo con aquel alemán bueno para nada. Las dos se echaron a reír del caricaturesco personaje. Marieke tuvo un poco de compasión de las bromas sobre la ingenuidad del señor Olaf de pretender dárseles de seductor, aunque después concluyó que se lo

merecía. M. Cramer se quedó profundamente dormida con el lente de sol puesto. El bichito de la curiosidad dormía con ella. Sus cabellos rubios arremolinados sobre la toalla y una porción de arena bailaron por un momento, gracias a la acción de unos frágiles soplos de viento.

© Juan Carlos Guerrero

El autor:

Juan Carlos Guerrero nace en San Vicente de Cañete, Lima, Perú. Autor de los libros: *Algunos cuentos para ti y otros para el mundo*, Editorial San Marcos, Lima, Perú, 2004; *Un lateo por el Cusco*, Editorial Publicatuslibros, Jaén, España, 2006; *Poemas para demorar el viaje*, Edición Autogestionada, Lima, 2007.

* * *

Novela

EN LA CIUDAD INMÓVIL
(Novela inédita – fragmento)

por Moisés Ramírez

82. (*Teatro fantasma*)

Como por circunstancia, por un capricho de la Fortuna o de la Fatalidad que no estamos destinados a reconocer, a descifrar, o a cifrar, ciertamente, en una plena concepción de ese capricho, de su demasiada claridad ante las cosas: como el pájaro que brota de los ojos cuando la memoria se despierta una mañana repitiendo tardes desoladas pero colmadas de vuelo, exactamente igual recuerdas la noche en que Sara y tú se encontraron: la copa de whisky, el número de mesa, el frío rojo a la salida del Club mientras caminaban por una calle amarillenta; después el beso largo, suave, una mano deslizándose por la cintura, dos cuerpos vagamente tibios encontrándose en el tremor de una y todas las dudas: los siempre apresurados pasos, la puerta del edificio, la escalera, otra puerta, el sillón: ella mirándote durante algún tiempo impreciso, ya incontable. No podías dejar de preguntarte por qué todo esto...

Recuerdas. Despertabas cada día a las nueve: un café, la mermelada, dos cigarrillos a punto de la desesperación: el horror de mirarse en el espejo y ser cada vez más tú sin forma de nada. En el fondo del Club, una mujer te observa. Te ha reconocido, quizá te-conoce-desde-siempre, ¿importa eso? La mesera apunta con el dedo hacia ella y ves cómo de espaldas a sí misma llora, o parece que llora, no sabes por qué ni te interesa averiguarlo; pero siempre late algo como entrecerrando los ojos y diciendo no te creo, te importa demasiado, te mata la ansiedad, la duda, las ganas de desentrañar verdades o razones o mujeres llorando.

Vuelve tu memoria a esa noche de luces ámbar en la que por primera vez ocurría algo distinto al habitual tintineo de la pianola: Sara en un vestido rojo y tú sintiendo muy adentro la atracción irresistible, la necesidad de hablarle, de encenderle el cigarrillo que tenía entre los dedos, de dar un paseo hasta que ambos pudieran asistir al encuentro que habías (o no) planeando para ella, mientras en el escenario el tiempo y su cuerpo eran una sola cosa: un juego misterioso, sí, ya lo recuerdas: al final de la noche su voz era eso mismo, el camerino se te antojaba una entrada perfecta y quizá demasiado acabada para la escena: era ella, ahí y entonces: la mirabas deseando que, movida por el placer de perseguir-lo-desconocido, dejara el polvo con el que se maquillaba y te viera a los ojos dramáticamente, diciendo con los suyos aquí estoy perdida en las luces, en el humo, en este instante

inasible que sigue sin detenerse deteniéndome: la mirabas deseando que te extendiera su pañuelo y, como aceptando por anticipado cualquier invitación, se sentara a esperar pacientemente a que alguno de los dos propusiera tomar una copa y rompieran con ese tedio insoportable de esperar pacientemente.

Levantas la mirada en el preciso momento de una proximidad anunciada por un aroma a sexo y prisa y nombres: tú, tan lejos de ese instante, como si todo fuera un lento parpadeo: abres, miras, cierras los ojos y piensas que al despertar algo habrá permanecido, las cosas seguirán en donde estaban: pero te resistes a mirar porque en el fondo sabes que al volver nada será lo mismo: ni ella ni tú mirándola: así que levantas la mirada, presentes esa perturbadora calma que dificulta la incursión en el tiempo: emerges y te descubres en un territorio inhóspito: imagen imborrable del espejo: continuas imperceptible con un temblor ajeno en cada mano, te extravías en un cuerpo ahora mismo todo vuelto un laberinto.

Ella pensaba algo, no supiste qué. Te violentaba el deseo de descifrar ese silencio encubierto, la proyección de un recuerdo, una sola palabra que lanzaría el más fugaz segundo a un retroceso irrecuperable. ¿Qué era? Quizá esta noche encuentres la respuesta, la clave, la llave, la puerta: el *Bertrand Club*, llegar oscurecido, mirar sin ojos el jazz-band: un estremecimiento de palabras tan desnudas, recuperado del sopor de la tarde en el frío de la gabardina. Levantas la mirada y es ella señalándote una mesa al fondo en la que ella misma te mira y al voltear ocupas ya la silla y le hablas de un lugar indefinible, très amusant, dirías, y ella mirándote perdido en un silencio casi líquido, en la única fecha posible, la única hora marcada por todos los relojes en ese preciso momento: era un único vestido, era una sola cama y un hotel y un trago de whisky para aclarar la mente. Temes que se trate de una broma y vuelves la mirada, pero ella se ha ido dejándote una nota junto al cenicero: «¿Has olvidado la noche en que buscando a Sara me volviste un laberinto la cabeza?»

«Levantas la mirada y es ella señalándote una mesa al fondo en la que ella misma te mira y al voltear ocupas ya la silla y le hablas de un lugar indefinible, très amusant, dirías, y ella mirándote perdido en un silencio casi líquido, en la única fecha posible, la única hora marcada por todos los relojes en ese preciso momento: era un único vestido, era una sola cama y un hotel y un trago de whisky para aclarar la mente.»

Creas que hasta ahora todo ha sido un largo parpadeo en busca de su nombre. ¿Acaso el *Bertrand Club* no era uno de esos lugares en los que había un constante ir y venir por el camino sinuoso de involucrar a otros en la trama laberíntica? ¿No es ése el centro al que estuvieron a punto de llegar, ella y tú, hace mucho tiempo, para reconocer sus nombres y acabar de una vez por todas con el juego? No podías dejar de preguntarte por qué todo esto: de cualquier forma la noche pasó bien, aunque tampoco imaginabas que te haría el amor de esa manera. De pronto te descubriste andando un laberinto con ella mirándote, advirtiéndote que no entraría. Te lo dijo o lo pensaste pero el riesgo era el mismo. Y empezó a irse, a salirse, a enfriarse las manos como señal de una distancia que iba creciendo a medida de la noche y las palabras.

¿Ha sido éste el instante, esa fracción de segundo extendida por la memoria en la que los sentidos se derraman, hasta perderse en un solo y único contener la respiración, la boca bien abierta o tensa como invisiblemente amordazada: un silencio abrumador cuyo eco intangible se apresa en la conciencia, la pérdida del tacto en esa eternidad irrepitable, el saber, el encontrar una respuesta no buscada, el necesario escalofrío de recordar ese momento una y otra y otra vez, con la conciencia plena del desconocimiento, la duda, el deseo de saber si ocurrirá otra vez, si volveremos a desaparecer de esa manera, si habrá alguna semejanza, si...?

© Moisés Ramírez

El autor:

Moisés Ramírez (Morelia, México, 1984). Es autor de los libros *Mirarse aprisa*, *Cantar los días* y *En la ciudad inmóvil* (inédito).

Patricia de Souza

Cora-Cora, Ayacucho (Perú), 1964

<http://palincestos.blogspot.com>

* * *

Yo, Patricia de Souza, nací en Cora-Cora, Ayacucho, el 9 de abril de 1964. La última vez que estuve allí tenía diez años. Regresé a Lima de urgencia porque no estaba bien de salud y mi madre tuvo que llevarme de inmediato a una clínica en San Isidro. Estuve allí durante un mes. No sé, porque no recuerdo, si la enfermedad me dio otra noción del tiempo, como Marcel Proust, o como Dickinson, como tantos otros (y otras) que han vivido ese estado. Creo que en *El último cuerpo de Úrsula* (Seix Barral, 2000) hay escenas que tienen que ver con esa experiencia. Pero todo eso ha sido evocado casi inconscientemente. Yo pienso muy a menudo en la escritura como *palinsesto* (*Electra en la ciudad*, Alfaguara 2006); es decir, un texto se va formando por dentro para abarcar la experiencia y fijarla y luego emerge a una superficie, a un estado de semi-consciencia para ser escrito. Así se hacen todos mis libros. Hay una espera, un instante en que hay que dejar que todo lo vivido se organice desde un espacio interior que está en constante frote con el exterior, las voces exteriores, quiero decir, las de los otros y que son parte del proceso. Si tuviese que emplear una imagen elegiría esta: cuando escribo deseo que aparezca un rostro, lo más parecido al que he visto en mí. Esa aparición debe ser un acontecimiento para que alguien diga, así, categóricamente: Me gustas. Es entonces un trabajo de seducción, un hacer desde el deseo, es movimiento, es juego, y es peligro, porque al hacerlo abandono muchas cosas, elijo, selecciono, invento. Ese rostro entonces, tiene que ser de verdad.

BIBLIOGRAFÍA:

Novelas

–*Ellos dos*, Lima: Editorial San Marcos, 2007

–*Aquella imagen que transpira*, Lima: Ed. Saritacartera, 2006

–*Electra en la ciudad*, Lima: Alfaguara, 2006

–*Désert*, texto publicado en la *Nouvelle revue littéraire*, Trad. de Catherine Chaurruau, Gallimard, 2004

–*Stabat Mater*, Madrid: Debate: 2001

–*El último cuerpo de Úrsula*, Barcelona: Seix Barral, 2000

–*El último cuerpo de Úrsula*, traducida al alemán por Peter Tremp, Suiza: Latinamerika Verlag, 2003

–*La mentira de un fauno*, Madrid: Lengua de trapo, 1999

–*Cuando llegue la noche*, Lima: Jaime Campodónico editor, 1994

Nota de la escritora: *Mi discurso en la novela se sitúa, también, en el terreno del meta-discurso, en el análisis del discurso dominante y en la forma de su recepción, la manera como la crítica asimila una escritura auto-reflexiva que denuncia ciertos mecanismos de alienación. El lenguaje es el resultado de la experiencia y está pegada a ella, por eso empleo el ejemplo de Proust.*

Traducciones

–Richard Millet, *El gusto de las mujeres feas*, Lima: Estruendomudo, 2006

–Michel Leiris, *Otras lanzadas*, Lima, El santo oficio, 1998.

–Jean Echenoz, *Un año*, Lima: El santo oficio: 1996.

Asistencia a Congresos importantes

–Festival Internacional de Literatura de Berlín (nominación de Mario Vargas Llosa), Septiembre 2006

–Congreso internacional de Madrid, Casa de América, Abril 2001

–Festival Internacional de Miami, D.A.D., Junio 2001

–Encuentro de escritores en la ciudad del Cusco, INC., Octubre 1999.

* * *

JOSÉ LUIS AYALA: *¿Hay fronteras en el lenguaje?*

PdS.: Sí, hay fronteras en el lenguaje que no se pueden romper sin el riesgo de que no pueda ser comprendido. Son las reglas de la lógica y la retórica, pero que a mí me interesa darles otro tratamiento por una cuestión personal, o digamos, de carácter. No soporto la dominación de ningún modelo ni de ninguna forma (sobre todo el de la novela que siempre ha sido más un terreno masculino). Por eso, no creo en las formas. No digo novela, ni cuento, simplemente texto.

JLA.: *¿Ellos dos, es una muestra?*

PdS.: La novela *Ellos dos* forma parte de un proceso interior, como autora; y exterior, porque se ha transformado en este objeto. Es cuando escribo para recomponer algo, para producir un efecto de realidad con algo que no es del todo real y que se manifiesta de una forma. Es como una analogía con la experiencia. Me gusta pensar que no hay mucha separación.

JLA.: *¿Cuánto de autobiografía tiene?*

PdS.: Siempre digo que ese Yo es también tú, cualquiera. No estoy haciendo una autobiografía sino un trabajo de resistencia, de recomposición, por lo que no es idéntico a la realidad pero se le parece o pretende que ésta sea sensible, tangible, querible. Quiero que los demás sientan y vean por mí, tal vez lo que yo no he podido ver, ahí entra el rol activo del lector.

JLA.: *¿Cómo escribes una novela?*

PdS.: Por ahora escribo siempre una escena, una frase, una percepción. Siento que escribo más que vivo, pero no creo que viva menos intensamente porque lo que se graba es como una ceremonia, solitaria e intensa. Y hasta luminosa para la que lo hace.

JLA.: *¿Es literatura del exilio?*

PdS.: No sé qué sería, la verdad. Escribir es una forma de apartarse de la realidad, una forma de exilio constante. O algo así. Pero sé que no evoco Lima de la misma forma desde París que desde México. Sé que la necesidad de escribir me viene de una sensación de pérdida. Cuando dejé Lima me dije, ahora me encierro en París o en México, corro las cortinas y ¡me pongo a escribir como Marcel Proust!

* * *

Relato

SECUESTRO INVOLUNTARIO

por Patricia de Souza

*L'épreuve amoureuse est une mise en épreuve du langage:
de son univocité, de son pouvoir référentiel et communicatif*

Julia Kristeva

Hace una semana llegué a París. No sé cómo ni por qué he vuelto a París. Quiero decir, tengo obligaciones que cumplir, terminar un trabajo, organizar cosas prácticas en mi vida, cosas fundamentales, se dice, pero yo no creo en nada fundamental. Aquí es el invierno y en el Perú, sigue el verano. Sí ese territorio que se supone que me define de alguna manera, que es mi fatum individual, mi pérdida (porque no estoy allí), pero también mi única salvación (porque es y será mi refugio). Quería empezar diciendo, *diré toda la verdad y nada más que la verdad*, y sin embargo sé que es imposible, no diré más que una ínfima parte de lo que vivo, me acercaré un poco, y luego, por vértigo, porque no sé contar una historia, porque no sé qué historia se puede contar más allá de la individual, la minúscula vida que nos ha tocado vivir, me detendré.

Empezaré escribiendo que ayer X me colgó el teléfono, X, la persona con quien más contaba, en quien había depositado toda mi confianza, terminó por colgarme el teléfono y no contestar más. Y X siempre me había tratado con indulgencia o ha habido en él un amor benigno, un amor de padre o de madre, de alguien que protege bajo el ala a su cría, de un silencioso acompañante, un poco desesperado, un poco ausente, pero X estaba allí. No, no tiene nombre porque solo existe como un símbolo de lo que yo he proyectado en él, pero pongámosle un nombre, digamos que se llama Tomás, o Rodrigo, o Manuel, o Joaquín, o...

Poco importa, X, ya no está allí, ni como proyección, ni como presencia. Hace mucho tiempo que vengo pensando cómo escribiría una novela sobre esa relación. Una novela en la que los gestos sean más importantes, cansada de discurso e interpretaciones, *jassez!*, como se dice en francés. Pensaba que escribir sobre ello me liberaría si lograba abandonar mi carga en la espalda de los demás, para vernos mejor en el espejo y aceptar lo que hemos vivido, inscribirlo y, pasar la página, frase elocuente. Pero no puedo hablar de X sin hablar de mí, es imposible, porque X solo existe a partir de mí misma, es mi objeto, pero yo soy su sujeto-objeto, o algo así.

La frase de X ha sido esta: *Tenemos que romper esta dependencia, nos hará bien a los dos.*

Yo he pensado varias veces en ese final, le he dado vueltas a la frase pensando en lo que significa incluir-se. O sea, en esa frase per-sé: *nos hará bien a los dos...* he pensado varias veces en esa frase y en la idea de que estar apegada a alguien afectivamente es un secuestro involuntario, una especie de estado de rehén constante de la otra persona. He pensado que, ahora que estoy de nuevo lejos de mis afectos más concretos, vuelvo a ser la secuestrada de una sola persona, de X que no contesta el teléfono; sí, es eso, soy la secuestrada de esa dependencia que desea romper sin haberme preguntado cuál es mi opinión. Estoy agotada de los lugares comunes sobre el amor y sobre las relaciones entre hombres y mujeres, en realidad, sobre las relaciones en general, lo único que sé es que basta una frase para que el cántaro se quiebre o para que la rueda de la fortuna se ponga a girar.

Yo nunca he tenido una buena relación con mi padre, es decir, nunca lo he abrazado, apenas lo he besado en las mejillas, y él ha ofrecido una mejilla rígida, sin emoción. Pienso que eso tiene que ver con el miedo que sienten los hombres hacia el incesto con sus hijas, lo entiendo, pero eso no logra llenar el vacío de una relación entre padre e hija que nunca se dio. Tal vez eso haya hecho que mis relaciones con los hombres estén marcadas por relaciones de poder, sometimiento, dominio, pero nunca por el compartir. Mi madre ha sido siempre muy cálida, muy desesperada también, pero el hecho de haber estado con un hombre que nunca la miró como persona justifica ante mis ojos cualquier respuesta, y la suya, ha sido generosa, pese a todo. Desde pequeña mi madre me ha protegido mucho y yo he sido lo que se dice una *niña engreída*, una persona que hacía lo que deseaba, sin capacidad para la frustración. He crecido en una especie de vida anárquica entre el sol de Chaclacayo y el monumental paisaje de Cora-Cora. Ahí han empezado las primeras aventuras imaginarias, los primeros mitos masculinos, recuerdo que cuando caminaba por los campos imaginaba a Fantomas viniendo a mi rescate. Su máscara no hacía sino excitar en mí un deseo sexual apenas consciente, pero que anunciaba mi tendencia a la fabulación. Detrás intuía a mi abuelo, Juez de paz de allí, medio ebrio, caminando inclinado, muy alto, con lentes, un cierto aire a Martín Adán. Y luego, están esos paseos por las cerros secos de Chaclacayo, los días al sol, libres, un poco desamparados por la ausencia de mi padre, pero compensados por la generosidad del clima y el hedonismo que fue creciendo, haciéndose casi una vocación, hasta que...

Hasta que un día cambio de país, y allí es un nuevo cuerpo el que se me aparece, una nueva forma de sentirlo, más como un peso, como un padecer, siempre bajo el frío, menos compensado con caricias y miradas. Empezaba mi secuestro, tendría que aprender otras formas de vivir. Si la elección no hubiese sido difícil, no estaría, aquí, escribiendo, porque por subsistencia, por impulso vital, estoy tratando de dejar una marca de lo que he vivido, aunque no puedo describir a X, ahora no, no es el momento y no puedo elegir, en el fondo, no se puede elegir, las cosas, también, suceden. Aunque me prometí *decir toda la verdad y nada más que la verdad*, y que siempre les he reprochado a los escritores no hacer el esfuerzo de decirlo todo, con una cierta rabia, un cierto desazón, no abarco sino una parte de mí... Y de X. Hay una soledad inherente a la condición de extranjera en una tierra donde no se nació, una soledad del idioma y de los tonos de voz, una soledad factual, del cuerpo y del alma que solo se puede llenar con gestos de afecto, con presencias deseadas; sin eso, el secuestro es involuntario y toda persona exige libertad.

No he dicho casi nada sobre X, o nada, no dije que antes de que cortase el teléfono yo lo había hecho el destinatario de todas las injurias y protestas contra una condición de rehén, como si X tuviese la capacidad de convertirse en un satélite que vigila desde lo alto el bienestar de su hija preferida, Patricia De Souza. Pero, en el fondo, desearía que todas esas frases terminen por liberarme, que terminen de una vez por devolverme mi libertad, o que me crucifiquen, pero que esto se termine.

© Patricia de Souza

ENTREVISTA A MARCO TULLIO AGUILERA *

por Germán Martínez

PREGUNTA: Tu forma es controversial para mucha gente que te considera un tipo polémico, una persona que siempre está en el ojo del huracán. ¿Te sientes como tal?

RESPUESTA: Yo creo que sí, mi forma de ser, de aceptar las cosas con absoluta sinceridad y con seriedad, sin falsas diplomacias o hipocresías, es lo que ha motivado muchos problemas. Donde he estado mucha gente me critica por ignorancia, no confrontan mis actitudes públicas con mi forma de ser crítica con mi trabajo, entonces creo es parte de una forma de ser coherente y en la Universidad Veracruzana se me conoce por eso; algunos me respetan, otros no y para solventar lo que he acumulado a lo largo de los años está mi trabajo y las pruebas que remito a la gente que quiere descalificarme, ahí están los premios nacionales e internacionales que he obtenido durante los 20 años que he estado en Xalapa, no han pasado dos años sin que me otorguen uno, todo ello es resultado del trabajo y no de otras actitudes.

P: ¿Entonces consideras que te gusta trabajar con la verdad?

R: Es una actitud como cualquier otra, no es una pose, he criticado muchas cosas y ello me ha acarreado problemas y bloqueos en las editoriales, pero tengo la firme convicción de que quien miente en los actos de su vida no puede sentarse con honestidad a escribir, pierde la inocencia, la capacidad de sí, la verdad pierde el impulso de lo que Kant llamaba el mandato interior, lo que uno verdaderamente quiere ser y si uno se malea por política y comienza decir mentiras o medias verdades termina por ser un farsante.

P: Platícanos cómo eras de joven. En algunos artículos dicen que eras un junior con coches y toda la cosa.

R: No, no es cierto, es lo que los críticos dicen de lo que escriben algunos entrevistadores, esto lo dijo un profesor norteamericano que vino a hacer su año sabático a Xalapa a estudiar mi obra. La verdad, en mi infancia hubo cierta comodidad pero a partir de los 10 años de edad todo fue lucha, la familia que vivía en Bogotá se fue a Estados Unidos y tuve una serie de situaciones difíciles. Mi madre era un poco aventurera, viajó por carretera por la Unión Americana, México y Centroamérica, nos instalamos en Nicaragua y luego volvimos a Colombia con dificultades económicas.

»Llegué a México en 1978 con 50 dólares y se me perdieron, entonces puedo decir que llegué sin 5 centavos, arribé a Monterrey donde iba contratado por el Instituto Tecnológico, pero cuando me conocieron no coincidió la imagen que tenían de mí con la que les mostraba físicamente, en ese momento tenía pelo largo, botas de tacón muy alto y era una persona muy acelerada pues siempre he tenido una energía muy grande, entonces concluyeron que podría ser una persona difícil de tratar.

P: Pero era la época.

R: Sí, era la época de los 70 pero el Tec de Monterrey se caracterizó por ser demasiado formal, entonces pasé una época de miseria que está reflejada en una novela que se llama *Paraísos hostiles*, que recibió mención honorífica cuando participé en el Premio Nacional de Teatro, precisamente en el jurado estaba Sergio Galindo.

P: En tu época juvenil ¿ya hacías trabajo de escritor?

R: Escribí más o menos a partir de 1970 los recuerdos que viví en un pueblo de Costa Rica que se llama San Isidro el General, esto lo hice durante las clases de filosofía en la Universidad del Valle y la novela fue publicada como tres meses después de que la escribí, cuando no tenía 25 años; apareció en Buenos Aires con una publicidad muy grande en la que se decía que mi novela era mejor que *Cien*

* Página del escritor: <http://mistercolombias.blogspot.com/>

años de soledad y quien no estuviera de acuerdo que pasara a la Editorial la Flor de Buenos Aires para darles el importe del libro.

P: Tú mismo comentas que tu referencia era la famosa novela de García Márquez, *Cien años de soledad*.

R: Realmente sí fue muy importante la presencia de Gabriel García Márquez, escritor de prestigio mundial, conmigo pasó lo que sucede con los muchachos que ven que uno es boxeador y sale del pueblo y entonces uno también quiere ganar el campeonato mundial, entonces ese ejemplo me movió mucho, necesitaba una formación muy grande que estaba en relación con mi madre, quien es una gran lectora, leía muchas novelas francesas, ella era profesora de francés y siempre hubo libros en la casa, me pasé toda la infancia leyendo en la juventud, leyendo y haciendo deporte como dos formas de controlar la energía que tuve desde pequeño y que todavía tengo; así es que me van a encontrar los miércoles, viernes y sábados a las 8 de la mañana haciendo ejercicio, necesito gastar mi energía en hacer deporte y escribir, escribo muchísimo, por ejemplo, hacía un artículo semanal a lo largo de siete años en suplemento Sábado de *Unomásuno*.

»Tengo una serie larga de novelas de las cuales sólo está publicada la primera, *La noche de Ventura*; los libros que han salido muy bien son *Cuentos para antes de hacer el amor* y *Cuentos para después de hacer el amor*. Un día tuve una excelente sorpresa pues después de un par de años en que no me pagaban nada de pronto me llega un buen dinero y esto es como un poco el síntoma de que se están empezando a vender mis libros, es algo muy bueno, porque es el dinero más satisfactorio que pueda recibir un escritor, más que los premios que son sólo un azar, pero los lectores son el reconocimiento de lo que uno hace.

P: Hablando del deporte, también fuiste corredor de grandes distancias. ¿Igual que como corredor eres un escritor de carrera larga?

R: Sí, porque mientras que veo que muchos compañeros escritores de pronto flaquean porque no les publican un libro, yo sigo escribiendo y sigo trabajando aunque pasen cinco años sin que me publiquen una novela, hay un bloqueo porque he sido muy abierto y muy crítico en muchos aspectos porque las editoriales ya casi no publican libros de calidad literaria. Ahora, editoriales muy buenas y lujosas como Tusquets publica muchísima porquería porque hay corrupción dentro de ellas, porque los directores de las editoriales las destruyen al publicar subliteratura, pero eso sucede en esa y muchas otras.

«Tengo la firme convicción de que quien miente en los actos de su vida no puede sentarse con honestidad a escribir, pierde la inocencia, la capacidad de sí, la verdad pierde el impulso de lo que Kant llamaba el mandato interior, lo que uno verdaderamente quiere ser y si uno se marea por política y comienza decir mentiras o medias verdades termina por ser un farsante.»

P: Pero siempre ha pasado.

R: Sí, pero por falta de seriedad, una editorial debería de tener directores serios que no fueran escritores, que no fueran amafiados, mientras subsista eso la literatura va para abajo; pero el escritor no puede lamentarse, tiene que seguir adelante y si en este momento en México hay un vacío para publicar, hay que buscar hacerlo en otro país, por ejemplo, yo publico mis libros en España o en otros lugares, pero no estoy quieto. La vida me puede dar golpes pero no me puede noquear y lo mismo digo respecto a las críticas que se me hacen.

P: Eso demuestra que tienes seguridad sobre el trabajo que realizas.

R: A mí me han tildado de pornógrafo y otro tipo de acusaciones lo que podría de una forma muy sencilla si me dicen eso les respondo con un premio nacional de literatura infantil y después de eso con un premio internacional de ciencia ficción, soy una persona que escribe sobre las relaciones humanas con absoluta sinceridad y sin represiones provincianas.

P: Por lo que me ha tocado leer no siento que tu literatura fuera promiscua. Diría literatura filosófica, hasta eso se dan cuenta, incluso los asuntos de la relación erótica los abordo desde el punto de vista filosófico, no es una literatura escatológica.

R: A parte son inquietudes que pasamos todos por diferentes etapas de la vida y que enfrentamos de

una u otra forma. Lo que pasa que hay gente que obedece a consignas de defender una moralidad retrógrada y que ni siquiera es de ellos y no se trata sólo de destruir.

P: En ese caso es más fuerte Henry Miller o la intensidad de Lawrence Durrell.

R: Bueno Miller es bastante fuerte incluso despectivo con las mujeres.

P: Hay una lectura de la vida.

R: Claro, y una manera de ser, de afrontar temas directamente como muchos hombres lo hacen en la realidad. Mis novelas, que han sido acusadas de ser muy fuertes, particularmente se desarrollan en Xalapa, me han criticado unas personas, pero las que más han disfrutado la novela, y me lo han dicho, son las mujeres, porque no creían que un hombre dijera esas cosas que sólo en la intimidad se dicen y esto es resultado de mi forma de ser con ellas, siempre me les he acercado mucho y he hablado mucho, tengo una facilidad de sonsacarlas para que hablen de su vida, entran en confianza conmigo y me cuentan muchas cosas y yo utilizo todo lo que encuentro en mi vida para escribir.

P: Tienes una sensibilidad muy especial para hacer la crónica de la vida en Xalapa.

R: Eso es importante y es lo que no se ha tomado en cuenta, Xalapa no es simplemente una ciudad que se pueda catalogar como la Atenas Veracruzana; tiene vida nocturna, historias, personajes y necesita su novelista, su mitificación, no es una ciudad hasta que un novelista, narrador o cuentista la hace trascender como Dublín, Londres, Nueva York, Alejandría, las ciudades necesitan sus escritores y las personas se sienten ofendidas con ellos porque a veces tocan temas delicados, quizá nadie haya sido tan perseguido como Henry Miller o Lawrence Durrell, pero muchos años después estos escritores se transforman en símbolos y eso es lo que las mentes provincianas no entienden y tienen que cuidarlos; ahora está el otro aspecto que hay que reprochar; yo hablo de los hombres y mujeres de Xalapa y hablo mal de los mexicanos porque soy extranjero y entonces me descalifican de entrada, pero tengo 20 años en Xalapa, pero mis hijos son xalapeños y mi esposa mexicana, digamos soy más xalapeño que colombiano.

»El escritor escribe con el material que tiene en su vida, con sus recuerdos, pero no escribe sobre personas sino sobre personajes, funde una persona con otra y crea nuevos personajes, quien lee mis novelas y dice este personaje es tal persona, hace una tontería porque escribo para hacer literatura y no para hacer crónica, para que la gente se vea reflejada, pero no lo hago como chisme o como escándalo. Es más fácil escribir una novela si escribo de alguien y le pongo su nombre y no es mi intención, puede haber personas ofendidas por mis novelas y les pido disculpas, pero no se busquen en mis novelas porque lo que encontrarán es lo que tengo adentro.

P: Tus críticos han hecho un personaje de Marco Tulio Aguilera, tipificado así.

R: Y lo han caricaturizado.

P: ¿Te has sentido perseguido?

R: Definitivamente, y lo puedo decir ahora porque hace años estaba prohibido, fui perseguido por el director de un periódico local, buscó que me expulsaran recurriendo a las autoridades y tuve que pedir la ayuda de Gabriel García Márquez quien me apoyó para que no me fuera. Esta persecución ha estado viva durante 15 años y puedo decir que no fui el único, también lo fue Sergio Galindo por *La Comparsa*, Fernando Salmerón se fue también por ese ambiente de censura, Emmanuel Carballo vino a dar una conferencia y se fue de aquí porque lo convirtieron en demonio, Jorge Ruffinelli salió de Xalapa porque le hicieron su vida un infierno aquí, esos son algunos nombres que conozco que han soportado un ambiente de intolerancia motivado por un periodismo barato.

P: ¿Pero crees que está cambiando ese periodismo, esa crítica?

R: Poco a poco debe ir cambiando porque el problema del periodismo en Xalapa es que a los periodistas no tienen los salarios que merecen, no se paga la inteligencia de las personas que pueden tener un criterio o una opinión de peso, toda la gente de prensa está amarrada a alguna institución y teme opinar, por eso he sido una persona muy atacada, porque viniendo de otros países, atreviéndome a decir muchas cosas delicadas y escabrosas; he sido como un muñeco que le tiran tomatazos pero he logrado sobrevivir a eso gracias a mi trabajo en la Universidad que ha sido un trabajo digno como

director y fundador de la revista *La Ciencia y el Hombre*.

P: ¿Cómo llegas a la Universidad Veracruzana?

R: Llegué por un premio, en 1979, por *La Palabra y el Hombre*; uno se lo ganó Sergio Pitol y otro, yo. A mí me invitó Roberto Bravo Garzón, después tuve problemas con el trabajo que me ofrecieron, no me lo cumplieron y estuve en Xalapa un tiempo sin hacer nada. Después comencé a hacer programas en Radio UV durante algunos años, eran polémicos, fuertes, fueron censurados y se acabaron. Estos eran *Alquimia popular* que eran cuentos dramatizados, era la época de oro de la radio universitaria, se pagaba muy bien a los actores y hacíamos excelentes dramatizaciones de cuentos de José Revueltas y míos, que fueron el motivo de la censura.

P: Era una época libertina.

R: No, más bien era yo el libertino, pero Sergio Galindo me apoyó para entrar a trabajar en la Editorial de la UV y ahí he estado con el apoyo de Luis Arturo Ramos.

P: En ese momento te encomiendan *La Ciencia y el Hombre*.

R: La fundamos con el apoyo del rector Salvador Valencia Carmona, José Velasco Toro y Luis Arturo Ramos, el proyecto lo inventé a partir de estudios de otras revistas científicas y sobrevivió 10 años con buen nivel, con sus problemitas.

«El escritor escribe con el material que tiene en su vida, con sus recuerdos, pero no escribe sobre personas sino sobre personajes, funde una persona con otra y crea nuevos personajes, quien lee mis novelas y dice este personaje es tal persona, hace una tontería porque escribo para hacer literatura y no para hacer crónica, para que la gente se vea reflejada, pero no lo hago como chisme o como escándalo. Es más fácil escribir una novela si escribo de alguien y le pongo su nombre y no es mi intención, puede haber personas ofendidas por mis novelas y les pido disculpas, pero no se buscan en mis novelas porque lo que encontrarán es lo que tengo adentro.»

P: No te decían que ese no era tu campo.

R: Nadie cuestionó que estuviera en *La Ciencia y el Hombre* debido a que me limitaba a hacer mi trabajo como editor y era excesivo en mis pretensiones de que las cosas salieran a tiempo y relativamente bien, pero ya cerré mi etapa en esa revista, ahora me dedicaré a la literatura sin desvincularme de la investigación, voy a escribir sobre Xalapa, buscaré en las fuentes históricas y leeré todo lo que encuentre de esta ciudad y ponerme a escribir seriamente una gran novela, hay todos los medios, se pu-

diera decir que la mesa está servida para que venga un escritor a alimentarse de ella y hacer un buen producto, aquí están los libros, los conocedores de la historia los archivos. Pero estoy dando un giro a lo que escribo porque mi temática son las relaciones amorosas y eróticas.

P: Por eso te han etiquetado.

R: Pero como buen basquetbolista he tratado de hacer finta a esa caricatura demostrando que soy autor de literatura infantil, de ciencia ficción y ahorita regreso al teatro, estoy estudiando teatro, fui finalista de teatro en Latinoamérica de la revista *Plural* hace cinco años y ahora estudio por ejemplo a Humbolt y de sus viajes por el Orinoco y el Amazonas, de ello tengo mucha información debido a mi relación con los amigos colombianos exploradores, con las historias de Pedro Botero, el que trazó los mapas de la Amazonia colombiana y lo escrito por el padre Franciscano José Bonilla, alimento mi cuento y voy hacerlo crecer

P: Esto te revela como un escritor versátil.

R: La verdad es que no es difícil cuando uno tiene la costumbre de escribir y cambiar. Un tiempo me acusaron de ser un escritor machista en el suplemento *Sábado del Unomásuno*. Reaccioné a esa crítica y dije voy a escribir como mujer, el resultado es que escribo tres cuentos desde el punto de vista femenino naturalmente apoyándome en lo que me cuentan las mujeres, en vivencias de ellas. Soy una persona que aunque tengo bien acrisolado lo que quiero ser, sé que el mundo me puede

corregir el rumbo para que haga otras cosas, eso me gusta.

P: Tienes un gusto especial por el amor.

R: Sí, es grande, muy desarrollado, tengo un libro que se llama *Amor en Shakespeare* y lo publiqué en gran parte en el *Unomásuno* y sigo estudiando a Shakespeare, tengo la idea de estudiar todas sus obras y hacer un ensayo forma parte del proyecto vital de formación personal, es decir, no ganaré nada publicando un libro de Shakespeare pero para mí es muy satisfactorio todo lo que aprendo, mi forma de escribir se enriquece muchísimo, realmente Shakespeare es el escritor más grande que ha existido en el mundo, incluso en términos publicitarios, el escritor que más ha vendido después de La Biblia, puso a hablar a los campesinos como filósofos, en otro autor se vería como impostación, falso, pero en Shakespeare, no.

P: Siempre manejó las temáticas de poder y las relaciones humanas de una manera muy intensa y profunda.

R: Shakespeare es un escritor fuerte, sus obras son originales, estremecedoras, no sólo en cuanto a su violencia, ahí está por ejemplo *Romeo y Julieta* que se presenta como novela rosa pero tiene escenas eróticas fuertes que si se expone como debe ser, la censurarían muchísimo los periódicos locales.

P: Estos temas del amor los has ido desdoblado en muchas cosas sugerentes como *Cuentos para antes de hacer el amor* y *Cuentos para después de hacer el amor* aunque los personajes no tienen que ver con una relación erótica...

R: También hay que incluir otro libro, *Los grandes y los pequeños amores*, que ya se agotó y ganó el Premio Nacional de Cuento y *Mujeres amadas* que editó la Universidad Veracruzana y que tiene ya su 2ª edición, de las pocas que lo logran en la UV.

P: Algunos críticos te catalogan como de *postboom* latinoamericano.

R: Esa clasificación es comercial, más bien soy un escritor que podría tener lectura en cualquier parte del mundo, no necesito del apoyo de un sello, necesito moverme de Xalapa o hacer más relaciones públicas que no he hecho, pero agradezco vivir en la periferia de la cultura mexicana como vivir en la provincia, el que no esté sujeto a tantas tentaciones, en Xalapa he podido escribir muchísimo por estar lejos de las tentaciones, y aunque es notable que me gusta el éxito, la realidad me impone limitaciones en la provincia mexicana y las acepto, tomo lo que viene con gusto.

P: Bueno, cada quién tiene su ego.

R: Algunas personas piensan que lo tengo demasiado grande pero hay que ver los libros y no otras cosas.

P: Esos cuentos infantiles para tus hijos han de ser muy íntimos para ti, pero ¿por qué decides publicarlos?

R: Se publicaron porque ganaron el Premio Nacional de Literatura Infantil y son agradables para los niños, se ríen mucho, discuten, responden a los cuentos, ese libro lo publicó la SEC y la edición se repartió entre maestros, algunos dicen que es lo mejor que he escrito. Hay una segunda edición, en Alfaguara, México, y una tercera, en Alfaguara, Colombia.

P: Haciendo a un lado la crítica, ¿qué te ha dejado más satisfecho de lo que has escrito?

R: Encontrarme con lectores inesperados en el Palacio de Bellas Artes, después de una lectura llegó un hombre con una rosa y me dijo amorosamente: “Marco Tulio, siento que usted escribe lo que yo vivo, le regalo esta rosa y le pido favor que la mantenga viva, es símbolo de sus lectores”. Mi esposa estaba conmigo, es muy tierno el hecho de que un lector hombre fuera homosexual o heterosexual me entregara esa rosa porque es símbolo de lo que ha pasado muchas veces con lectores que encuentro inesperados, a veces se siente uno solo con lo que está escribiendo en medio del desierto, pero a veces se encuentra uno que dice “acabo de leer tu libro”.

»Recuerdo lo que me dijo un día una viejita en un grupo de muchachos: “Acabo de pasar la mejor noche de mi vida acostada contigo, tengo 65 años y eso me pasó leyendo tu libro *Breve historia de*

todas las cosas”.

»Ese es el sentimiento y eso es también lo que construyo aquí en Xalapa, como mi casa, construida con palabras, es la casa de los premios, donde posiblemente me haga viejo mirando las estrellas, a pesar de que hay quienes quieran que no me quede aquí pero por el momento estoy constituyendo mi patria, mi hogar, sólo salgo de viaje para regresar aquí.

P: Nadie es profeta en su tierra, pero de la tierra que elegiste parece que tampoco eres profeta.

R: En Colombia me quieren bastante, voy una o dos veces al año, doy talleres sobre cuento y novela en varias universidades, imparto conferencias sobre Shakespeare y otros autores, mis libros se venden bien y en México también me siento bien, aquí tengo raíces.

P: En la clasificación de la revista *Semana*, incluyeron como los mejores del siglo a *Cien años de soledad*, de García Márquez, *Año uno* de Álvaro Mutis y *Cuentos para después de hacer el amor...* Entonces en Colombia ¿se pueden marcar como estrellas literarias a Gabriel García Márquez, Álvaro Mutis y Marco Tulio Aguilera?

R: No, yo estoy bastante más debajo de ellos, distante sobre todo en cuanto a promoción y ello lo atribuyo a vivir lejos de los centros de poder editorial.

P: También haces filosofía.

R: Sí, fui estudiante de filosofía, me he metido poco y tengo algunos proyectos, he escrito con seudónimo *Eso que llaman amor, qué diablos, Los 10 mandamientos del amor* publicados bajo el seudónimo de Richard Rubinstein, es filosofía al alcance del pueblo, son libros divertidos donde pongo al alcance a Shakespeare, Platón, Sócrates, estimulo la lectura sacando fragmentos y comentándolos.

«Mi mayor felicidad es estar en la línea de salida de una carrera, pelear y competir, cuando mando a un concurso pongo a competir lo mío con los muchachos, viejos, jóvenes, argentinos, chilenos, es brutal, me aficioné, es un vicio y sigo adelante, incluso ya en una entrevista dije que no volvería a participar en ningún concurso; pero vuelvo a hacerlo.»

P: Tu vida parece inagotable: Monterrey, Estados Unidos, Canadá, México, Costa Rica, pero ahorita estás como en una etapa tranquila.

R: Sí, y muy contento, mi esposa empieza estudiar en la UV. Tengo el compromiso de sosegarme un poco y dedicarme al estudio, además tengo muchos proyectos en puerta, y muchas posibilidades, un viaje a Canadá, regreso a Colombia, Estados Unidos, quiero airearme y sentir que me aprecian en Xalapa, tengo la sensación de que me hacen el vacío, paso y hay un hueco, voy a otros lados y la gente me hace creer que soy importante, llego aquí y me alimento. No soy el personaje invisible, el ninguneado, el apestado, al contrario. Aquí, en México, si la editoriales no me publican de todos modos gano concursos y no hay forma de bloquearme porque escribo con seudónimos, brinco y termino por hacer mi voluntad aunque a la gente no le guste: tengo dos, digamos, virtudes: talento y energía; tengo también un gran defecto: la vanidad.

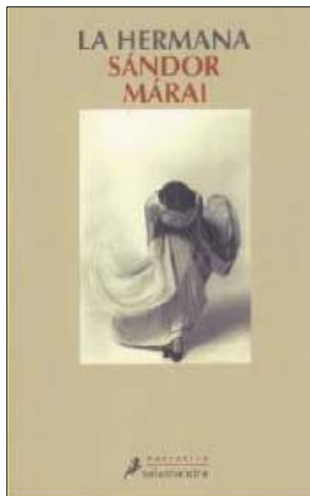
P: Ya es una afición tuya ganar concursos.

R: Si, es una afición adolescente que tiene que ver con mi carácter competitivo, he ganado 26 concursos.

P: Todo un récord.

R: No, hay más, mi mayor felicidad es estar en la línea de salida de una carrera, pelear y competir, cuando mando a un concurso pongo a competir lo mío con los muchachos, viejos, jóvenes, argentinos, chilenos, es brutal, me aficioné, es un vicio y sigo adelante, incluso ya en una entrevista dije que no volvería a participar en ningún concurso; pero vuelvo a hacerlo. Lo importante es que no escribo para los concursos sino para hacer mi gusto y cuando aparece una convocatoria, caigo, mando mis textos. Escribo para ser feliz y estar satisfecho.

© Germán Martínez
Agosto de 2000



LA HERMANA, de Sándor Márai

Editorial Salamandra
Colección Narrativa
Fecha de publicación: 2007
253 páginas
ISBN 978-84-9838-089-7
Traducción: **Mária Szijj y J.M. González Trebejo**

* * *

La hermana incómoda de Sándor Márai

Por una sugerencia urgente de Magda Díaz Morales, quien escribe uno de los mejores blogs literarios que me he topado (*Apostillas literarias*, <http://apostillasnotas.blogspot.com/>), salí a comprar *La hermana*, novela del húngaro Sándor Márai, escrita en 1946. Sólo sabía yo que la propuesta venía a raíz de alguna de mis reflexiones sobre música, aparecidas en mi propio blog.

Descubrí un libro inquietante, hasta angustiante, muy diferente de lo que acostumbramos leer en los países occidentales; un texto donde importa mucho menos la historia en sí que todo aquello que subyace en su fondo. Podría calificarse de novela filosófica, pero me inclino más por llamarlo un ensayo novelado donde hace crisis el sentido de la moralidad, del bien y del mal, aunque el autor jamás plantea el asunto en términos tan desnudos. De ahí proviene la angustia que padece el lector capaz de discernir sus paradojas, las cuales no son evidentes.

Un escritor húngaro, el primer protagonista de la novela –un narrador en primera persona–, tres años tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial decide pasar la Navidad en la sierra transilvana, en espera de atestiguar esplendorosos paisajes nevados. Nada por el estilo sucede por el pésimo clima que impera –pura lluvia aderezada con granizo–, pero en el hotel se encuentra con un viejo conocido de los salones cultos de Budapest, un pianista en el apogeo de sus habilidades y fama, llamado «Z.» en el libro. Aun siendo antiguos compañeros de salón (hay que entender que así se vivía la vida culta en aquella Europa), apenas intercambian las palabras corteses de rigor hasta que una pareja de amantes adúlteros se suicida, encerrados en su habitación. A raíz de este suceso crítico, una noche hablan de asuntos trascendentes, y Z. menciona, casi de paso, que ha escrito un texto autobiográfico, el cual tal vez pudiera apreciar el narrador, pero abandona el hotel sin entregar nada.

Meses después, este primer protagonista se entera de la muerte de Z. y recibe un paquete que contiene el manuscrito que el pianista le había prometido. Narra la historia de la enfermedad de Z. y de su recuperación en un hospital de Florencia. Así, el pianista célebre se convierte en el segundo narrador de *La hermana*, un texto enmarcado en el primero, los cuales parecen guardar una relación meramente incidental, pero en el fondo comparten el mismo quid: el sentido moral de la vida.

Si la primera parte del libro resulta punto menos que desesperante en su no pasa nada, qué aburrido resulta estar encerrado en un hotel rústico que por poco se convierte en una desolada arca de Noé, la segunda nos paga –con creces– nuestra paciencia. Es aquí donde la vida y la muerte se enfrentan en un mano a mano, pero como prestanombres para otros asuntos más oscuros, sobre todo para el amor en todas sus formas, lícitas e ilícitas.

En el fondo, *La hermana* de Sándor Márai, es una meditación sobre el bien y el mal, representados por la salud y la enfermedad, respectivamente. En la primera parte de la novela, mientras el protagonista escritor se desespera por el pésimo clima, debe enfrentar el dilema que plantea el suicidio de la pareja que todos habían supuesto un matrimonio.

Cuando se sabe que el hombre y la mujer no están casados y que se han escapado de sus matrimonios sancionados por la buena sociedad, se convierten en réprobos, dignos de desdén. Esta primera parte del libro termina poco después del doble suicidio. El único elemento que la conecta con lo que sigue es el manuscrito del pianista Z., el cual llega al escritor meses después de la muerte del músico. Pero se trata del corazón de la novela. En él se explora a fondo el problema planteado en la primera parte, sólo que encarnado en el pianista, en lugar de la pareja pecaminosa.

Aquí, Márai lleva su narración a otro nivel, y lo hace en dos planos. El primero es el de la música, que parece representar al arte en general, la belleza, todo lo que el hombre puede hacer para alzarse por encima del fango de la guerra, la maldad, el odio. El segundo es la enfermedad que Z. padece, cuyo nombre jamás se menciona. La enfermedad y la música aparecen casi simultáneamente. Antes de dar un concierto en Florencia, se siente indispuerto, pero se sobrepone y da un recital con obras de Chopin: su manera de protestar por la reciente invasión nazi de Polonia.

Hay una sección del libro¹ donde el autor congela el tiempo, el instante inmediatamente anterior al inicio de su recital, y se siente como si fuera el instante inmediatamente anterior al big bang, con el cual nació el universo. Lo que sigue nos mete en la cabeza del pianista de modo que podamos sentir, con toda su fuerza, el poder casi inimaginable de la música: «Ya no era yo quien tocaba: una fuerza llamada música tocaba conmigo, a través de mí, me utilizaba por última vez para expresarse y luego me desearía como un instrumento inútil y desgastado».

Enseguida dice que nada tiene que ver con la vida, «fenómeno sensual y carnal, apasionado y vulgar». He aquí la clave del dilema de Z. Está enamorado de una mujer casada. La ama –dice– pero no le ha hecho el amor; la cree –convenientemente, quizá– frígida y así se exculpa, pero los médicos florentinos lo convencen de que su amor por ella es su enfermedad. Tras meses de convalecencia, decide no reunirse con ella, y muere –de todas maneras– no mucho después; apenas le da tiempo de ver al escritor en Transilvania y anunciarle la existencia de su manuscrito.

¿La enfermedad fue amar a la mujer casada, amarla a medias, o reprimir el amor? Márai acertó al dejárnoslo de tarea.

© Sandro Cohen

<http://www.sandrocohen.blogspot.com>



LA CARGA DE LA BRIGADA LIGERA, de Gonzalo Calcedo Juanes

Editorial Menoscuarto
Colección Reloj de arena
Fecha de publicación: 2004
208 páginas
ISBN 84-933823-3-7

* * *

No debería ser así, pero este es mi primer acercamiento a un libro de cuentos de Gonzalo Calcedo. Escribo *no debería ser así* porque el autor palentino es propietario de una de las prosas más exquisitas que me he llevado estos últimos meses a los ojos.

Por lo que he leído y escuchado aquí y allá es habitual que la crítica *stricto sensu* entronque a Gonzalo Calcedo con la cuentística norteamericana, en la tradición de Carver, Ford y demás, lo cual, por otra parte, resulta bastante obvio.

Llegados a este punto algún lector avezado se preguntará: ¿Y cómo es posible que alguien con una prosa exquisita limite con Carver y Ford, cuyas armas tienen más que ver con la concisión y la exactitud que con la exquisitez? Para eso tengo mi particular respuesta: Es *posible*, como dije antes, pero el resultado es dispar. Mientras Carver y Ford practican el extrañamiento cotidiano, la rebelión de los objetos frente a la vulgaridad e insignificancia humanas, la más dura cosificación; Calcedo integra al ser humano en el paisaje de las cosas, el hombre es pues el eje central, digamos que está en un plano ligeramente superior, y los objetos son una prolongación de sus extremidades y un reflejo de sus pulsiones. Carver, por hacer un símil alcohólico, sería whisky bebido a morro, Ford, whisky con soda servido en vaso de tubo, y Calcedo, un cubata en vaso ancho, una bebida menos rabiosa, más sociable.

La carga de la brigada ligera es un libro irregular, como lo son la práctica totalidad de los libros de cuentos. Reunir una colección de cuentos magnífica puede llevar a un autor solvente una, si no va-

¹ Pp. 107-111, en la edición de Salamandra.

rias, vidas, así que por ahí poco se puede rascar. Pero, bendito pero, *La carga de la brigada ligera* esconde, como un tesoro, uno de los cuentos crepusculares, de título homónimo al del libro, más vitalistas que he leído en mi vida, uno de esos cuentos que le hacen a uno asomarse a la ventana en plena noche e inspirar profundamente el aire helado del exterior, un cuento revulsivo, rebelde y optimista, un último estertor de felicidad. Sólo por *La carga de la brigada ligera* merecería la pena leer este libro, pero ocurre que acompañan a éste otra serie de muy buenos (*Todas las Delphis del mundo*) y buenos relatos.

En particular, me quedo con los cuentos que afrontan la adolescencia y la decrepitud, quizá porque ahí aparece el Calcedo más intenso o porque como lector me resulta más fácil dejarme contagiar por las pasiones y las tundas que se han ido o están por llegar. Los otros, los que tienen por protagonistas a hombres y mujeres jóvenes o en tránsito hacia la madurez son más apacibles (*Sirenas*, *El villano de la historia* y *Un banco con sombra*), sin que deba entenderse este último comentario como peyorativo.

Gonzalo Calcedo es, en definitiva, un excelente artesano, un escritor noble, convincente, serio, honrado y capaz, esas son las constantes que se transparentan a lo largo de todo el libro; pero cuando se desata su genio puede llegar a ser sublime, y como lector, es preciso estar allí, ojo avizor, agazapado para cuando eso suceda. Porque sucede.

© Juan Carlos Márquez

<http://juancarlosmarquez.blogspot.com>



PROSA TEMPRANA Y OBRAS PÓSTUMAS PUBLICADAS EN VIDA, de Robert Musil

Sexto piso editorial
Colección Narrativa
Fecha Publicación: 2007
600 páginas
ISBN: 978-84-968670-0-0
Traducción: **Claudia Cabrera**

* * *

Resultaría inimaginable pensar que la Viena de principios del siglo XX, tan prolífica en genios como Freud, Wittgenstein o Klimt, no hubiese aportado nada al mundo de la literatura. La desaparición del Imperio

Austro-Húngaro produjo una explosión creativa sin igual que incluyó a escritores como Robert Musil (Klagenfurt, 1880 - Ginebra, 1942) o Hermann Broch (Viena, 1886 – New Haven, 1951). La editorial Sexto Piso ha recopilado en cuatro volúmenes las obras que publicó en vida el autor de la inconclusa *El hombre sin atributos*.

El primer volumen incluye *Las tribulaciones del estudiante Törless*. Publicada en 1906, está inspirada en las experiencias personales del propio escritor en la academia militar donde se formó. Sadismo y homosexualidad la convirtieron en un escándalo y un éxito editorial. Al igual que Freud, Musil es tremendamente pesimista respecto al ser humano. En el abismo del inconsciente conviven, trágicamente, las pulsiones de vida y las de muerte. *Törless* es una aproximación sin concesiones al problema del mal y sus relaciones con la sexualidad y el fascismo.

En 1911 publicó dos relatos, *La consumación del amor* y *La tentación de la serena Veronika*, bajo el título *Uniones*. Ambos constituyen el segundo volumen.

La historia que cuenta *La consumación del amor* es sencilla: una mujer casada, Claudine, hace un viaje en tren para visitar a su hija en el internado. Durante el viaje conoce a un hombre, el «consejero ministerial». Atrapados por una tormenta de nieve, tienen finalmente una aventura en el hotel. La historia no parece dar para mucho y, sin embargo, le sirve a Musil para desarrollar una compleja teoría sobre la naturaleza del amor, el yo y la libertad. En esta obra pueden advertirse plenamente las virtudes que han convertido a Musil en un clásico de la literatura. Fuertemente influido por su vocación científica, hace una descripción exhaustiva del alma de la protagonista, cartografía con exactitud milimétrica los vaivenes de su pasión. La prosa de Musil convierte en transparentes a sus personajes

y, a través de ellos, hace una reflexión viva, en movimiento, acerca del fondo oscuro que hay en todo ser humano.

Musil demuestra que el matrimonio burgués es la negación del amor porque es la negación de la libertad, la auto-imposición de una identidad, la conversión de un episodio accidental –el enamoramiento– en necesidad o destino, la renuncia a abrirle más posibilidades al mundo. El amor verdadero se manifiesta en el vértigo, en la explosión de lo inadecuado (el gusto por el dolor, el placer en la sumisión o la indefensión, el éxtasis olfativo), la disolución del yo en la pasión visceral, en lo *dionisiaco*. El discurso narrativo de Musil es un buen ejemplo de cómo dar vida al pensamiento de Nietzsche.

Creo que puede interpretarse de dos modos el final del relato. El ortodoxo, según el cual Claudine, la protagonista, aprende a valorar su matrimonio tras el capricho intrascendente de su aventura. Esta sería una interpretación inspirada en una simplificación del Tao o de Heráclito: para conocer el valor de la salud hay que probar la enfermedad. El heterodoxo, más de mi gusto aunque algo forzado, sugiere que Claudine, en su adulterio, entrega su amor al amor mismo. Abandonarse al placer implica el desvanecimiento de la identidad propia, estar ahí «para uno», pero sabiendo que hubiese valido cualquiera. Desaparecer, «como una melodía en el aire». Lo que verdaderamente deseamos no es, a fin de cuentas, el objeto individual de nuestros afanes, sino que deseamos el deseo mismo, sentir el latido originario que nos liga a la vida. Si fuese este el significado del pasaje «poder estar ahí para todos y, no obstante, ser sólo para uno», estaríamos hablando de la reencarnación de una de aquellas *bacantes* tan añorada por Nietzsche-Dioniso.

La historia de *La tentación de la serena Veronika* también puede condensarse en una línea. Érase una vez un triángulo amoroso: Veronika, su pareja Demeter y su amante Johannes. En este caso Musil abandona la idea de utilizar el lenguaje como un instrumento de precisión para reflejar la realidad psicológica de la protagonista. Veronika está demasiado cerca del abismo de la locura y, por ello, la forma del relato imita el caos mental del personaje. Una extraña conversación entre Johannes y Veronika es el hilo conductor. A esta se van sumando recuerdos e impresiones propias de alguien muy próximo a un estado alterado de conciencia. Resumiendo, Verónica, un espíritu *dionisiaco*, no está satisfecha ni con el amor de su marido ni con el de su amante. Ambas son para ella pasiones completamente insuficientes. A Demeter lo eligió por miedo a quedarse soltera pero le hubiese valido cualquier otro. A Johannes lo desprecia porque no es capaz de renunciar a todo, incluida la propia vida, por ella. Verónica está convencida de que en el amor debe disolverse el yo para que sobreviva sólo el deseo. Y es evidente que esta fe ronda peligrosamente el territorio de la locura.

En 1924 Musil publicó la colección de novelas cortas que componen el tercer volumen, *Tres mujeres: Grigia, La portuguesa y Tonka*. El denominador común de las tres historias es una visión tremendamente pesimista de la Naturaleza, muy afín a *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer. Sus leyes son crueles e implacables. Nada importan los individuos, sólo la supervivencia de la especie. Nada humano, valores o sentimientos, hay en ella. Ante la Naturaleza el hombre es enfrentado a su fragilidad, al dolor, a la muerte y a la ausencia de sentido.

En *Grigia* la víctima de la Naturaleza es un ingeniero enviado a un territorio semisalvaje donde las obras planeadas terminarán resultando un fracaso. Además, inicia una relación estrictamente sexual con Grigia, una mujer que para sobrevivir se ha desembarazado de los escrúpulos y prejuicios burgueses. Sorprendidos finalmente por el marido, será el ingeniero el que se lleve la peor parte.

Tonka es especialmente interesante al respecto pues muestra la ferocidad de la Naturaleza cuando, por medio del embarazo, hace presa en las mujeres. Como dice Ray Loriga, «sólo los hombres abandonan sus cuerpos al morir, mientras que las mujeres permanecen cosidas a los suyos como barcos hundidos en el fondo de un río.»

La víctima de la Naturaleza en el relato *La portuguesa* es una hermosa dama casada con un brutal guerrero cuyos instintos a flor de piel la seducen y la atraen de tal modo que llega a tomar a un lobo como animal de compañía. Sin embargo, tras una victoriosa batalla, el marido enferma y pierde su energía y virilidad. Sus grandes pasiones se transforman en afectos mezquinos como los celos o la envidia. La Naturaleza, en definitiva, no tiene piedad ni siquiera con los que han sido sus protegidos.

El cuarto volumen incluye las *Obras póstumas publicadas en vida*. Musil sospecha que las obras póstumas se parecen demasiado a una «liquidación por cierre de librería» por lo que prefiere publicarla en vida. Estas *obras póstumas* se componen de cuatro capítulos: *Imágenes, Consideraciones desagradables, Historias que no son tales y El mirlo*.

Imágenes son breves artículos de temas diversos. Algunos de ellos sirven a Musil para poner de manifiesto la crueldad y brutalidad de la Naturaleza con los débiles. En el primer artículo, *El papel mata-*

moscas, Musil describe la agonía de una mosca atrapada en esa pegajosa trampa. El resultado de esta trivialidad es aterrador gracias a la capacidad del autor para humanizar el sufrimiento del insecto. El mismo mensaje es el que se transmite en *Pescadores en el Mar Báltico*, donde las víctimas son lombrices atravesadas por anzuelos. Otros artículos son prueba del elegante sentido del humor del autor vienés. *¿Puede reírse un caballo?*, *Las ovejas vistas de otro modo* o *Muchachas y héroes* son un buen ejemplo de ello. En cualquier caso, el mérito principal de Musil es su agudísima capacidad de observación capaz de aplicarse tanto a los más graves temas metafísicos como al detalle más ínfimo de nuestro entorno.

Las *Consideraciones desagradables* tienen como temática principal la crítica al mundo tecnológico de masas en el que actualmente vivimos y que Musil sólo alcanzó a vislumbrar. Sus desastres son variados, pero Musil destaca la divinización de la publicidad, la homogeneización del arte, el turismo, la proliferación de publicaciones unida a la ausencia de verdaderos poetas...

Historias que no son tales reúne breves relatos con moraleja final. Entre ellas destaca *Un hombre sin carácter*, que parece la semilla de su gran obra póstuma, *El hombre sin atributos*. Musil muestra cómo una de las salidas más fáciles para el nihilismo es la renuncia a la libertad, la disciplina, el fascismo.

Finalmente, el enigmático relato *El mirlo*, que contiene tres historias diferentes unidas por su canto.

© Eugenio Sánchez Bravo
<http://www.auladefilosofia.com>



NUNCA LLUEVE SOBRE EL SÁHARA, de Pedro M. Martínez Corada

Editorial Mandala & LápizCero
Fecha de publicación: 2008
144 páginas
ISBN 978-84-935712-8-3

* * *

Es extraño que el primer libro en solitario de un autor resulte más bien una antología, una mezcla de estilos pasados y presentes, con apuntes de futuro. En *Nunca llueve sobre el Sáhara*, Pedro Martínez no muestra las manos titubeantes propias de un escritor novel. Precisamente, porque no es un escritor novel.

Aunque su dedicación a la escritura fuera tardía, hablamos de un hombre que leyó de joven todo lo que había que leer y que ya lleva años y años publicando en prestigiosas revistas de Internet de todo el mundo. El libro se podría resumir perfectamente en una frase de su relato *A un dios suicida*: «(...) La sangre, el semen, la saliva, el orín, son el verdadero espejo del alma».

Nunca llueve sobre el Sáhara está lleno de sangre, semen, saliva y orín. No al estilo Bukovsky o Burroughs, desde luego. Pero sus personajes se arrastran por las simas de las montañas, por los riscos, por las tragedias, por las calles de un Madrid de postguerra que huele a lentejas y entresijos. A verbena. Sus personajes están solos, con su alma y su cuerpo y su dolor. Es un libro lleno de dolor y nostalgia. De tristeza. Y es que la literatura no tiene por qué ser triste necesariamente, pero casi siempre el que escribe es un nostálgico, y con la nostalgia hay que tener un cuidado increíble. Escribir, a menudo, es volver a vivir aquello que nos hizo felices, o infelices, aquello que nos hizo sentir algo, en cualquier caso. Recordar los sentimientos y ponerlos sobre el papel no es fácil. Es doloroso, aunque catártico: uno deja de ser su propio cementerio y encuentra una tumba más accesible. Una urna donde esparcir las cenizas y guardarlas en la estantería.

En este libro de Pedro Martínez tenemos de todo, porque Pedro se atreve con todos los géneros. Tenemos costumbrismo, por supuesto. Costumbrismo madrileño. Pedro se maneja con maestría en el costumbrismo pícaro madrileño. Pero no sólo eso: tenemos recuerdos de la Guerra Civil, fábulas de la Asturias profunda, personajes solitarios y enloquecidos, inmigrantes que cogen el tren equivocado... Música de Triana que acompaña un viaje a Alemania rodeado de *españoles*.

Es un libro que va de menos a más, en mi opinión. Un libro que empieza con un niño en los años '40

y que acaba con un abuelo moribundo en la era de Internet. Un libro que gana en soltura en los últimos relatos, como si Pedro hubiera decidido olvidarse un poco del estilo y se hubiera dejado llevar. El lector no puede sino emocionarse con sus triángulos amorosos, su reflejo de la injusticia, la entrañable pareja de viejos que anuncia una nostalgia futura –esto sí que es increíble– de *Jugando con Alicia...* probablemente uno de los tres mejores cuentos de la colección junto a *Todos eran iguales, menos uno* y *Disparos en un parquin*.

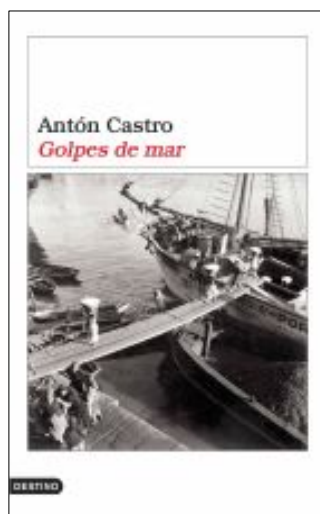
Pareciera que las teclas se sueltan y las ideas se confunden libremente, con personajes psicópatas, agresivos, situaciones improbables... Una ruptura, una evolución con respecto a la distancia y la sobriedad de estilo que destaca en los primeros relatos.

Por supuesto, hay compromiso social y político. Sería absurdo que un libro de Pedro, que ha dedicado su vida al compromiso social y político, no recordara ciertas realidades históricas. Guardias civiles y retratos de Franco. Maquis que vuelven a España con chocolate inglés en la maleta. Estrapelistas, bingueros... una serie de perdedores cuyo único delito fue nacer en el momento equivocado, en el país equivocado.

Pero Pedro no es un moralista. Pedro dibuja esa realidad a retazos, de manera que la tristeza, la injusticia, el dolor... están ahí, pero no obliga al lector a bebérselos como aceite de ricino para purgar sus culpas. No, simplemente, lo pone ante sus ojos, para el que lo reconozca.

Nunca llueve sobre el Sáhara es la primera obra de un autor consolidado. Sé que parece una contradicción, pero no lo es. En sus 144 páginas, Pedro Martínez nos regala partes del escritor que ha sido y sobre todo nos anuncia el que va a ser. Conviene prestar mucha atención, no vayamos a perderselo algo.

© Guillermo Ortiz López



GOLPES DE MAR, de Antón Castro

Editorial Destino
Colección Áncora y Delfín
Fecha de publicación: 2007
256 páginas
ISBN 978-84-233-3881-8

* * *

El mito es la historia del hombre, cada símbolo que lo puebla refleja esas fuerzas cósmicas que entretejen una visión particular. A partir del mito surgen toda una serie de relatos sobre dioses y héroes legendarios, invocación de musas, princesas, reyes, encantamientos, alegorías, fabulaciones, sirenas que atraen con su canto llevando a la perdición a los marinos, tradiciones fantásticas que explican un mundo muchas veces mágico, como los mundos dentro del mundo narrativo de *Golpes de mar*, de Antón Castro (Arteixo, A Coruña, 1959). Estos mundos los vemos desplegarse entre Baladouro, la Costa de la Muerte [zona en la que existen «varias leyendas sobre ciudades sumergidas, como la ciudad de Duio (Fisterra); la de Gomorra, en la ría de Corcubión, que desapareció mientras sus habitantes disfrutaban de una gran comilona; la de Vilaverde, frente a la playa del mismo nombre en Moraima (Muxía); la de A Fonte de Ricamonde (Carnota), donde se dice que se esconde una ciudad romana o la de Valverde, en la Laguna de Traba (Laxe)»] y, principalmente, en el hermoso puerto pesquero de Caión, provincia de A Coruña en Galicia.

A este mar, a estas calles de casitas blancas y tejas húmedas, llega un día Alba, la protagonista de «Destino de Lamia», el primer cuento del libro, una profesora en plena crisis de desamor por el rompimiento con su pareja, Artur. Un buen amigo le sugiere que ir a Caión no sólo le traerá reposo, también su «pasado fascinante sellado con la leyenda de los balleneros, sería el tema ideal para la tesis doctoral, literaria y antropológica, que soñaba realizar algún día». Igual que Caión es un hilo narrativo en los cuentos lo es el viejo Buxán, el farero. Uno y otro se toman de la mano para saltar de historia en historia hasta que a nosotros, los lectores, nos hacen cómplices de sus vidas, de sus tristezas, sus alegrías, sus amores, sus enigmas y sus muertes.

Alba va en busca de Buxán quien le muestra el pueblo, «la iglesia tantas veces asaltada por los

piratas ingleses, las fábricas donde antaño se partía la carne de ballena», hablan sobre los misterios del lugar. Ese mismo día Alba Fontán inicia un Diario de trabajo donde va anotando lo que ve, recuerda, vive y escucha, como esa leyenda de Lamia que le cuentan en la cofradía entre Buxán, Outono y Adrián Seoane, un joven marino contrabandista: la historia relata que existe una mujer hermosa vestida de blanco que maneja una barca. «Se les aparece a los marinos, les habla de amor y les promete dulces e inusitados placeres en las cámaras de la hermosa fortaleza sumergida en la que reside. Los marinos se dejan convencer por esta figura de hembra imponente; suben a la barca y los conduce por rumbos desconocidos, por brumosos senderos sin retorno». Sin embargo, la realidad es otra: Lamia los sube a su barca, les chupa la sangre y los arroja al fondo del mar «en medio de un estruendo de malvadas carcajadas que salen de su boca», todo esto después de hacerlos trabajar sin descanso día y noche.

Pasan los días y Alba no puede olvidar a Artur. Una noche, «como aparición mágica y benefactora que acude a socorrerla», llega a su casa Adrián Seoane para contarle una historia de la que está seguro le interesará para su trabajo de tesis. La relación entre ellos se intensifica «noche a noche, diálogo a diálogo, cuento tras cuento» y, un amanecer, «Alba apareció desnuda en sus brazos oliendo a mar y a lancha sin recordar los actos previos que los habían conducido al cuarto en penumbra, al lecho, al nervioso amor de los cuerpos que por primera vez se entregan». Pero resulta que Adrián empieza a visitarla esporádicamente, «sólo cuando él lo decidía». Para Alba esto provoca problemas, culpas, justificaciones, rabia. Buxán le aconseja que vuelva a la escritura diaria, que olvide todo esto y dirija sus pasos al mar, «único ser al que perteneces». Le sugiere que olvide a Adrián Seoane porque es un hombre que «picotea aquí y allá para presumir con orgullo de amores (...) Recuerda lo bonito de la vida, que siempre es fugaz como el placer del cuerpo. No te arrepientas de haber disfrutado».

Alba vuelve al mar de Caión, a los trabajos para su tesis repasando lo escrito, los archivos de su portátil. Lo que más llamaba su atención era la historia de Lamia, sentía el deseo de ser ella. Exigía venganza, justicia, Adrián y Artur conformaban uno solo en esos momentos. Un día antes de dejar Caión para regresar a su ciudad:

Entra Adrián, entra, dijo Alba, vestida con un largo camisón oriental, rojo y con flores, que Adrián reconoce. Lo ha visto en otro cuerpo (...) Alba lo invitó a tenderse sobre el lecho mientras se desvestía sin pudor y se acariciaba los senos (duros, redondos y más alzados que nunca), que exitaban al marino. Alba se erigió en la bailarina mortal de la historia que le narró Adrián, se encarnaba en la hermosa y malvada Lamia que necesitaba una víctima de su sinrazón (...) Se abrió una puerta y apareció Sabela [otra mujer del marino] con un fino tul transparente, que Adrián también había visto en otro cuerpo (...) Adrián, desolado, apenas alcanzó a oír las carcajadas, el portazo, el viento embravecido allá afuera...

A los pocos días de este suceso, el viejo Buxán, el farero, leyó las últimas notas que escribiera Alba Fontán, desaparecida, en su Diario. Mira la pantalla encendida de la portátil y se detiene ante una carpeta titulada: «Golpes de mar». Alba ha escrito en esta carpeta todas las historias que le contaron, las que ella misma pudo observar, y otras que transformó y reelaboró. Hurgar en esta carpeta nos es permitido como lectores y, de esta forma, adentrarnos en estos «Golpes de mar». Vayamos pues.

Desde la perspectiva de la semiótica narrativa el narrador es un sujeto cognitivo, un sujeto que conoce, que se sabe la historia relatada. Este narrador hará saber al narratario la historia que sabe, el narratario la ignora (no es el lector, es un correlato del narrador en la narración, es el sujeto al cual el narrador le cuenta la historia. También es un sujeto cognitivo, a veces es implícito y otras explícito). El narrador, pues, también es un informador que hace saber lo que él desea hacer saber sobre el espacio y el tiempo de la historia, sobre lo que los personajes saben y creen de sí mismos, de los otros, del entorno en que se encuentran, de lo que hacen o les sucede, de lo que sienten, de lo que valoran. En *Golpes de mar* existe la utilización de varios narradores, la existencia de varias voces que hablan simultáneamente, y donde no hay ninguna que sea preponderante y que juzgue a las demás, lo que Bajtin llama *polifonía*.

Por ejemplo, en «El paseo de la viuda» es el hijo de Graciela Gestal, Leonardo Gestal, quién nos cuenta su propia vida, su forma de sentirla y pensarla. Inicia su relato recordando que, años atrás, todas las tardes su madre realizaba el paseo de la viuda por la playa, esperando que el mar trajera alguna noticia de su esposo, Delfín Gobantes, cuyo cuerpo había sido el único que jamás apareció cuando la embarcación Maliaxe zozobró ante las costas de Malpica y las islas Sisargas. Ese día, «Caión vivió entre lágrimas continuas». Pasaba el tiempo y no sucedía novedad alguna, del esposo de Graciela no se sabía nada. Una mañana, Buxán, el viejo farero, le dice: «¿Has pensado que a lo

mejor tu marido no iba a bordo?». Después de meditar, Graciela toma la decisión de salir de Caión e irse a trabajar a Aragón con un párroco que solicitaba una casera, Leonardo Berdún. Pero como dice el refrán, el hombre es fuego y la mujer estopa... Leonardo y Graciela se amaron ciegamente: «Aunque te parezca raro, le dice el sacerdote a su amada, sólo me siento cerca de Dios durante el amor, en ese instante me reconozco más sacerdote que nunca. No puedo entender por qué se nos prohíbe esta alegría». En lo que sucede después interviene Buxán, el viejo farero, el suceso se cierra con una conversación adonde el amor lo dirige todo. Leonardo va a buscar a su madre al puerto donde ésta ordenaba el congrio seco: «La cogí del brazo y la traje a casa. Cerramos la puerta y los dos nos quedamos a solas (...) –Podrás resistirlo. Yo también soy hija de cura. Y lo sé desde mucho antes que tú: desde que era niña».

En «Memoria de Elba» el que narra también es el hijo de Elba, una mujer que ama con tal pasión que es capaz de embarazarse a través del tiempo y el espacio, con la presencia ausente de su amante esposo. Un erotismo mágico se hace presente, la voluptuosidad de la protagonista, su deseo, su sensualidad vinculada al mar que le ha arrebatado a su amor, un amor que la inmortaliza...

«Vida infame de Tristán Fortesende» y «El jardín después de la lluvia» son excelentes relatos, los que en lo personal más me gustaron. En «Vida infame de Tristán Fortesende» nos adentramos en la vida de una pareja. Él, un hombre solitario, rudo, que espera que el viento del mar fecunde a sus yeguas, un hombre que para hacer el amor necesita abalanzarse y rasgarle el vestido a su amada: «Cada acto amoroso era un rito, una destrucción, una suerte de violación consentida». Cuando parece que la felicidad abraza a la pareja algo muy duro sucede que trastorna sus vidas...

El amor de Clara y Alexandre, los hermanos incestuosos de «El jardín después de la lluvia», es un poema. No importa la muerte si se ha conocido en vida, aunque sea por unos instantes, la plenitud del verdadero sentimiento amoroso. En este espléndido relato, el mar abre sus brazos para acoger para siempre lo que la realidad no quiso o no pudo conseguir.

Cada cuento que compone *Golpes de mar* es una apuesta a la sensibilidad adonde la melancolía, la añoranza, los amores a veces no correspondidos, los marineros errantes, las mujeres que esperan, el mar capaz de sepultar ciudades pero también capaz de cumplir sueños, ese mar que no distingue a reyes, pastores, marinos, enamorados, hombres o mujeres, y que nada ni nadie lo persuade si decide prodigar sus golpes, esos golpes de mar inolvidables.

© Magda Díaz y Morales

<http://apostillasnotas.blogspot.com>



ESPEJO ROTO, de Mercé Rodoreda

Editorial Seix Barral
Colección Biblioteca Breve
Fecha de publicación: 1974
413 páginas
ISBN 84-322-1137-0

* * *

Espejo roto es la historia del devenir de una familia de principios del siglo XX hasta los años inmediatamente posteriores a la guerra civil. Es el retrato del ascenso social gracias a la belleza, una de las pocas vías que tienen los pobres para escapar de su destino.

La novela se nos cuenta desde las miradas de todos los que en un momento dado se convierten en protagonistas, aunque el verdadero sea el tiempo y sus efectos sobre todo lo que vive y cómo se vive.

¿Por qué tenían que quererse tanto y por qué habían tenido que perderse el uno para el otro y por qué habían tenido que pasar los años y todo había tomado un color de vida falsa, como de una vida que ella no hubiese vivido? (197)

La autora cuenta que la elaboración de esta obra fue intermitente mientras escribía otras cosas. Fue escribiendo capítulos sueltos que le iban inspirando otras novelas, pero se le resistía. El hallazgo del título fue determinante para dar el empujón definitivo. Por ello este párrafo es

especialmente significativo, y condensa la idea que preside toda la obra.

El espejo se había roto. Los pedazos seguían dentro del marco, pero algunos habían caído fuera. Los iba recogiendo y colocando en los huecos donde le parecía que encajaban. Los fragmentos de espejo desnivelados, ¿reflejaban las cosas tal como eran? Y de pronto en cada fragmento de espejo vio años de su vida vivida en aquella casa. Fascinada, encogida en el suelo, no lo entendía. Todo pasaba, se detenía, desaparecía. Su mundo tomaba vida allí dentro con todos sus colores, con toda su fuerza. La casa, el parque, las salas, la gente; en la juventud, en la madurez, de cuerpo presente, la llama de los cirios, los niños. Los vestidos, los escotes, las cabezas que sobre ellos reían o demostraban tristeza, los cuellos almidonados, las corbatas con nudos perfectos, los zapatos recién lustrados caminando sobre alfombras o por la arena del jardín. Una orgía de tiempo pasado, lejos, lejos... qué lejos estaba todo... (353)

Y el resultado es magnífico. Una novela donde la vida en sus distintas formas bulle de alegría y esplendor como en los bailes de sociedad o en los juegos de agua de las sirvientas en el estío; en las pasiones y en los juegos infantiles, en el dolor de la pérdida y en la nostalgia de los tiempos felices. Todo ello expuesto con el estilo preciso y tranquilo de la prosa de Rodoreda, que crea el clima tan especial que destila la novela en la delgada línea que separa lo objetivo de lo conmovedor.

En *Espejo roto* asistimos al ascenso y declive de Teresa Goday y de toda su familia a través de cada parte reflejada en el espejo de la vida. Y la vida también se rompe en pedacitos.

El resto de los personajes van prestando su voz a la novela por turnos, todos cuentan su historia, su pedazo del espejo. La casa, la fastuosa casa donde viven, y el inquietante jardín son unos personajes más; no son acogedores a pesar de su elegancia y frondosidad. El jardín guarda secretos y la casa con sus estancias privadas parecen el reflejo de la propia alma de Teresa que va dejando cadáveres por el camino.

La vida real parece que sólo puede existir fuera de ese recinto: los bailes, el Liceo, las amantes, el notario, la vida de los sirvientes. Y la felicidad sólo sucede como un recuerdo del pasado.

Todo se hace presente en los últimos momentos de un día de lluvia, porque sí; la felicidad perdida (...) Y él seguía allí, sumergido en un mundo inexistente. (pág. 213)

No hay finales felices, el tiempo sigue su curso estemos o no presentes, no le importa nuestra tristeza. No hay familias felices, no lo son las ricas ni las sin recursos, la felicidad apenas se posa se vuelve esquiva, la aleja el tiempo y los secretos, *los secretos de una familia son sagrados.* (168)

Espejo roto, *Mirall trencat* en catalán, es una mirada que el tiempo se encarga de truncar. Y él no tiene prisa.

Al fin y al cabo, cuando te das cuenta de que estás a punto de morir, ya es como si hubieses muerto (350)

© C. Martín

<http://veleidadesvitales.blogspot.com>



LOS LOBOS DE LA LUNA, de Frank Quasar

Editorial Visión Net
Fecha de publicación: 2007
288 páginas
ISBN 978-84-9821-715-5

* * *

Los lobos de la Luna parte de los esquemas de la novela policiaca clásica, pero se niega sistemáticamente a permanecer dentro de ellos cayendo con frecuencia en los cauces del relato de terror, acción o suspense.

Ambientada en una ciudad imaginaria y un espacio temporal inespecificado, sus constantes referencias a objetos de alta tecnología parecen remitirnos a un futuro más o menos cercano tan amenazador como extrañamente familiar. La histo-

ria, plagada de intriga y giros argumentales, engancha desde el principio haciendo olvidar los fallos de estilo de su autor, que consigue mantener la emoción hasta el último instante sorprendiendo al lector con un desenlace brutal e impactante.

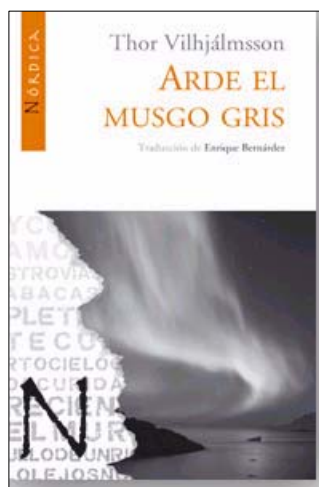
La trama arranca con el hallazgo del cadáver de una joven en un viejo vertedero abandonado. La inmediata aparición en escena de dos detectives de caracteres antagónicos hace que el relato tome al principio la apariencia de una historia policiaca convencional donde la investigación forense y las deducciones serán el plato fuerte de la progresión narrativa. Pero nada más lejos de la realidad. De inmediato salta ante nuestros ojos Rita Carrera, la verdadera protagonista de la novela y sin duda el mejor logro de la misma, una guapa y entrometida periodista que a partir de ese momento monopolizará los momentos más brillantes de la oscura intriga urdida por Frank Quasar.

Fieras asesinas, personajes extraños y fascinantes, un ambiente vagamente futurista, crímenes brutales, carreras, persecuciones, violentos pandilleros fascinados por la luna llena... *Los lobos de la Luna* es una historia compleja con un final a contracorriente escasamente complaciente con los lectores. Frank Quasar ha escrito una novela que se lee de un tirón, donde nada es lo que parece y cada personaje se mueve por razones oscuras y complejas, con un estilo directo y contundente, desprovisto de adornos literarios, que pone el énfasis en la historia y los diálogos limitando la descriptiva a lo realmente imprescindible.

«Yo quería escribir una novela de terror, una revisitación del mito del hombre-lobo en clave high-tech, pero las historias se escriben solas y lo que me ha salido es un relato policiaco lleno de intriga y acción, con unas gotas de romance y más suspense que terror... o eso creo. Si alguien se ve capaz de clasificarlo dentro de un solo género, acepto sugerencias.»

© Hari Seldon

<http://www.portal-cifi.com>



ARDE EL MUSGO GRIS, de Thor Vilhjálmsón

Nórdica Libros
Colección Letras Nórdicas
Fecha Publicación: 2007
350 páginas
ISBN: 978-84-935578-3-6
Traducción: **Enrique Bernárdez**

* * *

*Sabía que su terreno se hallaba en los vastos
espacios circundados de montañas,
en la sala de las estrellas,
o junto al juego de las auroras boreales
en la bóveda celeste,
en los veranos sin noche,
en las últimas fronteras del mundo;
pero...*

Thor Vilhjálmsón
(pag. 20 *Arde el musgo gris*)

Thor Vilhjálmsón; un hombre y un nombre para recordar

La gran desconocida en el mundo literario dentro de la propia Europa es la literatura escandinava o nórdica. Pocas novelas se traducen de esa región.

Los autores más conocidos o famosos son de otra época, como: el danés Hans Christian Andersen del que todos hemos leído casi todos los cuentos: ...*El soldadito de plomo, La Reina de las nieves,*

La pequeña cerillera..., el noruego Henrik Ibsen con su *Casa de muñecas...*, la también danesa Isak Dinesen con sus *Memorias de Africa*, *Cuentos de Invierno*, *El festín de Babette...*

En la actualidad podemos encontrar en las librerías españolas novelas escandinavas o nórdicas escritas en este siglo XXI y que actualmente son éxito de ventas en sus países de origen, con el aval de las ventas y no de la calidad; la industria editorial española traduce algunos títulos, que a menudo resultan escasos al encontrar solamente un título traducido de cada autor, si paseamos por cualquier librería, sin problema, podremos encontrar alguna novela del finlandés Arto Paasilinna, la noruega Asne Seierstad, el danés Ib Michael, la sueca Camilla Läckberg, el noruego Per Petterson, el sueco Carl-Johan Vallgren...

Todos ellos son contemporáneos nuestros y el lector español compra las novelas escandinavas o nórdicas con la expectativa de descubrir «algo» sin saber muy bien el qué. Quizás le atraiga el contraste del clima, de los nombres impronunciables, aunque sinceramente creo que lo que más nos atrae es la posibilidad de tener entre las manos algo que nos resulta completamente desconocido y nos proporciona el placer de aventurarnos en su interior. Es decir, nos ofrece: una literatura completamente nueva. Y ésta nos es realmente nueva y desconocida puesto que no tenemos memoria de ella, no hemos sabido nunca cuáles han sido los senderos o rumbos diferentes que la literatura escandinava o nórdica recorrió después de Hans Christian Andersen. Tristemente nos quedamos con *El soldadito de plomo* y poco más.

A la literatura escandinava o nórdica alguien le robó la historia y nosotros ahora nos damos cuenta de que nadie nos la ha contado, cosa que nos convierte en unos neófitos.

Desde Andersen hasta llegar a los nombres de hoy que podemos encontrar en las librerías, ahora que vivimos en la era de la globalización, pregunto: ¿Qué ha sido de todas las generaciones de escritores y escritoras de esos pagos de los que nada sabemos?

La editorial madrileña: Nórdica Libros se propuso en el año 2006, como si de una misión de rescate se tratara, recuperar a autores nórdicos, a esos autores pertenecientes a esas generaciones que quedaron en el olvido. Ha recuperado para el beneficio de muchos lectores y para la suerte de la lengua castellana, a los suecos Torgny Lindgren, Lars Gustafsson, August Strindberg...

Ahora se ocupa en este Otoño de 2007 del islandés, Thor Vilhjálmsón, publicando la novela *Arde el musgo gris*, si tengo que darles algún dato más de este autor islandés es que nació en 1925 y todavía deambula por el frío Norte. Pero el dato más significativo es que al ver su fotografía reconocí inmediatamente la cara de un artista; Thor Vilhjálmsón, no podía ser otra cosa que artista. (Fíjense ustedes). No me extrañó comprobar en su biografía que ha escrito más de treinta libros y que además de escritor es pintor de éxito. (Muchos desconocíamos que existiera). Aparte de barruntar en su cara el oficio de artista, conjetura que hice pudiendo estar equivocada, lo comprobé leyendo su novela *Arde el musgo gris*.

Sí. Realmente Thor Vilhjálmsón es un artista pues su novela refleja un soberano trabajo de escultor de palabras, que con la persistencia y la constancia de buscar la palabra adecuada, el adjetivo apropiado, de confeccionar la frase correcta para no decir más de lo que se quiere decir, construye con lentitud y firmeza una narración que conquista el corazón del lector con la persistencia de los pescadores islandeses, con la fe de quien cree por encima de todo en su oficio, con el propósito logrado de querer contar una difícil historia: la de un amor entre hermanos en el siglo diecinueve, entrelazada con los sentimientos, las sensaciones, el deseo y la vida de Ásmundur, el joven juez hijo de juez, que debe evaluar la causa. Todo ello mezclado con historias ancestrales de Islandia.

Una historia delicada que con sus manos de artista, Thor Vilhjálmsón, la doblaga y la convierte en suya sin dejar que los protagonistas tomen un camino diferente al que el escritor pretende. Sutilezas de artista, hilos que mueve con exquisitez para hilvanar y mezclar el amor con los tabúes, los paisajes islandeses con el mundo, el oficio con el placer, la sugerencia con la elegancia, la belleza con lo conciso, y la literatura con el descubrimiento.

Arde el musgo gris; son palabras robadas al tiempo. Dádiva para el buen lector.

Thor Vilhjálmsón; un hombre y un nombre para recordar:

© María Aixa Sanz
blogs.ya.com/mariaaixasanz

COMENTARIO A *PEDRO PÁRAMO*, LAS CIEN PÁGINAS MÁS CÉLEBRES DE LA LITERATURA MEXICANA, Y NOTAS RÁPIDAS DE LECTURA DE *EL LLANO EN LLAMAS*

por Javier Cercas Rueda ¹

Juan Rulfo nació en Jalisco en 1918, tuvo una infancia y adolescencia duras, sus padres fueron asesinados durante la Revolución mejicana y luego pasó cuatro años en un orfanato, de los diez a los catorce. Dejó pronto sus estudios de Derecho y ejerció diversos empleos. Con 35 años, el oscuro oficinista publicó *El llano en llamas*, una colección de quince relatos que pasaría desapercibida, a los que se añadirían dos en las ediciones posteriores a 1970. Dos años después, en marzo de 1955, publicó *Pedro Páramo*, novela llena de novedades y que, ahora sí, acaparó la atención de la crítica. Desde entonces enmudeció literariamente. Permaneció en sus empleos gubernamentales, evitó a los demás todo lo que pudo como hombre tímido e introvertido que era, disfrutó de sus dos éxitos literarios y falleció en 1986, ya convertido en mito literario.

La literatura de Rulfo es triste. Escribe sobre la desolación, el fatalismo, los dolores, la soledad y la violencia sorda, se fija en una realidad campesina que sufre los abusos del poder del Gobierno o del cacique de turno, una realidad de personajes primarios cuyos instintos apenas pueden ser contenidos por una inteligencia debilitada por el hambre y el odio, o por una fe sentimental y hasta supersticiosa. Cuando la ambición moral está minimizada por la desinstrucción y la apatía, casi todo se reduce al juego de sentimientos fundamentales, lo más básico pasa a primer plano para mandar en las conductas: los remordimientos, la venganza, la pasión amorosa, la defensa de la sangre, nada más cuenta y casi inevitables se suceden los robos, los incestos, los asesinatos, los suicidios, los abusos y las pependencias. Rulfo parecía no ser capaz de ver otra cosa y todo le salía sórdido y desolado. Al menos tuvo la elegancia al mostrar estas actuaciones de no explicitar detalles morbosos.

Dicho esto, queda lo literario, que no es sólo pero sí sobre todo modo de contar. Y aquí reside su importancia.

Los personajes de Rulfo, en el fondo universales sin rostro ni apellido, están dominados por un tiempo subjetivo que se impone a toda la realidad externa. Frente al clásico realismo de acción fluyente, característico también de las novelas de la revolución mejicana, nos encontramos sobre todo con difusas vivencias interiores; la vida queda como en suspenso y sólo hay una mínima representación exterior de los personajes y de los hechos. No es raro que se nos escatimen hasta sus nombres; los hablantes quedan difuminados en unos diálogos –y, sobre todo, monólogos– donde cada cierto número de frases vuelve a reproducirse un comienzo o una palabra, el discurso parece que flota monótono y machacante, en un laconismo repetitivo de ideas y palabras. Sus personajes disponen de un lenguaje muy justo y de un modo de expresarse circular e insistente, las cosas se abren paso lentamente en sus cerebros, y así y todo, el conjunto resulta de una expresividad poco frecuente, mezcla de lenguaje poético y de recreación del habla popular. Todo esto provoca una tensión en la lectura que obliga a estar siempre atentos

Los relatos, algunos descriptivos, sin acción, otros dramáticos-dialogados, resultan sencillos técnicamente, sólo en alguno se mezclan varias voces narrativas y los saltos espacio-temporales

¹ Javier Cercas Rueda (Sevilla, 1965) es crítico literario de *Aceprensa* (aceprensa.com) desde 1994 y ha colaborado también en otros medios periodísticos. Ha promovido actividades literarias en Colegios Mayores universitarios (Conferencias, Revistas, Tertulias y Bibliotecas) y administra en la actualidad el blog *Pasen y lean* (<http://javiercercas.blogspot.com>).

resultan controlables sin gran dificultad. En *Pedro Páramo* la cosa cambia. Anticipa modos que no serán corrientes en la novela hispanoamericana hasta mediados de los sesenta. Su característica técnica más acusada y expresiva es la fragmentariedad. La narración viene dividida en setenta fragmentos y su sucesión no es ni mucho menos lineal en cuanto a tiempo, espacio y personajes. La realidad, porque ella también es así, se cuenta de un modo extraño y aparentemente confuso. Además, este modo de narrar no da respiros, no hay momentos muertos.

Pedro Páramo es el cacique de Comala. Muerto su padre toma las riendas de su propiedad, la Media Luna, y ya no habrá en la región otra voluntad que la suya. Se dedica a aumentar su patrimonio a base de asesinatos y el censo haciendo hijos a diestro y siniestro. Todos aceptan el imperio de su personalidad, incluido el cura del pueblo quien, al menos, sufre por ello. Juan Preciado, uno de sus bastardos, acude a Comala a pedir cuentas a su padre por encargo de la madre recién muerta. Se enterará bien de quién fue y de qué hizo, de los desmanes de uno de sus hermanos de sangre y del único auténtico amor que tuvo el que lo engendró (y que fue lo único que no pudo conseguir en esta vida).

Podemos distinguir dos partes en la novela –que en el texto no se señalan– (de los fragmentos 1 a 43 y del 44 al 70) y dos niveles argumentales.

El nivel argumental primero lo constituye el diálogo de Juan Preciado y Dorotea. A esto se dedican 25 fragmentos –contados por Juan en primera persona y en presente narrativo– de los 43 primeros. En el 36 se narra la muerte de Juan, una vez llega al límite la degradación física y mental que le supone saber que visita un pueblo de almas en pena. Los 18 fragmentos que completan estos 43 están destinados a tres subhistorias, segundo nivel argumental (la infancia de Pedro, el comienzo de sus maneras gansteriles y la muerte de su hijo Miguel), que se van sumando a los conocimientos que Juan va sabiendo por sus entrevistas. Los fragmentos están mezclados y sólo las voces narradoras y de los personajes (monólogos, diálogos directos o indirectos, o intercalaciones de estilo indirecto libre) permiten una mínima orientación, sin olvidar, además, que hay pasajes que sólo se entienden a partir de informaciones que se conocen con posterioridad. Toda esta parte está dominada una la inquietante ambigüedad provocada por la difusa frontera entre el reino de los vivos y el de los muertos.

La segunda parte, los 27 fragmentos restantes del libro, están casi dedicados a otras dos secuencias del que hemos llamado segundo nivel narrativo: los amores de Pedro con Susana San Juan (que se mezclan con el hábil regate del cacique a los revolucionarios) y sus muertes respectivas. La novela se desentiende de Juan casi desde que se suma a los fantasmas de Comala. La voz narrativa predominante en tercera persona viene constituida por los murmullos («Los murmullos» es el primer título que pensó Rulfo) de los muertos. Las posibilidades de interpretaciones simbólico-míticas del libro están servidas (búsquedas de padre, del origen, del paraíso perdido, etc).

El perspectivismo de la novela no se agota en las voces de Juan, Dorotea y demás habitantes de Comala. Hay que añadir interpolaciones entrecomilladas de pensamientos de algún personaje no presente, por ejemplo, la madre de Juan. Esto contribuye a la creación de una tercera Comala, la edénica (la soñada), que se une a la infernal (la de almas en pena que malograron sus ilusiones y esperanzas) y a la real (la de tiempos de Pedro Páramo).

Quizás resulte más complicado explicar la novela que leerla, a pesar de lo que pueda parecer, sobre todo si se le dedica la paciencia de una merecida relectura. Ni los abundantes americanismos, mejicanismos y términos rurales del texto, ni las evidentes circunstancias históricas y personales que inspiran los libros de Rulfo hacen de ellos libros locales: su tratamiento de personajes y asuntos los convierten en universales.

La temática de Rulfo no es original en la narrativa hispanoamericana, el abuso de los pobres y la indigencia moral, sí lo es su tratamiento estilístico y la atmósfera angustiosa que inventa con ese modo de narrar que hemos intentado explicar. *Pedro Páramo* es un impresionante monumento de condensación narrativa, un libro construido de silencios, de hilos colgantes y de escenas cortadas. Por esto merece la pena ser leído, a pesar de que la desesperanza de sus historias, justo lo que permite dar vuelo al ambiente que crea con su técnica, es a la vez su lastre y su derrota.

NOTAS RÁPIDAS DE LECTURA DE *EL LLANO EN LLAMAS* (128 PÁGS.)

17 relatos

(*) = los que más me han gustado

Nos han dado la tierra (9 págs.)

Gobierno da a unos campesinos una tierra seca, El Llano, donde nunca llueve (lluvia es vida), seca como el pellejo de una vaca. De donde huyen hasta los buitres. Campesinos pobres e incultos, poca cabeza, las verdades se abren paso lentamente en su inteligencia. Repeticiones. Localismos. Estampa más que relato en sentido convencional.

* *La cuesta de las comadres* (10 págs.)

Rico vocabulario rural. Violencia. Primitivismo. Falta de talla moral por el hambre y la desinstrucción.

Es que somos muy pobres (4 págs.)

Todo patético. Estos tres primeros relatos narrados en primera persona. En el primero la tragedia es por la mano del hombre, aquí por la de la naturaleza. Gran expresividad en la pobreza de recursos lingüísticos. Riada mata la vaca de la Tacha. ¿Tendrá que irse de puta como sus dos hermanas mayores ahora que ningún hombre querrá casarse con ella sin dote?

* *El hombre* (10 págs.)

Implacable persecución. Hubo múltiple asesinato. Otro que mata como quien no quiere la cosa (como en el segundo relato) y no se acuerda. Venganza.

En la madrugada (6 págs.)

Incesto con sobrina. Muere tras un sofoco por castigar a un empleado que es acusado de asesinato. (Otro que dice que no se acuerda de si mató).

Talpa (11 págs.)

Inevitabilidad, rotundidez. Desde la mitad se sabe el final y desde ahí se cuenta cómo pasó. El se entiende con su cuñada y llevan a la Virgen al hermano-marido enfermo. Remordimientos (sentimientos fundamentales). Siempre cierta sordidez. Todo lo básico a primer plano: el hambre, el amor, la venganza, el robo, el remordimiento, amor padres-hijos...

Macario (6 págs.)

Siempre todos en 1ª persona. Ranas y sapos en casi todos los relatos. Subnormal. Criada medio abusa de él. Monólogo.

El llano en llamas (14 págs.)

Revolucionarios de Pedro Zamora contra federales del Gobierno. Brutalidad, jugando a los toros con prisioneros. Gana el gobierno.

Diles que no me maten (8 págs.)

Cuarenta años con miedo a la muerte esperando la venganza. Y hubo venganza.

* *Luvina* (10 págs.)

Culto a los muertos. No pueden dejar ese lugar desolado «por no dejarlos allí».

La noche que lo dejaron solo (5 págs.)

Episodio bélico de la Rebelión de los Cristeros (1926-28).

Paso del Norte (8 págs.)

Quiere mejorar su vida y su padre no quiere cuidar a sus hijos y mujer, casi le matan por dejar el país, su mujer le abandona y su padre vendió la casa... todo negativo.

Acuérdate (4 págs.)

Otro recuerdo desastroso.

No oyes ladrar los perros (5 págs.)

Padre que lleva a hombros a su hijo malhechor para que lo curen en un pueblo.

El día del derrumbe (de 1955; incluido en *Llenll desde 1970*) (8 págs.)

Crítica feroz y cínica a la actuación –o inactuación– de las autoridades ante las calamidades.

La herencia de Matilde Arcángel (de 1955; incluido en *Llenll desde 1970*) (8 págs.)

Madre cae del caballo y muere. Padre siempre odia al hijo.

Anacleto Morones (14 págs.)

Diez viejas quieren hacer santo a un embaucador de muchachitas. Caricatura algo blasfema de la religión.

© Javier Cercas Rueda

* * *

Miradas

LO DESMEMORIOSO EN LOS OJOS

por Juan Fernando Covarrubias Pérez

*La memoria nos cambia de lugares
sin movernos de nuestros sitios.*

Ulalume González de León, *Lugares*

Si como afirma Hegel, «todo lo que existe merece perecer», la memoria, al igual que la pérdida de visión inexplicable o la ausencia de fuerza en brazos y piernas, se abre en surco con el paso de los años: con su torrente desgaja y bisecciona las estructuras de la condición humana, y deviene en el alumbramiento de una posición hasta entonces desconocida en la existencia: la desmemoria, donde nada se tiene, nada se recuerda, y todo tiene un nuevo punto de inicio.

El joven Brodzki, en el cuento «Algo de Tolstoi» de Tennessee Williams, es presa de una desmemoria especial: como a Alonso Quijano la locura de creerse un caballero cuyo único fin es remendar entuertos le brota por leer, a éste su desmemoria se la produce su hábito enfermizo de lectura; hábito adquirido cuando su mujer, Lila, decide marcharse de su lado y llena sus horas con libros. Pero si la constante del amor es indispensable en los seres humanos para vivir o seguir viviendo, el joven Brodzki, dueño de una librería herencia de su padre, se mantiene malabareando sobre la cuerda floja del desamor, última consecuencia de su implacable desmemoria: su esposa, acostumbrada a un tipo de vida que una modesta librería no puede proveer, abandona al joven Brodzki y se embarca con una compañía de variedades hacia otro país con la esperanza de triunfar en el espectáculo musical. Quince años después, tras de haber cosechado inúmeros triunfos en escenarios de prestigio pero hastiada de esa vida de burbuja, regresa movida por su querencia y por aquella promesa que él le lanzara cuando ella estaba a punto de cruzar el umbral de la librería: «Tu amor no es mucho menor que el mío como para que puedas alejarte de él. Volverás en algún momento, y yo estaré esperando». A su vuelta, Lila, de pie frente a Brodzki, éste no la reconoce, no se aviva el amor que por tanto tiempo le profesó, se mantiene impávido ante su presencia y con esa actitud, como aquella Penélope sentada en un andén de la estación en espera de un antiguo amor, parece decirle a Lila a última hora: «no eres quien yo espero».

La desmemoria no implica no sólo no acordarse de hechos importantes y sueños significativos, aún

cuando se hayan pensado sólo como posibilidades remotas o trazados como quien dice una cosa y pudo decir cualquier otra. Las lagunas de la inmemoria que se extienden en nuestro cerebro inundan también las caras de quienes van conformando ese catálogo de parientes y conocidos, asignándoles un puesto relevante en el largo trayecto de los días idos y por venir.

Internarse por ese laberinto, como un Teseo en su batalla contra el Minotauro, que en cada vericuetu o pasillo cerrado presume una cara que de algún modo nos resulta familiar, supone hacer todo lo posible por retirar la venda que nos cubre los ojos para no avanzar como si se tanteara, no obstante que se pise sobre un suelo pantanoso o se den pasos con más de la mitad del cuerpo bajo un agua encabritada y arrasante.

Algo similar le ocurre a mi tía Rafaela, tía de mi madre para ser exactos. 92 años cumplidos tiene esta mujer a quien yo confundía, hasta la adolescencia, con mi abuela, por su descabellado parecido.

Quizás ella, sin saberlo, acusa el síndrome macondiano de los olvidos y como un alivio a su padecimiento tendría que recurrir a escribir los nombres de quienes la visitan y que ellos se los colgasen al cuello, como un cascabel que más allá del ruido y la presencia denotara una significación identitaria.

Porque la hermana de mi abuela ya ha dejado atrás todos los nombres, al menos aquéllos que comprenden ese reducido universo de sus «seres queridos» al tenerlos frente a ella; sólo mi madre, extrañamente, se ha salvado de ese fatal anonimato. Aunque, como efecto contrario, la tía Rafaela también ideó –como previendo que su memoria se desfondaría como un barril– una forma de memoria para aquellos muertos que le fueron cercanos y temía verter en un abismo de olvidos: en un sobre pequeño, en el que se lee en su reverso «difuntos» y que pende de lo alto de una de las paredes del comedor, ha guardado todos los nombres de sus familiares que ya han fallecido. Más aún, se acuerda de escribir los nombres y de meterlos en aquel sobre.

Aquel anciano vivía solo. En la parte trasera de la Conservaduría General del Registro Civil tenía su casa. Era un cuartucho sin forma ni cabeza más bien. Don José, en la novela *Todos los nombres*, es un caso contrario al de la hermana mayor de mi abuela, pues éste poseía una memoria prodigiosa para los rostros, por ello coleccionaba las fotografías de un sinnúmero de personajes, todos de la farándula, principalmente del cine, que recortaba de los periódicos y pegaba en un viejo cuaderno de hojas amarillas. No tenía familia; aquella multitud de rostros a los que dotaba de perfil constituían a su modo su universo familiar. Como tenía acceso a los clasificados del registro civil por ser el velador de aquel vetusto edificio de su ciudad natal, don José había agregado a su álbum de fotos los datos generales de sus personajes coleccionados. Cuando por la noche se internaba por los pasillos en aquel momento tenebrosos del registro, única hora en que sólo podía hacerlo, se ataba al tobillo un hilo que sujetaba a un objeto estático, a fin de poder volver de aquel laberinto de cajas y carpetas al punto de partida. El poder de su memoria no le daba para volver sobre sus mismos pasos, sólo le era suficiente para fijar en su mente las decenas de rostros que poblaban las páginas de su preciado álbum. Si Teseo logró escapar del laberinto y salvar su vida gracias al hilo que Ariadna le proveyó, previa consulta con Dédalo, el constructor de aquella intrincada estructura, don José recurre a un tipo de memoria más bien visual: los pasos dados no van en función de recordar ni en busca de un regreso al sitio de salida, que sería otra manera de recordar, para él extrañamente vedada, sino que avanza con la única intención de crear otros recuerdos no exentos de ser traídos al presente.

© Juan Fernando Covarrubias Pérez
elrayomacoy@hotmail.com

BIBLIOGRAFÍA

SARAMAGO, José. *Todos los nombres*, Alfaguara, México, 1998

WILLIAMS, Tennessee. *La noche de la iguana y otros relatos*, DeBolsillo, Argentina, 2007

SAVATER, Fernando. «Sansón Carrasco», en *Malos y malditos*, Santillana (Punto de lectura), Madrid, 2004, p. 41.

<http://www.ecosdelheroe.com/mitos_teseo1.html>, consultada en julio de 2007

* * *

Miradas

H. P. LOVECRAFT Y LA SEDUCCIÓN DEL MISTERIO

por Jorge Villarruel ²

*Los pies pisan los evos perdidos:
el ruido que trae la muerte.
¡Calla y escucha! ¡Calla y escucha!
Los pies de los muertos.*

W. H. Hodgson

Hay algo en la obra de Lovecraft que no puede por menos de seducirnos en un modo que ningún otro autor del género –ni pretérito, ni ulterior– ha conseguido. Esta atracción, a mi parecer, proviene de la disposición que tiene el autor de hacernos dudar de sus palabras.

Esta suerte de ambigüedad, o doble sentido, es lo que define al género fantástico en la literatura; es justamente la imposibilidad de afirmar con certeza si lo que nos dice el personaje es verdadero –dentro de su universo, claro está–, o si sólo es producto de su locura.

Pero no es exclusivamente el sentido de duda lo que nos ata con avidez a la lectura de estos relatos; un elemento, probablemente más importante, es ese sentimiento arcaico presente en cada sujeto, oculto para la razón, pero que puede aflorar de un momento a otro: el miedo. Para el autor, la parte de mayor relevancia dentro de su obra, base sobre la cual descansa todo su universo, era explorar el miedo a través de sus personajes, mas no el miedo ordinario, sino aquél «más viejo y poderoso (que) es el temor a lo desconocido».³

Dicho estado de temor que exploramos, y que de vez en cuando experimentamos, durante la lectura de Lovecraft, quizá provenga no tanto de la trama del relato, como de las herramientas que el autor utiliza para recrear, en nosotros como en los personajes, ese miedo anacrónico. Tales herramientas se pueden hallar en prácticamente cada uno de sus relatos –aunque no siempre se cumplen todas ellas–, y según creo, éstas son: la narración en primera persona, la atmósfera de ansiedad y expectación, y la descripción de escenarios grises y melancólicos. También utiliza recursos como la incorporación del terror cósmico⁴ y el acoso de lo sobrenatural, y particularmente el presentimiento (que a veces es presencia *real y tangible*) de lo infinito, tanto en el espacio como en el tiempo.

Las palabras que escribió Lovecraft para referirse a William Hope Hodgson, una de sus más importantes influencias, quizá más allá de la que ejercieron señores como Edgar Poe o Arthur Machen, pueden ser utilizadas también para describir al de Providence:

Son pocos los que pueden igualarle en la evocación de la proximidad de unas fuerzas abominables y de unos seres monstruosos que nos acosan, a través de casuales insinuaciones o de insignificantes

² Jorge Villarruel nació en Ciudad de México. Ha publicado algunos cuentos y artículos en las revistas *Universo del Búho*, *Embogazine* y en el periódico *Expreso*, de Sonora, donde fue finalista en el concurso “Rodeo de Palabras 2007”, de relato breve.

³ *Ibid.*, 168.

⁴ Es decir, un estilo de terror que proviene de la observación del espacio y el universo, manifestado a través de lo insignificante que resulta el hombre ante éstos.

detalles, o para suscitar la sensación de lo espectral y lo anormal en relación con ciertas zonas o edificios.⁵

Es cierto que nunca nos son descritos los seres que acosan a los personajes de un modo completo (y, algunos dirán, satisfactorio), –aunque hay unas cuantas excepciones–, sino que la descripción recae mayoritariamente en los escenarios, y de un modo especial en las sensaciones y pensamientos que los personajes experimentan ante la presencia de dichas *aberraciones*.

Leer a Lovecraft es garantía de que experimentaremos sensaciones de congoja, angustia y miedo, «el atractivo de esta promesa [...] es casi irresistible. Pero al final es una empresa sumamente perturbadora»,⁶ especialmente para aquellos cuya sensibilidad cae en los extremos de la morbidez.

El tercer elemento presente a lo largo de la gran mayoría de páginas que escribió Lovecraft es la soledad. Los héroes o, más bien, los curiosos y las víctimas (¿qué de heroico puede haber en la lectura de antiguos tratados de magia y en invocar dioses que sin duda te destruirán?), se corresponden con el autor en su calidad de solitarios (o eso suponemos tras leer una serie de biografías incompletas del genial escritor, las que por otro lado, también nos muestran a un Howard Phillips Lovecraft tremendamente amistoso y social en su pequeño círculo de amigos, como Howard Shore, August Derleth o Clark Ashton Smith). Son sujetos «abstraídos de la cotidianidad, [que] ingresan en el conocimiento de una verdad intolerable para la razón»,⁷ quienes tras cruzar los umbrales de ese conocimiento, son incapaces de volver a formar parte del género humano tal como eso se entiende en la modernidad. Más sabios que el resto, *ellos* saben algo y nadie quiere oírlos: «Me veo obligado a hablar porque los hombres de ciencia se han negado a seguir mi consejo sin saber por qué»,⁸ dice el protagonista de una de las escasas novelas de Lovecraft, al inicio del libro. Y durante las 150 páginas que componen dicha narración, va dando cuenta de eso que sabe y que nadie quiere escuchar.

Ellos, como el lector, ingresan sin ninguna clase de compañía a los siniestros laberintos de lo arcano y el horror (o de la *psyche* humana). Esta soledad, enfermiza y enfermante, acrecentada por la soledad de los escenarios, es para mi gusto, la principal cualidad –quizá inconsciente– de estos escritos (cuentos y poemas). Seres perdidos, abandonados, desamparados, que pueden compartir sus carencias con el lector. Quizá o tal vez me adelante mucho, quizá o tal vez exagere un poco, pero tengo la certeza de que para disfrutar a Lovecraft hay que amar a Lovecraft. Como esos 150 estudiantes que marcharon en Providence, con antorchas y linternas, en homenaje póstumo al escritor, mientras leían pasajes de «Los hongos de Yuggoth».

Cabe mencionar, aun si nos salimos de nuestra línea de ideas, que a pesar de que para una gran mayoría de lectores, los finales en los relatos lovecraftianos son obvios y carentes de verosimilitud –dentro de los límites de la literatura fantástica– y *ciertamente* de una calidad *limitada* o cuestionable, es verdad que, en el caso que nos atañe, no es la conclusión sino el camino hacia lo ella y, sobre todo, la atmósfera reinante, lo que tiene un mayor valor: lo importante no es que la gente muera, todos lo haremos, lo que sí es relevante es cómo vive.

Lovecraft fue el maestro en el arte de crear ambientes que encuadran esas vidas –o caminos– que se truncan, y para ello, sólo necesitó de su soledad, en la que se vio «arrastrado hacia latitudes desconocidas»⁹ a través de sus sueños.

Si este breve ensayo –no es otra cosa– permite el reencuentro con este extraordinario escritor, y permite que se le dé una lectura libre de los prejuicios con que hoy algunos se refieren a él, habrá cumplido su cometido.

© Jorge Villarruel

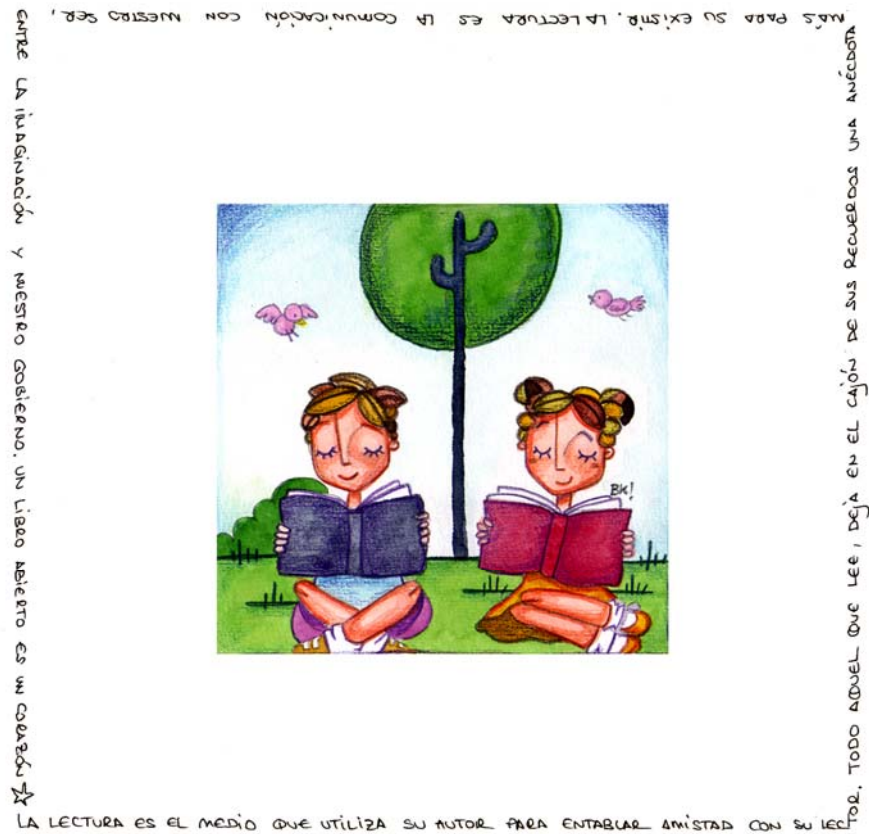
⁵ Lovecraft, H. P. *Op. Cit.*, P. 82.

⁶ Rein, Mark (Prefacio). *Vampiro. La Mascarada. 2da. Versión. 2da. Ed.*, Madrid: La Factoría, 1995. P. 5.

⁷ Mauro Cancini (Prefacio), en: Lovecraft, H. P. *El Santuario y otros cuentos*. México, Tomo. 2002. P.5.

⁸ Lovecraft, H. P. *En las montañas de la locura*. Madrid: Alianza Editorial, 2001. P. 7 (Biblioteca de fantasía y terror).

⁹ Hope Hodgson, William. *La casa en el confín de la tierra*. México: Bolsilibro, 1986. P. 10.



La lectura de la literatura. Ilustración de Blanca Bk Gimeno. Sitio web de la autora: www.blancabk.com

* * *



El sueño de Cthulhu, 2007, pintura de Ricardo Olvera basada en el relato *La llamada de Cthulhu* de H.P. Lovecraft. Sitio web del autor: <http://ricardoolverajimenez.googlepages.com>



Vandalismo, de Jose Antonio Ruiz-Roso, ilustración sobre el relato de Carlos Arnal *Corazón de fuego*.
Ilustrador, dibujante... en definitiva, Pintamonas. <http://www.ruizroso.blogspot.com>

Dientes de leche

Ignacio Martínez de Pisón

Editorial Seix Barral, 2008

El italiano Raffaele Cameroni llega a España en 1937 para luchar como voluntario en el bando franquista, y pronto su amor por una guapa enfermera española le hace renunciar a volver a su país. A través de la historia de tres generaciones de la peculiar familia Cameroni seremos testigos de cómo el tiempo transforma a los seres queridos, borra las promesas y desentierra los secretos. En *Dientes de leche* la saga familiar convive con una singular crónica de medio siglo de la reciente historia española. A veces tierna y divertida, a veces dura y vibrante pero siempre conmovedora, es una novela que se disfruta con la emoción con que se comparten las cosas de casa. Una novela tierna y divertida, que nos permite conocer la historia de España a través de la vida de una familia singular: la familia Cameroni.



El fantasma y el poeta

Carmen Boullosa

Editorial Sexto Piso, 2007

Se ha escrito mucho acerca de los límites de la existencia. Sobre la coexistencia de los diversos estadios que supone la misma y la interacción de aquellos que un día estuvieron con los que están. Éste no es un libro que se empeñe en hablar de manera explícita al respecto. Más bien, lo hace de la mejor manera que se puede mostrar algo: retratándolo. *El fantasma y el poeta* rescata el placer de la lectura con historias sobre personas que fueron o, mejor dicho, sobre leyendas de personas; sobre eventos que pudieron o no haber acontecido de aquellos que tal vez fueron como sus leyendas los describen; sobre sueños con desenlaces reales y realidades con tramas oníricas. En cualquier caso, el manejo que hace Boullosa del lenguaje

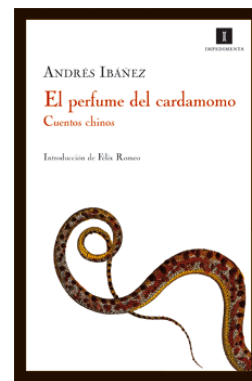
disuelve la tenue línea del presente conformando un marco en el que los tiempos se funden, los sentidos no son sólo cinco y la muerte pierde su carácter anacrónico y es protagonista de una serie de historias que permanecerán en la mente de los lectores *per secula seculorum*.

El perfume del cardamomo

Andrés Ibáñez

Editorial Impedimenta, 2008

Audaces y carnales, sutiles y sorprendentes. Así son los «cuentos chinos» que Andrés Ibáñez ha reunido en *El perfume del cardamomo*: historias de bandidos compasivos, de viudas crueles, de damas vengativas, delicadas historias de honor y sangre. Hallamos así a una de las hijas del juez Wang, poseída mientras duerme por uno de los más intrépidos caballeros ladrones del lugar; a una mujer seducida por un zorro mientras desespera de que su marido, ausente durante largos años en una guerra lejana, regrese al hogar; o a Chi Hsin Mien, un hombre tan insaciable en sus apetitos voluptuosos que tiene a sus tres esposas desesperadas. Historias de transformaciones y encuentros, de puentes invisibles y de intrigas, de perros sabios y de bellas cortesanas del mundo flotante.



Berazachussetts

Leandro Ávalos Blacha

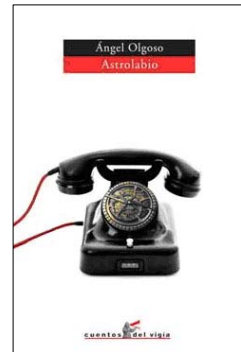
Editorial Entropía, 2008

Berazachussetts es un relato original y cautivante que, al mismo tiempo que conecta con las más desenfadadas tendencias de la literatura actual, reclama una reflexión sobre las complejas y muchas veces absurdas relaciones entre literatura y mundo social. Con un estilo desenvuelto y corrosivo, Leandro Ávalos Blacha tritura las convenciones de género y hace coincidir los motivos más emblemáticos de la cultura chatarra de nuestros días con la geografía del conurbano bonaerense, para construir un universo ficcional particularísimo cuya mayor virtud es la felicidad con que se impone al lector.

Astrolabio Ángel Olgoso

Editorial Cuadernos del Vigía, 2007

Ángel Olgoso es un lujo secreto de la cuentística española. Se trata de un autor de culto, tan raro como exigente, que padece la manía de querer escribir una y otra vez el cuento perfecto. Ajena al realismo tanto como a la novela, su obra narrativa se compone exclusivamente de piezas breves que se inscriben en la amplia tradición de la literatura fantástica, de cuyos maestros, temas y estilos Ángel Olgoso demuestra ser un profundo conocedor. Los cuarenta y tres relatos de que consta *Astrolabio* resumen su dominio del género. Construidos con precisión de miniaturista, como taraceas de materiales preciosos, sumergen al lector en universos poblados de metamorfosis, desdoblamientos, mutaciones, especulaciones metafísicas, juegos teológicos, pesadillas, búsquedas místicas, apariciones de seres monstruosos, intrigas detectivescas, fantasías sádicas, distorsiones del tiempo y el espacio, objetos imposibles, terrores cósmicos, ensoñaciones líricas. De Buzzati a Schowb, de Borges a Arreola, de los hermanos Grimm a la ciencia ficción, los cuentos de *Astrolabio* rezuman alusiones y homenajes sin dejar de ser nunca de una asombrosa originalidad.



Relatos posindustriales David Barreiro Rodríguez

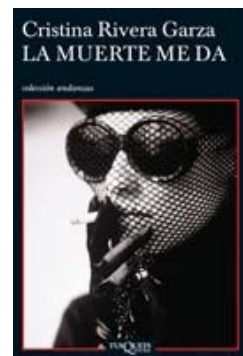
KRK Ediciones, 2008

Un guionista zurdo y fracasado que enjuaga sus penas en un bar de Chicago, la pareja que comparte los silencios en el sofá después de un viejo día en la oficina, un pianista prodigioso que malgasta su vida como crupier en un casino de provincias, una *femme fatale* que padece dislexia en los momentos de excitación o un detective que llega a Madrid huyendo de su propia novela. Los personajes de *Relatos posindustriales* buscan su lugar en un mundo en el que la información, la creatividad y el conocimiento, los tres pilares de la sociedad posindustrial, se difuminan en un universo de ausencia, incomunicación y esperanzas frustradas. Necesitarán mucha ironía, imaginación y riesgo para salir adelante en una vida que nunca será lo que había prometido.

La muerte me da Cristina Rivera Garza

Tusquets Editores, 2007

Todo empieza el día en que una mujer descubre accidentalmente el cadáver castrado de un hombre joven. El cuerpo yace sobre el asfalto, al fondo de un callejón, acompañado de unos misteriosos versos de la poeta argentina Alejandra Pizarnik. Cuando la mujer –que se hace llamar Cristina Rivera Garza– notifica su hallazgo a la policía se convierte, de inmediato y de manera automática, en la Informante. ¿Qué ha visto? ¿Qué cree que signifiquen aquellos versos? ¿Por qué continúan apareciendo, en diferentes rincones de la ciudad, las mismas víctimas: hombres jóvenes, torturados, cercenados? Dos mujeres –la Periodista de la Nota Roja, levemente jorobada, y la infatigable Detective del Departamento de Investigación de Homicidios– se empeñan en resolver un caso que depara, como toda la historia, más sorpresas que respuestas. Sólo una cosa es segura: el lector está ante un *thriller* intenso y vertiginoso donde nada, ni siquiera la lectura, es inocente. Una novela perturbadora, ferozmente contemporánea.



Guadalajara 2006 Salvador Gutiérrez Solís

Editorial Berenice, 2007

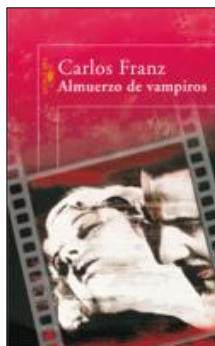
Guadalajara 2006 presenta las nuevas peripecias del escritor de provincias Germán Buenaventura (*La novela de un novelista malaleche*, 1999) envuelto, esta vez, en un flagrante caso de plagio. Gutiérrez Solís da buena cuenta de la vanidad, la mediocridad o el despotismo, y embiste contra los entresijos de los premios literarios, la lucrativa moda de las novelas sobre la guerra civil española, los nada ortodoxos pasos que se siguen para publicar un libro... Hasta cien escritores (reales) del panorama actual se pasean por esta novela rocambolesca, atropellada y cáustica en la que la ficción y la realidad desdibujan sus fronteras.

Si vuelves te contaré el secreto

Mónica Gutiérrez Sancho

Editorial Caballo de Troya, 2008

Si vuelves te contaré el secreto es una novela coral en la que las vidas de sus personajes se entremezclan como en una impredecible partitura de jazz. The Club, un exquisito local de música en directo, aparece en la vida de un tranquilo barrio, llenando todo de música, ritmo, jazz y swing; involucrándose en su existencia y alterando las monótonas y sosegadas costumbres de la calle Praga. Una calle gris y anodina como la mayoría de las vidas de la gente. Los músicos y empleados del club, personajes peculiares que parecen haber sido seleccionados en el más surrealista de los casting; junto con los vecinos y trabajadores de la zona comienzan a vivir una vida nueva y diferente que les llevará a lugares insospechados.



Almuerzo con vampiros

Carlos Franz

Editorial Alfaguara, 2008

En la soleada terraza de un restaurante de moda, rodeado por políticos y artistas, el narrador recibe una noticia escalofriante: un hombre al que hace treinta años vio morir podría estar aún vivo. Acuciado por esa sospecha, el protagonista rememora la aventura más extraña de su vida. Aquellas turbias semanas de los años setenta durante las cuales, guiado por un misterioso y pícaro «maestro», recorrió las noches barriobajeras de Santiago de Chile buscando un chiste genial. Una broma legendaria y perdida que, de ser hallada, no sólo los haría ricos al filmar una superproducción mortalmente cómica, sino que les permitiría cambiar de arriba abajo el siniestro «humor» de su época.

Almuerzo de vampiros es una parábola acerca de los cambios, a veces ridículos y hasta brutales, que la madurez impone sobre los ideales de la juventud. Y también es una sátira sobre la obsesión contemporánea por la inmortalidad: esos hombres y mujeres rabiosamente bellos y prósperos que quisieran vivir como si no pudieran morir. Como si fueran vampiros.

Informe

Rafael Lemus

Tusquets Editores, 2008

Encarnados en el cuerpo de un pirómano, de un paria que siembra un lápiz en un parque nevado con la esperanza de que florezca o del habitante de un tren que nos conduce a un sitio impreciso, pronto descubrimos que hemos sido trasladados a un mundo donde se conectan, no sin humor y violencia, la soledad y la locura, el amor y la muerte, el lenguaje y ocho visiones radicales de la existencia. Ocultos tras el erotismo, en el pensamiento de una mosca o de un sirviente, también conoceremos a un crítico literario que se desplaza, empujado por su compinche, en una esfera toda polvo; a un viajero, grande y deforme, que se empeña en llegar al mar a toda costa y a un enamorado que transparenta en su discurso un despiadado aliento homicida.



En la mirada del avestruz y otros cuentos

Alejandro Estivill

Ficticia/CNCA, 2007

Una mentira añeja dice que todas las plumas del avestruz son de la misma longitud. Sobre esa falsedad se convertirían en símbolo de justicia y verdad: subieron a la cabeza de Maat, la más inaccesible diosa de Egipto. Sin embargo, el avestruz está lejos de ofrecer algún tipo de certidumbre; lo único que no se le reconoce es su capacidad para verlo todo, su visión de 360 grados que devora el mundo, que termina cóncava, punzante y con la agudeza de un telescopio. Incluso es uno de los pocos animales que tienen el ojo más grande que el cerebro. Después, del panorama, el ave mira, observa, enfoca, se asusta y huye a meter la cabeza en un agujero. Los cuentos de Alejandro

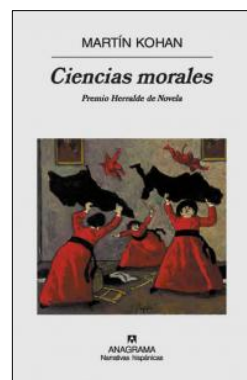
Estivill son esa mirada y se adentran en personajes disímbolos –el taxista perdido en su propia telaraña, el estadounidense oligarca, el sacerdote maya, el pordiosero, el adolescente, el migrante, el condenado, el viajero, el futbolista africano o el matricida– y sus circunstancias que, para bien o para mal, no dejan de ser asombrosas.

Ciencias morales

Martín Kohan

Anagrama, 2007

Los muros del colegio son gruesos y consistentes. Prometen preservar la rutina de los días de estudio de todo lo que pueda estar pasando fuera, de todo lo que –de hecho– está efectivamente pasando fuera, en las calles vecinas, en Buenos Aires, en esa Argentina de 1982. ¿Pero qué espacio limitan esos muros, un lugar de adquisición del saber o un recinto sadiano? Porque el colegio extiende su jurisdicción más allá de la enseñanza, imparte a sus alumnos una rigurosidad que no deben descuidar en ninguna circunstancia de sus vidas, una implacable moral que debe constituirse en el inflexible esqueleto de todos sus actos. *Ciencias morales* confirma indiscutiblemente la extraordinaria madurez narrativa de uno de los autores más inteligentes, más estimulantes, de la reciente literatura argentina.



Mientras gira el viento

Jorge Omar Viera

Editorial Funambulista, 2008

Brillante finalista del Premio de Novela Mario Lacruz en su edición 2006, ésta es una historia pequeña en un mundo pequeño. El suceso trágico con que arranca el libro – la muerte de un adolescente en un arrabal de São Paulo– desencadena toda una serie de acontecimientos que rompen la armonía de la comunidad. El relato, suerte de duelo ceremonial, lleva a los personajes de su entorno –hermano, ex-novia, vecinos, amigos y enemigos– a reflexionar y a tomar decisiones sobre sus vidas. No lo cuenta El Gringo, un inglés que visita a menudo el barrio y que en ese medio casi

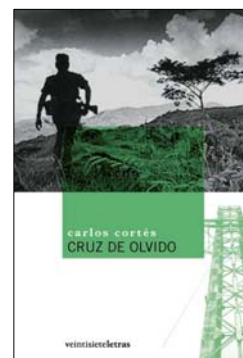
tribal y tan ajeno para él alcanzará la certeza de que es posible sentir como propio cualquier lugar, más allá de las barreras culturales y lingüísticas. Pero en esta crónica a posteriori de una muerte anunciada el protagonista es el viento, que se alza como el elemento que lleva y trae las voces y los sonidos, susurrándole al lector su prosa coral y mestiza de lenguas.

Cruz de olvido

Carlos Cortés

Editorial Veintisiete Letras, 2008

Después de diez años en la revolución sandinista, Martín Amador regresa a Costa Rica para aclarar la noticia del asesinato su hijo, junto a otros seis jóvenes, en la Cruz de la Alajuelita. Allí se reencuentra con sus compañeros de generación: políticos, jueces, figuras clave de los medios de comunicación, que han alcanzado las más altas esferas de la llamada Suiza centroamericana; país en el que, según se afirma, «no pasa nada desde el Big Bang». Ahora descubrirá la realidad oculta del poder: los excesos, la corrupción, su implicación en turbias tramas internacionales y en el crimen organizado. Su viaje, sobrecogedor y alucinante, por barrios, calles y locales nocturnos de San José es un descenso a los infiernos de la violencia, la decadencia y la miseria moral, donde sólo unos pocos resisten. Martín, a sus cuarenta años, se enfrenta a su tiempo y a sí mismo; muertos los ideales revolucionarios, fallidos los amores de juventud, se aferrará a la tentación del olvido.



Elegía para una insomne

María Mercedes Andrade

Editorial Cuarto Propio, 2007

Elude toda certeza, se empeña en desmontar la noción (pretendidamente común) de que la voz literaria representa literalmente a un cuerpo real con toda su biografía. La operación consiste aquí en escindir la palabra de su soporte supuestamente físico para explorar sus connotaciones metafísicas. «Más allá de estas palabras yo no existo» dice su protagonista, y en esa frase escueta, esquiva, eficaz como toda la novela, se vislumbra una apuesta radical en estos tiempos: el anuncio de que las palabras sólo constituyen un cuerpo textual, la aserción de que todo texto construye su propia realidad.

España

Manuel Vilas

DVD Ediciones, 2008

España narra la incertidumbre y el conflicto que acompañan históricamente a la identidad nacional española, a la vez que explora la crisis de la identidad del narrador y del concepto mismo de narrativa en Occidente, enfrentados a un futuro tecnológico tan resplandeciente como sombrío, tan necesario como innecesario, tan prometedor como cruel. *España* es la narración del desmoronamiento de España, un paseo trágico y humorístico por sus ruinas, tal vez en búsqueda de una idea distinta de hispanidad en la que convivan el mejillón cebra y la monarquía, los viajes espaciales y Nino Bravo, ETA y el AVE, Fidel Castro y Kafka. *España* podría leerse como un *Big bang* literario: los materiales culturales, históricos o narrativos, comprimidos y organizados por nuestra tradición, estallan finalmente y se expanden.



Amarillo

Félix Romeo

Plot Ediciones, 2008

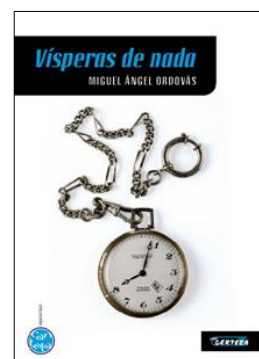
Este es un libro sobre el crimen perfecto. Sobre la memoria, sobre la imposibilidad de recordar, Sobre la imposibilidad de escribir libros sobre la vida que sean reales. Sobre las cuatro cosas que recuerdo de ti. Sobre todo es un libro sobre las mil cosas que no recuerdo de ti y sobre las mil cosas que ignoro de ti, y quiero seguir ignorando. Todo empieza con una pregunta: ¿cómo no me di cuenta de que te ibas a suicidar? De esta pregunta sale otra pregunta: ¿por qué tu muerte me produjo un alivio tan grande? De esta pregunta sale otra pregunta: ¿soy responsable de tu muerte? Y de esta pregunta sale una última pregunta: ¿por qué desde hace años arrastro una terrible sensación de culpa por tu muerte?

Vísperas de nada

Miguel Ángel Ordovás

Libros Certeza, 2007

Un asesino a sueldo atrapado por su pasado; una máquina de la verdad con la que ni los muertos pueden mentir; vaqueros perdidos en mitad de varios desiertos; una ciudad que no puede evitar incendiarse; toreros existenciales; un santo al que no dejan mortificarse en paz; gánsteres despreciables hasta a los ojos de los peces gordos... son algunos de los personajes que recorren estos relatos, que pueden bien tomarse como unas «Vidas ejemplares» si se los considera uno por uno, o en su conjunto como un «Libro de horas» que puede resultar de extremada utilidad una vez hayan pasado los días de mucho. Miguel Ángel Ordovás ha publicado dos libros de poesía, *Poemas Evónimos* y *Gentes del crepúsculo*, trabaja en El Periódico de Aragón, en donde es coordinador del suplemento semanal de ciencia y tecnología, «I+DEAR».



El avión de madera que logró dar media vuelta al mundo

Quim Aranda

Editorial Candaya, 2007

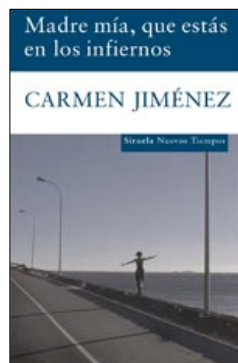
Un avión de madera es un sencillo juguete. Un avión de madera capaz de dar media vuelta al mundo es un juguete extraordinario. Como extraordinaria es la peripecia que centra esta conmovedora novela: la emigración de una familia andaluza que, a lo largo de tres generaciones, se desperdiga por Cataluña, Brasil, Estados Unidos y Argentina. Marcelo Rojo, mensajero aéreo con pánico a volar en avión, recibe una carta de una tía suya, Magda, de la que hace más de treinta años no tiene noticias. Tía Magda le propone un encuentro en Buenos Aires para devolverle un viejo juguete, un avión de madera que Marcelo, siendo niño, le regaló durante su única visita a Barcelona, en 1963. El viaje que el narrador emprenderá, a las pocas semanas de la muerte de su padre –carpintero de oficio, que construyó para él y para su hermano mayor el avión de madera–, se convierte en una recuperación de sus orígenes, marcados por la emigración de sus padres desde un pueblo de Málaga a Cataluña, en 1958, y por su propia emigración, desde Cataluña a Estados Unidos, muchísimos años después.

Las botellas del señor Klein

Óscar Calavia

Lengua de Trapo, 2008

Un sicario oriental de Lavapiés es acusado de prostituir a siete mujeres minúsculas. Siete matones persiguen a una bella esposa para que salde la deuda de su marido. Un hombre es secuestrado y obligado a presenciar cómo tatúan el cuerpo entero de una mujer. Una mujer entra en un hotel y pregunta por el señor Klein, pero ¿quién es el señor Klein? El señor Klein, personaje múltiple de esta novela, se desliza por ella como una presencia mágica, inaprensible, desconocido de tan conocido: un pornógrafo revolucionario, un exquisito cristallero, un antropólogo disparatado, el narrador de esta historia o incluso su propio lector. Todos y ninguno es el señor Klein. Óscar Calavia crea una ficción única, una historia subterránea que recorre la vida de sus personajes dejando al lector con la fascinante tarea de colocar la última pieza de este extraordinario rompecabezas narrativo con apariencia de cubo de Rubik literario.



Madre mía, que estás en los infiernos

Carmen Jiménez

Ediciones Siruela, 2008

Adela, una mujer colombiana de 37 años, aterriza sola en el madrileño aeropuerto de Barajas. Parece una inmigrante más. Una mujer que busca un futuro mejor para sus tres hijos. Sin embargo, a medida que nos adentramos en su vida, descubrimos que su viaje no tiene su origen sólo en motivos económicos, sino que es una huida. Adela es maestra, tiene formación universitaria y ha gozado de una posición elevada en su país, gracias a su ex marido, el general Reinaldo Unzueta. ¿Por qué ha venido entonces? Una llamada telefónica la alerta de que su pasado más amenazante la ha seguido, como una terrible sombra, hasta Madrid, disparando la acción hasta un final inesperado y perturbador. La novela es la historia de una rebelión, un cuestionamiento de determinados vínculos, supuestamente afectivos, que en ocasiones suponen una auténtica amenaza para la identidad individual e, incluso, para la vida.

Sobre tierra plana

Varios autores

Gens ediciones, 2008

Los textos que componen este libro no son relatos de viajes, sino relatos sobre el viaje y su imposibilidad. La literatura es siempre una senda condenada a atravesar el corazón de las tinieblas. Lo que diferencia al viajero del turista es su capacidad de prescindir de toda certeza y aceptar que el camino puede hacer de él un ser nuevo. La literatura de riesgo posee esa misma naturaleza, y el viajero literario –todos lo son, dice Chatwin– no abarca el paisaje con la mirada, pero con ese único equipaje útil el escritor tratará de reelaborar su propia cartografía del mundo. «Viajar no es llegar, sino ir; del mismo modo que escribir no es resolver, sino intentarlo», anota Javier Reverte en el pasaporte de esta antología, mientras le extiende un billete de ida a sus once autores, para quienes la literatura acaso sea la única manera de concebir el viaje que les espera.



La destrucción de todas las cosas

Hugo Hiriart

El Taller de Mario Muchnik, 2008

¿Qué sería de nosotros si en años próximos el pueblo fuera vencido en atroces combates y la clase política esperara inversiones del invasor y el presidente recorriera los campos áridos haciendo discursos incomprensibles en un avión que nunca pudiera despegar? Esta novela, a ratos hilarante, a otros ratos aterradora, es el diario de un sobreviviente –¿por cuánto tiempo?– a una nueva y devastadora conquista de México. Todo cuanto conocíamos y compartíamos –la comida exquisita, la política rapaz, la familia y hasta la lengua– es objeto de destrucción sistemática y persecución cruel a manos de los Otros, seres de los que nunca supimos nada y con quienes jamás tuvimos trato. A cinco siglos de Colón, *La destrucción de todas las cosas* es una metáfora dramática de aquella conquista pero a la vez una suerte de visión clara de cómo

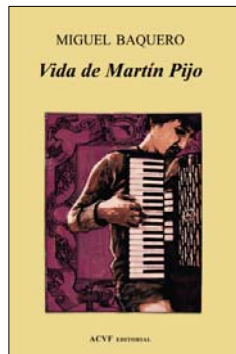
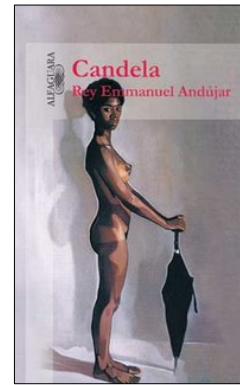
podría ser en nuestros días una apocalipsis.

Candela

Rey Emmanuel Andújar

Editorial Alfaguara, 2007

El teniente Imanol Petafunte se impone la osada misión de desvelar las causas de la violenta muerte de Renato Castratte, arrojado desde un balcón, y a pesar de que le han instruido cerrar el caso. Su única testigo es la «prestigiosa» abogada Sera Peñablanca, amante clandestina de Renato y futura esposa del adinerado Luciano L. Maravilla. Como telón de fondo aparece la pertinaz lluvia que presagia el paso por Santo Domingo de un nuevo huracán. Candela, la prostituta y adivina que da título a la novela, tendrá un presagio sobre el destino del policía mientras lo recibe en su cuarto del burdel. Mediante una prosa que oscila entre un tono provocador y una vertiente lírica, Rey Andújar adelanta, de manera paralela a un oscuro relato policiaco, una aguda cartografía de las pequeñas miserias cotidianas que signan la existencia de los habitantes de una urbe siempre expuesta a los imprevistos embates del Mar Caribe.



Vida de Martín Pijo

Miguel Baquero

ACVF Editorial, 2008

Publicada originalmente bajo Anónimo, esta reescritura de *Lazarillo de Tormes*, ambientada en la España de hoy, describe el descenso social de un antihéroe. Una novela inteligente, escrita con brillantez por una de las voces más singulares del panorama literario actual. Segunda edición, corregida y aumentada. Miguel Baquero nació en Madrid en 1966. Ha escrito novelas y cuentos de humor. Polemista y autor de numerosos artículos, es redactor jefe de la revista digital *Literaturas.com*. Sus textos se han publicado, entre otros medios, en la revista de cultura *La Fábula Ciencia* (www.lafabulaciencia.com).

Vidas de catálogo

Liliana V. Blum

Fondo Editorial Tierra Adentro, 2008

Los relatos de *Vidas de catálogo* de Liliana V. Blum esbozan pinturas intimistas, instantáneas de los estados del alma o muestrario de situaciones en las que el lector podrá sentirse identificado. En este catálogo de vidas y desencuentros amorosos, a través de personajes plasmados sólidamente, la autora consigue retratos fieles de situaciones en las que los deseos y las fantasías –aparentemente realizables– se enfrentan ante los prejuicios y atavismos que impiden la comunicación con las personas más cercanas, y que simplemente son un pretexto para ocultar el temor a entregarse al otro, el miedo al compromiso o la imposibilidad del amor.



En los dedos de la mariposa

Fernando Montesdeoca

Ediciones Era, 2008

En los dedos de la mariposa es una novela de amor que es también novela de vida, de ciudades, de casas y fantasmas. Desde el encuentro amoroso y su maravilla sexual, surge la genealogía de la sangre y la amistad y se despliegan los tonos de la memoria. Cuando el protagonista cruza el mar con la intuición de que cumplirá su destino en algo a lo que llama Europa, nos ha metido ya tan de lleno en su vida que al revelar al fin la historia que lo ha obligado a escribir, ya somos parte de ese círculo íntimo a quien le importa saberlo todo. Si lo dejamos incluirnos en su vida, nos vemos premiados con una de las narraciones sentimentales más vivas, más llenas de verdad y más tristes de la última literatura mexicana. Desde este amor

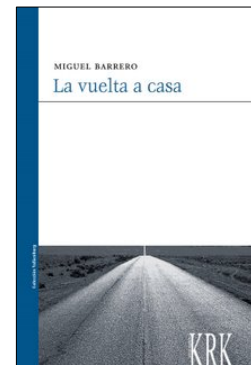
final, toda la vida se resignifica, y la voz del narrador, ya plena, con toda su potencia, nos muestra su razón amorosa de ser. Cuando llega este amor, toda la vida fue preparación y se ilumina y nos ilumina. Termina la novela y uno está exaltado, con ganas de llamar a alguien y regalarle este libro. Sabiendo que es un regalo, a la vez, maravilloso y terrible.

La vuelta a casa

Miguel Barrero

KRK Ediciones, 2007

Esta forma de mirar, sencilla y sesgada, quizás sea la más exacta definición de Arte. Y, definitivamente, Miguel Barrero la posee. Es un estado casi de santidad, que procede directamente de la infancia, una inocencia que no acepta los juicios preestablecidos y que crea realidades abiertas a cada vistazo. Una sabiduría que Miguel utiliza con tiento a la hora de contar la historia de su protagonista, que no es más que la historia de una huida, tanto más intensa cuanto más pretende el regreso. En dicha huida al autor no le interesan demasiado los adjetivos de la situación, los porqués, los cómo, no quiere oír demasiadas explicaciones acerca de su protagonista, sino sólo lo esencial, y después deja trabajar la prosa, permite que la emoción surja de dentro de las palabras, sin apoyaturas retóricas ni subrayados externos.



El infinito en la palma de la mano

Gioconda Belli

Editorial Seix-Barral, 2008

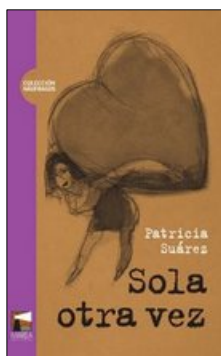
El mágico relato de nuestros orígenes es probablemente el que más fascinación ha inspirado en la humanidad a lo largo de los tiempos. Pero, más allá de los cuarenta versículos que la Biblia dedica a Adán y Eva, más allá incluso de la leyenda, ¿cómo sería la vida de aquella inocente, valiente y conmovedora primera pareja?, ¿cómo sería aquel universo primigenio? Poesía y misterio se dan la mano en esta sorprendente novela que nos presenta al primer hombre y la primera mujer descubriéndose y descubriendo su entorno, experimentando el desconcierto ante el castigo, el poder de dar vida, la crueldad de matar para sobrevivir y el drama de amor y celos de los hijos por sus hermanas gemelas.

Los amantes de silicona

Javier Tomeo

Anagrama, 2008

Puede que Lupercia y Basilio se casasen un día enamorados y que se jurasen amor eterno. Lo malo es que, después de varios años, se aburren el uno del otro y llegan incluso a ignorarse. Continúan regentando una mercería especializada en lencería sugestiva y comparten la casa, pero duermen en habitaciones separadas. Ambos deciden comprarse sendos muñecos de silicona que cubran sus respectivas necesidades sexuales. Son dos muñecos de alta tecnología, capaces de moverse por sí solos, de hablar incluso. Un domingo por la tarde, Basilio y Lupercia sorprenden a sus respectivos amantes de silicona haciendo el amor sobre el sofá. ¿Será ésta la nueva clase de adulterio que espera a los hombres y mujeres del futuro? En ese punto empieza una historia que se ofrece al lector como una crítica desenfadada de la mitificación del sexo.



Sola Otra Vez

Patricia Suárez

Marea Editorial, 2008

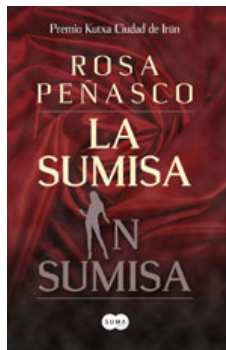
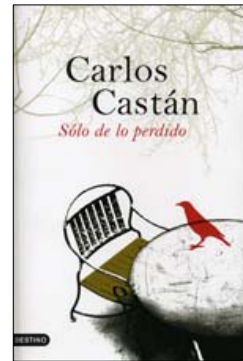
Amores, rupturas, relaciones, no-relaciones, casamientos, malos entendidos, infidelidades, celos, abatimiento, enamoramiento, ilusión, miedo, confianza, desconfianza, vanidad, inseguridad. Patricia Suárez desgrana en estos relatos todos los sentimientos y situaciones que pueden darse al amparo de la soledad y que van definiendo una suerte de biografía amorosa del siglo XXI. En un registro que va del diario íntimo, a la crónica urbana y donde asoma sorprendentemente la poesía, Suárez parte de las canciones pop, grandes educadoras sentimentales de la época, para llegar a una educación sentimental más íntima. Que se nutre de historias de amor, desamor, de las confesiones de las amigas, de los relatos fundacionales de los antepasados, de los hijos nacidos y por venir, y que no se detiene ni en los sueños. Una educación sentimental que no lleva a otra conclusión que «el amor es el juego de perder». Sin embargo, también descubre que a veces después de un largo silencio, viene una canción escondida. Como en los discos donde quisieran vivir sus personajes

Sólo de lo perdido

Carlos Castán

Ediciones Destino, 2008

El amor..., siempre el amor: desesperado, intenso, incomprensible, feroz. Las historias de Castán emocionan y golpean al lector, porque escribe de personajes descolocados, sin mapas ni brújula. Tipos que van en busca de lo que hubiesen podido ser de haber sido otros; de los que mueren mucho antes de morirse. Escribe de la cara y la cruz del amor, de carreteras, planes y sueños. De los que pierden su vida por falta de valor, pero también de los que no se resignan y se pelean hasta el final. Castán escribe con verdad, tanto que pareciera que habla de nosotros. Este autor, conocido en círculos restringidos, puede ser atractivo para la generación del baby boom, que comparten con su literatura tanto referencias vitales y culturales como una forma de estar y entender el mundo.



La sumisa insumisa

Rosa Peñasco

Editorial Suma de Letras, 2008

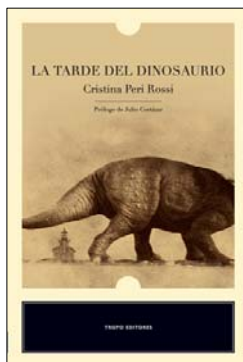
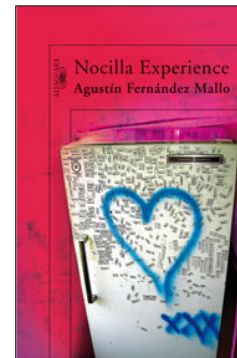
Amosapiens es un sádico que busca desesperadamente a su sumisa a través de la red, para –según comenta en los chats– «complementarse como el botón y el ojal y alcanzar juntos el éxtasis, a través del BDSM o el arte erótico del bondage o ataduras, dominación, sadismo y masoquismo». Paula es una mujer en plena crisis de los treinta, ajetreada, trabajadora free lance, urbana, curiosa e inocente que, sin saber nada del tema, termina enredada a través de un evolucionado juego erótico-cibernético, primero en la red de los chats de sexo y, después, en la red sadomasoquista que, poco a poco y con paciencia y maestría, le tiende el propio Sapiens. A través de una narrativa audaz, intimista, tierna, ágil, directa, contemporánea, irónica y muy divertida, Rosa Peñasco consigue bucear por la complicada psicología de amo-as, sumiso-as, y en los principios y reglas que inspiran las relaciones sadomasoquistas.

Nocilla Experience

Agustín Fernández Mallo

Editorial Alfaguara, 2008

Harold acaba su última caja de cereales, deja conectada su primitiva videoconsola y decide recorrer Norteamérica durante un lustro. Un tipo que maneja las grúas del puerto de Nueva York diseña una casa para suicidas. En Basora, un marine se enamora de una irakí en el instante en que la encañona. Un tal Julio da forma a una *Rayuela* alternativa. Sandra vuela de Londres a Palma de Mallorca al tiempo que se resuelve el misterio del incendio de la Torre Windsor. El capitán Willard sigue esperando en Saigón aquella misión: nunca imaginó lo especial que sería. Hay gente que utiliza los oleoductos vacíos subterráneos de la antigua Unión Soviética para cruzar las fronteras. Un cocinero proyecta cocinar el horizonte. *Nocilla Experience* es un caleidoscopio ficcional, donde cabe todo menos el sopor, incluso las enseñanzas de un código samurái, sin olvidar las andanzas de un elenco de protagonistas con rarezas de primera magnitud que no son más que la expresión de su radical soledad.



La tarde del dinosaurio

Cristina Peri Rossi

Tropo Editores, 2008

Publicada inicialmente en 1976, *La tarde del dinosaurio* cuenta con uno de los escasos prólogos escritos por Julio Cortázar, que la saluda como una de las voces más fascinantes de la narrativa breve. Citando a Julio Cortázar en su texto de presentación: «Se diría que escritores como Cristina Peri Rossi repiten sin saberlo el oscuro arquetipo del palacio de Barba Azul: habitaciones, corredores de espejos, puertas condenadas o prohibidas, siempre puertas para aquellos que prefieren el horror y la muerte a la renuncia de no abrirlas. Un cuento termina y otros empiezan en la habitación siguiente». Dice, a continuación, citando a un cineasta aragonés: «Como en *Cría cuervos*, la película de Carlos Saura, la sola mirada de la infancia triza para siempre una sociedad obstinada en seguir negando lo que es».